

El caso Durroway

Laia Vilaseca



Para mis padres y Gerard.

El caso Durroway

©Laia Vilaseca 2017

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Contents

1. [Prólogo](#)
2. [Los días y las noches de la señora Durroway](#)
3. [Los etéreos días de Olivier](#)
4. [La ocupación de Sherade](#)
5. [Las regulares visitas del doctor Gifford](#)
6. [Las escapadas secretas de Daisy](#)
7. [El despertar de Emily](#)
8. [La correspondencia de Olivier](#)
9. [La llamada de Cécile](#)
10. [Las galletas de canela de Agnès](#)
11. [Los negocios de Madame Lefèvre](#)
12. [La visita de Maurice Ladd](#)
13. [La cena fría de Sherade](#)
14. [La luna y la señora Durroway](#)
15. [El cambio de ocupación de Sherade](#)
16. [La nueva ocupación de Sherade](#)
17. [La aparentemente apacible vida de Olivier](#)
18. [Los inalcanzables jardines de la señora Durroway](#)
19. [Las habilidades de Jean Gilbert](#)
20. [Las preocupaciones de Daisy](#)
21. [El tiempo y el gato de Olivier](#)
22. [Los restos de la vida de Marie Beaumont](#)
23. [Las percepciones de Agnès](#)
24. [Las amistades del Dr. Gifford](#)
25. [Las investigaciones de Philippe Lambert](#)
26. [Las lecturas de Daisy](#)
27. [El desayuno de Sherade](#)
28. [Las preguntas de Sherade](#)
29. [Las respuestas de Daisy](#)
30. [El aviso de Philippe Lambert](#)
31. [Las artes de Maurice Ladd](#)
32. [Las sospechas de Jacques](#)
33. [Las elucubraciones de Olivier](#)
34. [El triunfo de Philippe Lambert](#)
35. [Las confidencias de Jacques](#)
36. [La espera de Cécile](#)
37. [La habitación de Lord Edwards](#)
38. [La justicia de Lambert](#)
39. [La inquietud del Dr. Gifford](#)
40. [El peligroso jardín de Olivier](#)
41. [El descubrimiento de Daisy](#)
42. [El secreto de Cécile](#)
43. [Los descubrimientos de Jean Gilbert](#)
44. [La inesperada llamada de Olivier Legrand](#)

45. [El secreto pasado de Olivier Legrand I](#)
46. [El secreto pasado de Olivier Legrand II](#)
47. [La inevitable confesión de Daisy](#)
48. [La verdadera amistad del Dr. Gifford.](#)
49. [La revelación de Vincent André](#)
50. [Un regalo sorpresa para Cécile](#)
51. [Las prisas de Sherade](#)
52. [El dudoso pasado de Maurice Ladd](#)
53. [Los disfraces de Cécile](#)
54. [El cementerio de l'Ouest](#)
55. [La aventura nocturna de Jean Gilbert](#)
56. [La confesión de Maurice Ladd](#)
57. [El verdadero rostro de Philippe Lambert](#)
58. [Los sucios motivos de Philippe Lambert](#)
59. [Los principios de Sherade](#)
60. [La fragilidad del suelo que pisamos](#)

Prólogo

Cuando uno hereda una mansión no obtiene sólo un grupo de piedras más o menos bien distribuidas, sino también toda la historia que ésta alberga, el tiempo que en ella transcurrió. Entonces pasado y presente se mezclan, creando un futuro confuso, etéreo, casi onírico.

Marcar las diferencias se convierte en un reto insuperable, los segundos cabalgan lentos entre retratos de familiares desconocidos y leyendas inconclusas entre los sirvientes. No hay glamur en las sombras, sino rumores tenues y sutiles que se apagan con el eco de los pasos, pareciéndole a uno que le persiguen sus propios tacones.

Quizás por esta razón la señora Durroway dejó de llevar zapatos y Daisy se acostumbró a pasear descalza en sus salidas nocturnas, de manera que sólo se oyeran las minutas del enorme reloj de pared del salón, marcando los impasibles pasos de la noche.

Ese reloj se paró, sin que casi nadie se diera cuenta, una fría noche de febrero, hace ya mucho tiempo. Y hubo de pasar mucho más tiempo aún para que, sin razón aparente alguna, la señora Durroway reparara de nuevo en él, y se lo mandara al restaurador Olivier Legrand, una mañana de abril de 1972.

Los días y las noches de la señora Durroway

Si no fuera por su fortuna, seguramente Emily hubiera acabado en un manicomio. Pero el dinero le da a veces a uno la posibilidad de crearse el suyo propio: durante estos últimos años la mujer ha vivido aislada del resto del mundo, sea ésta la condena o el premio a la locura, pero siempre en sus términos.

Como el dinero no le falta, tampoco le faltan trabajadores en la casa, pues la señora Durroway paga bien al que se deja torturar por ella. La peculiar mansión a las afueras de Narbona es tanto su refugio como su prisión, lo mismo que su cuerpo lo es para su alma. En el dorado atardecer entre las retorcidas sombras de los viñedos, las tardes avanzan frías y sórdidas para la Señora Durroway.

“¡Daisy, por el amor de Dios! ¡Levántate niña! ¡No te pago para que duermas!”

La aguda voz despierta a la muchacha, que dormita lánguidamente en la vieja y mecedora cercana al gran ventanal de la habitación principal de la Señora Durroway: una prisión llena de comodidades que, por su apego al pasado, rara vez se atreve a utilizar.

“Enciende las velas. Está oscureciendo y apenas puedo ver qué crema me estoy aplicando”, añade sin apenas apartar sus grises ojos del brillante espejo dorado.

A pesar del sistema eléctrico instalado en la mansión, la señora Durroway se empecina en encender velas donde quiera que se desplace dentro de esas paredes macizas, que custodian celosas un espacio lleno de vacío, y vacío de calor y color.

“¿No prefiere que encienda la luz?” Responde la chica mientras se frota los ojos.

“Ya te he dicho lo que hacer muchacha. No discutas mis órdenes, ¡simplemente haz lo que te digo!”

Sin ser una cándida belleza, ni poseer la gracia o elegancia típica de la burguesía o la actitud sosegada y serena más propia de la madurez que se espera a su edad; la señora Durroway invierte largas horas en aplicarse todo tipo de cremas, lociones y maquillaje en el rostro. Sentada delante del tocador en su habitación, sus pupilas traspasan el barroco espejo adquirido en la única subasta a la que ha acudido en toda su vida. Pero a pesar de su obsesiva insistencia, las cremas nunca logran relajar su piel, marcada por unos rasgos tensos y metálicos como un cuchillo afilado.

Cuando la señora Durroway se encuentra en este estado, es imposible establecer comunicación con ella sin recibir como respuesta un alarido histérico y exagerado. Probablemente por este motivo la joven muchacha que la acompaña sentada en la mecedora ha vuelto a ceder al insistente peso de sus párpados.

Al cabo de un inmensurable rato, lleno de un silencio atemporal, la señora sale de su ensueño ante el espejo, como si de repente hubiera recordado algo lo suficientemente interesante como para hacerle mover sus finos labios y completar otra orden:

“¿Daisy?”

“¿Sí, señora?” La chica despierta abruptamente de su letargo.

“Lee el libro en voz alta para mí”.

Daisy, tan joven y ágil como es, se levanta pesadamente, aguantando un suspiro quejoso.

“Lee el relato corto del libro que leíste ayer por la noche”.

“Pero ya lo hemos leído tres veces, señora”. Y acaricia con sus finos dedos la cubierta amarillenta de “Grandes relatos cortos rusos” del 54. Por mucho que disfrute con la lectura, no quiere releer por cuarta vez el mismo relato cuando hay trece más esperando a ser descubiertos.

“No te lo voy a repetir. Lee la historia de Pushpimns, haz el favor”.

“Es Pushkin, señora. La Reina de Espadas de Alexander Pushkin.”

“Exacto. Eso es precisamente lo que he dicho.”

Recostada otra vez en la mecedora, la joven procede a la lectura. Sus palabras mecánicas se deslizan por los muchos rincones vacíos de la enorme habitación. Los techos altos acusan la monotonía y la vaga variedad tonal, así que la falta de entusiasmo se hace inevitablemente palpable en las orejas de la señora Durroway, que la escucha con un molesto gesto y cierta confusión, hasta que la interrumpe fríamente:

“Querida, no entiendo una palabra de lo que estás leyendo. Definitivamente no naciste para hacer este tipo de cosas.”

“Lo siento, me he distraído.” Pero ni siquiera Daisy cree que haya sonado convincente, pues bien es ella consciente de que tenía sus pensamientos muy lejos de las letras del ruso.

“Por supuesto, querida.” Y después de hacer un breve silencio, y levantando los ojos hacia la lámpara de araña que cuelga en el centro de la habitación, añade: “Cada vez que te oigo leer me acuerdo de esa falta de educación escolar tuya. Me serías de más utilidad si fueras a mi armario a buscar el vestido verde esmeralda. ¿Eso podrás hacerlo bien, verdad? Voy a tomar un baño ahora mismo.”

Emily se encierra entonces en el gran receptáculo lleno de baldosas azules de porcelana que conforma su lavabo anexo a la habitación, durante largo rato. Después, erguida y tirante, se enfunda el vestido y se dispone a salir al jardín.

Hay explícitas e inalterables órdenes de no importunar a la señora en sus paseos bajo ninguna excepción. Y es precisamente por esa extraña razón, que la hora que duran esos paseos es el pequeño espacio de tiempo más relajado para sus empleados. Se reúnen entonces todos en la cocina, donde Agnès prepara ya la cena que se servirá puntualmente a la hora estipulada, aunque sin ninguna garantía de ser ingerida; pues nunca se sabe si la señora va a estar de humor para cenar después de sus paseos diarios, y en caso de hacerlo, si lo hará en su habitación o en el comedor.

Jacques, con traje escrupulosamente negro, se apoya entonces en la puerta, mientras observa que la mesa esté impecable, y censura de vez en cuando con un grave carraspeo, casi imperceptible, los negativos comentarios sobre la señora, que vuelan entre ollas, manteles, agua, cuchillos, y exquisitas copas de cristal. Daisy y Vincent -el pelirrojo jardinero-, se sientan en la vieja mesa de madera de la cocina y se lanzan miradas de complicidad, fingiendo escuchar con atención a Agnès, que se llena la boca de leyendas prohibidas acerca de la familia, buscando en ellas una explicación lógica al comportamiento de la señora.

#

Después de la cena las horas transcurren lentas y oscuras, como una pesada digestión. Un impecable silencio reina en la enorme mansión y las inamovibles vides que la rodean, interrumpido por algunos sórdidos pasos en la moqueta rojo sangre de la escalera, o los agudos golpes de la campanilla que desgarran el vacío del silencio desde la habitación de la señora. Esto último ocurre muy a menudo, debido a la antigua instalación de una caja de llamadas, donde se puede ver según el número que aparezca en ella, la estancia en la que la señora Durroway exige la presencia de sus sirvientes. Paradójicamente, el número raras veces varía, siendo el tres el número correspondiente a su dormitorio, de presencia invariable en cada una de las llamadas.

Daisy se afana en subir las escaleras hacia allí, sólo para hacer cesar los insistentes martilleos de

la campana que golpean furiosos su mente adormecida. Encogida por la humedad que se filtra por las ventanas, y ataviada con su fino camisón como abrigo, lo único que Daisy desea es poder seguir durmiendo lo antes posible.

“¿Sí, señora?”

“Me voy a levantar ya. Pide que me preparen el desayuno lo antes posible.”

“Señora, son las cuatro de la mañana.”

“Eso es imposible querida, he visto como salían los primeros rayos de sol.”

Daisy se dirige con pasos inevitablemente airados hasta las cortinas de terciopelo azul y las sacude violentamente, apartándolas a un lado del robusto ventanal y creando una lluvia de motas de polvo.

“Ya me dirá usted donde ve esos rayos.”

“Qué extraño, hace un momento estaba lleno de luz...”

“Se habrá confundido con el faro de algún coche.”

“No puede ser...”

“Pues parece evidente, señora.”

Después de tal afirmación, la chica se desplaza hacia la puerta, hecho que irrita profundamente a la mujer que yace contrariada, envuelta en un sinfín de pesados edredones. Una rejilla negra contiene sus encrespados y finos cabellos.

“¿Daisy?”

“¿Sí?”

“No te vayas.” De repente su voz ha sonado como una plegaria, casi un ruego infantil. De ninguna de las maneras permitiría la señora que su sirvienta la viera en tal estado de debilidad.

“¿Disculpe?”

“Ya me has oído. No me hagas repetirte.” Y la hostilidad ya se ha recompuesto.

Daisy se da cuenta de que no le va ser fácil dormir esta noche, y apunta mentalmente que debe recordar no retar a la señora, porque al fin y al cabo, y muy a su pesar, ella tiene las de perder. Pero puede aún hacer un último intento, si lo hace con una actitud mucho más sumisa.

“Pero señora, son las cuatro de la mañana...”

“Eso ya me los has dicho antes. ¿Hay algo más que quieras decirme? Anda, siéntate en la mecedora y cuéntamelo.”

“Preferiría volver a la cama, descansar un rato...”

“Ya. Entiendo. Yo prefiero que te quedes aquí. Puedes dormir en la mecedora si te apetece. No te culparé si te quedas dormida.”

“Pero no tiene demasiado sentido que...”

“Quédate Daisy. No olvides donde vives, ni para quien trabajas.”

Finalmente la chica decide resignarse, no sin condenar al tratamiento de silencio a la señora, pues sabe que ese es el único poder que puede ejercer sobre ella. De pie, con los ojos fijos en la ventana, donde el viento zarandea las ramas del limonero, la muchacha se traslada mentalmente de habitación.

“¿Daisy?”

“Sí.”

“A veces me parece que hablo con las paredes, y lo que es peor, que éstas prestan más atención

que tu. ¿Has oído lo que te he dicho?”

“Por supuesto señora.”

“¿Entonces?”

“Entonces me quedaré aquí. Sentada.”

Emily Durroway persigue con sus ojos a la resignada muchacha hasta que ésta se halla sentada en la mecedora.

“Perfecto.” Murmura mientras comprueba que la rejilla esté en su sitio y se acurruca pesadamente envuelta en las mantas y el denso edredón, dando la espalda a la muchacha. “Y haz el favor de correr esas cortinas, mi dormitorio no es una función de teatro.”

Exhausta por la tensión en la conversación con su sirvienta, la señora finge dormirse, respirando profundamente.

Cinco minutos después Daisy se levanta, apaga la vela de la mesita y se escurre sigilosamente hacia su pequeña y fría habitación, dos plantas más abajo, esperando poder olvidarse de la presencia de la señora Durroway... por lo menos hasta la mañana siguiente.

Los etéreos días de Olivier

Olivier sale al jardín e inhala profundamente el intenso aroma de la menta. Después deja caer sus delgados huesos en la desgastada silla de mimbre, bolígrafo y crucigrama en mano, dispuesto a que otro día se deslice silencioso sobre él; sin intervenir demasiado en el proceso, pero intentando despistar esa melancolía que hace ya muchos años se ha apoderado de él.

Resolverá un par de crucigramas, leerá algún clásico, y dedicará el resto de la mañana al huerto. Después de la comida y el descanso pertinente, reposado en el más cómodo de sus sillones al lado del fuego, quizás se decida a restaurar uno de los cuadros.

O puede que no. A nadie le importaría excepto a él.

Sea como sea, y entre todos estos pensamientos, Olivier se queda dormido antes de tan siquiera utilizar el bolígrafo, como si al mirar las letras del crucigrama éstas le hubieran hipnotizado, saltando y bailando unas con otras, hasta que sus ligeros párpados han caído rendidos ante tan caótica función.

Desde que compró el castillo, hará ya más de cinco años, Olivier combina la anhedonia silenciosa con intensas horas de actividad dedicadas a la restauración. Su vida transcurre intencionadamente solitaria y tranquila en el pequeño valle, resguardado de las miradas curiosas de los visitantes de la tierra del vino.

El delgado hombre pasa a menudo noches enteras en la gran sala de arte; un enorme espacio en los sótanos del edificio que aguarda todos sus tesoros de restauración. Guiado por una extraña ansia de reconstruir lo pasado, Olivier se dedica a devolverle la forma y el sentido que le pertenece a aquello que el tiempo borró. Los días que siguen a éstas noches son en consecuencia de textura más bien volátil, pues las horas transcurren mientras dormita de acá para allá, entre el presente y un tiempo indefinido, aposentado en el medio sueño: una media consciencia que se alterna con el vacío infinito de lo onírico.

Pero ahora, el chirriante pedaleo incesante y juvenil de una vieja bicicleta despierta a Olivier, que ve como el cielo se ha cubierto de nubes grises y nota las primeras gotas de lluvia resbalando en su brazo.

A pesar de su aparente aislamiento, Olivier no vive completamente desconectado del mundo, y esto es más una precaución que un interés real por lo que le rodea. Aunque podría encargarse él mismo de la compra, Olivier tiene un trato con el chaval más joven de los Coen, que le trae regularmente una vez por semana alimentos y bebida de Narbona, así como los periódicos de cada día. No es que a Olivier le interese especialmente cómo va el mundo, pero sí hay algo concreto del mundo que le interesa y acerca de lo que quiere estar informado, pues de eso depende en parte su seguridad y el tipo de vida que lleva ahora.

Así que Franz Coen, de diecisiete años, pelo rojizo y piel clara, pedalea cada día desde la ciudad hacia el castillo para llevarle los periódicos a Olivier. Los viernes conduce el viejo coche de su padre, porque también carga la compra de la semana.

Olivier requiere que la compra y los periódicos le sean entregados en mano. Una vez hecha la entrega suele tomar un café con Franz, pues el chaval le cae bien. En cierta manera le recuerda a él mismo cuando era joven y vivía en Londres. Él mismo trabajó como *paperboy*. Franz, por su parte, está encantado con el trato, pues con lo que le paga Olivier puede comprarse todos los libros y novelas gráficas que quiera en su tienda preferida de Narbona.

Desde el primer día Olivier le ha dado claras instrucciones a Franz: debe comprar *L'Indépendant*

cada día y recoger la edición diaria del *The Times* que le llega dos días más tarde a un apartado de correos del que el muchacho tiene una llave, y esa es una condición innegociable del trato. Desde el día que Franz le trajo sólo uno de los dos periódicos, pues se le hizo tarde y obvió recoger el *The Times* en el apartado de correos, el chico entendió que a Olivier no le importaba como lo hiciera mientras apareciera cada día con los dos periódicos; así que llegó a un trato con el quiosquero para que le guardara *L'Indépendant* y se acostumbró a ir al apartado de correos primero.

Aunque Olivier le explicó una vez a Franz que su obsesión por el *The Times* se debía a su afición por los crucigramas que en ellos había, el chico no se lo terminó de creer. Aún así, tampoco le dio más importancia: Olivier le cae bien y tiene un buen trato con él, así que no se cuestiona demasiado lo que le pide: le paga mucho más de lo que algunos de sus amigos cobran por trabajar todo el día en los campos de vides o en algunas de las tiendas de Narbona.

La rutina con la que cumple su parte del trato es siempre la misma. Franz llega hacia las once de la mañana al castillo y abre la verja, no sin antes tocar un par de veces el timbre de la entrada. Después el joven avanza por el camino dibujado entre las hierbas salvajes hasta llegar al porche. A veces encuentra a Olivier allí sentado, unas veces despierto, desayunando, y otras veces medio dormido en su vieja silla de mimbre. Entonces le entrega los periódicos y se sienta a su lado. Olivier suele hacer un leve movimiento de cabeza o musita “buenos días”, y se sumerge en una intensa pero rápida ojeada a los periódicos. Ante la atenta mirada del chico, el delgado hombre pasea sus pupilas rápidamente por la portada de ambos, haciendo de vez en cuando alguna mueca de incredulidad o quizás un asomo de sonrisa dependiendo de las noticias que encuentra. Después, pasa una por una las hojas de *L'Indépendant*, prestando una especial atención a la sección internacional. Luego hace lo mismo con el *The Times*, quizás incluso con un poco más de esmero, hasta que llega a la página de los crucigramas, la arranca cuidadosamente, y la coloca encima de la mesa debajo del lápiz del número dos bien afilado.

Una vez ha realizado el proceso completo, Olivier sirve una taza de café a Franz y mantiene con él una breve charla de unos diez o quince minutos, hasta que el muchacho se va por el mismo camino por el que había aparecido antes y Olivier se queda en el porche resolviendo los crucigramas.

Esta rutina siempre había sido la misma hasta hoy.

Pero esta mañana ha ocurrido algo distinto.

Algo que ha provocado que Olivier tardara más de lo usual en revisar los periódicos, algo que le ha hecho detenerse concienzudamente en una de las páginas del *The Times* durante un buen rato, con los ojos muy abiertos y la respiración ligeramente entrecortada.

Y ese algo ha hecho que Franz se quedara por primera vez sin su café y sin su usual charla con Olivier.

La ocupación de Sherade

Louis Sherade avanza por los adoquines de la Rue Rossini con las manos enlazadas detrás de la espalda. El débil sol que empieza a alzarse tímidamente por detrás de la catedral transforma el agua del canal en una masa densa y magnética, creando una atmósfera húmeda y melancólica que invade los huesos del inspector al acercarse a su destino.

A escasos metros del Pont de la Liberté las tenues farolas aún encendidas iluminan la multitud de cabezas que se agrupan alrededor del perímetro cercado por la policía científica en el canal de la Robine. Entre esa multitud, Sherade se dirige hacia una de las entradas del puente, que se halla cerrado, y muestra su acreditación al agente que hace guardia en la entrada. Éste, sin tan siquiera echarle una ojeada a la placa, asiente con la cabeza y se aparta del único hueco sin acordonar en todo el perímetro. Sherade avanza esquivando a los técnicos de la policía científica, que se hallan repartidos por las inmediaciones del puente, lo cruza por completo y baja por las escaleras que llevan al otro lado del canal.

Allí, apoyado en una de sus rodillas, un hombre calvo con gafas redondas, conocido por sus compañeros como Jean Gilbert, examina minuciosamente un cuerpo inerte, pálido e hinchado, que se halla extendido en el cemento.

La memoria de Sherade retrocede en el tiempo al ver una escena que le resulta desagradablemente familiar, aunque apenas deja que su rostro y su voz reflejen el cúmulo de emociones que se han agolpado en su pecho.

“¿Quién es la víctima?”

“Buenos días.”

“Buenos días, Jean. ¿Quién es la víctima?”

“Marie Beaumont, 23 años.”

“¿Cómo la has identificado tan pronto?”

“Su hermana denunció su desaparición hace tres días. La ha reconocido.”

“¿Su hermana? ¿Aquí?”

“Sí. ¿Has desayunado?”

“¿Aquí? ¿La habéis traído aquí?”

Jean levanta levemente la cabeza y mira por encima de las gafas hacia el final de las escaleras del puente, donde se halla, sentada y silenciosa, una joven mujer escoltada por dos policías.

“Dice que lleva la misma ropa que cuando salió de trabajar de Le Rué des rêves hace tres días.”

“¿O sea que era...?”

“No exactamente. Su hermana dice que sólo atendía en la barra.”

“¿Para Madame Léfèvre?”

“Exacto.”

“Ya. ¿Qué le ha causado la muerte?”

“El rostro pálido y blanco indica que probablemente ya estaba muerta cuando entró en contacto con el agua, sino sería azulado. Además tampoco veo cutis Anserina, así que... -Ante el arqueado de cejas de Sherade el forense añade-: “piel de gallina”, es por la rigidez cadavérica de los músculos piloerectores. Sólo se presenta en sujetos que cayeron al agua estando vivos.”

“¿Entonces?”

“Por las marcas que detecto en el cuello, en principio diría que se trató de estrangulamiento, pero

quiero corroborarlo en el laboratorio. También tiene una herida en la cabeza que quiero examinar con calma.”

“¿Signos de lucha?”

“Defensivos, te cuento más en el laboratorio.”

“¿Cuándo ha pasado?”

“No estoy seguro. Ha estado en el agua...”

“Aproximadamente.”

“En el laboratorio.”

“Jean...”

“En el laboratorio.”

Ante la negativa del forense a concretar esa información, Sherade desvía su atención hacia las mismas escaleras a las que Jean ha dirigido antes su mirada. Esta vez el inspector dedica más que una simple ojeada a la hermana de la víctima.

La mujer, sentada en uno de los escalones, apoya sus codos en las rodillas. En una de las manos sujeta un largo cigarrillo, que acerca lentamente a su boca, la otra mano sirve de apoyo a su barbilla. Sus ojos señalan la pared del atolladero, pero su mente debe estar en otro lugar que no comparte con nadie.

“¿Cómo se llama?”, pregunta al forense sin apartar los ojos de ella.

“Cécile. Cécile Beaumont.”

“¿Quién la ha traído aquí?”

“Lambert. Cuando ella ha confirmado que era la hermana de la víctima, se ha ido a comisaría a hablar con Rousseau. La chica se ha querido quedar aquí un rato más, dice que no puede andar ahora mismo. Pero no ha abierto la boca.”

“Llévate el cuerpo y nos vemos en el depósito.”

“Eres muy mayor para ella, Louis.”

“Cuando me veas en el depósito, más te vale tener las respuestas que no te ha dado la gana contestar en su momento. Si te vas ahora te llevas unos veinte minutos de ventaja.”

Sherade le da la espalda al forense y se dirige hacia las escaleras donde dos guardias acompañan en silencio a la mujer.

“¿Se encuentra mejor, señorita Beaumont?”

“No.” La mujer ni tan siquiera levanta los ojos de la pared.

“Soy el Inspector Sherade”, dice apoyando su mano en el escalón, para sentarse junto a ella.

“Ya le he explicado al otro flic todo lo que sabía. Espero que no haya venido a sentarse aquí para hacerme las mismas preguntas otra vez.”

Sherade obvia el término empleado por la mujer: “¿Tiene un cigarro?”

“No fumo”, responde ella mientras expulsa el humo suavemente de su boca.

Sherade le devuelve una mirada divertida, moviendo los ojos alternadamente del cigarrillo a los labios de ella.

“Me lo ha dado este compañero suyo.” Y por primera vez los intensos ojos verdes se apartan de la pared para señalar al guardia que se halla a su izquierda. “Y creo que deberá invitarme a otro si es usted tan amable, no siento la mejoría que esperaba.”

El inspector se adelanta al gesto del policía, sacando una pitillera de plata del interior de su

americana y le ofrece un cigarrillo. Ella lo acepta sin disimular la extrañeza que se refleja en las dos leves arrugas que aparecen en su blanca frente, debajo del rubio flequillo.

“¿Es que ha venido a tomarme el pelo, inspector?”

“En absoluto.”

“Me acaba de pedir un cigarrillo y resulta que termina usted invitándome a uno.”

“Bueno, si usted no tiene, es un placer invitarla.”

“Aún no me ha dicho su nombre, Inspector Sherade.”

“Louis. Para servirla. A usted y a la justicia.”

Aunque un leve gesto indica el inicio de una sonrisa en sus labios, Cécile aparta su mirada:

“¿Puedo irme, Louis?”

“En cuanto quiera. Pero antes de mañana debería tomarle declaración en comisaría.”

“Ya le he dicho que el otro flic...”

“Agente. Ya, pero es que necesita estar en comisaría. Para firmar los papeles y todo eso. Le prometo que no le llevará más de veinte minutos. Si quiere la llevo yo mismo, ahora.”

La mujer duda unos segundos.

“De acuerdo. Veinte minutos. Entienda que ha sido un día duro para mí. Quiero irme a casa.”

El inspector se levanta del escalón ágilmente, y alarga la mano hacia Cécile, que apoya su brazo en el de él para levantarse también. En este mismo momento Sherade mira al guardia de su izquierda y le señala seguidamente, con una mirada furtiva, el bolso negro de piel medio abierto de la mujer. El guardia se agacha y recoge el bolso. Cécile se da cuenta y hace el gesto para cogerlo. Sherade se interpone suavemente:

“No se moleste. Ya se lo llevo yo. Existen pocas ocasiones en las que un inspector pueda llevar un bolso sin ser insultado.”

#

Una hora después, el coche del Inspector Sherade se detiene delante del número 22 de la Rue Lt-Colonel-Deymes para que Cécile pueda apearse y subir a su apartamento.

Después de cerrar la puerta y dejar las llaves en la cómoda de nogal en el recibidor, Cécile se dirige hacia el sofá de piel negro, se quita los zapatos de tacón ligero, y extrae de su bolso negro un paquete de tabaco.

Mientras exhala el humo lentamente, la señorita Beaumont coge el teléfono de la mesita y se dispone a marcar el número que ha apuntado apresuradamente esta misma mañana, con su puño y letra, en el reverso del paquete de tabaco.

Las regulares visitas del doctor Gifford

Cada lunes el doctor Gifford y su pequeño maletín avanzan en el Renault 4L por el camino que se desvía hacia la mansión Durroway. Aunque Emily no tiene ninguna dolencia concreta, se hace visitar regularmente al menos dos veces por semana por el afable doctor, que hace las veces de médico rural en las inmediaciones y afueras de Narbona.

En sus excéntricas rutinas, Emily Durroway se las ha arreglado de una manera u otra para no pasar un día sin recibir alguna visita, ya sea del doctor, del notario o de Olivier Legrand; de manera que su soledad se desdibuja entre horas por la presencia de quien por ella ha sido reclamado.

Por su calidad de doctor, y también humana, es obvio que Albert Gifford sabe que ella no necesita en realidad tales visitas, y por eso éstas se transforman a menudo en algo más parecido a sesiones de terapia psicológica que en las revisiones puramente médicas y físicas que se supone habían de ser según Emily.

A pesar de su extrema delgadez y aparente fragilidad, la señora Durroway goza de una muy mala salud de hierro: a sus sesenta y siete años apenas ha estado enferma un par o tres de veces. Su sangre, tan fría como pueda parecer, está equipada con un estupendo sistema inmunológico a pesar de sus irregulares hábitos alimenticios y las largas horas que pasa encerrada en el denso y recluso aire de la mansión. En cuanto a su estado psicológico, ya es harina de otro costal, como bien sabe el doctor.

A los evidentes y bruscos cambios de humor que la mujer experimenta día y noche, sin orden ni concierto alguno, hay que añadir la falta crónica de sueño en las noches más oscuras y los ataques de angustia y pánico que aparecen regularmente cada dos días en el mejor de los casos. Es por esta razón que el doctor le recetó hace ya muchos años una larga lista de tranquilizantes y medicamentos homeopáticos para sobrellevar tales ataques, por el bien de Emily y el de los que con ella han de convivir. Pero como en una más de sus contradicciones, la mujer decide aleatoriamente, según como el día se le presenta, ingerir o no tal medicación, creando aún más expectación si cabe sobre sus cambios de humor, pues uno nunca sabe si se ha medicado ni a qué se deben sus arrebatos o su melancólica desidia.

Puesto que la señora Durroway ya le estaba esperando, vigilando la entrada del jardín a través del enorme ventanal de su habitación, Jacques abre la puerta antes de que el doctor pulse siquiera levemente el timbre.

“Buenas tardes Dr. Gifford.”

“Buenas tardes señor Lehman.” El mayordomo siempre agradece que el doctor se dirija a él por su apellido.

“¿Está en su habitación?”

“Como siempre, doctor.”

Albert Gifford es de los pocos visitantes que tiene el privilegio de pasearse por la mansión sin ser acompañado por ninguno de los sirvientes, pues tantas son las veces y el tiempo que hace que por allí se desplaza. También es de los pocos que despierta cierta admiración y curiosidad entre ellos, pues de él depende en gran medida el bienestar de todos. Es por esta razón que el doctor sube las escaleras, como otro centenar de veces ha hecho, en dirección a la habitación de la señora Durroway completamente solo. La puerta se encuentra levemente ajustada, y el doctor la golpea suavemente con sus limpios nudillos.

“¿Sí?”

“Buenos días señora Durroway”, dice asomando la cabeza, ¿Cómo se encuentra usted hoy?”

“Igual de bien y mal que siempre.”

“Entonces no está todo perdido.” Responde al entrar en la habitación. A continuación abre delicadamente su maletín y procede al rutinario chequeo de la presión de Emily, que emite una aguda queja cuando éste aprieta el aparato alrededor del brazo.

“Tiene usted la presión un poco alta.”

“¡Me la ha subido usted apretando este chisme tan fuerte en mi brazo! No cabe duda: la sutileza no es su punto fuerte.”

“¿Querría usted contarme porque está de tan mal humor hoy?”

“No.” Y Emily Durroway gira el rostro hacia la ventana.

“Está bien, como quiera. Pero debería controlar más estos cambios bruscos de ánimo, no le van nada bien a su salud. Tómese estas pastillas –prosigue mientras introduce su pequeña mano en el maletín-, una por la mañana antes de desayunar y otra por la noche antes de acostarse, ¿de acuerdo?”

“Las pastillas que me da no borran la memoria, no veo como pueden serme de utilidad.”

“Éstas son diferentes a las que le doy habitualmente, debería notar la diferencia. Pero si lo que realmente quiere es tratarse, señora Durroway, sabe que le convendría hacer terapia.”

“Eso es una bobada. No pienso explicarle mi vida a ningún extraño.”

“Podría explicármela a mí. La terapia ha dado muy buenos resultados en algunos de mis pacientes, quizás podría ayudarla a sentirse mejor sin necesidad de tranquilizantes.”

Emily responde con un gruñido casi imperceptible: “No lo creo.”

“Como usted quiera. Como siempre, estoy a su disposición cuando me necesite. Si no desea nada más...” El doctor se levanta de la silla cercana a la cama para cerrar el maletín.

“No puedo dormir.” Dice ella casi en un suspiro.

“Estas pastillas le ayudaran a conciliar el sueño.”

“No. No me entiende. No puedo dormir porque si lo hago tengo sueños espantosos.”

“¿Quiere hablar de ello?”

“¿De los sueños?”

“Sí, de los sueños.”

“¿Para qué?”

“Para interpretarlos. Quizás tienen que ver con alguna cosa que la preocupa.”

“No tienen ningún sentido.”

“Todo tiene sentido, de un modo u otro, en esta vida.”

“Doctor Gifford está usted demasiado místico desde que realizó esos seminarios en París. No parece la clase de comportamiento que cabría esperar de un médico. Se supone que usted basa su conocimiento en la ciencia.”

“La psicología es una ciencia, señora Durroway.”

“Los psicólogos y los psiquiatras son para los chiflados, doctor. No se atreva usted a decirme que estoy loca.”

“Todo el mundo debería acudir a un psicólogo en algún momento de su vida, si no regularmente, señora Durroway. No tiene uno que estar loco para necesitar ayuda.”

“Yo no necesito ayuda.”

“Entonces nos vemos el miércoles.” Responde el doctor mientras recoge su maletín.

“Cierre la puerta al salir. Y dígame a Jacques que le pague la visita.”

“Así lo haré.” El doctor deja las pastillas encima de la mesita de noche de la señora. Cuando se dirige a la puerta, meditativo, detiene sus pasos y volviéndose hacia la mujer añade: “Si me permite un consejo Señora Durroway, vaya a los lugares que la asustan.”

“¿Perdón?”

“Vaya a los lugares que la asustan.”

“No soy miedosa doctor, me parece un consejo absurdo.”

“Creo que ya me ha entendido.”

“¿No ha dicho que ya se iba?”

“Sí, claro. Que tenga un buen día.”

Emily ni siquiera aparta los ojos del ventanal cuando la puerta se cierra tras el doctor y sus pasos se desvanecen por la escalera principal.

Al pie de la escalera, en la planta baja, Jacques recibe al doctor sujetando una pequeña bandeja de plata en la que se hallan sus honorarios.

“Gracias Lehman.” El doctor coge tres billetes y deja el resto en la bandeja. “No he trabajado hoy tanto como hubiera deseado.”

“Como usted considere, doctor.”

Gifford guarda los billetes doblados en el bolsillo interior de su americana y se dirige hacia la puerta principal, escoltado por Jacques.

“Señor Lehman, ¿Tiene la señora algún contacto con el mundo exterior, quiero decir conocimiento sobre la actualidad del país, la ciudad...?”

“No lo creo. Aquí no se compra el periódico desde que... desde la muerte de Lord Edwards.”

“Entiendo. Pero esto no significa que usted o los otros trabajadores no lo compren y lo guarden en digamos, la cocina, o algún lugar donde la señora no entre casi nunca.”

“Agnès lo trae a veces cuando volvemos de comprar en Narbona.”

“¿Lo trajo ayer?”

“Sí. ¿Pero qué tiene eso que ver con la señora?”

“No lo ha leído usted, ¿verdad, señor Lehman?”

“No.”

“No se preocupe. Son puras conjeturas. Gracias por su ayuda.”

“Desde luego.”

“Nos vemos entonces el miércoles. Cuídese.”

Y el doctor Gifford desaparece pensativo entre los jardines de la mansión Durroway, mientras Jacques se dirige a la cocina, directo a la mesa donde reposa el periódico del día anterior.

Las escapadas secretas de Daisy.

Como muchas otras noches, y a pesar de la rigurosa ingesta de somníferos, la señora Durroway no logra conciliar el sueño. Así que, acostada en la cama, se traslada a un lejano pasado sin necesidad de moverse de la habitación.

Una pequeña Emily observa ahora a su madre, que se halla sentada en la mecedora de flores cercana a la ventana, con la mirada perdida más allá de los jardines; lejanamente inalcanzable para ella. Y como por arte de magia, cuándo Emily intenta descifrar la escena, sintiendo la tristeza de su madre, pero sin ver las lágrimas que confirmarían sus sospechas; Juliette gira la cabeza lenta y tiernamente hacia la niña que la observa, sentada inmóvil al lado de la casa de muñecas, y la acaricia con sus ojos verdes, acompañando el gesto con una leve sonrisa. Por unos breves segundos ese gesto tranquiliza la ansiedad de Emily, que se queda absorta en la frágil belleza de su madre. Entonces, apoyando las ligeras palmas de la mano en los brazos de madera de la mecedora e impulsándose débilmente hacia arriba, Juliette anuncia con voz melodiosa: “Vamos a dar un paseo por el jardín, ¿de acuerdo cariño?”

Y Emily se inunda de alegría, sus ojos grises brillantes y abiertos, sus pequeños dedos buscando la fría mano de su madre, el ímpetu de sus piernas guiándola hacia la puerta de salida de tan silenciosa habitación.

“Haremos un bonito ramo de flores, ¿eh pequeña Emily?”

“¿Para papá?”

“Sí. Para papá.”

La caída de la tarde avanza con los pasos de la mujer y la niña, absortas las dos en la extraordinaria belleza de los vivos rojos de las amapolas, la frágil y deliciosa esencia de las violetas, el limpio e inocente blanco de las margaritas, capaz de borrar de un solo suspiro los más oscuros pensamientos. Los limoneros fascinan a Emily, mientras Juliette apoya sus delicadas rodillas en la tierra fértil y corta cuidadosamente dos esbeltos lirios. Cuando la calidez de los rayos del sol empieza a menguar, una sombra aparece entre las finas arrugas que empiezan a dibujarse en el rostro de Juliette.

“¿Le damos las flores a papá?”

“Sí cariño.”

Y juntas, delante del frío mármol, la mano grande y la mano de dedos pequeños dejan un bello ramo de flores, donde el robusto cuerpo de Lord Arthur Durroway yace enterrado.

#

Un piso más abajo, mientras la señora Durroway sueña y recompone como puede su pasado, Daisy espera ansiosa en su habitación. La espera se le hace eterna, recostada en su estrecha cama, en la más absoluta de las oscuridades. Cuando el reloj de mesa situado en la pequeña cómoda indica finalmente el momento preciso y precioso, la chica se desliza silenciosamente fuera de su minúscula habitación, recorriendo de puntillas la alfombra que esconde las escaleras que suben hacia la biblioteca.

Allí, la joven muchacha espera en el amplio balcón mientras inhala profundamente el aroma dulzón de esas pequeñas flores blancas que ya empiezan a florecer, y de las cuales nunca puede recordar el nombre, por mucho que Vincent se lo repita. Daisy admira las sombras que dibujan los álamos al lado del estanque, que bailan al son del murmullo del agua que brota de las fuentes blancas, coronadas con esa estúpida estatua, que a su parecer es como el fantasma de un querubín.

La llegada del jardinero, Vincent André, interrumpe su ensoñación, obligándola a volver al mundo real, a través de los morenos y fornidos brazos que rodean la fina cintura de la chica.

“¿Cómo ha ido hoy?” Vincent la besa tiernamente en la vertiente derecha del cuello, apartando los rizos castaños que caen sobre hombro.

“Es la misma historia cada día, Vincent. Estoy harta de estar aquí.”

“Bueno, piensa en el futuro Daisy: esto terminará tarde o temprano.”

Ella se deshace del abrazo y se inclina hacia el jardín apoyada en el frío mármol.

“Ya sabes lo que dicen: -suspira-, mala hierba nunca muere.”

“Nadie puede vivir eternamente. Además, no creo que aguante más de dos o tres años, la mujer se consume de amargura...”

“¡Tres años!”

“Es verdad que es una persona difícil, Daisy, pero quizás estés exagerando un poco...”

“¿Exagerando? Vincent, escúchame: esta tarde, cuando fue a pasear al jardín, se encontró con una de las crías de la gata que ronda por la cocina, ¿y sabes qué hizo? Se acercó como si fuera a acariciarla... ¡y de repente le propina una patada! La vi desde la ventana. Sonrió maliciosamente cuando el animal huía gimiendo y aterrorizado. ¿Por qué haría algo así, sin más?”

“Quizás haya tenido un mal día, y lo haya pagado con el pobre animal.”

“Todos los días son malos para ella. Y esta librería, entera de animales disecados, ¡es horrible!” Daisy echa una hojeada al interior de la biblioteca, donde las cabezas de ciervos cuelgan entre la oscuridad de las paredes cercanas al escritorio de madera.

“Seguramente sean de Lord Edwards, dicen que le gustaba mucho cazar.”

“Lo que tu digas, pero es insoportable.”

“No pensemos en ello ahora. Disfrutemos de nuestro tiempo y no lo perdamos hablando de la señora Durroway, ¿de acuerdo?”

“De acuerdo.” Y sonriendo, con la facilidad que olvidan los niños los fastidios banales, Daisy pregunta: “¿Vamos?”

La mansión contiene, en la segunda planta, adornada con unos extraordinarios balcones que dan al jardín, una enorme y espaciosa biblioteca. Las robustas estanterías de madera, llenas de libros, llegan hasta el techo decorado con laboriosas cenefas y filigranas. Subiendo a cualquiera de las tres escaleras de madera sujetas a las monumentales estanterías, se pueden encontrar más de tres mil libros de todos los temas, cubiertas, medidas y colores. Daisy observa siempre maravillada y envidiosa tan hermoso espectáculo de palabras, colores, y olores, entremezclados en una aura de dignidad y sosiego, de esa paz que da la lectura.

“Tú dirás.” Vincent sonríe, regalándole el don de la posibilidad, pues en realidad el placer de estos encuentros se halla para el jardinero en la observación de los pequeños dedos de Daisy arrastrando suavemente las páginas, la concentración de la que hace gala al verbalizar de manera candente todas esas letras impresas, dándole vida a cualquier historia antes desconocida para él. Daisy recurre a su sistema de selección aleatoria, que tan buenos resultados le ha dado anteriormente. Así descubrió en las gélidas noches de enero a Wilde, Poe y Virginia Woolf.

La muchacha se dirige a la segunda escalera, que queda a su derecha, y sube nueve escalones, dos más que la última vez. A continuación pasa suavemente los dedos por los laterales de las cubiertas de los libros que tiene delante, cierra los ojos y se detiene en uno de ellos. Sin abrir los ojos aún, se sujeta con una mano en la barandilla para proceder con la otra a sustraer el volumen escogido,

hasta sacarlo de su compacto espacio. Entonces abre por fin los ojos y desvela lo que le ha deparado el destino: “Cándido” de Voltaire.

Pero antes de que Daisy empiece a descender de las alturas literarias, los pasos indecisos en el pasillo, acompañados de una tenue luz que se aproxima a la entrada de la biblioteca, interrumpen los planes de la pareja. El impaciente rostro de Vincent muestra unos ojos azules más abiertos que nunca, haciendo patente que él también ha detectado la amenaza.

La señora Durroway dejó bien claro cuando contrató a cada uno de sus trabajadores que la biblioteca no era un lugar para pasar el tiempo durante sus escasas horas libres, y ser descubiertos allí a altas horas de la madrugada bien podría causarles el despido. Sin intercambiar palabra, los ojos de los dos intrusos se cruzan para acordar en silencio que la única opción es esconderse en el primer lugar que encuentren hasta que el peligro haya desaparecido. Quizás solo se trate de Jacques realizando una ronda nocturna, o de Agnès dirigiéndose de puntillas a la cocina para deleitarse con alguna de las múltiples sobras de la cena de la Sra. Durroway.

Así, Vincent escoge la pesada cortina del ventanal, apagando la vela que sustenta la única iluminación de la que disponen, mientras Daisy opta por rezagarse detrás de uno de los sillones de lectura en la esquina opuesta al escritorio del difunto Lord Edwards.

En ese momento de respiración entrecortada, en el que después de la oscuridad los ojos se acostumbran lentamente a la metalizada luz de la luna que penetra los cristales del ventanal, Daisy y Vincent contemplan estupefactos como una delgada figura aparece en la puerta de la biblioteca y se detiene unos instantes.

Al alzar la vela que lleva en la mano para ver la sala, distinguen los húmedos y grises ojos de Emily Durroway.

El despertar de Emily

Por primera vez en muchos años, al abrir los ojos y encontrarse con el techo de su dormitorio, Emily decide que hoy desayunará en el jardín. Por eso ha apretado el timbre del interfono a la cocina y le ha pedido a Agnès que le prepare la mesa exterior.

“Y díles a Jacques y a Daisy que estén preparados a las 9:00 para ir a la ciudad.” Añade.

Sentada en la silla blanca de hierro forjado, la señora Durroway desayuna más de lo que ha comido en los últimos tres días, y bebe de un solo trago el zumo de naranja que hasta hoy dejaba intacto cada mañana. Mientras unta con cierta alegría las tostadas con mantequilla y mermelada de naranja amarga, surge de su garganta una extraña melodía que tarda varios segundos en identificar. Una canción muy antigua sin duda, piensa Daisy cuando acude al jardín ya lista para su inusual excursión a la ciudad.

“Buenos días señora.”

“Oh, no, no, no.” Emily señala con el vaivén de la mano la silla vacía a su lado: “Toma una tostada, querida. No hay prisa. Tenemos un día muy largo por delante.”

La mente inquieta y despierta de Daisy no tarda demasiado en comprender que tan sorprendente cambio de actitud debe tener por fuerza alguna relación con la extravagante visita nocturna de la señora a la biblioteca, hecho que sin duda activa de inmediato su curiosidad. Por primera vez en los ocho años que trabaja para la señora Durroway reconoce en ella un brillante, y por eso, extraño humor. Sin embargo, y a pesar del cuidado que ha puesto en su aplicación matutina de cremas y maquillaje, sus ojos grises se ven enrojecidos y cansados.

Medio café con leche después, Jacques aparece en el jardín y dirigiéndose a la señora Durroway hace un movimiento de cabeza hacia la cochera. Como respuesta, Emily se limpia los labios mediante unos breves toquécitos con la impoluta servilleta que apoya en sus rodillas, se levanta y asiente con la cabeza.

“Voy a buscar mi bolso. Espéranos en la entrada.”

El corto trayecto hasta Narbona transcurre tranquilo y silencioso para los tres ocupantes del viejo vehículo. Jacques conduce concentrado, o al menos eso aparenta, mientras que la señora Durroway y Daisy comparten silencio en los asientos traseros. Emily, sin expresión alguna, mantiene su mirada a través del cristal de la ventanilla derecha, mientras Daisy alterna sus miradas a Jacques, la ventanilla izquierda, y la señora Durroway de refilón. Ésta permanece en silencio hasta que llegan a la entrada de Narbona, cuando por fin decide anunciar su primer destino: “A la farmacia Santé, Quai Victor Hugo.”

Cuando el coche se detiene delante de la antigua farmacia, la señora da órdenes a ambos ocupantes de que la esperen en el vehículo. Emily se apea decidida y tarda veinte minutos en regresar. En todo este tiempo de espera, Daisy se entretiene observando a la gente que pasea por el paseo que sigue el curso del canal.

“Bajo un momento.”

Jacques abre la boca para oponerse a la decisión de Daisy, pero cuando se da la vuelta hacia el asiento de atrás ella ya ha cerrado la puerta en sus narices y corre hacia el centro del paseo, donde se detiene en el balcón de piedra y observa las aguas tranquilas del canal.

Daisy deja que el viento le acaricie las mejillas, mientras las barcas pasean deslizándose silenciosas y tranquilas por las aguas, y desea, en lo más interno de su corazón, que lo que sea que haya hecho cambiar a la señora Durroway no desaparezca nunca. Aunque ella no puede ser

consciente de lo que tal deseo implica.

A unos cincuenta metros de distancia, un hombre vestido con americana gris y las manos en los bolsillos observa concentrado la orilla del canal. Justo cuando Daisy repara en su presencia, la grave voz de Jacques alerta a la muchacha de que su breve tiempo de libertad se ha terminado por el momento.

La señora Durroway abre la puerta del coche ella misma, con una fuerza que parece imposible que pueda provenir de sus endebles brazos, justo unos segundos después de que Daisy haya puesto su culo en el asiento trasero.

“¿Ha encontrado lo que buscaba, señora?” Pregunta Jacques.

“Más o menos. El doctor me recetó un nuevo preparado en su última visita, esperemos que funcione. ¿Te gusta el paseo Daisy?” Y sin esperar una respuesta añade: “No sé que tiene este paseo que encanta a todas las jovencitas. Sin embargo no es conveniente transitarlo a solas cuando se esconde el sol. Aunque supongo que no debo preocuparme por eso en tu caso. Créeme que aunque no te lo parezca, estas mucho mejor en la mansión, querida. Bien, nuestra siguiente parada es el número 24 de la Rue Louis Blanc.”

En la memoria de Jacques esa dirección significa algo, pero hasta que no llega delante del portal no consigue recordarlo, y aún así, ninguna palabra sale de su boca al respecto. Pero sin duda la visita a la ciudad se le antoja mucho más misteriosa ahora de lo que le ha parecido en un primer momento.

La correspondencia de Olivier

Olivier Legrand se encuentra en su pequeño huerto cuando el timbre emite un sonido breve y conciso. Con las manos llenas de tierra, y un poco molesto por la interrupción en uno de sus menesteres favoritos, Legrand no tiene más remedio que averiguar a qué se debe tan inoportuna visita.

Al acercarse a la reja del jardín, distingue el coche negro aparcado siempre delante de la mansión Durroway, y reconoce entonces la figura delgada que espera pacientemente en la puerta.

“Buenos días, señor Legrand.” El hombre, ataviado con unos cincuenta años muy bien llevados, sonrío educadamente mientras adelanta gentilmente su mano, en la que Olivier identifica un sobre de regular medida, lacrado con cera.

“Traigo una carta para usted.”

“Gracias Jacques.”

“Y un paquete.” Añade, a la vez que le entrega una pesada caja de gran tamaño, visiblemente envuelta con esmero. Olivier sonrío extrañado mientras acepta el paquete.

“¿Todo bien?” Pregunta.

“Sí señor. Todo está en orden. La señora me ha pedido que le entregue esto y le comunique que le espera para tomar el té el próximo jueves a las cinco.”

“Allí estaré.”

“También me ha dicho que es importante que abra la carta antes que el paquete.”

“Entonces, así lo haré. ¿Hay algo más que deba comunicarme, Jacques?”

El recto hombre parece dudar un segundo, hasta que finalmente responde: “No señor.”

“Entonces puede usted irse. Hasta el próximo jueves.”

“Que tenga un buen día, Señor Legrand.”

“Lo mismo digo. Cuídese.” Sin más palabra ni dilación, Olivier da media vuelta y cierra lentamente la puerta, dirigiéndose al interior del castillo.

Allí, en el baño, se lava cuidadosamente las manos y se deshace de la vieja camisa y los pantalones que lleva, para sustituirlos por su bata preferida, acolchada y de color rojo oscuro, que aunque un poco deshilachada aún conserva el brillo propio de los artículos de buena calidad.

Cuando por fin llega al sillón de piel frente a la chimenea de la sala de estar, Olivier se aposenta cómodamente y procede con diligencia a abrir la correspondencia, esta vez con más interés que en ocasiones anteriores, pues la mayoría de las veces que Jacques le entrega las regulares cartas de la señora tiene la rutinaria seguridad de saber de antemano cada una de las palabras que se dispone a leer. Sin embargo esta vez parece que el paquete augure ciertos cambios en la misiva.

Entre sus exhaustivas sesiones de maquillaje, lectura y paseos por el jardín, pocas son las visitas que recibe Emily Durroway a medida que van pasando las estaciones.

En raras ocasiones se presenta el enigmático Olivier, de edad notablemente más joven y talante opuesto; hecho que ha suscitado más que algunos rumores, pues pocos han entendido nunca tal deferencia por parte de la fría mujer. Pero con él, alto y delgado, de orejas divertidamente de soplillo, todo es distinto. Ningún grito, reprimenda o insulto ha salido jamás de los finos labios de Emily en presencia de tan esperado visitante.

Olivier siempre ha correspondido cordialmente a este trato especial, aunque tampoco él comprende la razón de tan arraigada predilección desde el momento en el que se conocieron. La

señora le mandó una invitación de té poco después de que él se instalara definitivamente en el castillo, alegando una urgente charla acerca de ciertos artículos de anticuario, lo que tenía cierto sentido, pues ese era exactamente el trabajo de Olivier por aquel entonces. Y desde esa primera cita, él ha acudido más o menos regularmente a la mansión, siempre a petición de ella, mediante carta, recibida rigurosamente con dos días de antelación a la invitación.

Aunque Olivier nunca ha sentido un sincero afecto por ella, sí ha surgido, a lo largo de estos cinco años, el aprecio y la compasión en él, y no tan solo por la señora Durroway, a quién ve sola y mayor, sino también por la improvisada familia en la que se han convertido todos los que habitan en la mansión.

Aposentado en su sillón favorito, Olivier rasga el sobre con el abrecartas, para extraer de él una cuartilla vieja y amarillenta. Se diría que la señora Durroway sigue utilizando el juego de cuartillas que compró hará ya más de veinte años, tan escasa es su correspondencia y su contacto con el exterior. La letra irregular que bien podría haber sido de un médico si no supiera de la procedencia de la carta, ocupa esta vez más espacio del usual en las típicas invitaciones.

“Estimado Monsieur Legrand...”. Olivier desliza los ojos por las palabras, intentando descifrar algunas de ellas, más difíciles de entender que de costumbre, pues parece que la señora tuviera prisa por terminar de escribir o lo hubiera hecho con la menor de las ganas.

Al avanzar en el texto, Olivier se da cuenta, decepcionado, de que se había formado inútiles ilusiones, pues aparte de un par de párrafos destacando la importancia de su asistencia a la invitación, en poco dista esta carta de las muchas otras que ha recibido a lo largo de los años. Así que cierra parsimoniosamente la carta, y alarga uno de sus lánguidos brazos hacia la mesita redonda donde reposa la lámpara de lectura, abriendo el pequeño cajón que se halla en su interior, para dejar el sobre allí junto con otros muchos de idéntico parecido. Acompaña el desidioso movimiento de su mano con una especie de gruñido vago y cansado, fruto de la pereza que le comportan estas pequeñas y, a su modo de ver, absurdas reuniones sociales. Aunque esta vez tiene un incentivo para la próxima reunión: Olivier coge el paquete con extrema delicadeza y se desplaza hasta la sala de restauración.

Una vez allí, con sumo ritual y lentos movimientos, procede a abrirlo para encontrar en su interior uno de los más bellos relojes que jamás haya visto.

La llamada de Cécile

Cécile marca lentamente los números anotados con prisa en el reverso del paquete de Gauloises, mientras aguanta el teléfono con el cuello y el hombro a la vez. A continuación coge el bolígrafo que se encuentra al lado del revistero y utiliza el reverso de una de las revistas como soporte de escritura.

Los monótonos tonos de espera se van sucediendo mientras Cécile garabatea algo sin sentido en el papel. Al séptimo tono, finalmente una voz masculina y grave responde al otro lado:

“Allô”

“Soy Cécile.”

“¿Y bien?”

“Me vino a buscar a la tienda un policía apellidado Lambert, después, más tarde otro policía que se hacía llamar Sherade me llevó a comisaría.”

“¿Has identificado el cuerpo?”

“Sí.”

“¿Cuál es el nombre del forense que se ha encargado de hacerlo?”

“Gilbert. Un hombre calvo, con gafas.”

“¿Te han preguntado acerca de las actividades de Lefèvre?”

“No.”

“¿Nada, ni una pregunta?”

“El segundo inspector me ha preguntado de qué trabajaba Marie, sólo eso.”

“¿Y qué le has dicho?”

“Que era camarera en la Rue des rêves desde hacía un año, de lunes a sábado en los turnos de noche.”

“¿Y ya está, no le has dicho nada más?”

“¿Es lo que me dijisteis, no? Ahora quiero...”

El hombre interrumpe la frase y sigue con su interrogatorio: “¿Quién lleva el caso?”

“No lo sé, supongo que uno de los dos policías. Probablemente el segundo. ¿Cuándo podré...?”

“Estaremos en contacto, buenas noches.” Y la voz al otro lado desaparece súbitamente.

Llena de frustración, Cécile observa las anotaciones que ha hecho en el reverso de la revista: 40 años, fumador, agua de fondo. En un suspiro en el que intenta recobrar su fortaleza, coge uno de los cigarrillos y lo enciende mientras se deja caer en el sofá Chester de piel negra.

#

Al otro lado de la ciudad, Jean Gilbert limpia cuidadosamente el cuerpo inerte de Marie, mientras las notas de la nocturna para violín y piano de Chopin acompañan sus concienzudos y suaves movimientos con la esponja. Como a todo buen hombre de ciencia, a Jean le gusta la pulcritud en su lugar de trabajo, y eso se refleja en el extremo orden de la morgue. Quizás sea ésta la única manera de hallar un poco de sentido y previsión en un lugar donde cada día se hace fehaciente la imprevisible vulnerabilidad de la raza humana.

Una vez terminada la tarea, el forense retira los guantes de sus manos, da un paso hacia atrás de la camilla, y con la mirada fija en ella, mete una mano en el bolsillo de su bata blanca y saca un puñado de pistachos. Los acerca a su boca pausadamente, uno a uno, sin apartar la mirada del rostro de Marie Beaumont. Absorto en la música, el sabor de los pistachos y sus pensamientos,

Jean no se percató de la presencia de Sherade hasta que su voz interrumpió el ritual en el que se halla inmerso.

“¿Chopin y pistachos?”

Un breve espasmo se refleja en los gruesos labios y los hombros de Jean Gilbert ante tal intromisión.

“Siempre toca Chopin cuando los lavo, no se me ocurre una despedida mejor.”

“Jean, es muy raro verte comer los pistachos... así...”

“¿Así cómo?”

“En la morgue. Mirando a la pobre chica.”

“Estoy pensando.”

“¿En qué?”

“En que como la mayoría de los que vienen aquí, esta chica era demasiado joven para morir, si es que hay una edad en la que morir sea justo. El agua entró en los pulmones post-mortem.”

“O sea que la echaron al canal una vez muerta. ¿Cuál fue la causa de muerte, estrangulamiento?”

“No. Eso también fue post-mortem. De ahí la importancia de tener paciencia antes de hacer juicios precipitados en la escena del crimen sin las herramientas necesarias.”

“Bueno, vale, ¿entonces qué fue?”

“Te haré esperar un poco, creo. Un par de minutos sólo, para entrenar tu paciencia. Tómalo como una gimnasia mental. ¿Quieres un pistacho? Pero no me tires las cáscaras al suelo, que éste es un sitio serio.”

“¿Te parece ésta una situación para estar haciendo bromas? ¡A veces pareces un maldito psicópata Jean!”

“Al contrario. Es una cuestión de respeto hacia la víctima que uno no extraiga conclusiones precipitadas. ¡Como si este trabajo lo pudiese hacer cualquiera en un momento y echando sólo una ojeada! La ciencia precisa de tiempo, eso es lo que quiero que entiendas.”

“Desde que te casaste estás insoportable.”

Jean alarga la mano donde guarda las cáscaras de los pistachos hacia la papelera, y con la misma mano sube el volumen del radiocasete. Los dos hombres se aguardan con la mirada fija, las notas del violín y el piano sobrevolándoles, hasta que las agujas del sobrio reloj de la morgue marcan las 19:00h.

Entonces Jean Gilbert vuelve a alargar la mano y baja el volumen del radiocasete al mínimo para dar la explicación que Sherade lleva tanto tiempo esperando.

Las galletas de canela de Agnès

Agnès se ve obligada a registrar todos los cajones y armarios de la cocina para encontrar la receta de las galletas de almendras y canela debido a la inusual petición de la señora Durroway. Eran las favoritas de Lord Edwards, y han pasado ya muchos años desde la última vez que las preparó.

La mujer pasa la mano por los profundos cajones adyacentes al horno, -pues no se le ocurre un lugar mejor donde ella misma la hubiera podido dejar- y se pregunta a qué viene este súbito interés por tal receta. Después de darle un par de vueltas a este pensamiento, la robusta cocinera decide atribuirlo a una más de las excentricidades de la señora: excentricidades que, aunque de una manera más amigable, si se puede decir así, se han multiplicado durante los últimos dos días.

Al cambiar de cajón, Agnès se acuerda del mes y la semana en la que vive, y atribuye el comportamiento de la señora al aniversario de los catorce años de la muerte de Lord Edwards. Cuando por fin sus gruesos y cortos dedos palpan el cartón duro y viejo del recetario embutido en el fondo del armario de las bandejas, un resquicio de pena asoma en su pecho al recordar como era su vida entonces en la mansión.

Agnès había sido contratada por Lord Edwards hacía ya diecisiete años, cuando él aún vivía solo y ella se había dado cuenta rápidamente de que el convento no era la solución ideal que había esperado. Agnès siempre había buscado una paz que le era difícil de encontrar, aunque a temprana edad se dio cuenta de que trocear alimentos la sumergía en un estado de concentración que le resultaba muy agradable. Pronto descubrió que ese estado lo podía conseguir con todas las actividades relacionadas directamente con el arte de cocinar: lavando alimentos, mientras el agua fresca le acariciaba las manos y los vivos colores de las hortalizas se volvían intensos y brillantes; contemplando el agua hasta que ésta alcanzaba la ebullición, un proceso lento pero constante que culminaba con un baile de burbujas que rompían la monotonía en la cazuela o inhalar profundamente el agradable olor de las galletas que se disponía a cocinar, un regalo al paladar que era su única responsabilidad y creación. Por eso Agnès decidió que el convento podría satisfacer sus necesidades de paz a la vez que le permitiría practicar esas tareas que tanto le gustaban, lejos del ruido y las complicaciones derivadas de formar parte de una sociedad que le resultaba demasiado compleja.

Pero la receta no funcionó. La innovación gastronómica no era una constante en las regulares y sencillas costumbres culinarias de L'abadie de Fontfroide. La cocina de las hermanas era oscura y fría, y apenas podía distinguir el vivo verde de la lechuga del rojo llameante de los tomates, aunque bien es cierto que su olor a huerto la reanimaba cada vez que cocinaba. Por otro lado las noches se le hacían eternamente largas en su austera celda, y todo el tiempo que no pasaba en la cocina le llenaba la cabeza de pensamientos grises y caóticos, lo que le provocaba cierta desazón y una clara sensación de claustrofobia. Por eso, siempre que podía, y cuando no estaba en la cocina, Agnès paseaba lentamente por los jardines y alrededores de la abadía, lloviera o reluciera el sol, en busca de esa paz que no encontraba dentro de las gélidas paredes del monasterio.

Y fue precisamente en uno de esos paseos cuando conoció a Lord Edwards.

El apuesto caballero, según le habían contado la hermana Frances y la hermana Camille, donaba dinero al convento regularmente, y lo solía visitar una o dos veces al año. El día que se conocieron Lord Edwards la encontró sentada en una piedra a la orilla del riachuelo, llorando silenciosamente. Ella llevaba tanto tiempo sintiéndose triste que agradeció el alivio de encontrar a alguien completamente desconocido a quien poder contarle que había sido un error ingresar en el convento, pero que tampoco podía irse porque no tenía otro lugar al que ir ni nadie que la

esperara.

Lord Edwards no tardó más de cuatro minutos en ofrecerle un puesto de cocinera en su mansión, pues se dio la combinación idónea de que le había quedado una vacante hacía una semana, y él no podía soportar ver llorar a una mujer.

Ese mismo día Agnès abandonó el convento subiendo al coche de Lord Edwards y nunca más miró atrás.

El cambio fue para bien sin duda alguna. En la mansión la luz entraba por todas partes y las enormes ventanas de la cocina daban al jardín y al huerto, una gozada para alguien que ansiaba la luz tanto como Agnès. Lord Edwards le daba libertad para cocinar prácticamente todo lo que quisiera, pues todo lo que hacía en ese estado de paz y felicidad resultaba riquísimo. Si hubiera tenido otro carácter, pensaba Lord Edwards, hubiera podido ser una de las mejores Chefs de Francia. Pero ella nunca pensó en esa posibilidad, pues su vida en la mansión era felizmente completa en relación a sus aspiraciones.

Absorta en el recuerdo, Agnès acaricia las viejas páginas del recetario, sin darse cuenta de la presencia de la señora Durroway, que la observa curiosa.

“Veo que por fin lo has encontrado.” La voz de Emily es recibida por la cocinera como un chorro de agua fría, obligándola a salir de un mundo en el que se sentía perfectamente cómoda, para volver a una realidad complejamente distinta, hasta que por fin reacciona:

“Sí, sí. Me ha costado un poco, hace tanto tiempo que no usaba este libro...”

“Manos a la obra entonces. El señor Ladd vendrá dentro de cuatro horas y el señor Legrand dentro de seis. Quiero que esté todo perfecto.”

“Sí señora.”

“Le diré a Vincent que te traiga unas hortalizas del huerto para que prepares una ensalada. Comeremos en media hora. Si acaso ya prepararás después las galletas para el té.”

“Sí señora.”

Emily frunce el ceño, pero no añade nada más antes de irse de la cocina. Evidentemente, en su extraño humor, no entiende el miedo que le tiene Agnès, pues por primera vez desde hace muchos años, está tan concentrada en el futuro que ha olvidado cómo eran las cosas en la mansión hace dos días.

Sin embargo, la memoria de sus empleados, ajenos a las intenciones de su excéntrica señora, es sin duda mucho más duradera.

Los negocios de Madame Lefèvre

El silencio se ve roto de vez en cuando por el paso de algunos transeúntes en la rue Corneille, un estrecho callejón que esconde el encanto del pasado irrecuperable.

Sherade puede discernir por la manera de andar, entre otras cosas, la procedencia de la gente con la que se cruza. Los habitantes de la ciudad, por ejemplo, andan a menudo con la mirada hacia el suelo, inmunes a la serena belleza de las antiguas casas o las coloridas ropas tendidas que parecen entrelazarse unas con otras, y apenas dejan pasar los últimos rayos de sol. Los visitantes extranjeros, en cambio, avanzan con las cabezas levantadas, observando a uno y otro lado de la callejuela, parándose de vez en cuando y observando el estrecho cielo que se deja entrever en la fina línea azulada que separa los edificios de cada lado de la calle. Para estos visitantes, ajenos a los secretos de la rue Corneille, el “Rue des rêves” pasa completamente desapercibido.

Así lo quiso Madame Lefèvre, desde el momento en que inició el negocio al que suele referirse como club de propia creación, en el que la exclusividad de la clientela o afiliados -tanto da como quiera llamárseles- es una de sus peculiares características. Sin embargo Sherade conoce bien su ubicación. Ni siquiera le hace falta buscar la pequeña señal, una especie de “m” rasgada sobre el sucio metal de la farola vecina a la entrada del portal en cuestión. Puesto que Madame Lefèvre nunca quiso tener a alguien vigilando en la entrada, -hecho que hubiera llamado la curiosidad de cualquiera que pasara por allí-, estableció ya hace más de veinte años un método en el que los que quisieran entrar y fueran bienvenidos pudieran comunicar su presencia mediante una sencilla combinación de golpes, que cambia regularmente para alejar a cualquier cliente no deseado o que haya dado problemas con anterioridad.

Al llegar al portal, Sherade recuerda la primera vez que conoció a Madame Lefèvre. En aquellos tiempos ella era una joven de belleza un tanto oscura para aquel muchacho que acababa de entrar en el cuerpo de policía e investigaba su primer homicidio como ayudante del entonces Inspector Jefe Gauvin Bachelard.

Era una tarde de noviembre y una lluvia débil pero constante hacía resbaladizos los adoquines de la rue Corneille. Mientras los dos avanzaban por el callejón, lo único en lo que podía pensar Sherade era en no resbalar y caerse delante de ese hombre al que tanto admiraba. Anduvieron en silencio hasta que llegaron delante de la boulangerie, cerrada a aquellas horas, y Bachelard se detuvo. Entonces, apretó el timbre instalado al lado de la persiana bajada y llena de mugre: dos tonos cortos, uno largo, y otro muy corto.

“Vamos.” Dijo mientras se daba la vuelta y se dirigía al otro lado de la calle. En breves segundos, el ruido de cerrojos se sobrepuso al de la lluvia, y una pequeña puerta lateral en el edificio se abrió. Detrás de ella, una niña de no más de siete años, y de enormes ojos verdes, asomó la cabeza.

“Dile a tu mamá que Bachelard quiere verla”, dijo suavemente el inspector jefe agachándose hasta ponerse a su altura.

“Vale”, contestó ella afablemente, y se fue corriendo escaleras arriba.

Aún delante del portal, Sherade apaga el cigarrillo que no recuerda haber encendido, y se dirige al timbre de la tienda de souvenirs que se halla donde antiguamente estaba la boulangerie, para apretarlo con dos tonos cortos, uno largo, y uno muy corto. Aunque no siempre sean bienvenidos, la combinación para la policía es la única que no ha cambiado en todos estos años. Al otro lado, la pesada puerta de hierro emite un sonido eléctrico que indica que la están abriendo con el portero automático.

Sherade la empuja con el hombro y se adentra en la escasa luz del interior del portal. Arriba, al final de la escalera, vestida con uno de sus peculiares y escotados vestidos negros, Madame Léfèvre comprueba que cierre la puerta tras de sí:

“¡Inspector! He estado esperando su visita. Suba, hablaremos en mi despacho.”

Éste mira brevemente la puerta de su izquierda, en la que intuye una suave música y diversas voces. Después asciende por la escalera hasta llegar al despacho de Silvie Lefèvre.

“Entonces supongo que ya sabe porque estoy aquí.”

“Por supuesto.”

“Hábleme de la chica.”

“Sólo servía en la barra. Horario de día.”

“¿Sólo en la barra, de veras?”

“No sea cínico. Ese era nuestro trato. De todos modos, era demasiado dulce para exponerla. ¿Sabe ya quién lo ha hecho?”

“¿Quién ha hecho qué?”

“Las chicas creen que ha sido uno de los clientes.”

“Nadie ha dicho que se trate de un homicidio.”

“Vamos inspector, estas chicas no son tontas, conocen lo mejorcito de la ciudad y saben de lo que algunos hombres son capaces.”

“Ni que así fuera. ¿No hemos quedado en que sólo servía?”

“Algunos se habían interesado por ella. Es normal, la veían en la barra mientras esperaban su habitación. Tenía un pelo muy sedoso... lo que quiero decir es que hay algunos que no entienden ni aceptan un no por respuesta. Son posesivos, dominantes... Consiguen lo que quieren, a cualquier precio.”

“¿Algún nombre en concreto?”

“No puedo darle nombres, inspector. Son mis clientes, tengo que respetar su anonimato.”

“Y aún así, una de sus chicas ha muerto.”

“¿Sabe cuántas familias se romperían tan sólo por saber que esos hombres han estado aquí?”

“Quizás les haríamos un favor...”

“No voy a ser yo quién juzgue eso. De todos modos, si quiere puede preguntar a las chicas. Chloé estaba con Marie en la barra. Ellas no saben sus nombres reales, pero quizás le pueda dar alguna descripción. Entra en media hora.”

“¿Qué sabe de las relaciones personales de Marie? ¿Salía con alguien?”

“No lo sé. No era de las que hacía confidencias. Otras chicas son más abiertas, cuando necesitan hablar acuden a mí, soy un poco como una madre para ellas. Pero Marie sólo servía, no es que tuviera mucho de lo que preocuparse. La verdad es que pocas veces hablaba conmigo más que para cobrar la mensualidad. Era una chica reservada, nuestra Marie.”

“¿Tenían buena relación?”

“Por supuesto, inspector. Yo me llevo bien con todas mis chicas. Al fin y al cabo son las que me dan de comer. Entonces, ¿va a coger al bastardo que la ha matado o no?”

“Esa es mi intención. Para eso estoy aquí.”

“Pues si no puedo ayudarle en nada más, tengo algunos asuntos que atender. Chloé debe estar cambiándose en la habitación de las chicas, en quince o veinte minutos estará en la barra. Espere

ahí y tómese algo. Invita la casa.”

Y sin esperar respuesta, Madame Lefèvre sale por la puerta de su despacho y desaparece por las escaleras.

La visita de Maurice Ladd

A pesar de la colorida y fresca ensalada preparada por Agnès, la señora Durroway apenas prueba bocado en la comida. Sentada a solas en uno de los costados de la extensa mesa del comedor, se muestra absorta en el paisaje al otro lado del amplio ventanal, mientras el plato de cerámica reposa prácticamente intacto en el mantel.

Cuando Agnès aparece por la puerta que comunica con la cocina y pregunta si desea que le retire el plato o quiere que le prepare algo distinto, Emily se limita a hacer un gesto con la mano como quien espanta a una mosca; al que Agnès responde llevándose el plato de la mesa y desapareciendo por donde ha venido.

Al cabo de unos diez minutos en la misma posición, la señora Durroway sale de su estado mediante un súbito parpadeo y grita: “¡Daisyyyyyyyyyyyyyy!”

Al no obtener respuesta en los tres segundos de silencio que se deslizan ante ella, vuelve a insistir en su grito, esta vez aún más fuerte: “¡Daisyyyyyyy!”

La chica aparece por la puerta principal del comedor, con la respiración entrecortada:

“¿Sí?”

“Voy a dar una vuelta por el jardín, no quiero que nadie me moleste. Dile a Agnès que se asegure de tener el té y las pastas preparadas para cuando venga el señor Ladd. Y cuando vuelva del paseo querré darme un baño.”

“Sí señora.”

“Con el agua tibia. La ropa ya me la prepararé yo.” Añade mientras baja por las escaleras hacia el jardín.

#

A cuatro kilómetros de distancia, Maurice Ladd se halla sentado en el asiento posterior de su Delage Convertible azul marino, recordando su última conversación con John Edwards. Ni los catorce años que han transcurrido desde entonces, ni los que estén por venir, borrarán ese momento de su cabeza. Y ahora esa visita a la mansión aviva el recuerdo como un atizador aviva el fuego en una fría noche de invierno. Por otro lado, la señora Durroway ha envejecido rápidamente durante estos años, aunque sigue encontrando en sus ojos grises ese punto de brillante orgullo, algo que siempre ha indicado para Maurice una fuerza y resolución que no siempre se deja ver en sus actos. A su manera, piensa Ladd, siempre ha admirado a Emily secretamente.

Ya en el jardín de la mansión, Maurice le dice a su chófer que espere en el coche, y se dirige a la puerta mientras se ajusta la corbata y observa con disgusto como sus brillantes zapatos de piel negra se ensucian con el polvo de la grava del camino.

Al abrirse la puerta, los ojos de Jaques y Ladd se reconocen rápidamente, y se suceden unos segundos de silencio en los que ambos registran los cambios en las respectivas fisonomías que han causado las minutas de ese reloj que nunca se detiene, excepto para los que ya no están aquí.

“Bienvenido señor Ladd, es un placer volver a verle”, dice el mayordomo rompiendo por fin el incómodo silencio.

“Buenas tardes, Jacques.”

“La señora le espera en la sala del té, le acompaño.” Y después de cerrar la pesada puerta, dirige al invitado por el hall y el pasillo hasta llegar a su destino.

“El señor Ladd está aquí, señora.”

“Gracias Jacques, puedes retirarte.”

Por alguna razón que sólo Jacques conoce, su cuerpo se muestra dubitativo a abandonar la sala, hasta que rápidamente se da cuenta de lo absurdo de su actuación y se obliga a mover un pie detrás de otro en dirección a la cocina.

“Buenas tardes señor Ladd, le agradezco su visita.”

“Llámeme Maurice, por favor. Después de todo hace más de quince años que nos conocemos.” El hombre acompaña la frase con una sonrisa que pretende ser sincera.

“Así es. Pero adelante, siéntese.”

Como si todo hubiera sido ensayado, Agnès entra entonces por la puerta cargada con la bandeja de té humeante y las galletas recién horneadas.

“Espero que le apetecerá un buen té.”

“Veo que sigue conservando sus costumbres.”

“Por muy francesa que sea, sí. Me acostumbré con John, ya lo sabe. Aún así creo que hay costumbres que deberían internacionalizarse, cuando son de sentido común. No se me ocurre mejor manera de que dos antiguos amigos se reúnan por la tarde.”

Agnès coloca la bandeja en pequeña mesa de madera ubicada entre los dos sillones.

“Espero que le guste el Earl Grey. Aunque puedo pedirle a Agnès que prepare otro té, si lo prefiere.”

“Earl Grey está bien, gracias.”

Cuando Agnès termina de servir el té en las pequeñas tazas de porcelana china, hace un leve gesto, casi imperceptible, y se retira de la sala.

Entonces el silencio, mezclado con el intenso aroma de las galletas y el calor del té, envuelve a los dos interlocutores. Emily es la primera en romperlo:

“¿Cómo le ha ido durante estos años, señor Ladd?”

“Bien. Como pudo ver el otro día, la galería de arte sigue abierta y ha habido bastantes compradores en las últimas exhibiciones.”

“Me alegra que así sea. ¿Sigue usted soltero?”

“Me temo que sí. El matrimonio no es para mí. Nunca he comprendido a las mujeres y creo que ahora empieza a ser demasiado tarde.”

“Entiendo. Y su hermano... ¿cómo era su nombre...? ¿Cómo está?”

Maurice escruta los ojos de la señora durante un breve lapso de tiempo, sorprendido y dudoso.

Finalmente responde: “Bien gracias.”

“Como tuvo esos problemas hace tiempo... tengo entendido que lo ingresaron en un centro de...”

“Está todo solucionado -la interrumpe Ladd-, le agradezco su interés.”

Emily se acerca la taza humeante a los finos labios y añade: “Seguro que se ha preguntado por qué le he invitado a la mansión, después de tantos años.”

“Supongo que al pasar por la galería pensaría que podríamos reunirnos otra vez.”

“La verdad es que hace un par de días encontré algo...” Emily se levanta con la taza aún en la mano, para dirigirse a una de las estanterías de la pared opuesta a los ventanales, pero al rodear la mesa tropieza con una de las patas, tambaleándose y derramando así la taza de té caliente encima de la camisa de seda de Maurice Ladd, que se levanta del sillón cuando el agua hirviente entra en contacto con su piel.

“Oh, ¡Cuánto lo siento! ¿Le he quemado?”

“No, no pasa nada”, responde a regañadientes mientras aparta la camisa mojada que ahora se pega a su estómago.

“¡Agnééééésss! ¡Jaaaaaaaacques!”

Agnès y Jacques, aparecen por la puerta que da a la cocina rápidamente.

“Acompaña al señor Ladd a la habitación de invitados y dale una camisa. –Ordena a Jacques- Recoge la taza que se ha caído y limpia la alfombra. Cuando el señor Ladd se haya cambiado, lava inmediatamente su camisa, sécala y pláchala – esta vez las órdenes se dirigen a Agnès- ¡Vamos, vamos!”

Diez minutos después, Maurice Ladd vuelve a la sala donde la señora Durroway lo aguarda de pie al lado de la ventana.

“Lo siento mucho señor Ladd, una se vuelve torpe con la edad y le ha tocado a usted pagar por ello.”

“No se preocupe, le puede pasar a cualquiera.” Sin embargo, Maurice no sonríe esta vez afablemente.

“Por supuesto puede quedarse con la camisa.”

Ladd vuelve a sentarse, ahora en otro sillón.

“¿Qué quería enseñarme, señora Durroway?”

“Ah, sí, eso. Una tontería en realidad.” Emily alarga el brazo hacia Ladd. “Es sólo una foto de usted y John, pensé que le haría gracia.”

Maurice coge la foto con su mano derecha, y la nueva taza de té con la izquierda, y observa la foto mientras saborea el Earl Grey. Los dos hombres aparecen, en blanco y negro, enchaquetados y sonrientes en una vieja calle de Narbona que al principio no logra reconocer. Después, aunque lo intenta esconder, un atisbo de sombra cruza por su rostro, si bien la señora Durroway no aparenta haberse dado cuenta.

“Puede quedársela.” Emily esboza una ancha sonrisa en su envejecido rostro.

“Muchas gracias”. Maurice mira el reloj y añade: “Si no le importa, y aunque su compañía es muy grata, debería irme. He quedado con un cliente en la galería y no querría llegar tarde.” Al acabar la frase, coge de nuevo la taza y termina el té de un sorbo.

“Por supuesto. Ha sido un placer verle.”

“Lo mismo digo, señora Durroway. Lo mismo digo.”

Acompañado por Jacques, Maurice Ladd guarda la fotografía en el bolsillo interior de su americana negra, y se dirige a su coche donde su chófer le espera para alejarse rápidamente de la mansión.

La cena fría de Sherade

Sentado en el sofá del comedor de la casa que se esconde detrás de las rejas del número 127 de la Rue Rouget-de-Lisle, Sherade ojea el periódico que yacía abandonado en la entrada desde primera hora de la mañana. Por tercera vez relee el segundo párrafo del artículo dedicado al hallazgo del cadáver de Marie y repasa en su mente la lista de capullos entre los que puede encontrarse el responsable de que se hayan hecho públicos tales detalles.

El teléfono interrumpe sus predicciones cuando considera las posibilidades de que se trate del Inspector Philippe Lambert.

“¿Sí?”

“¿Has cenado ya?”

“No tengo hambre.”

“¿Eso es porqué ya has cenado?”

“No.”

“¿Te importa que venga a cenar?”

“¿No puedes cenar en tu casa?”

“Sophie ha organizado una cena con sus amigas y preferiría que no la importunase. Se ve que me lo dijo ayer, pero no la estaba escuchando.”

“Haz lo que quieras.”

“Te veo en diez minutos.”

“No tengo nada en la...”

Pero el sonido al otro lado del teléfono le indica a Sherade que Jean-Gilbert ya no va a oír lo que tenga que decirle.

#

Treinta minutos más tarde, los dos hombres mastican sus quiches en silencio sentados en el sofá, delante del televisor, acompañándolas de vez en cuando con un trago de cerveza.

“¿Ya has leído el periódico, verdad?”

“Así que lo sabías y no me has dicho nada.”

“Te hubiera tenido todo el día cabreado. Eso que me he ahorrado.” Jean da un largo sorbo de cerveza y deja la lata encima del cristal de la mesa.

“El posavasos.”

“¿Qué?”

“La lata, que la pongas en el posavasos, que para eso está.”

“Ves, ese es el cabreo del que te hablo.”

“¿Te gustaría que dejara latas por ahí tiradas en tu laboratorio?”

“Obviamente no. Pero es que el laboratorio es sagrado, esto es tú casa, y encima te salió gratis.”

“Jean no me toques los huevos.”

“Eres muy poco hospitalario. Si no te conociera pensaría que no me aprecias en absoluto.”

“Dices muchas gilipolleces, y las dices muy a menudo. Pero aún así te aprecio.”

Jean Gilbert deja por fin la lata encima del posavasos: “Aunque te lo hubiera dicho no hubieras podido hacer nada.”

“Pero hubiera montado una buena en la comisaria y hubiera encontrado al cabrón que se ha ido de

la boca. Ahora tendré que esperar hasta mañana.”

“Yo no perdería el tiempo en eso, esa información es falsa. No es el mismo tío.”

“¿Cómo puedes estar tan seguro? No puedes negar que hay ciertas similitudes...”

“Pero no lo es. O si lo es, algo ha cambiado en él. La motivación no era la misma.”

“¿Ahora eres detective en tus ratos libres?”

“¿Es así como quieres que siga esta conversación? Puedo acabarme la quiche en silencio y tardar tres días en darte el informe de la autopsia, si eso es lo que deseas.”

“Preferiría que no lo hicieras. Sería un comportamiento muy poco profesional por tu parte.”

“No hay signos de violación, eso para empezar. En todos los otros casos sí los había.”

“Quizás algo interrumpió su ataque y tuvo que cambiar de planes.”

“Nunca tuvo que hacerlo antes, siempre se aseguró de estar en un lugar solitario, donde nadie pudiera verle, ni siquiera oír a la chica.”

“Todo el mundo comete errores.”

“¿Vas a ponerle peros a todo lo que te diga?”

“En eso consiste mi trabajo, entre otras cosas.”

“Bueno, cuando lo tenga terminado te lees atentamente el informe y ya me contarás si llevo razón o no.”

“Te estás guardando un as en la manga, eso es hacer trampas.”

“Si me lo guardo, no lo verás hasta mañana.”

“No tienes remedio, Jean.”

“Seguramente no. Oye... ¿crees que podría quedarme a dormir aquí esta noche? Me da mucha pereza volver a casa tan tarde.”

“Vives a dos manzanas de aquí.”

“Pero son dos manzanas muy grandes.”

“No hay ninguna reunión de amigas en el piso, ¿verdad?”

“No, no la hay.”

Sherade se levanta y desaparece hacia su habitación en busca de una manta mientras suelta un largo suspiro.

La luna y la señora Durroway

Aunque Emily no suele responder a las escasas llamadas de teléfono que recibe, con la de ahora hace una excepción al saber de quien se trata. Después de cerrar la puerta del salón, aguanta con manos temblorosas el auricular durante el breve tiempo que ocupa la voz al otro lado de la línea. Al colgar, la mujer siente una mezcla de ira y miedo que sólo es comparable a la que sintió dos noches antes saliendo de la biblioteca, aunque en esa ocasión también sintió alivio, inexistente ahora mismo.

Su primera reacción una vez terminada la conversación es emitir un chillido agudo y desgarrador, seguido de un arrebato de rabia que canaliza tirando el teléfono y el resto de los objetos que reposan en la cómoda de ébano al suelo de un solo manotazo. Después de oír el extremo ruido que los cristales de la lámpara causan al estrellarse contra el suelo, Jacques decide finalmente intervenir.

Al abrir la puerta, el mayordomo encuentra a la señora Durroway en el suelo, al lado del charco multicolor de cristales rotos, sollozando y con dificultades para respirar. Sin decir nada, el hombre se agacha y, cogiéndola con una mano por la cintura y con otra por el brazo, la ayuda a levantarse y la desplaza hasta el sofá donde la deja recostada. Al dirigirse hacia la puerta, se da cuenta de que el resto del personal de la mansión lo observa con ojos interrogativos y llenos de sorpresa.

#

Dos horas más tarde Emily se decide por fin a salir de su habitación. La tentación de quedarse allí encerrada para siempre, o por lo menos para el resto de la noche es muy fuerte, pero la necesidad de demostrar a sus trabajadores que no ha perdido el juicio y sigue siendo la de siempre es superior. Así que la mujer sale de su habitación y baja las escaleras hasta llegar a la cocina.

Cuando entra en la estancia todos los presentes callan de golpe y giran sus cuellos para apuntar con sus miradas al objeto de su reciente conversación.

Los ojos grises y aún hinchados de la señora Durroway se depositan arbitrariamente en los de Daisy.

“Voy a tomar un baño Daisy.”

“Ahora se lo preparo”, contesta la muchacha que sorbe apresuradamente la sopa que tiene delante, consciente de que es la última oportunidad que tiene de terminarla caliente.

“¡Ahora es ya!” Emily se da cuenta de que el tono surgido de su garganta ha sido más duro del que pretendía, pero ya no puede echarse atrás.

Vincent interviene en la conversación a pesar de la mirada de Jacques, que le advierte claramente que no lo haga.

“Sólo tardará un minuto en terminarse la sopa, no hace falta que la chille.”

“¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro, se puede saber?”

“Entiendo que ha tenido usted un día duro señora, pero eso no le da derecho a...”

“¿Derecho a qué? ¡Pero tú qué vas a entender! –le interrumpe Emily- además, ¿se puede saber qué hacía esta tarde espiándome en el lago?”

“No la estaba espiando señora, ni siquiera me había dado cuenta de que estuviera usted allí.”

“¡Mientes!”

“Le aseguro, señora, que se trata de un malentendido.”

“No te atrevas a contradecirme, te he visto con mis propios ojos.”

“¡Sólo estaba regando los lirios!”

“Pues estás despedido.”

“¿Qué? ¡No puede despedirme por estar haciendo mi trabajo!”

“Señora, Vincent...” Agnès no termina la frase al ver los furibundos ojos clavándose en los suyos.

“¿Quieres ser la siguiente? ¿Eh? ¿Quieres?”

Agnès enmudece instantáneamente y baja la cabeza.

“¿Alguien más tiene algo que decir? Parece que esta es la noche apropiada para cuestionar mi autoridad, así que aprovechad. Eso sí, el próximo que abra la boca ¡ya sabe donde tiene la puerta!”

Un silencio tenso llena la cocina, mientras todos, excepto la señora Durroway, miran hacia el suelo o cualquier otro objeto que les evite enfrentarse a los glaciales ojos grises de la señora.

“Mañana quiero verte fuera de la mansión”, le dice finalmente a Vincent. Y dirigiéndose a Daisy añade: “Y tú, haz el favor de ir ahora mismo a preparar el baño.”

Mirando a Vincent con los ojos vidriosos, Daisy se da la vuelta y conteniendo el llanto, sube corriendo por las escaleras hacia la habitación de la señora Durroway.

#

Cuando unas horas más tarde la mansión descansa silenciosa al abrigo que proporciona la oscuridad de la noche, Vincent encuentra a Daisy esperándolo en el balcón, con las manos apoyadas en la barandilla de mármol y mirando fijamente la luna llena que empieza a ocultarse detrás de unas nubes densas y oscuras. Como de costumbre, la abraza por la espalda y rodea su cintura con sus robustos brazos, y entonces ella gira grácilmente su rostro y sus ojos se encuentran en ese momento que es únicamente de los dos. Pero esta noche los ojos de Daisy están rojos e irritados por el llanto, sus negras pupilas brillantes de dolor.

“¿Qué vamos a hacer?”

“Nada.”

“¿Cómo que nada?”

“Seguramente mañana cambie de opinión.”

“¿Y si no lo hace?”

“Pues buscaré trabajo por aquí cerca, y cuando pueda te sacaré de aquí.”

“No puedes dejar que te eche así, ¡no es justo!”

“Daisy, no sé lo que ha pasado esta tarde, pero la señora no ha tenido un buen día hoy. Seguramente mañana se levante, se dé cuenta de que ha cometido un error, y podamos arreglarlo.”

“¡No puedo creer lo que estoy oyendo, la estás defendiendo!”

“No la estoy defendiendo, Daisy. Intento mantener la calma y encontrar una solución.”

“Pues hazlo, y solucionemos este problema de una vez.”

Vincent sonríe, mirándola a los ojos, y avanza su rostro hacia el de ella para besarla en los labios, pero la muchacha aparta la cara, pues no es eso a lo que ella se refería.

“No así.”

“¿Cómo?”

“¿No tienes ningún pesticida o algo que utilices en los jardines... -una sombra de duda asoma en sus ojos, y titubea durante unos segundos, pero decide acabar la frase- algo para deshacernos de

ella?”

“¡No! ¡Claro que no! ¡Yo nunca haría eso! ¡No puedes estar hablando en serio!”

“No me hables como si estuviera loca, Vincent, por favor.”

“Yo no digo que estés loca. Solamente estás cansada y preocupada. Olvidemos esta conversación, por el bien de los dos, y leamos un poco esos libros que tanto te gustan, ¿de acuerdo?”

Aunque un poco dudosa, Daisy asiente.

Al llegar a la biblioteca los ojos de la joven se desplazan esta vez hacia el ancho escritorio de madera del difunto marido de la señora Durroway, junto al que se halla una estantería de cristal, que contiene todos sus diarios y memorias.

“¿No te gustaría leer éstos?” Pregunta señalando la estantería. “¿Tiene que haber material jugoso aquí!”

“Sí, claro. Pero no podemos abrirlo.”

“Oh, pero sí podemos... porque tengo la llave.”

Vincent sonríe interrogante.

“La he encontrado hoy, escondida en el joyero de oro en la habitación de los vestidos... es raro porque hace dos días no estaba allí.”

El jardinero lanza una mirada que roza la desaprobación pero destila a la vez cierta admiración, a la que Daisy responde escarbando en uno de los bolsillos de su larga falda de motivos florales hasta que encuentra la pequeña llave metálica y se la da a Vincent mostrando una sonrisa cómplice.

Y así, en la lectura intrusa, los dos sentados junto a las cenizas de la chimenea apagada, con la fina manta en los hombros y una pequeña vela acompañando las letras del puño del señor Durroway, la criada y el jardinero reafirman sus sospechas acerca de la relación de tan exquisita pareja.

La boda fue preparada por sus respectivas familias, pues las dos eran económicamente pudientes y querían perpetuar su estatus social. No tuvieron hijos por causa de un problema de fertilidad de él. Emily empezó a actuar de un modo extraño desde que descubrieron el problema. Probaron diferentes tratamientos en las mejores clínicas del país, pero ninguno de ellos surgió efecto.

Ninguna de las dos familias aceptó la adopción como una solución, pues la criatura tenía que ser de su propia sangre. Desde entonces, ella se encerraría sola en el baño y lloraría cada noche y día, durante los dos próximos años.

Después, según las propias palabras de su marido, se volvió “amargada, cínica, y cruel algunas veces”.

23 de marzo, 1957.

Martha ha venido hoy con su niño recién nacido de visita. ¡Qué criatura más delicada, esos pequeños y suaves dedos intentando coger los míos! Aún así, Emily no le ha prestado la menor atención. Se ha quedado silenciosamente sentada en su silla del jardín, bebiendo mecánicamente Earl Grey, absorta en el gorgoteo de la fuente todo el tiempo y evitando mirar al bebé de manera muy ruda. Por lo que he podido ver en sus ojos, no ha experimentado ninguna alegría por su hermana, ni siquiera por ella misma, al ser la tía de tan adorable bebé. No hemos intercambiado una palabra en todo el día.

Daisy se queda en la librería hasta que el canto de los pájaros la alerta de la osadía que supone

encontrarse allí a tan tardía hora, pues la señora Durroway suele despertarse realmente temprano, a pesar de las píldoras blancas y rojas que ahora traga religiosamente cada noche.

Al volver a su habitación la joven tiene el tiempo justo para echarse una pequeña siesta, en la que su cerebro juega con engañosos sueños.

#

Al despertar, la muchacha siente una inusual compasión por la señora Durroway. Pero la sensación se desvanece a los pocos segundos cuando se da cuenta de que un fuerte olor a hollín impregna la habitación, y que los gritos desesperados de Agnès y el tremendo ruido que los acompañan han debido ser lo que la ha despertado.

Al abrir la puerta de su habitación una bocanada de humo aturde a la chica, que se cubre la boca y la nariz con un viejo pañuelo mientras un denso calor, casi palpable, la envuelve al avanzar guiada por el ruido.

Ya en la biblioteca, los ojos negros de Daisy se dilatan ante la desolada visión de cientos de libros quemados y aún humeantes, las estanterías desmoronadas unas encima de otras.

Agnès, ahora silenciosa, observa consternada desde la puerta, y Vincent aúna fuerzas con Jacques para reducir las últimas llamas con los viejos extintores para emergencias.

“¿Qué ha pasado?”, grita Daisy mientras el llanto empieza a brotar de sus ojos.

“No lo sabemos. La biblioteca estaba ardiendo. Menos mal que Jacques se ha despertado por el humo. Si no, podríamos haber muerto.” Vincent se acerca a ella, aún con el extintor en la mano: “¿Estás bien?”

“Sí, sí. Pero todos estos libros.... Oh dios mío, ¿cómo ha pasado?”

“No lo sé Daisy, no lo sé.” Y acercándose más a ella, en algo muy parecido a un suspiro, añade: “¿No habrás tenido nada que ver con esto?”

“¡Pero qué dices! ¿Y la señora Durroway, la habéis despertado? ¿Dónde está?”

“Daisy, la señora... -Vincent ladea la cabeza hacia una de las esquinas de la estancia- no sabemos qué ha pasado...”

“¡Oh dios mío! ¡Oh dios mío!”

Y por más que lo intenta, Daisy no puede apartar sus ojos del delgado cuerpo sin vida, consumido por las llamas, que yace en el suelo junto a los restos del viejo escritorio de Lord Edwards.

El cambio de ocupación de Sherade

Sherade cuelga el teléfono enterrado entre los papeles del pequeño escritorio gris que se halla en su despacho, mientras mira sin interés la calle a través de una sucia y polvorosa ventana con rejillas ya oxidadas. Un par de viandantes caminan bordeando el canal, y una chica intenta vender flores a dos ancianos turistas. Pero sus ojos van más allá, imaginando la lejanía fuera del asfalto, hacia las vides y los campos verdes, el silencio que acompaña el agua del canal en las afueras.

Hace mucho tiempo que Sherade desea resignadamente unas vacaciones perpetuas, fuera de la ciudad, para refugiarse en la tranquilidad de las tierras sosegadas del vino. Todo parece detenerse allí, ajeno a los adoquines y a las sombras corruptas del canal, a las sórdidas y regulares muertes en los más oscuros callejones, ajeno también a los gritos de dolor del agredido, o a los llantos lastimeros del pobre que nada tiene que llevarse a la boca. Ajeno a las absurdas muertes de chicas como Marie. Y sin embargo se plantea si podría vivir su vida ignorando todo lo que le da sentido a su trabajo, a los más de treinta y cinco años de dedicación exclusiva a resolver las causas del dolor ajeno y las muertes sin sentido.

La espera en la barra del “Rue des Revès” ayer, para que negarlo, fue una pérdida de tiempo. Chloé resultó ser una chica de pocas palabras y no pudo, o quizás no quiso, ayudarlo. No, no conocía al novio de Marie ni sabía de su existencia. No, ningún cliente la había acosado. Un par de ellos se habían interesado por ella, pero al ver que no entraba en el servicio, se conformaban con cualquier otra disponible. No, no recordaba el nombre de ninguno de los dos, sólo que uno era “gordo, calvo, y con pasta” y el otro era “un tío normal, ni alto ni bajo, de unos 40 años o unos 50 bien llevados, aunque no definitivamente atractivo”. No, no tenía bigote y los ojos eran marrones. De eso hacía un par de semanas. No, no se le ocurría nada más que pudiera serle de ayuda y tenía trabajo que hacer. Sí, le parecía muy bien que Madame Lefèvre le hubiera invitado a la copa pero esperaba una generosa propina por el tiempo que le había hecho perder. No, no le parecía insensible hacer ese comentario y sí, por supuesto que estaba interesada en que pillaran al culpable pero ella no sabía nada y así se lo había dicho desde el principio. Después Chloé sugirió que quizás debería hablar con Cécile. No, por nada en concreto, pero Marie había quedado con ella el día que desapareció, quizás supiera algo.

De todos modos, piensa Sherade, eso ahora ya poco importa, puesto que esta misma mañana lo han apartado del caso. Y así Lambert se ha salido finalmente con la suya. Ahora podrá dirigir uno de los casos más importantes, sobre todo después del soplo que él mismo debe haber dado a la prensa. Podrá moverse sin que nadie vigile sus pasos, sin que nadie se ocupe de que no use sus métodos más legales e ilegales para conseguir la información que haga falta. Philippe Lambert buscaba su ascenso en el cuerpo, y ha encontrado la manera de conseguirlo resolviendo el único caso con un asesino en serie en la pequeña ciudad.

Por supuesto el jefe ha encontrado una manera más conveniente de comunicarle los cambios. Según le ha dicho cuando le ha llamado a su despacho, no se trata de nada personal, simplemente había que distribuir el trabajo y esta semana había mucho. Así que ya se encargaría Lambert de la investigación, y así Sherade podría hacer lo mismo con el otro caso que había surgido en las afueras. Un simple accidente, nada importante según le había dicho. Además, teniendo en cuenta lo que había pasado con Lucille... El jefe, piensa Sherade, no ha tenido lo que hace falta para acabar la frase. Aunque tampoco lo hubiera podido hacer, ni que hubiera puesto más empeño, porque en el mismo momento en que la ha oído, Sherade ha dado media vuelta y ha desaparecido del despacho dando un portazo que ha dejado muda a media comisaría.

Cansado, apoyando las grandes manos de dedos amarillentos por causa del excesivo consumo de

tabaco en la repisa; el corpulento inspector intenta recordar la última vez que vio a la excéntrica de la Señora Durroway, y le parece que fue hace ya mucho tiempo.

La nueva ocupación de Sherade

Ya desde la lejanía, la mansión de la señora Durroway resulta tan imponente y excéntrica como el carácter de su propietaria. El viejo edificio construido a principios de siglo XIX emana cierta decadencia, aunque conserva aún la majestuosidad venida a menos, recordándonos lo que un día fue grande, esa presencia impalpable de lo que sólo puede vivir y pervivir a través del recuerdo, porque cualquier pasado fue mejor, o simplemente fue.

Al acercarse más, el inspector se da cuenta de que la mansión carece del candor que cabría esperar de una idílica casa en los viñedos al Sur de Francia, a pleno día. La construcción, que en la lejanía ya denotaba cierta suciedad en la mezcla de colores de ladrillo que constituyen la fachada, contrasta ahora dolorosamente con los alrededores llenos de intenso verde y fructíferas vides, así como con el magnífico jardín que la rodea, y que parece extenderse mucho más de lo que su vista puede abarcar. Parece extraño que alguien tan interesado en mantener el jardín en tal estado tuviera tan poco interés en cuanto a la apariencia exterior de la casa.

A medida que el coche avanza por el camino, su memoria va ajustándose a la realidad que tiene delante. La primera vez que acudió a la mansión, hace ahora ya muchos años, se sorprendió por la irregularidad de las plantas y las estancias de la misma. Más tarde, cuando empezó a interesarse en el arte y la historia debido al cambio de trabajo, aprendió que esa era una característica propia de la arquitectura Victoriana, sobretodo en el estilo Reina Ana. Y es que la construcción parece en algunos tramos caótica, como si se hubieran quitado y añadido diferentes estancias a la construcción original, creando así un laberinto heterogéneo de ladrillos, torres y escaleras que producen, sin duda alguna, confusión en el visitante ajeno. Sin embargo, y como es propio de las construcciones victorianas, destila en ella una mezcla de estilos arquitectónicos muy diversos. Se pueden distinguir por lo menos tres pisos, aunque bien podría ser que hubiera medios pisos a distinto nivel, por lo que se puede apreciar en la extraña ubicación de las estancias añadidas. Es por esa razón que las azoteas múltiples añaden esa sensación desorganizada en el conjunto, en el que dos torres octogonales se perfilan desde la lejanía.

Una vez aparcado el coche, Sherade llega a la puerta de los jardines de la mansión, y se adentra paseando relajadamente por el camino de grava rodeado de todo tipo de arbustos y árboles que en ningún caso sabría reconocer. Uno de los ventanales del tercer piso está abierto y repica insistentemente en la pared, acunado bruscamente por el viento, como lo haría una madre ausente que acuna desganada y mecánicamente a su frágil criatura.

Ahora con la vista completa del edificio, acompañada de un fuerte olor a quemado, Sherade identifica lo que debió ser la biblioteca, en el segundo piso. Los dos grandes ventanales rectangulares que dan al balcón se hallan abiertos, dejando intuir los restos carbonizados de lo que deduce debían ser estanterías llenas de libros. Las paredes que rodean los marcos de las ventanas están manchadas de un tinte oscuro, como si hubieran sido lamidas por airadas lenguas de fuego. A su lado, las grandes macetas de mármol, también manchadas de negro carbón, se ven ahora vacías de vida.

Cuando Sherade llega por fin a la puerta principal de la casa, después de subir una pequeña escalinata de mármol coronada por una escultura de un querubín, distingue el llanto insistente y sincopado de una mujer.

Antes de llamar a la puerta decide estudiar la escena sin que adviertan su presencia. A través del gran ventanal de la planta baja, rezagado en uno de los arbustos con flores blancas que decoran las paredes exteriores de la casa, Louis Sherade escudriña como puede el interior: una mujer rolliza

que lleva el pelo recogido mediante un moño se deshace en lágrimas, sentada en uno de los sillones rojos de terciopelo de lo que el inspector deduce debe ser la sala de estar. La mujer acompaña el ritmo sincopado de su sollozo mientras se seca las lágrimas con la parte inferior de un delantal desgastado y sucio.

Al otro lado de la sala, un hombre de estatura más bien baja permanece ausente mientras repica con sus gruesos dedos una maleta rectangular y dura, de cuero marrón desgastado. Otro hombre, más joven y alto, de cabello pelirrojo y ataviado con un mono de trabajo oscuro y unas botas negras llenas de barro, intenta consolar a la mujer del delantal, mientras, de pie, a unos dos metros y apoyada en la mesa, una menuda chica observa atenta pero distante el espectáculo, sin poder apartar los ojos de él.

Al apretar el timbre de la puerta este emite un tono oxidado y histriónico, como un grito desgarrado, del cual Sherade deduce que muy probablemente se ha usado escasas veces en los últimos años. El ruido de la puerta al ser empujada, que gruñe reticente y vaga, confirma sus sospechas.

“La puerta trasera no hace ni mucho menos este ruido, señor, pero ésta lleva mucho tiempo sin tener función alguna en esta casa.” La chica que miraba absorta el espectáculo, enfundada en una llamativa falda de flores, le sonrío curiosa. Sus ojos son negros, interrogantes y penetrantes, como los de un gato en la más oscura de las noches.

“Inspector Sherade, señorita.”

Al oír esta última palabra la chica yergue su pequeño y delicado cuerpo: “Ya entiendo.” Y le invita a pasar con un ligero ademán de cabeza.

Lo primero que nota al pisar el hall, quejidos y medios llantos aparte, es el intenso olor a cerrado que desprenden las húmedas paredes de la casa, mezclado con el olor a madera y papel quemado, que parece que venga del techo, provocando una densidad compleja y tangible en el aire, envolviendo los cuerpos de los que allí están en un halo fantasmal y etéreo.

Acompañado por Daisy, Sherade atraviesa la estancia decorada con la única lámpara hecha de cuernos de ciervo que ha visto en su vida. A la derecha de una chimenea, un gran busto blanquecino reposa en un pequeño pedestal, dibujando el torso y la cara de un hombre de aspecto severo y bigote repeinado.

Cuando llega a la sala de estar, y antes de que Daisy tenga tiempo de presentarlo, el inspector se adelanta, y dirigiéndose a todos y cada uno de los allí presentes, recita una presentación que parece aprendida de memoria:

“Buenos días. Mi nombre es Sherade. Soy el inspector asignado al caso que aquí nos ocupa. -Sus inquietos ojos saltan de uno a otro, escrutadores pero amables-. Mi intención es aclarar lo más rápido posible este infortunado suceso. Mi presencia no debería incomodarles, ni es en ella misma una acusación de ningún acto criminal, mi trabajo es simplemente determinar la causa del incendio y de la muerte de la señora Durroway.”

Todos asienten con la cabeza, aunque con los ojos fijos en el suelo, especialmente Vincent, que no ha intercambiado palabra alguna con Daisy desde que han descubierto el cuerpo inerte de la señora.

Al oír las palabras del inspector, Daisy piensa irremediabilmente que en cierta manera ha matado a la señora Durroway, y no está en absoluto segura de que esa fuera su intención. En realidad nunca creyó que Vincent fuera capaz de algo así, quizás por eso se lo pidió. De repente lo mira de

rejo, y le parece una persona completamente distinta. Se da cuenta de que él también evita su mirada.

“Muy bien, –prosigue el inspector- debo hablar un momento a solas con el doctor, y después les haré unas cuantas preguntas a cada uno de ustedes en privado. En breve llegaran dos forenses de mi equipo para tomar muestras, les ruego que los acompañen a la biblioteca y a la habitación de la señora respectivamente, y a cualquier otra estancia que ellos consideren necesario, tan pronto como entren por la puerta”. Esta vez la mirada de Sherade se dirige a Jacques explícitamente.

Entonces Sherade se dirige hacia el hombre del maletín. Éste, de redonda cabeza sembrada de cabellos blanquecinos y de densidad dispar, cuidada barba también blanca y ojos azules grandes y saltones, se adelanta a los pasos del inspector, presentándose al alargar su mano:

“Doctor Gifford, inspector.”

Sherade encaja firmemente la mano que se le ofrece, dejando expuesto un extraordinario anillo de plata que seduce la mirada de Daisy.

“¿Sería usted tan amable de acompañarme al lugar donde yace el cuerpo de la señora?”

“Por supuesto, sígame por estas escaleras.”

Mientras los desacompañados y cada vez más silenciosos pasos de los dos hombres se alejan por las escaleras enmoquetadas, la sala de estar se queda en el más absoluto silencio.

Agnès, catatónica, no puede apartar la vista del reloj, sus parpados impasibles ante la incesante minuta. Jacques, el recto mayordomo, sigue en su postura habitual, alto y enderezadamente delgado, con las manos detrás de la espalda, alternando su frígida mirada entre el rostro de Daisy y el de Vincent.

Éste último se muestra taciturno mientras estudia detenidamente los libros amarillentos de una de las estanterías cercanas a la chimenea de obra como si le fuese la vida en ello. Daisy lo observa sumergida en estupor y confusión. En este momento se da cuenta de que no tiene la menor idea de qué va a contestar cuando el inspector la interroge, y mucho menos de lo que va a contestar Vincent. Sabe que debe hablar con él antes de que se conviertan todos en extraños y enemigos, sin embargo Vincent pone todas sus energías en ignorarla, y de ninguna manera le conviene dar que hablar ni a Agnès ni a Jacques.

Así que finalmente Daisy se excusa aduciendo que tiene que ir al baño y desaparece por la puerta de la cocina. Después la rodea con pasos ágiles y sutiles hasta llegar al pasillo que le permite subir por las escaleras hasta la biblioteca, donde se agazapa cerca de la puerta de entrada y escucha en silencio las palabras del inspector y el Dr. Gifford.

La aparentemente apacible vida de Olivier

Franz pedalea con fuerza a través del camino de arena que se bifurca en la carretera que lleva de Narbona a Narbona Plage, disfrutando de la velocidad y el viento fresco de la mañana que acaricia su rostro. Los ejemplares de L'Indépendant y el The Times agitan sus hojas en la cesta de la bicicleta, mientras el chico, ajeno a lo que ha ocurrido a escasos kilómetros en la mansión Durroway, silba una canción de la que no recuerda el título y que tiene en la cabeza desde que se ha levantado.

Unos metros más adelante empieza la pendiente que lleva hasta el puente de los tres arcos, que cruza el río y lleva directamente al castillo de Olivier. Cuando llega a esta parte del trayecto, Franz pedalea aún más fuerte para aprovechar la bajada y poder así cruzar el puente a la misma velocidad que lo hace el agua que fluye por debajo. Además de parecerle divertido, la vieja piedra que constituye el puente lo invita a pensar que cualquier día se derrumbará bajo sus pies, cayendo él, los periódicos y la bicicleta a las frías aguas del río, en medio de un montón de ruinas de piedra cansada.

Como consecuencia, la bicicleta trota a toda velocidad y a trompicones por encima de los adoquines del puente desafiando el equilibrio del muchacho, que aún así, no sucumbe a la tentación de apretar el freno; para acabar deslizándose por la hierba húmeda al otro lado del puente. Franz ha alcanzado tanta velocidad que prácticamente se estrella en la puerta de los jardines del castillo, donde Olivier, que espera de pie la llegada del chaval, se aparta rápidamente para evitar ser atropellado por el mismo.

“¿Estás bien Franz? ¿Te has hecho daño?”, Olivier se agacha al lado de la bicicleta.

“Estoy bien, se me ha descontrolado la bici, la hierba está muy mojada”. El muchacho se levanta apoyado en una de sus rodillas, en la que el pantalón de pana está cubierto del verde de la hierba.

“Si sigues bajando a esta velocidad por el puente cualquier día te encontraré estampado contra la verja. Y a tu madre no le va a hacer ninguna gracia”. Olivier recoge los periódicos húmedos del suelo y añade: “Vamos a desayunar. Después le echaremos un vistazo a la bicicleta”.

Franz sigue a Olivier, arrastrando el vehículo por el camino de losas entre las que los hierbajos y las flores silvestres se hacen un espacio. A su alrededor las paredes oscurecidas y húmedas que forman la muralla del castillo parecen reírse de él.

Al llegar a la puerta principal, Olivier anuncia que hoy desayunarán dentro, lo que sorprende al muchacho por ser este el primer día en que es invitado a visitar el interior del castillo.

“Deja la bicicleta aquí apoyada”, Legrand señala hacía una de las macetas de perejil al lado de la pared.

Guiado a través del hall y el pasillo, Franz llega a una amplia y antigua cocina. A un lado, una mesa de madera oscura con bancos del mismo color y cubierta por un mantel de cuadros amarillos ofrece zumo de naranja, café recién hecho, pan, mantequilla, mermelada y croissants en su superficie.

“Sírvete tu mismo, ahora vuelvo”.

Unos minutos más tarde, con los periódicos ya secos debajo del brazo y una antigua lupa, Olivier se sienta en la mesa junto a Franz, que engulle alegremente su tercer croissant con mantequilla. Sin decir nada, el hombre se sirve una taza de café caliente y extiende el The Times en la mesa. A continuación, mientras sujeta la taza con una mano que se acerca a la boca para hacer el pertinente sorbo, con la otra pasa rápidamente las hojas del periódico hasta llegar a la sección de contactos.

Franz lo observa en silencio, sin dejar de masticar. Olivier deja la taza en la mesa y repasa uno a uno rápidamente todos los anuncios con el dedo índice izquierdo y la lupa, de arriba abajo, de toda la sección de contactos. Una vez ha terminado esta tarea, cierra el periódico y se dispone a hacer el mismo proceso con L'Indépendant.

“¿Busca usted algo, señor Legrand?”

“Lo busco, pero mi esperanza es no encontrarlo.”

“¿Cómo es que no hace el crucigrama hoy?”

“Lo haré más tarde. Esto es más importante.”

“¿Y puedo ayudarle?”

“¿Se te ha acercado alguien en la ciudad preguntando por mí, o el castillo?”

“No.”

“Piénsalo bien, ¿estás seguro?”

“Seguro.”

“Y en el quiosco, ¿has notado que alguien te observara?”

“Casi siempre estoy solo. Llegué a un acuerdo con Messier George y le ayudo a colocar los periódicos cuando abre, así también me saco algo más de dinero..... no es que usted no me pague bien, no me malinterprete.”

“¿Y mientras vienes hacia aquí, por la mañana?”

“Cuando llego a la rotonda, sigo el camino hacia “Le Chateau” y me meto por los caminos entre las vides, sólo hay payeses cuidando las uvas y algún tractor. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Es que alguien quiere hacerme daño?”

“No. No te preocupes, nadie te hará daño.”

“Entonces, ¿puedo ayudarle o no?”

“Lo acabas de hacer, chico. Lo acabas de hacer.”

Olivier vuelve a concentrarse en el periódico, siguiendo la misma rutina que en el anterior, repasando una a una la sección de contactos. Aliviado, completa su tarea con un sonido de satisfacción. Seguidamente, vuelve atrás en las páginas hasta llegar a los crucigramas, arrancando la hoja correspondiente, que deja apartada a un lado de la mesa.

“Vamos a arreglar esa bicicleta.”

Y Franz Cohen y Olivier Legrand se dirigen a la caseta del jardín en busca de las herramientas necesarias, mientras el Doctor Gifford avanza a escasos metros de la entrada del castillo para hacerle una visita a su amigo Olivier.

Los inalcanzables jardines de la señora Durroway

En la mansión Durroway reina el silencio que la muerte deja tras de sí. No suena queja ni timbre alguno, y los sirvientes divagan por las estancias sin saber exactamente qué hacer con su tiempo. Parece que la eternidad del tiempo indeterminado se haya instalado en la mañana como lo ha hecho el sol brillante, llenándolo todo de una inexplicable vacuidad, pareciendo los hombres y mujeres fantasmas que pueblan un mundo de cálida niebla anaranjada, en la que las horas y los propósitos divagan entremezclados en el tedio más profundo y el olor a quema y destrucción que aún impregna la casa.

Por primera vez en mucho tiempo, los férreos límites del jardín se desdibujan, permitiendo acceder a los habitantes de la mansión al lugar donde la señora Durroway nunca les dejó llegar, objetivo de sus largos y solitarios paseos diarios. Justo una semana antes de su muerte, según el notario le ha contado al inspector, Emily se reunió con él para dejar constancia, con total claridad, del sitio donde quería ser enterrada. El documento resultante del encuentro indica con la precisión y el lenguaje propio del mapa de un tesoro, el punto exacto en el jardín donde la señora Durroway quería que descansaran sus restos. Más allá de la zona de árboles frutales, y pasado el laberinto lleno de esculturas, muy cerca del lago se hallan tres álamos en la más vacía de las soledades. Y entre el segundo y el tercero es donde la señora planeó su entierro una semana antes de su muerte.

Ahora, las sucias botas de Vincent se abren paso entre arbustos, musgo y rosas silvestres, seguidas de los zapatos de piel de Sherade, quizás un poco más lentos, por la novedad que supone en el visitante la belleza del jardín.

“¿Así que la señora paseaba sola cada día por aquí?”

“Así es, señor.”

“Y nunca se la podía molestar, bajo ningún concepto.”

“Exacto.”

“¿Sabe usted a que se debía tal exigencia, señor André?”

“No. Supongo que sólo quería estar tranquila.”

“¿Y tampoco podían visitar los jardines a cualquier otra hora?”

“No, señor. Sólo yo podía.” Vincent se da cuenta de que no ha sido demasiado explícito, y añade: “Porque soy el jardinero, claro. A la señora le importaba mucho que el jardín estuviera perfecto, y hay muchísimo trabajo que hacer aquí.”

Sherade no necesita echar otra ojeada a su alrededor para comprender que tal empresa requiere de un trabajo extraordinario por parte de un solo hombre, y no sabe si admirarlo o decidir que Vincent le está mintiendo.

“¿Trabaja usted completamente solo en los jardines? Esto parece mucho trabajo para un único hombre.”

“Normalmente sí. De vez en cuando, en época de poda o siembra, viene a ayudarme Franz, el chico de los Coen.”

“¿Cuándo fue la última vez que estuvo aquí?”

“A finales de febrero, puede que principios de marzo.”

“Necesitare su dirección.”

“No sé cuál es exactamente. Vive en la ciudad. Suele venir en bicicleta. Algunas veces le he acercado en la moto cuando se hace muy tarde, pero siempre lo dejo al final de Quai Víctor Hugo.”

“¿Y los invitados, podían pasear por los jardines? ¿Ha tenido invitados la señora recientemente?”

“No. Quiero decir que tampoco podían si no era acompañados de la señora. Aunque casi no han venido invitados en los últimos años, sólo el señor Legrand, y el doctor, que la viene a visitar regularmente. Venía, quiero decir. Y ayer vino un antiguo amigo del difunto señor Edwards, pero hacía mucho tiempo que no había vuelto por aquí. Ninguno paseó por el jardín, que yo sepa. Sólo Franz y yo nos movemos por aquí, al chaval le hace gracia el laberinto, siempre busca una excusa para perderse en él.”

“¿Es allí dónde vamos?”

“Es la única manera de llegar al lago.”

Vincent se detiene en una pequeña plaza en la que hay un par de bancos y un número infinito de parterres, creando un círculo a su alrededor, llenos de los más extravagantes tipos de flores. Los bancos miran hacia unos robustos y altos arbustos, perfectamente podados para conformar la entrada de lo que parece sin duda el laberinto.

“Supongo que sabe usted moverse bien por aquí...”

“Claro, he hecho este camino cuatro veces al día durante los últimos nueve años. No se imagina la de flores que hay que regar en la zona del lago. Quizás sea la más bonita de todas las zonas del jardín, pero sin duda la más costosa de mantener.”

En cuanto lleva más de tres minutos en el laberinto, Sherade se da cuenta de lo incómodo que le resulta saberse perdido y atrapado entre arbustos de verde interminable, y el aire se le hace de repente muy denso. No se le ocurre mejor manera de menguar su creciente angustia que encender un cigarrillo, que adquiere instintivamente de su americana con un gesto mecánico, mientras busca con su otra mano en el bolsillo de sus holgados y grises pantalones una caja de cerillas.

“¿Conoce bien al Dr. Gifford?”, pregunta después de un largo silencio, mientras raspa una de las cerillas.

“Sí. Bueno. Siempre ha sido el doctor de la señora, por lo menos desde que yo estoy aquí.”

“Le agradecería que fuera más concreto.”

“Desde hace 9 años, por lo menos.”

Sherade saca un lápiz del bolsillo y garabatea algo en la libreta. Después, levanta su testa y su prominente barbilla y escrutando la mirada del jardinero prosigue con las preguntas: “¿Ha estado enferma recientemente la señora Durroway?”

“Nada serio que yo sepa. Sólo temas de nervios y eso. Le costaba mucho dormir y se despertaba a menudo por la noche.” El jardinero alarga esta última palabra indeciso, y después añade: “Tenía frita a Daisy. La pobre no lleva una sola noche de descanso, la señora Durroway hacía sonar el timbre a todas horas.”

“¿Y a usted no le molestaba?”

“Yo no duermo en la casa.”

Sherade abre significativamente sus profundos ojos oscuros y arquea una ceja impaciente, recordándole a Vincent que la conversación no deja de ser, al fin y al cabo, un interrogatorio.

“Ah, sí. Es que yo duermo en la casita del jardín, la señora lo dispuso así cuando entré.”

“¿Por qué?”

“No lo sé.”

“Debía ser duro trabajar para ella, ¿no es así?”

Sherade no escucha porque ya sabe la respuesta. En cambio, en su mente sigue rezumbando la

misma pregunta una y otra vez, mientras intenta mantener a Vincent ocupado para poder pensar.

“¿Sabe ya lo que le ocurrió a la señora Durroway?”, Interrumpe el jardinero al no recibir respuesta.

Una mirada hermética complementa el crujiente carraspeo que la sigue, anunciando nulas explicaciones por parte del inspector.

Sin mediar palabra, los dos hombres continúan su marcha por el laberinto. Vincent, perturbado, evoca incesantemente su última conversación con Daisy, mientras Sherade calibra los motivos que podría tener un doctor para mentir acerca de la muerte de una de sus pacientes.

Las habilidades de Jean Gilbert

Sherade recupera su frustración y mal humor casi de manera automática al cruzar el Pont des Marchands, de camino a la comisaria. La energía que le había dado una nueva investigación, la oportunidad de descubrir una verdad y hacer justicia, se ve disuelta ahora en las grises aguas del canal que le recuerdan instantáneamente el cuerpo inerte de Marie. Nunca antes había sido el inspector “apartado de un caso” sin más motivo que las artimañas de uno de sus supuestos compañeros, y le entra acidez de estómago sólo de pensar en ello.

Una vez pasada la Catedral de Saint-Just-et-Saint-Pasteur, iluminada ahora con las luces amarillentas que resaltan la piedra antigua y las sombras de sus rincones escondidos, Sherade empieza a cruzar la Place de L’Hôtel De Ville, da un giro a la izquierda y se dirige por el estrecho callejón llamado Passage de L’ancre hacia el claustro de la Catedral.

Mientras sube las pequeñas escaleras que le llevan a la puertezuela de hierro forjado, busca en el bolsillo de sus pantalones la llave pertinente que obtuvo tantos años antes, cuando aún era prácticamente un aprendiz, en una de sus primeras investigaciones bajo la tutela del entonces Inspector Jefe Gauvin Bachelard.

Un hombre había sido hallado muerto en el claustro, sentado encima de la tumba de Jean Niart, y la zona fue precintada. Bachelard obtuvo la llave, y durante la investigación, en la que pasó largos ratos en el claustro, Sherade se dio cuenta de que aún sin vocación católica, ese lugar apacible y vacío le resultaba un santuario ideal donde poder pensar. Desde entonces había decidido que quería conservar ese espacio para él, fuera de las horas de visita de los turistas y los devotos, y se guardó una copia de la llave, contrario a sus convicciones de lo que era correcto y lo que no. Más adelante en el tiempo, se dio cuenta de que, más allá de su convicción moral, la decisión le había resultado de utilidad, proporcionándole un lugar íntimo de reflexión en las noches más lóbregas y complejas de su pensamiento.

Sentado en la fría piedra, iluminada tan sólo ahora por la luz de la luna, las imágenes del cuerpo de Marie extendido al lado del canal, Cécile sentada en la escalera fumando el cigarrillo, y el cuerpo irregularmente quemado y menudo de la señora Durroway se suceden en su mente como un largo sueño incoherente.

Las campanadas cercanas lo despiertan de la ensoñación, inculcándole la repentina sensación de que tiene una tarea pendiente: debe ir a ver los resultados de la autopsia a la morgue inmediatamente.

#

El inspector encuentra a Jean Gilbert sentado de espaldas a él, inmerso en el siguiente movimiento de una partida de ajedrez que juega contra él mismo a ambos lados del tablero. Detrás del forense, en la mesa de autopsias, yacen los restos de Emily Durroway. La otra mesa de trabajo contigua está limpia y reluciente.

“Espero no molestarte.” La voz de Sherade retumba en el techo de la fría habitación.

“Para nada, esta partida estaba perdida desde el primer momento que empecé a jugarla. Sinceramente, prefiero el parchís.”

“¿Tienes ya los resultados?”

“Eso te he dicho por teléfono.”

“¿Y?”

“Vamos por partes: hemos encontrado rastros que confirman la ingestión de una gran cantidad de

benzodiazepinas y somníferos en el estómago y en la sangre. Eso confirma tus sospechas y la presencia del bote que encontraste en su habitación. De todos modos, presenta el típico Signo de Montalti: he encontrado partículas de carbón en las vías respiratorias, especialmente en la tráquea. Eso indica que estaba viva cuando llegó a la biblioteca. La presencia de carboxihemoglobina que comunica a la sangre y vísceras un tono rosa cereza lo confirma, murió por la inhalación.”

“Antes de quemarse.”

“Las quemaduras no son tan profundas como parecen. Tercer grado. Podría haber sobrevivido si no se hubiera asfixiado y se hubiera recuperado del pelotazo que llevaba encima.”

“¿Entonces?”

“¿Entonces qué?”

“Que si el fuego lo provocó ella y se quedó allí, o se desmayó, o se quedó inconsciente por los somníferos, o fue asesinato.”

“Eso tendrías que preguntarlo a los de la científica, si no fuera porque yo he descubierto algo más.”

“Habla.”

“He encontrado 0,25 g/l de cloroformo y 0,55 g/l de etanol en la sangre. También había rastros de esta sustancia en la bilis y el contenido gástrico.”

“¿Se lo pudo haber administrado ella misma?”

“Pudo. Pero si lo hizo es imposible que se lo administrara ella misma en otro lugar y tuviera tiempo de llegar a la biblioteca y provocar el incendio antes de quedarse inconsciente. Y aunque hubiera querido quedarse inconsciente no necesitaba el cloroformo, ya tenía bastante con la cantidad de somníferos que había ingerido.”

“¿Dónde están los resultados de la científica?”

“Encima de la mesa, a la derecha.”

“¿Y no les has echado un vistazo?”

“Pues claro.”

“¿Y qué coño dicen?”

“No han encontrado rastro de cloroformo en la biblioteca.”

“Entonces está claro.”

“No tan claro, eso no quiere decir que no estuviera ahí. El cloroformo se evapora rápidamente, y ya sabes las pruebas que puede llegar a destruir un incendio.”

“Si no hay rastro de cloroformo por ninguna parte, pero sí en su cuerpo, entonces es muy probable que se trate de un asesinato.”

“Lo dices como si fuera una cosa buena.”

“Ella ya está muerta. Si hubiera sido un suicidio no hay justicia de la que yo me pueda encargar.”

“Deberías ir a un psicólogo.” Murmura el forense.

Después de un breve silencio Sherade pregunta:

“¿Cómo te va con Sophie?” Ha cambiado completamente el tono de su voz, haciendo un esfuerzo para resultar amable, lo que despierta las sospechas de Gilbert.

“Mejor.”

“¿De verdad?”

“Sí, de verdad.”

“Me alegro.”

“Eso no significa que te vaya a dar información del caso Beaumont. Pero gracias por tu interés de todas formas.”

“Mi interés es genuino.”

“Tan genuino como mi talento para jugar al ajedrez. Lo siento Louis, sabes que no puedo darte esa información.”

“Nadie tiene que saberlo.”

“Pero lo sabrán en cuanto te vean meter las narices en su apartamento de la Rue de la Monnaie, nº 4, 2º 1ª, que no consta como su residencia habitual, pero es donde estuvo viviendo estos últimos meses. Y yo me voy a meter en un buen lío.”

“Eres un amigo.”

“Por supuesto.”

“Gracias”, dice Sherade esta vez con una sincera sonrisa en la boca, mientras desaparece por la puerta de la morgue.

Las preocupaciones de Daisy

En cuanto el doctor Gifford ha salido por la puerta, y antes de que Sherade haya tenido la oportunidad de despedirse de él, Daisy ha corrido a refugiarse a su habitación, esperando así poder evitar ser la primera interrogada.

Al cerrar la puerta tras de sí, la chica se da cuenta de que la estancia le parece ahora más confortable que nunca, y que la vida que llevaba no tenía nada de malo comparada con su situación actual. Las preguntas se solapan insistentes en su cabeza impidiéndole pensar con claridad: ¿Qué va a hacer ahora sin la señora Durroway? ¿Quién se quedará con la mansión? ¿A quién va destinada la fortuna de la señora en su herencia? ¿Realmente se ha suicidado la señora Durroway después de haber incendiando la biblioteca? Entonces Vincent no habría tenido nada que ver... Además, ¿cómo podría habersele ocurrido quemar la única estancia de la casa que la hacía feliz? ¿Y por qué iba a quemarla, con qué propósito? No tiene sentido... Este último pensamiento la alivia por unos segundos, pero su curiosidad la sigue acibillando: ¿Pero, entonces, por qué motivo iba a suicidarse la señora? ¿Y, igualmente, por qué incendiar la biblioteca? ¿O quizás fuera un accidente? ¿Y no parece mucha casualidad su muerte, justo después de la conversación que tuvieron Vincent y ella la noche anterior?

De todos modos, ni siquiera sabe exactamente lo que ha causado la muerte de la señora, así que todas las preguntas se presentan sin respuesta y no encuentra ningún sentido a la situación. Quizás se esté preocupando inútilmente, y la muerte de la señora Durroway no tenga nada que ver con Vincent o con ella. Definitivamente –reflexiona- se ha dejado llevar por la aprensión del momento, por sus malos pensamientos y su culpabilidad por proponer una muerte espantosa la noche anterior. Pero después, al leer el diario del Lord Edwards...

Parece mentira, piensa Daisy, que una se pasara todo el día pegada a la mujer y no supiera prácticamente nada de su vida. Todo el conocimiento que tenía acerca de la señora se había basado hasta entonces en un cúmulo de rumores, leyendas, y retratos sin nombre. Meras suposiciones y deducciones que había hecho a lo largo de los ocho años que llevaba allí, a partir de los intercambios de palabras con la señora -pues llamarlos conversaciones no haría justicia a la realidad- y las excéntricas y exageradas reacciones de ella. Conocía todas sus rutinas, y sus intermitentes manías, pero nada sabía de la vida que la había hecho ser así... Quizás si lo hubiera sabido las cosas habrían sido distintas, quizás la hubiera podido comprender, y excusar así su mal humor, sus excentricidades. Del mismo modo, quizás sería más fácil identificar el motivo de su muerte, el aparente suicidio, poniendo a todos en peligro al incendiar la biblioteca, si la hubiera conocido verdaderamente.

Pero eso tiene remedio, piensa mientras introduce su mano en el bolsillo del delantal y acaricia la pequeña llave: aún puede conocer a la señora Durroway, a pesar de que la llave no podrá acceder al secreto santuario de Lord Edwards nunca más.

Daisy abre el segundo cajón de la pequeña cómoda y metiendo la mano hasta el fondo, palpa entre los pañuelos hasta que sus dedos rozan el cuero de una de las cubiertas de los diarios de Lord Edwards. Mientras no la echen de la mansión, Daisy no piensa hacer otra cosa que no sea leer los dos diarios que robó de la biblioteca y conocer así a la verdadera Emily Durroway.

En cuanto al interrogatorio, decide, improvisará, como hace siempre.

El tiempo y el gato de Olivier

Sherade no puede evitar imaginar a Olivier como un curioso y huraño personaje mientras avanza por la senda que lleva hasta la alta verja de hierro que da entrada a los jardines del castillo.

Aunque nadie lo conoce, o quizás precisamente por eso, en las cafeterías de la ciudad todos hablan de vez en cuando de él. Es uno de esos temas recurrentes que garantiza una entretenida charla los domingos por la tarde, cuando parece que no hay nada que hacer o da demasiada pereza hacerlo. Nadie lo ha visto nunca en la ciudad, aunque dicen que él mismo se ocupa de proveerse de alimentos. Estos suelen ser pocos, y debido a que come sobretodo las hortalizas y vegetales que cultiva en el huerto del jardín, y compra los lácteos y el vino en las pequeñas masías que aún quedan por los alrededores, no tiene necesidad alguna de moverse por el asfalto de la ciudad.

El inspector dibuja en su mente, embriagada de habladurías, a un hombre flaco y taciturno, de boca torcida, cejo enjuto y pocas palabras. Un loco ermitaño que se mostrará terriblemente reacio a una visita y mucho más a una charla. Deberá plantear el tema con sencillez y convicción. Y si el hombre se muestra reticente le recordará la inapelable autoridad de su profesión.

Un penetrante olor a menta invade el camino que cruza el jardín hasta la puerta principal del castillo, donde después de llamar Sherade aguarda silencioso una respuesta que nunca llega. Quizás sea ésta su oportunidad de husmear sin necesidad de mediar palabra, sin duda una de sus mejores virtudes según su punto de vista.

Recorriendo las firmes paredes del pequeño castillo, el inspector procede a su infalible táctica de espiar por las ventanas. Aunque esta vez le da menos resultados que en su anterior expedición, pues no logra encontrar nada inusual que levante sus sospechas: las ventanas en la primera planta del castillo son escasas y estrechas; y apenas hay luz alguna en el interior de las estancias.

“¿Le puedo ayudar en algo?” Una voz grave y masculina sorprende al inspector agazapado entre unos arbustos cercanos a la ventana que da al salón de estar. ¿Cómo es posible que no le haya oído acercarse?

“Si me dice lo que está buscando quizás pueda ayudarle...”, repite la voz.

“Disculpe”. Finalmente Sherade se levanta y se sacude las rodillas con la palma de la mano: “He picado al timbre pero nadie me ha abierto. He pensado que quizás no me habían oído y me he acercado a la ventana para ver si había alguien en el interior. Busco al señor Legrand.”

En el momento en que Sherade levanta la cabeza, quedando ésta a la altura del rostro de Olivier, los dos hombres quedan mudos de sorpresa durante un momento que resulta interminable para ambos.

“Pues ya me ha encontrado, -responde Olivier, que deja entrever una sonrisa-: Inspector Sherade.”

#

El frescor que emana el interior del castillo sorprende al inspector, lo mismo que su mobiliario, formado por piezas antiguas de todos los tiempos y de muy distintos estilos, confiriéndole a la estancia cierto aire solemne y caótico, una especie de museo desordenado.

“Veo que tiene usted un evidente interés en la restauración... ¿Estaban aquí estas piezas cuando compró el castillo?”

“No, son mías.”

“Por supuesto, es usted un coleccionista...”

“Restaurador, de antigüedades.”

“Así que a eso se dedica ahora. Parece interesante.”

“Lo es.”

“¿Cuánto tiempo hace que vive aquí?”

“Le corroe la curiosidad, ¿verdad? El pasado marzo hizo cinco años.”

“¿Y tiene usted familia, señor... Legrand? Nunca tuvimos tiempo de conocernos realmente.”

“No. No tengo familia. ¿Le apetece una copa de vino?”

“No, gracias.”

“¿Está seguro? Se encuentra usted en unas de las mejores tierras de cultivo.”

“Ya le he dicho que no. ¿Y pareja?”

“No. ¿Quizás un poco de agua?”

“¿Ha estado usted casado señor Legrand?”

“¿Quiere usted ahora conocerme, inspector, después de tantos años?”

“Me veo obligado. Han encontrado muerta a la señora Durroway esta mañana en su habitación.”

“Lo sé, me lo ha dicho el doctor Gifford tan pronto ha salido de la mansión esta mañana.”

“En su agenda la señora tenía apuntado que tuvo una cita con usted ayer por la tarde.”

“La tenía, pero no pude acudir. ¿Es que la han asesinado?”

“¿Qué le hace pensar eso?”

“Me está tratando como a un sospechoso.”

“Sólo intento aclarar el asunto. Ese es mi trabajo. ¿Ha discutido recientemente con ella?”

“No.”

“La cocinera asegura haberle oído a usted subir el tono de voz después de servirles el té la última vez que estuvo en la mansión.”

“Expresé mi desagrado por esa estúpida tradición, algo que si hubiera conocido a la señora Durroway, sabría que no era aconsejable hacer en su presencia. Era una mujer un tanto excéntrica y extremadamente aferrada a sus costumbres. No le gustaba que la contrariaran, ya se lo habrán comunicado sus sirvientes.”

“¿Qué tipo de relación tenía con la señora?”

“Cordial. Acudía regularmente a su casa cuando me invitaba, más o menos cada semana.”

“¿Y qué hacían, en esas visitas?”

“Inevitablemente, tomar el té. Y hablar. Mayoritariamente de temas relacionados con el arte de la restauración; le gustaban las artes y era buena conversadora.”

“Entonces, ¿eran simplemente amigos?”

“Supongo que podríamos llamarlo así.”

“¿Dónde estuvo ayer por la tarde?”

“Aquí, en el castillo.”

“¿Y esta noche?”

“También. No me muevo mucho de aquí, como usted comprenderá.”

“Entonces asegura no haber salido del castillo desde ayer por la tarde.”

“Sí, eso es lo que le acabo de decir.”

“¿Y no volvió a salir hasta hoy?”

“Así es. ¿Necesita comer algo inspector? No lo veo muy agudo en sus conclusiones.”

“¿Dónde ha estado esta mañana?”

“Como ya ha podido deducir de mi última respuesta, aquí.”

“No cuando yo he llegado.”

“Tengo un pequeño taller en la parte trasera del jardín, lo habría visto si hubiera acabado de rodear el castillo en sus pesquisas detectivescas.”

Sherade ignora el tono de este último comentario, siguiendo con su inacabable batería de preguntas: “¿Toma algún tipo de medicación, señor Legrand?”

“Soy alérgico a ciertas sustancias. El Doctor Gifford me recetó unas pastillas. ¿Es que me ve mala cara inspector?”

“Tiene usted unas ojeras considerables, se diría que no ha dormido bien últimamente.”

“Como un lirón, y a cualquier hora del día. El sueño no es un problema para mí. Lo que ocurre es que no soy un hombre de horarios, cuando tengo sueño duermo, y cuando tengo hambre como.”

“Sin duda se necesita dinero para vivir tan relajadamente. Parece que usted no le falta de eso.”

“Voy tirando.”

“Y si lo necesitara no sería un problema, ahora que es usted el máximo beneficiario del testamento de la señora Durroway.”

Por la reacción de Olivier, Sherade se da cuenta de que el hombre que tiene delante no había oído nunca antes esta última información. Aunque sigue de pie junto a la ventana, ha bajado la guardia y ya no se halla tan erguido. Los ojos que antes le observaban minuciosamente están ahora llenos de un asombro infructuosamente contenido, y se mueven de un lado a otro inquietos, buscando una explicación que nunca llega a aparecer.

“¿No se lo había dicho la señora Durroway?”

“No.”

“¿Puede alguien confirmar que ha estado aquí desde las siete y cuarto de ayer por la tarde?”

“El gato.”

“¿Disculpe?”

“No vivo completamente sólo. Renoir comparte estas paredes conmigo y, cuando le apetece también la misma habitación que yo. ¿Quiere preguntarle algo? No siempre que lo llamo acude, pero lo podemos intentar...”

“No se vaya usted muy lejos, señor Legrand. Estaremos en contacto.”

Y mascullando reniegos, Sherade se dirige a la puerta de salida del castillo.

Los restos de la vida de Marie Beaumont

Sherade se aleja del castillo pensando en la complicación que supone éste último encuentro. Por supuesto, nadie en la comisaría de Narbona podría identificar al que se hace llamar ahora Olivier Legrand, pues bien se ha preocupado él de borrar cualquier característica que pudiera vincularle a su pasado. Por otro lado, piensa el inspector, Legrand no tiene ninguna intención de ser descubierto, así que lo que ocurrió probablemente quedará entre ellos dos para siempre, ajeno a los demás personajes presentes en la línea de investigación. De todos modos deberá andarse con ojo, Legrand no deja de ser un sospechoso en la investigación de la muerte de la señora Durroway. Pero de eso ya se ocupará más tarde, o quizás mañana, dado que el sol empieza ya a esconderse detrás de las vides, alargando sus sombras pequeñas y retorcidas a ambos lados de la carretera. La noche ofrece la oscuridad necesaria que ayuda a ejecutar las tareas que no desean ser vistas, y Sherade lo sabe muy bien: es el momento de ir a echar una ojeada al apartamento de Marie.

#

Media hora más tarde, el inspector aparca precavidamente el coche a un par de calles de su destino. Si alguien lo sitúa allí puede tener verdaderos problemas en la comisaria. Después, con las manos en los bolsillos y la cabeza agachada, se desplaza por la vieja acera sin cruzarse con ninguna otra alma.

Al llegar al edificio cuenta el número de pisos y ventanas para asegurarse de que no hay luz en el apartamento. Sólo un par de pisos desprenden luz por los cristales de sus ventanas; el resto del edificio y el silencio que lo envuelve parecen ser testigos del luto de la muerte de la joven Marie.

El hecho de que la puerta principal de entrada se halle aún abierta y la ausencia de portero, evitan que el inspector deba incurrir en más delitos de los necesarios. Por supuesto podría haber entrado picando al timbre de alguno de los apartamentos con luz, identificándose como policía, pero eso dejaría rastro de una visita que debe ser efectuada como si nunca hubiera existido.

Ya en el segundo piso, y con los guantes de piel puestos, Sherade corrobora que no hay precinto policial en la puerta. Si Lambert aún no ha registrado el piso, eso le da una ventaja considerable respecto a ese capullo. Si ya lo ha hecho y ha terminado con ello, quizás se haya dejado un par de pistas sobre quién era Marie, aunque su calidad humana, y Sherade lo sabe, no va proporcionalmente ligada a su ineptitud policial. Lambert es listo, que no necesariamente inteligente, pero eso ya le ha valido para sacarlo del caso en su intento de colgarse una medalla fácil y ascender de rango.

Después de forzar la puerta lo más silenciosamente posible, el inspector se desliza hacia el interior del apartamento con la ayuda de la pequeña linterna que siempre lo acompaña en el bolsillo de sus pantalones.

Sus ojos oscuros recorren el recibidor minuciosamente, para empezar a hacerse una idea de la verdadera identidad de Marie. Los recibidores de una vivienda, como el resto de estancias, indican si su inquilino es práctico, ordenado, familiar o independiente. Los objetos en el espacio dan pistas sobre sus gustos, amistades, rutinas, manías. Sherade entiende que sin conocer a la víctima es muy difícil conocer los motivos por los que alguien la querría ver muerta.

El recibidor de Marie resulta ser un espacio pequeño, dotado de un perchero de pie antiguo de hierro forjado, una cómoda blanca con tres cajones y una pequeña bandeja de plata ennegrecida en la parte superior a modo de vacía-bolsillos. Encima de la cómoda un espejo de tamaño medio sin marcos reposa en la base de madera, como si nunca hubiera hubieran encontrado el tiempo

necesario para colgarlo.

En las paredes del pasillo Sherade distingue un par de pinturas de paisajes y autor irreconocibles para él a pesar de su minucioso conocimiento de la historia del arte. Uno de los cuadros, el más cercano al comedor, se halla notablemente torcido. Más adelante, la puerta de la cocina y el baño se suceden a uno y otro lado de la pared.

Ya en la cocina, algunos platos y tres copas reposan olvidados en el fregadero junto a una sartén y un cazo. Al abrir la nevera, Sherade ve que la luz sigue dada de alta. Una botella de leche empezada, una quesera con gorgonzola, queso de cabra y queso fresco, unos tomates y unas aceitunas son todos los alimentos que Marie tenía en la nevera el día que salió de su casa para no volver jamás.

En el baño, de dimensiones más bien reducidas, una renglera de pequeños potes rellenos de cremas y demás productos cosméticos reposan alineados debajo del espejo, en un mueble que integra éste y los grifos en un práctico módulo de madera blanca. A su lado, un lapicero contiene brochas desgastadas, de diversos tamaños y anchura, junto con tres barras de pintalabios. Un cúmulo de ropa sucia descansa en el suelo, entre la cortina de la ducha y el mueble blanco.

Más adelante, el inspector encuentra la sala de estar, con una única puerta en una de sus paredes, que deduce debe ser la habitación. La sala de estar consta de un antiguo sofá de tela verde botella de dos plazas, una butaca del mismo material y color, una mesa baja de cristal con los bordes dorados en la que se hallan diversas revistas en la parte inferior, y un mueble donde se halla un pequeño televisor, rodeado de estanterías llenas de libros y marcos de fotos.

Al lado de la ventana, una pequeña mesita de madera sirve de soporte para un tocadiscos. Debajo de ésta, un baúl roto contiene un número considerable de vinilos.

Sherade se toma más tiempo en examinar esta estancia que las anteriores, dejando lo que supone es la habitación para el final.

Agachado al lado de la mesa de cristal, examina el contenido de las revistas encontradas: tres de moda, una de cotilleo, dos de viajes, una agenda cultural con los eventos y exposiciones de la ciudad de Narbona en el mes de abril, y el periódico del día anterior al hallazgo de su cuerpo en el canal. En éste, al igual que en el resto de revistas, algunas páginas están marcadas. Sherade calibra la posibilidad de llevarse el material para examinarlo con más detenimiento a la luz de la bombilla de su despacho en su casa, teniendo en cuenta que esto constituye claramente un delito de robo de pruebas y obstrucción a la justicia. Rápidamente echa una ojeada a las páginas marcadas, anotando en su libreta los titulares de los artículos y noticias de cada una de ellas, junto con la fecha y el nombre de cada ejemplar.

Cuando termina, deja las revistas en la misma posición que las ha encontrado y se dirige al mueble de delante del sofá. Una gran variedad de libros ocupa las estanterías alrededor del hueco del televisor, sin orden aparente.

Entre ellos, Sherade identifica algunos clásicos de la literatura. Sin embargo, la estantería más alta de la derecha parece haber sido reservada a títulos con cierto contenido en común: El estrangulador de Boston, Jack el destripador, Los crímenes más notables del siglo XIX, y manual de derecho I y II. Una colección más bien pequeña, pero sin duda con un tema recurrente y común en su contenido. Ojeando los libros de esta sección, Sherade repara en que todos han sido subrayados en algunos párrafos, y los libros de derecho contienen papeles doblados entre sus páginas, con anotaciones a los márgenes.

Cuando el inspector está ojeando el segundo tomo de derecho, pasando las páginas rápidamente con el dedo pulgar, un sobre blanco se desliza hasta caer al suelo, recabando por completo su atención. Justo en ese momento un ligero ruido en la única habitación en la que no ha entrado se hace patente. El inspector desenfunda la pistola de la cartuchera de su cinturón de manera automática.

Apuntando hacia delante, con la pistola en una mano y la linterna en la otra, Sherade se dirige lentamente hacia la puerta de la habitación al final de la sala de estar y la abre de una patada.

Al fondo de la habitación, sentada en la cama, el contorno de una figura femenina que le resulta familiar habla dulcemente: “Buenas noches inspector, no esperaba encontrarlo aquí.”

Y es entonces cuando Sherade reconoce la voz y la sensual figura de Cécile Beaumont entre las sombras.

Las percepciones de Agnès

Aún pensando en la sorpresa que se llevó ayer en el piso de Marie, Sherade aparca el coche en la parte trasera de los jardines de la mansión. Accede al edificio por la puerta de servicio con la intención de evitar el estrepitoso chirrido con el que fue acogido por primera vez en la puerta principal.

En la cocina, tal como esperaba, encuentra a Agnès. La oronda mujer está tan concentrada amasando una pasta de hojaldre que parece no reparar en la visita del inspector.

“Buenos días señora.” La grave voz saca a Agnès de su ensoñación provocándole un buen susto, por lo que Sherade añade rápidamente con una sonrisa: “Disculpe, no era mi intención asustarla.”

“No, no... es que estaba haciendo unos pastelitos...” Agnès coge el trapo de cocina que cuelga de su delantal y se limpia las manos: “Una ya no sabe qué hacer para entretenerse... tampoco es que sepa hacer muchas cosas más, aparte de cocinar, quiero decir.”

“Entiendo. ¿Sabe dónde está Jacques, o Daisy?”

“Creo que en la sala del té.” Después de un breve silencio, y antes de perder la presencia del inspector, añade: “¿Qué va a pasar con nosotros Señor Sherade?”

“¿Se refiere a la mansión?”

“Supongo. A la mansión, a la muerte de la señora...” Agnès empieza a crear pequeñas tartaletas con las manos, con una rapidez y seguridad asombrosa que contrasta con la angustia de sus palabras.

“Lo primero dependerá de quien sea el beneficiario de su testamento en este menester. De todos modos he hablado con el notario y hemos aplazado los trámites de herencia hasta que se haya aclarado el caso que me ha traído aquí.”

“No fue un accidente verdad, ¿la señora...?”

“Eso es lo que intento averiguar. ¿Le importa que le haga un par de preguntas, Agnès?”

“No.” Ella interrumpe la actividad que la tenía ocupada, y por primera vez presta toda su atención a Sherade.

“¿Era usted feliz aquí, trabajando para la señora Durroway?”

“Supongo que sí. Sin duda era más feliz que cuando estuve en el convento. Fue una suerte que el señor Edwards me propusiera trabajar para él y su señora.”

“Algunos de sus compañeros de trabajo me han comentado que la señora Durroway era de carácter difícil...”

“Oh... -Prosigue Agnès, y otra vez siente la necesidad de tener las manos ocupadas, así que coge un cuenco con la masa resultante de mezclar harina, leche, azúcar y almendras trituradas, y le añade un buen pellizco de canela- No siempre fue así. Pero cuando ocurrió lo del señor Edwards, le cambió el carácter. No la culpo por eso, fue un golpe muy duro para ella... para todos.”

“¿Creyó la señora Durroway los rumores que provocó la muerte de su marido? Nunca se encontraron pruebas...”

“No lo sé. Pero el caso es que el mal ya estaba hecho. Yo nunca creí esos rumores, el señor Edwards era un hombre de buen corazón. Pero la señora Durroway perdió las amistades. Ya sabe como son la gente de su clase... no aceptan ninguna mancha en sus relaciones sociales. Probado o no, -y ahora Agnès empieza a rellenar las tartaletas con la masa de almendras- no quiso saber nada más del tema. Se encerró en la mansión para no volver a salir de ella, más que al jardín. Es

una historia triste.”

“¿Sabe de alguien que tuviera motivos para acabar con su vida?”

“¡Oh, Dios mío! ¡Entonces está seguro!”

“Aún lo estamos investigando. Le ruego que no lo comente con los demás.”

“¿Pero es que piensa que ha sido uno de nosotros?”, debido al temblor de manos que acompaña la pregunta, la manga pastelera derrama una pequeña cantidad de masa fuera de la tartaleta.

“Es solo una posibilidad. Debo examinar todas las posibilidades, ese es mi trabajo. ¿Lo entiende, verdad?”

“No creo que haya sido nadie de la mansión, inspector. En realidad somos como cualquier otra familia. Todas las familias tienen problemas, pero eso no significa que no se quieran. Nos cuidamos los unos a los otros.”

“Y sin embargo, la mayoría de crímenes son cometidos por gente próxima a la víctima.”

“¡Eso es espantoso!”

“Lo es, pero no deja de ser verdad.”

Agnès, silenciosa, coge la bandeja con ambas manos y la lleva hasta la encimera junto al horno. Después, cuidadosamente, abre el horno y la coloca en su interior, programando el reloj. Cuando acaba con su tarea, gira su torso, antes de espaldas a Sherade, y dice: “No sé qué decirle inspector, no puedo pensar que haya sido ninguno de nosotros. Y ahora, si me disculpa, debería ir a lavar la ropa.” Y sin esperar el permiso del inspector, Agnès desaparece por la puerta que da al jardín, en dirección al lavadero.

Las amistades del Dr. Gifford

Sentados delante de la chimenea de la sala de estar del castillo, el Doctor Albert Gifford y Olivier Legrand contemplan en silencio las llamas que danzan en el cubículo de piedra, acompañadas de vez en cuando por el ruido de la madera que se queja del calor abrasivo, emanando chispas traviesas que saltan sin aviso alguno.

Por fin, y al cabo de unos minutos, Olivier rompe la ensoñación de su compañero, hipnotizado por el fuego:

“Te sientes agraviado... querido Albert, y lo entiendo. No deberías sentirte culpable por ello. Supongo que después de tantos años de leal servicio esperarías que la mujer te dejara algo... y me lo deja a mí que no he hecho nada por ella más que acudir de vez en cuando a sus invitaciones para tomar el té. De todos modos el Inspector Sherade dijo que era el máximo beneficiario, no el único, quizás quede alguna esperanza para ti...”

“Yo no esperaba nada. La mujer, como tú la llamas, ha pagado religiosamente cada visita que le he hecho y de eso se trata. Uno no debería relacionarse con los demás pensando qué va heredar de ellos cuando mueran, parece mentira que me conozcas.”

“Te conozco, Albert, y me malinterpretas si crees que estoy hablando de una cuestión meramente económica. Se tiende a percibir que el testamento de una persona es algo así como una lista de la gente a la que más apreciaba, por orden preferente.”

“En el caso de la señora Durroway me atrevería a decir que esa lista quedó vacía hace muchos años. No te ofendas.”

“En absoluto.” Y después de un breve silencio en el que observa de nuevo las llamas, pregunta:

“Albert, tu viste el cuerpo, ¿verdad?”

“Desgraciadamente sí. ¿Por qué?”

“¿Crees que fue un asesinato?”

“No lo sé, no soy forense.”

“Creo que la señora Durroway tenía algo que decir y alguien la hizo callar antes de darle la oportunidad de hacerlo.”

“¿Ahora haces de detective?”

“Me sobra el tiempo, ya lo sabes. Dos días antes de su muerte, me mandó un reloj antiguo para arreglar, junto con la invitación para tomar el té el día antes de su muerte.”

“Eso no tiene nada de extraño. No era la primera vez que te hacía un encargo, al fin y al cabo ese es tu trabajo. Deja que se encargue el inspector, que para eso está.”

“Respecto a eso... Creo que ha llegado el momento de que sepas algo acerca de mi trabajo.”

Olivier se levanta de la butaca cercana a la chimenea y añade: “Ven conmigo.”

Olivier avanza por el pasillo hasta llegar a una maciza puerta de madera enmarcada por un arco de piedra. A continuación, saca del bolsillo de su bata una gran llave antigua, de un palmo de largo y unos quince centímetros de ancho y la introduce en la enorme cerradura. El ruido que sigue a las dos vueltas que da la llave retumba haciendo eco al otro lado del pasillo, mientras el doctor Gifford lo observa lleno de curiosidad. Olivier coge el pomo de la puerta y lo levanta ligeramente hacia la derecha, a la vez que empuja hacia dentro, hasta que finalmente el peso de ésta cede y se abre completamente de un golpe seco. Al otro lado, unas escaleras de caracol se deslizan hacia una estancia fría lóbrega.

“¿Qué es esto?”

“Antes era la bodega del castillo. Cuando vine hace cinco años, la adecué mejor a mis necesidades.”

Olivier aprieta el interruptor que se halla a la derecha de la pared, iluminando por completo la estancia que se halla a sus pies: “Bienvenido a mi santuario.”

Los ojos azules del doctor parpadean para adaptarse al drástico cambio de luz y recorren la espectacular sala a medida que sus pies van descendiendo por la escalera, detrás de Olivier.

El olor a barniz y pintura se solapa con el frescor que emanan las paredes de piedra de la amplia estancia, decorada con arcos de vuelta, que forman pequeñas salas sin puertas. En el suelo, una gran variedad de antiguas alfombras persas se suceden la una a la otra, acordes con los espacios creados por los arcos de vuelta. En las paredes, un cúmulo de cuadros de todos los tamaños se disputan un lugar central para el visitante, algunos apoyados cuidadosamente encima de otros en el suelo. El doctor reconoce en ellos algunas de las más destacadas obras de arte del siglo XIX, como La noche estrellada de Van Gogh, Las señoritas de Avignon de Picasso, El grito, de Edward Munch o La libertad guiando al Pueblo, de Delacroix. A su izquierda, una larga mesa de madera está llena de pinceles, paletas de pintura, espátulas y otros utensilios que el doctor no sabe identificar. A su lado, un par de lienzos envejecidos esperan a ser pintados en los caballetes de madera. Al fondo, varios muebles antiguos descansan en el suelo, entre los que se hallan una estantería victoriana de roble, un escritorio de nogal estilo Reina Ana, una mecedora de Olmo muy desgastada y estilo Windsor, un baúl de roble de principios del siglo XVI y un reloj de pared antiguo. En el suelo y en la mesa, próximos a los muebles, se hallan herramientas que el doctor deduce sirven para la restauración.

“Así que aquí es donde te escondes cuando haces ver que no estás en el castillo. Es increíble, no sabía que tuvieras tantos clientes, esto se ve siempre tan vacío...”

“La verdad, Albert, es que la mayoría de los objetos que hay aquí son, aunque cuestionablemente si quieres, de mi propiedad.”

“No entiendo. Todas estas pinturas... estos cuadros... ¿son los reales?”

“Los originales, quieres decir.”

“¡Pero esto te debe haber costado una fortuna!”

“Una fortuna en tiempo y esfuerzo. Pero de hecho me han traído más beneficios que pérdidas, en términos económicos.”

“¿Quieres decir que son robados? ¿Has pagado por obras de arte sabiendo que eran robadas?”

“Yo nunca pagaría a otro por una obra de arte robada. La robaría yo mismo. Eso es lo que quería contarte.”

“¡Pero eso es un crimen!”

“Bueno, yo lo llamaría delito, aunque viene a ser lo mismo. Pero no te precipites en juzgarme, deja que te explique mi punto de vista sobre lo ocurrido, por favor.”

El doctor Albert Gifford se sienta entonces al pie de la escalera, de donde no se ha movido en todo el rato, con los ojos fijos en el rostro de su interlocutor, demandando una buena explicación. Olivier, mientras habla, se desplaza con pasos tranquilos por la sala, como quien baila un vals con uno mismo.

“Tal y como yo lo veo la situación era la siguiente: determinada gente con mucho dinero tenía interés en ostentar la posesión de ciertas obras de arte que no estaban en su poder. Como esta determinada gente no suele tener muchos escrúpulos para conseguir lo que quiere mediante su riqueza, no tenían problemas en contratar a alguien para conseguir el objeto deseado. Puesto que

la palabra clave en su pedido era “original”, y de estos, en pintura, sólo puede haber uno, parece evidente que ya sabían qué servicio estaban contratando.”

“¿Te contrataban para robar las obras?”

“No te dejes llevar por su impoluta apariencia, sus trajes caros y sus magníficas casas, este tipo de gente sólo tiene decencia en el vestir, y sólo en algunos de los casos. Si no lo hubiera hecho yo, lo hubiera hecho otro cualquiera.”

“Eso no es ninguna justificación, uno sólo es responsable de lo que uno puede hacer o dejar de hacer, no de lo que hagan los otros.”

“Precisamente. Nadie, que yo sepa hasta ahora, ha ejecutado esta tarea como lo hice yo. De todas maneras, no creo que se pueda catalogar a un ladrón de obras de arte en la misma categoría que otros delitos.”

“¿Por qué no? Al fin y al cabo se trata de apropiarse de algo que no es tuyo.”

“El arte no tiene dueño, más que la persona que lo creó.”

“Eso es completamente discutible.”

“Por supuesto. Pero escucha: Van Gogh se cortó una oreja. Mucha gente reconoce antes esa historia que cualquiera de sus cuadros. Hay quién dice que eso fue el resultado de un duelo que tuvo con otro caballero por una mujer... porque claro, siempre hay alguna mujer. Pero el caso es que duelo o no, yo creo que hay que ser incomprendido para hacer eso. Y la realidad es que Van Gogh nunca fue reconocido en vida, como les pasó a muchos otros pintores del siglo pasado. Sin embargo, unos años más tarde viene un entendido en arte y dice que esa obra vale tantos millones. Entonces, cuanto más cara es, más personas que nunca antes habían estado interesadas en su trabajo están dispuestas a pagar millones de francos por ella, sólo porque tener esa obra representa haberse podido gastar esa cantidad de dinero, cosa que indica que se tiene aún mucho más. La adquisición no tiene nada que ver con el amor o la admiración por esa obra de arte, ¿te das cuenta?”

“Quizás eso ocurra en algunos casos, pero no puedes afirmar que sea así en el cien por cien de ellos. Estoy seguro de que hay quien está interesado verdaderamente en el arte.”

“Ninguno de mis clientes.”

“¿Y cómo lo sabes?”

“Porque les entregué copias de los encargos y nunca se dieron cuenta de la diferencia. En realidad lo único que les interesaba era el certificado de autenticidad.”

El doctor coloca sus manos en su cabeza y hunde ligeramente la testa:

“Necesito unos instantes para asimilar toda esta información. Siempre supe que escondías algo de tu pasado, al fin y al cabo todos tenemos nuestros secretos, todos cometemos errores... pero nunca me hubiera imaginado esto, Olivier.”

“Entiendo. Supongo que ahora te costará confiar en mí. Créeme que no tengo intención de robar tu casa, dejé la profesión hace mucho tiempo.” Olivier acompaña esta última frase con una sonrisa burlona, a la que el doctor Gifford responde con cierta indignación: “Entonces si les dabas copias, ¿Por qué ibas a robar las obras de otros?!”

“Por dos razones. Primero, porque es mucho más fácil hacer una buena copia con el original delante.”

“¿Las hacías tú?”

“Empecé haciendo retratos en Montmartre. Resultó que se me daba bastante bien. En segundo lugar, y contestando a tu pregunta anterior: la gente a quien robaba era exactamente igual que los

que me encargaban el robo.”

“¡Pero ellos se quedaron sin nada!”

“La mayoría de ellos nunca supieron que habían sido robados.”

“¿Cómo?”

“Sustituía el original por otra copia. Otras veces, al llegar al lugar en cuestión y al examinar la obra me daba cuenta de que a pesar del certificado de autenticidad, la obra del encargo era una falsificación.”

“Y entonces, cuando lo sustituías por una falsificación, ¿cómo la habías hecho antes si no tenías el original?”

“He dicho que era más fácil hacerla con el original delante, no que fuera imposible hacerla sin el original.”

“O sea que además de ladrón, ¡eres estafador!”

“¿Así que está mal estafar a alguien que te pide que robes a otro a cambio de dinero?”

“¡Por supuesto! Si querías hacer de justiciero, te podías haber simplemente negado a hacerlo.”

“Querido Albert, cualquiera que tenga un poco de conocimiento acerca de cómo funciona el mercado del arte en la actualidad sabe que éste se reduce a traspasos constantes de robos de un lado a otro. Y los delincuentes son los que exponen la pieza como símbolo de poder. Mi papel y el de gente como yo es puramente intermediario, yo quise aportar la diferencia con mi método de falsificación.”

“¡Quedándote tú los trofeos! ¡Ya me dirás en qué te diferencia esto de ellos!”

“En que yo no pagaba para tenerlos, sino que cobraba. Créeme que yo sí sé admirar el buen arte.”

Los ojos del doctor escrudiñan el rostro de Olivier, mostrando una mirada de fuego, ira e incompreensión que no reconoce a quien tiene delante.

“Sé que no me tienes ahora mismo en muy alta estima Albert, pero confío en que esto no estropeará del todo nuestra amistad.”

“¿Y por qué me lo cuentas ahora, si se puede saber? Sinceramente hubiera preferido no saberlo. Me dejas en una posición muy difícil.”

“¿Te planteas delatarme? Yo no me preocuparía por eso.”

“¿Ah no? ¿Hasta ahí llega tu soberbia? Me explicas todo esto, me traes aquí para enseñarme tu cofre del tesoro, ¡y te quedas tan tranquilo!”

“En eso consiste la confianza. Además, ya hay alguien del departamento de justicia al tanto de mis quehaceres pasados.”

“¿Ah sí? ¿Quién?”

“El Inspector Sherade.”

“¿Y por qué no estás ahora mismo detenido, Olivier? ¡Si es que ese es tu verdadero nombre!”

“Esa es otra larga historia que ahora mismo no estás preparado para escuchar. Anda, acompáñame a la cocina. Vamos a darte un buen café caliente y a arreglar este pequeño bache en nuestra amistad.”

Y en silencio, el doctor Gifford y Olivier ascienden por la escalera de caracol hacia el pasillo, cerrando la pesada puerta que esconde detrás de ella la pasada vida de Olivier Legrand.

Las investigaciones de Philippe Lambert

Es sábado por la tarde y muchos narbonenses desfilan por la Rue Droite con la intención de aprovechar las pocas horas de sol que quedan. Mientras Cécile avanza por la misma calle, un grupo de tres mujeres de mediana edad discute entre cafés y zumos de naranja cuál es la mejor opción para Ingrid, pues ha descubierto que su marido le es infiel. Unos metros más adelante, en la tienda de discos, cinco jóvenes miran el escaparate lleno de chucherías varias mientras fuman cigarrillos. En la tienda de ropa infantil, una madre pelirroja intenta hacer que su pequeño se pruebe un jersey y deje de llorar, mientras el padre, en la puerta de la tienda, pone cara de agobio y mira el reloj insistentemente. En el bar de deportes, varios hombres contemplan el partido de rugby en el televisor, alternando sorbos de cerveza con variados sonidos guturales que dependen de las acciones del equipo al que apoyan.

Al final de la calle, ya en la Place de L'Hôtel de Ville, bajo el arco que da entrada al Passage de L'ancre, Cécile aguarda con la mirada los grupos de turistas que se hallan en el centro de la plaza. Acompañados de un guía reciben la explicación de que las piedras que están pisando son tan antiguas como los romanos que las construyeron, mientras la mayoría de ellos hace fotos mecánicamente a su alrededor.

Concentrada en la escena, Cécile no se percata de la silueta larga que, oculta entre la muchedumbre que se dirige a visitar la catedral, se acerca sigilosamente hacia ella, hasta que una mano le toca suavemente el brazo y la saca de su ensoñación: “Gracias por venir, señorita Beaumont.”

Los verdes ojos de Cécile se encuentran entonces con la ancha sonrisa de Philippe Lambert, que contrasta con sus oscuras gafas de sol.

“No tengo mucho tiempo, he quedado para cenar con unos amigos. No sabía que trabajaban también los sábados.”

“Trabajamos cuando hace falta. Sobre todo en casos como el de su hermana.”

“¿Por qué me ha citado aquí?” Cécile sigue mirando a los turistas, evitando los ojos de Lambert.

“Porque no quería amargarla haciéndole pasar una tarde de sábado en la comisaria. Pensé que un café en la plaza le resultaría más agradable.”

“Entonces vamos a por ese café.”

Sorteando el reguero de personas que desfilan por la plaza, el inspector de policía y Cécile cruzan la plaza y se dirigen al café Le Petit Moka, donde tan sólo quedan un par de mesitas libres. Un camarero joven acude de inmediato a atenderles.

“Tomaré un café solo –anuncia Lambert- y la señorita...”

“Una tila, por favor”, añade ella.

Cécile saca de su bolso un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas mientras el camarero desaparece de su vista. Seguidamente saca uno de los cigarrillos, lo sujeta suavemente con los labios y lo enciende acercando una de las cerillas prendidas. Después deja que la cerilla se consuma lentamente mientras la observa en silencio aspirando el humo del cigarrillo. Finalmente, levanta la mirada y la clava en los ojos del inspector.

“Entonces, ¿qué es eso tan importante que quería decirme?”

“Creo que en un par de días habremos resuelto el caso de la muerte de Marie”

“Eso me lo podía haber dicho por teléfono.”

“No parece usted demasiado contenta por mi noticia.”

“Todo lo contenta que puedo estar. Me alegro, créame, de que quien lo hizo vaya a pagar por ello, pero eso no me devuelve a mi hermana. El daño ya está hecho.”

“¿Ha leído usted los periódicos últimamente, señorita Beaumont?”

“No. Si los leyera no saldría nunca de casa.”

“Pero sabría que se ha estado comentando la posibilidad de que el asesino de Marie sea el mismo que cometió los asesinatos del Jardín des Archevêques.”

El joven camarero aparece con la tila y el café humeantes en una bandeja, y procede a servirlos entre un incómodo silencio. Cuando éste se da la vuelta, Cécile retoma la conversación:

“¿De veras? Entonces éste resulta ser un gran caso para usted, ¿no es cierto, inspector?”

“Así es.”

“Y deduzco de sus palabras que ya sabe la identidad del culpable.”

“Prácticamente.”

“¿Prácticamente? O sabe quién es o no lo sabe.”

Cécile se acerca la taza de cerámica a la boca y sopla delicadamente provocando pequeñas ondas en la superficie.

“Es increíble lo que se parece usted a su hermana.”

“¿Es que la conocía? Ella nunca me habló de usted.”

“Físicamente, quiero decir. Aunque, y sin intención de ofender a los muertos, tiene usted algo que ella no tenía.”

“No me gusta el camino que está tomando esta conversación, señor Lambert.”

“Discúlpeme, no pretendía incomodarla.”

“Y sin embargo lo ha hecho.”

“Lo siento. En realidad sólo quería preguntarle un par de cosas.”

“Pregunte rápido, se está haciendo tarde.”

“¿Ha ocurrido algo estos últimos días que yo deba saber?”

“No entiendo su pregunta.”

“Acerca de la investigación de la muerte de Marie.”

El sorbo de Cécile es ahora más largo que los anteriores, hasta que se termina finalmente la tila.

“No.”

“¿Está segura? ¿No la ha contactado nadie preguntando por Marie? ¿Alguna visita, algún encuentro?”

“No, ya se lo he dicho. ¿Eso es todo?”

“Por el momento sí.”

“Ha dicho que tenía un par de preguntas. Sólo me ha hecho una.”

“Digamos que con su respuesta ha contestado las dos.”

“Entonces me voy, me están esperando.”

“Que disfrute de su cena, señorita Beaumont.”

“Lo haré.”

Sin girar el rostro, con el bolso y el abrigo de piel en la mano, Cécile se desliza entre las mesas del café hasta llegar a la puerta y se disuelve entre el tumulto de la plaza.

Philippe Lambert, aún sentado en la silla, la observa hasta que desaparece de su vista, mientras

termina de un sorbo su café sólo y pide la cuenta. Después saca una bolsa de plástico y, usándola como si fuera un guante, coge la taza de Cécile con ella para darle la vuelta, de manera que la taza queda envuelta en la bolsa.

“Me llevaré esta taza también. Investigación policial –le dice al camarero mientras saca de su americana la placa para mostrársela-, puede añadirla a la cuenta.”

El camarero regresa dudando a la barra y vuelve en breves segundos:

“No es necesario inspector. Invita la casa.”

“Gracias.”

“Que tenga una buena noche, inspector.”

Lambert gira su rostro hacia el camarero, mirándolo por primera vez directamente a los ojos: “Oh, créame que la tendré.”

Y acto seguido desaparece por la puerta del café.

Las lecturas de Daisy

Tres días después del incendio, y debido a la falta de comunicación con Vincent, Daisy decide pasar la mañana en la biblioteca buscando entre las cenizas algún vestigio de vida literaria que haya podido sobrevivir a la crueldad de las llamas.

Arrodillada frente a un montón de escombros, con las ventanas abiertas para dejar entrar el aire matinal, la muchacha examina con atención los restos de los libros que llenaron sus únicos momentos de paz en la mansión.

Contemplando los lomos de colores transformados en cenizas, intenta imaginar su futuro, tan blanco y vacío que si no fuera por su resolutivo carácter, vería como una nada oscura. Quizás podría volver a empezar...

Y con esa frase su pensamiento se traslada al pasado, al primer día que, empapada por la lluvia, puso sus pies en el interior de la mansión.

Cuando llegó, la oferta no le pareció una mala opción. Era de hecho la mejor salida que tenía si quería un techo y algo que llevarse a la boca. Sus opciones se limitaban a tres: seguir con el cura pervertido de la ciudad, que de día daba las misas y de noche se metía en su cama ignorando despóticamente el empeño que ponía en fingir que estaba dormida; mudarse con la señora Durroway, que aunque amargada, podía apostar a que le dejaría conciliar el sueño por las noches, o vivir en los bosques.

En Narbona los comentarios sobre la señora Durroway no eran precisamente benévolos, pero cualquier cosa sería mejor que ese mal nacido de cura. En cuanto cumplió los catorce años se encargó de secuestrarla del monasterio de acogida con ojos de ángel salvador. Daisy nunca se tragó que las hermanas no sospecharan de él, ella tuvo un mal presentimiento desde el momento en que lo vio por primera vez, cuando la empujó impacientemente hacía el coche. ¿Qué cura se podía permitir un coche como ese? -Pensó Daisy-, y en ese momento notó sus manos ardiendo en su cintura, quemándole de lascivia. Así que cuando oyó, al cabo de tres meses, que la sirvienta de la señora Durroway se había ido de la casa por no sabía qué conflicto, se dio cuenta de que aquella era una de las pocas oportunidades que iba a tener de alejarse de la bestia.

Esa misma noche, mientras cocinaba, añadió una buena mezcla de barbitúricos en la sopa, de manera que a la segunda cucharada, -siempre desagradablemente y histriónicamente sorbida por sus asquerosos labios-, la cabeza del cura cayó repentinamente en el plato, sus cuatro pelos remojados en caldo de pollo. Daisy recuerda esa visión como una de las mejores y más placenteras de su vida.

Lo dejó en el comedor deseando que se ahogara en la sopa. Cogió sus libros y los metió en su reducida maleta junto con el resto de sus posesiones: dos camisas, la falda, el cepillo, y la foto de su madre, para salir por la puerta en medio de la noche de un dos de noviembre.

Sin haberlo pensado demasiado, sus pasos la llevaron a la puerta de la mansión Durroway, a unos diez kilómetros del pueblo, que tardó unas buenas tres horas en andar, en el más frío y húmedo de los vientos, con la compañía de una escasa luna que apenas le permitía ver los charcos que había a cinco centímetros de ella, de manera que pisó unos cuantos, que sumados a la tormenta que empezó a descargar su furia a medio camino la hicieron llegar a la puerta de la mansión empapada de pies a cabeza.

Daisy recuerda ahora la cara de Jacques, al verla en ese estado en la puerta, encarnando el concepto de desamparo: siempre ha agradecido a esa tormenta por ayudarla a que el mayordomo

de la señora se apiadara de su persona al verla en tal situación. Al fin y al cabo no era más que una chica de catorce años, sola y empapada en medio de los campos de vides en una noche fría y ventosa del mes de noviembre.

La señora Durroway no resultó ser como la había imaginado. Cuando la vio por primera vez, vestida con ese camión largo de color crudo lleno de puntillas en el pecho, esa rendija negra en la cabeza, sujetando unos cabellos más bien rojizos y oscuros en algo parecido a un moño lleno de horquillas negras puntiagudas, a Daisy le pareció que esa mujer no podía ser peligrosa por mucho que se empeñara en ello, pues le faltaba la dignidad necesaria para ello. Más adelante, y como en muchas otras ocasiones en la vida de Daisy, se dio cuenta de que se había equivocado al emitir ese juicio. Fue entonces cuando llegó a la conclusión de que el hecho que la señora hubiera aceptado acogerla en su casa esa noche fue exclusivamente producto de su estado soñoliento cuando atentó su entrada. De la misma manera, Daisy estaba convencida de que desde la misma mañana del día siguiente, la señora Durroway se había arrepentido de tal decisión, pero que, por la razón que fuera, prefería estar con alguien a quien aborreciera que estar sola. Y así, hacía ya más de ocho años, había empezado la relación entre ella y Emily Durroway.

En pocos días Daisy aprendió más de lo que entonces creyó que necesitaba saber sobre tan excéntrica persona. La señora Durroway era de procedencia inglesa, o al menos su madre era de una familia aristocrática británica, a la que le encantaba pasar los veranos en el soleado Sur de Francia.

Poco es lo que concluyó esos primeros días acerca de la señora excepto que, según su punto de vista, estaba como un cencerro. Su madre murió relativamente joven, unos años después de que dejaran de ir a la Mansión en verano. Más adelante la vendieron a un tal Lord Edwards, que por casualidades de la vida o no, acabó casándose con la señora Durroway, que volvió de esa manera a recuperar la casa de veraneo de su infancia, esta vez como principal residencia. Y al cabo de unos pocos años, Lord Edwards murió. De esa muerte surgieron todo tipo de rumores, pues las circunstancias fueron un tanto extrañas, o al menos eso es lo que Daisy escuchó en la radio y leyó en los periódicos, aunque nunca prestó demasiada atención al asunto, pues poco podía saber ella entonces que el futuro le depararía habitar en la mansión. Cuando ella llegó, de eso hacía ya largos y lentos años, en los que la señora apenas había salido de allí, refugiada en el silencio de la piedra maciza de esas paredes, convertida en la única señora Durroway que ella llegó a conocer.

“¿Qué haces aquí?” La voz de Jacques la aleja de sus recuerdos, y Daisy se da cuenta de que está acariciando mecánicamente el lomo superviviente de uno de los libros de la colección de Dickens.

“Oh, Jacques, hola. Estaba intentando encontrar algo que se hubiera salvado del incendio, antes de que lo limpien todo, por si acaso.”

“No deberías estar aquí, esta sala está cerrada por la investigación.”

“¿Pero si ya la examinaron el primer día! Aquí no hay más que cenizas y libros, ¿qué van a encontrar que explique por qué la señora incendió la biblioteca?”

“No están seguros de que fuera ella, por eso lo están investigando.”

“¿Sugieres que alguien vino aquí, en medio de la nada, a media noche, y prendió fuego a la biblioteca por divertimento?”

“Creo que eres más inteligente que eso.”

“Si alguien quisiera haber matado a la señora, hay mil maneras de hacerlo sin tener que quemar la

biblioteca, no hay que ser muy ingenioso.”

“Procura no hacer estos comentarios delante de la policía, ahora somos todos sospechosos.”

“¿De asesinato? Entonces están seguros de que no fue un suicidio...”

“El Inspector Sherade viene ahora hacia aquí. Quiere vernos reunidos en la sala dentro de media hora. Ve a tu habitación y cámbiate de ropa, tienes las rodillas sucias de ceniza.”

Y mientras se da la vuelta, aún en el arco de la puerta añade: “Y lávate la cara. Quizás quieras darte prisa en hacerlo, si quieres hablar con Vincent antes de que llegue el inspector.”

El desayuno de Sherade

Sherade termina de comer la tostada apoyado en la mesa de la cocina y con la americana puesta antes de ir a las afueras para seguir con la investigación del caso Durroway. Puesto que esta pasada noche ha dormido poco y muy mal, decide llenar de nuevo la taza de café, con la esperanza de conseguir borrar de un sorbo todo el cansancio que arrastra estos últimos días.

Sólo ha compaginado dos investigaciones de homicidio simultaneas una vez en el pasado, y entonces era mucho más joven. Además, el hecho de estar poniendo en peligro su placa por meter las narices donde no le incumbe lo ha estado atormentando desde primera hora de la madrugada. De todos modos, piensa Sherade, vale la pena correr el riesgo, sobre todo teniendo en cuenta los últimos frutos de tal indiscreción.

Aún con la taza en la mano, el inspector se desplaza hacia la esquina la sala de estar, donde tiene instalada su mesa de trabajo. En ella suele estudiar los papeles que puede llevarse de comisaria, pues trabaja con mucha más concentración y atención al detalle en la soledad de su casa. Aún así, Louis preferiría que algunas veces ese silencio que tanto le ayuda a concentrarse se viera roto de nuevo por aquellas voces cálidas y femeninas que hubieran sido su familia, aunque casi nunca se atreve a reconocerlo. La rutina después de la pérdida se convirtió en un buen sedante, una manera de que todo estuviera calculado con escaso margen de error. Ninguna decepción tenía cabida en ese mundo creado en el interior de su casa, y por eso lo había mantenido así desde entonces.

Sherade aprendió rápidamente en su pronta juventud que el mundo no era un lugar para dejarse llevar ingenuamente, sino un lugar lleno de perversidades y injusticias que muchas veces no llegaban a ser titulares de prensa. Se dio cuenta de que la vida era imprevisible, que todas las víctimas habían salido de casa diciendo “ahora vuelvo”, “hasta luego”, con un poco de suerte quizás “te quiero”. Como Lucille... Esas fueron las últimas palabras que la oyó pronunciar. Esa fue la razón por la que ingresó en homicidios, a pesar de los consejos de Bachelard, quién sería más adelante su mentor y tenía la opinión de que esa ira contenida no era razón suficiente para decidir ingresar en el cuerpo. Y probablemente tuviera razón, pues a los dos años había pedido el traslado a la Interpol, y, milagrosamente, se lo habían concedido.

Y, ahora, de pronto, mediante el recuerdo, Sherade se da cuenta de su convencimiento desde el primer momento en que le notificaron que estaba fuera del caso: Lambert había utilizado la muerte de Lucille para apartarle del caso, apoyado por el presunto chivatazo sobre la relación del caso Beaumont con los asesinatos del jardín des Archevêques.

Lo habían apartado porque estaban seguros de que sus emociones interferirían en el caso si se probaba que tenía relación con el caso Archevêques. Estaban convencidos de que se lo tomaría como algo personal, un ajuste de cuentas, en el que el culpable o culpables nunca llegarían al juzgado debido a una muerte prematura y accidental.

El inspector intenta recuperar la calma respirando profundamente y evitar así el ataque de ira que empieza a manifestarse en su interior. Su parte más racional toma las riendas y deduce que un ataque frontal no hará más que dar la razón a Lambert, poniendo de manifiesto su falta de control. No, las cosas deben hacerse bien. La amistad con Jean le ha permitido adelantarse a Lambert en la investigación y la única manera de conservar esa ventaja es seguir en la sombra.

Sherade abre el cajón a la derecha de la mesa y saca un sobre blanco arrugado. La presencia de Cécile en el piso de Marie le sorprendió, pero no anuló sus facultades.

Ahora cuenta con una información valiosa, un as en la manga que el resto desconoce. Eso le permitirá avanzar en su investigación paralela. De día, el caso Durroway. De noche, sigilosamente

y al abrigo de la oscuridad, el caso Beaumont. Si Marie tenía razón en la carta, las noches sin dormir no durarán demasiado.

Las preguntas de Sherade

Cuando Sherade cruza la puerta de la gran sala del té acompañado por Jacques, un estrepitoso silencio invade la estancia y los ojos de todos los ocupantes se depositan en su rostro.

“Buenos días.”

Aunque ninguno de ellos contesta, cada cual devuelve un silencioso saludo a su manera: Agnès, sentada en uno de los sillones esquineros, asiente ligeramente con la cabeza, sin apartar los ojos del inspector. Vincent, de pie junto al ventanal, levanta ligeramente la barbilla. Daisy, sentada en el sofá al lado del doctor Gifford, intenta una sonrisa breve. El doctor, a su vez, levanta un poco la mano, en lo que Sherade encuentra un cómico gesto, a modo de saludo. Es entonces cuando el inspector repara en la presencia de Olivier, que también se halla sentado en el sofá, al otro lado del doctor. Cuando sus miradas se encuentran Olivier esboza una sonrisa que deja entrever unos dientes blancos y bien alineados.

“No recuerdo haberle citado hoy, señor Legrand”, dice Sherade.

“Pensé que ya que parece obvio que va haber una investigación, le ahorraría el tiempo y la energía de desplazarse hasta el castillo.”

“Es todo un gesto por su parte, señor Legrand. Le agradezco el detalle.” Y dirigiéndose a todos prosigue: “Como deduzco de sus rostros, el señor.....”, Sherade mira a Jacques, que responde: “Lehman.”

“El señor Lehman ya les ha explicado la situación. La autopsia del cadáver de la señora Durroway apunta hacia un homicidio, así que habrá una investigación policial. Les he reunido aquí porque me gustaría hacerles unas preguntas; primero en grupo, y luego, y aunque ya he mantenido conversaciones con algunos de ustedes, individualmente.”

Al oír estas palabras los ojos de Daisy viajan inmediatamente en busca de los de Vincent, que aún de pie en la ventana, la ignora por completo.

“Bien, entonces, empecemos por la pregunta más obvia: ¿Saben de alguien que tuviera motivos para desear la muerte de la señora Durroway?”

De nuevo, la única respuesta que recibe el inspector es silencio.

“De acuerdo, lo diré de otra manera: ¿saben de alguien a quién la muerte de la señora Durroway le haya beneficiado de alguna manera? No tienen que pedir turno, pueden hablar libremente.”

“La señora no se relacionaba con casi nadie fuera de la mansión”, dice Daisy después de un segundo silencio generalizado.

“¿Quién es casi nadie?”

“Yo, por ejemplo.” Olivier levanta la mano como si fuera un alumno atendiendo una clase. “Como ya le dije ayer, acudía de manera regular a tomar el té y charlar con ella.”

“¿Alguien más ha venido de visita últimamente?”

“Esta semana vino un señor,” dice Agnès, “preparé pastas y té, aunque el té se derramó y el señor tuvo que cambiarse la camisa, y entonces...”

“¿Quién era el señor?”, pregunta Sherade.

“Maurice Ladd.” Responde Jacques. “Un antiguo amigo del difunto señor, Lord Edwards.”

“¿Y eran frecuentes las visitas de este señor, Maurice Ladd?”

“No. No se habían vuelto a ver desde el entierro de Lord Edwards.”

“El otro día fuimos a la ciudad con la señora, Jacques y yo. Seguramente se lo encontró allí y lo invitó a la mansión”, añade Daisy.

“Muy bien. ¿Alguien más?”

“Yo le hacía visitas regularmente”, responde el doctor.

“¿Alguien más que no esté aquí ahora?”

“No”, responden los cuatro sirvientes al unísono.

“¿Qué día fue la visita del señor Ladd?”

“El jueves por la tarde.”

“Describanme las acciones de lo que ocurrió esa tarde, por favor”

“La señora y Ladd estuvieron charlando un rato. Después se le derramó la taza de té encima. El señor Ladd se fue a cambiar al cuarto de invitados y marchó poco después”, explica Jacques.

“¿Saben de qué estuvieron hablando?”

“No tenemos por costumbre espiar las visitas de la señora”. Responde el mayordomo.

“¿Y después?”

“Después la señora salió a dar su paseo por el jardín. Volvió cuando oscureció, debían de ser las seis de la tarde. Al poco rato recibió una llamada”. Explica Daisy.

“¿De quién era la llamada?”

“Del señor Ladd. –Responde Jacques, qué es el único que hasta ahora tenía esta información– Después de colgar el teléfono tuvo un ataque de nervios y se encerró en su habitación. Al cabo de unas dos horas, bajó a la cocina cuando estábamos acabando de cenar.”

“Estaba de muy mal humor. Había estado llorando, tenía los ojos hinchados y rojos.” Apunta Agnès.

“¿Y?”

El mutismo que se crea ante esta pregunta dura tan sólo unos segundos, hasta que Vincent responde: “Tuvimos una discusión. Y me despidió.”

“Oh, no lo dijo en serio Vincent...” Daisy busca de nuevo sus ojos, pero sigue sin encontrarlos.

“Es interesante que no me hubiera comentado este pequeño incidente.” Apunta Sherade.

“Entonces no pensé que tuviera relevancia. Ahora entiendo que soy sospechoso. No tengo nada que ocultar, yo no maté a la señora Durroway.”

“Hablaremos de eso más tarde. ¿Pasó algo más después?”

Daisy continúa: “La señora me pidió que le preparara un baño. Lo tomó y se fue a dormir. Después por la mañana...”

“¿Fue usted quien descubrió el cuerpo, según tengo entendido?”, pregunta Sherade a Jacques.

“A las seis de la mañana me desperté en mi habitación, que está en la planta baja, por el humo que entraba por debajo de la puerta. Me levanté y al salir al pasillo me di cuenta de que la biblioteca estaba ardiendo. Salí a la caseta de invitados del jardín y avisé a Vincent. Lo apagamos con los extintores.”

“¿No avisó al resto del personal? ¿Ni siquiera se le ocurrió avisar a la señora? Entonces usted no sabía que estaba muerta...”

“El fuego parecía controlable. Vincent trabajó unos años como bombero, así que no había razón para alarmar al resto de la casa.”

“Parece que es usted una caja de sorpresas, André.”

Vincent ignora el comentario y prosigue con la explicación de Jacques: “Fue entonces, al apagar el fuego en la esquina del escritorio, cuando vimos a la señora en el suelo.”

“Y entonces avisaron al doctor Gifford.”

“Exacto.” Responden los dos hombres al unísono.

“Tienen ustedes la costumbre de solucionar todos los asuntos peliagudos en privado.”

“Esas eran las órdenes de la señora. Si le pasaba cualquier cosa, el primero en atenderla debía ser el señor Gifford.” Responde Jacques.

“La señora no tenía una gran confianza en el sistema policial de Narbona, inspector. –Justifica el doctor- Prefería mantener sus asuntos en un círculo de confianza cerrado y controlado.”

Sherade no responde a esta última aclaración. En cambio, saca una pequeña libreta del bolsillo interior de su americana junto con un lápiz amarillo, y se toma un largo minuto para anotar algunas palabras en ella. Cuando ha terminado, devuelve la libreta y el lápiz a su bolsillo y anuncia: “Ya pueden volver a sus menesteres, cualesquiera que sean estos ahora que la señora ya no está. Durante esta mañana iré hablando con cada uno de ustedes individualmente. Manténganse disponibles y hagan saber a sus compañeros donde se encuentran en todo momento. Si no le importa, señor Legrand, usted será el primero, ya que ha tenido la deferencia de presentarse.”

Olivier asiente con la cabeza.

“Si es tan amable, doctor Gifford, -añade Sherade- le agradecería que esperase en el jardín para hablar luego con usted. El resto pueden irse a sus estancias. Gracias por su tiempo.”

El personal de la mansión y el doctor Gifford desaparecen por la puerta del salón de té.

Cuando el sonido de la puerta al cerrarse les da la certeza de estar solos, el inspector se acerca a Olivier, que sigue cómodamente sentado en el sofá.

“Nos encontramos en una situación complicada, usted y yo.”

“Tal y como yo lo veo no es nada complicada. Usted dedíquese a hacer su trabajo. Sepa que no tengo ninguna intención de entorpecer sus investigaciones.”

“Si me dedicara a hacer mi trabajo, Señor Legrand, ahora mismo estaría usted detenido en comisaría.”

“Por eso quería hacerle una sugerencia: dejemos el pasado donde pertenece. Dedíquese a descubrir quién mató a la pobre mujer. Por mi no se preocupe, me jubilé hace ya un tiempo, y ya no hago fechorías.” Olivier esboza otra vez esa sonrisa tranquila y divertida, que tanto irrita a Sherade.

“¿Se lo toma usted todo a broma, verdad?”

“Sólo con sentido del humor. Y sin embargo me tomo la muerte muy en serio.”

“¿Es eso una amenaza?”

“No soy un asesino, usted lo sabe mejor que nadie.”

Sherade aguanta por unos instantes la mirada sincera de Olivier, en silencio. Después añade: “Ahora estamos en paz. Pero si descubro que ha tenido algo que ver con este caso...”

“No es a mí a quién busca, inspector. Estoy a su disposición para ayudarle en lo que haga falta.”

“No sea condescendiente, hágame el favor.”

“No pretendía serlo. Sé que ahora tiene que hacer un montón de interrogatorios y está muy ocupado. Cuando termine, acérquese un momento al castillo, tengo algo que debería ver.”

“No me gustan las sorpresas, señor Legrand.”

“Entonces escogió mal su profesión.” Olivier se levanta ágilmente del sofá y se dirige a la puerta.

“Le espero en el castillo. Simplemente llame a la puerta, puede ahorrarse el escrutinio de las ventanas.”

Las respuestas de Daisy

Después de su conversación en el jardín con el doctor Gifford, Sherade encuentra a Daisy recostada en la cama de su habitación, leyendo “Cuento de Navidad”, de Dickens. Al ver que cabeza del inspector asoma por la puerta, la chica deja el libro a un lado y se levanta inmediatamente.

“¿Le importa que le haga unas preguntas, señorita?”

“No, claro que no. Adelante.”

Sherade entra en la pequeña estancia, y se sienta en la única silla que hay, a escasa distancia del camastro y del resto de muebles. Daisy sigue de pie, ahora cerca de la ventana.

“¿Cómo era su relación con la señora Durroway?”

“Tensa. Complicada.” Daisy está convencida de que mostrarse lo más sincera posible es su mejor baza, pues nadie que fuera culpable, desde su perspectiva, admitiría conflictos en su relación con la víctima.

“¿En qué sentido?”

“A la señora Durroway le encantaba ordenarme tareas absurdas.”

“¿Cómo cuáles?”

“A veces me pedía que leyera en voz alta, su vista había empeorado bastante los últimos años. Pero siempre se quejaba de mi estilo de lectura, decía que arruinaba la historia, por carecer de una buena educación. La verdad es que ella era incapaz de entender un par de párrafos bien estructurados. Es cierto que no fui a la escuela, pero eso no implica que sea boba.”

“En realidad, para no tener ningún tipo de formación académica parece usted una chica bastante lista.”

“¿Lista o inteligente?”

“¿No es lo mismo?”, pregunta Sherade con una sonrisa.

“Ya sabe usted que no.”

“Entonces, me atrevería a decir que las dos cosas. Se pasaba usted muchas horas leyendo, ¿no es así?”

“Siempre que podía. Por la noche, la mayoría de las veces”

“¿De dónde sacaba los libros, de la biblioteca?” Sherade mira entonces la cubierta del libro que reposa encima de la colcha.

“Sí. Aunque la señora Durroway nos tenía prohibida la entrada.” Daisy baja un poco la cabeza, dándole a este hecho la importancia de una pequeña gamberrada, más que de una insubordinación, y prosigue con su justificación. “Esa biblioteca era perfecta: las estanterías de madera, llenas de libros, llegaban hasta el techo. El Señor Edwards tenía una colección amplísima de todos los temas, cubiertas, medidas y colores que pueda imaginar. Y sin embargo ella nunca les sacaba provecho, nunca quería entrar. Y encima pretendía que los demás tampoco pudiéramos disfrutar de ello. Me parecía profundamente injusto y egoísta.”

“Quizás había algo que no quería que vieran.”

Daisy decide, en este punto, empezar a jugar sus cartas: “En la esquina derecha, al fondo, junto al escritorio del señor Durroway, había un mueble que contenía todos sus diarios y memorias. Pero aunque hubiera querido leerlos no hubiera podido hacerlo, estaban cerrados bajo llave.”

“¿Y cree que ese era el motivo por el que no les permitía la entrada?”

“Creo que hay una cosa que debería contarle. No sé si es importante para la investigación...”

“Adelante.”

“Ya le he dicho que algunas noches iba a la biblioteca, a buscar libros.... La semana pasada, estaba allí de madrugada cuando alguien abrió la puerta y entró, con un candelabro en la mano.”

“¿Y pudo ver quien era?”

“Me escondí para que no me viera, pensé que quizás era Jacques haciendo una ronda de vigilancia, aunque no las solía hacer. Pero no era él, era la señora Durroway. No entiendo porque no encendió las luces, al fin y al cabo era su biblioteca, no tenía por qué esconderse.”

“¿Había alguien más con usted?”

“¿Se lo han contado, verdad, lo de Vincent?”

“Algo he oído.”

“Estaba conmigo. Ese era el único momento en que podíamos estar juntos.”

“Tengo entendido que la señora lo despidió la noche antes de su asesinato.”

“Ah. ¿Y cree que ese es un motivo para matarla? Déjeme que le diga una cosa: es verdad, la señora era arrogante, soberbia, neurótica, a menudo insoportable y muchas veces despiadada y cruel. Yo no puedo ni deseo hablar de lo que desconozco a ciencia cierta, pero creo que todos hemos tenido el secreto deseo de que un día la señora dejara de chillarnos, insultarnos y aborrecernos con sus neuróticas órdenes. Pero de la misma manera le diré que ella es sin duda la que nos proporcionaba un trabajo, un techo y la comida de cada día, y no creo que ninguno de nosotros haya olvidado esto en ningún minuto de las veinticuatro horas que vivimos en esta casa. Matarla no era una solución práctica.”

“Le agradezco su sinceridad, Daisy. Sólo una pregunta más: ¿Cuál era la rutina de la señora?”

“Rutina es una palabra complicada para describir los hábitos de la señora. Por supuesto hacía cada día lo mismo, pero nunca en el mismo orden ni durante el mismo tiempo. Excepto los paseos en el jardín. Esos no han faltado ningún día, por lo menos desde que yo llegué aquí. Y nunca han durado menos de media hora. ¡Quién sabe lo que haría durante esos paseos! En ningún caso se nos permitía acompañarla. Cómo ya habrá visto, los jardines son enormes, inspirados según me contó la señora en uno de sus momentos amables, en los de Versalles. Siempre tuvo una extraña obsesión por el Palacio de Versalles, aunque nunca estuvo allí, por lo menos que yo sepa.”

“Acerca de las visitas de otras personas, ajenas a la mansión: ¿Qué me puede decir de Olivier Legrand?”

“No mucho. Llegó hará unos cinco años al castillo, y un día vino a presentarse. A la señora le debió gustar, porque desde entonces lo ha invitado regularmente casi cada semana a tomar el té.”

“¿Y ella nunca ha ido al castillo?”

“Ella nunca iba a ninguna parte. Cuando hace tres días se decidió a ir a Narbona me pareció extraño, aunque estaba diferente.”

“¿Cómo?”

“Más alegre, más contenta. Tuvo deferencias con nosotros inimaginables hace una semana.”

“¿Qué día fueron a Narbona?”

“Creo que fue el martes.”

“¿La mañana siguiente a su visita a escondidas a la biblioteca?”

“Sí.”

“Gracias Daisy, me ha sido de gran ayuda. Esté disponible por aquí por si necesito volver a hablar con usted. Ah, y disfrute de su lectura.”

“Gracias. Lo haré.”

Cuando el inspector cierra la puerta tras de sí la muchacha se vuelve a acostar en la cama, con la cabeza apoyada en el cojín y coge el libro que yace en la colcha, cubierto con las tapas falsas de Dickens, para seguir descubriendo los secretos escritos de Lord Edwards.

El aviso de Philippe Lambert

Son las nueve de una fría noche de abril y Philippe Lambert espera pacientemente en la entrada de la casa. De pié, apoyando la espalda en una de las columnas de granito que enmarcan ambos lados de la puerta de hierro, ojea ligeramente el periódico a la escasa luz de la farola y mira el reloj de vez en cuando, mecánicamente, como si en realidad no tuviera un interés genuino en saber la hora que es o el tiempo que ha transcurrido desde que ha llegado.

Lambert está convencido de que, aunque sea arriesgado, este es un paso que debe dar, algo que debe solucionar cuanto antes para que todo vaya según lo planeado. En todo caso, sería más arriesgado no hacer nada, de eso está seguro. Sin duda Sherade opondrá resistencia, intentará salirse con la suya. Pero esto es sólo un primer contacto, para dejar las cosas claras. Se trata de hacerle entender que en realidad no tiene ninguna otra opción. Al fin y al cabo, y por mucho que se queje, Louis Sherade es un enamorado de su trabajo, así que llegados a este punto no lo pondrá en peligro. Lambert sabe que es necesario mover ficha, recobrar su status y poner las cosas en su sitio. Y eso es exactamente lo que se dispone a hacer.

A escaso metros, dos calles más abajo, Sherade avanza con su coche después de un día que, en contra de sus pronósticos, ha resultado mucho más productivo de lo que había imaginado. El caso Durroway empieza a tomar forma para él, sus investigaciones privadas en el caso Beaumont están dando sus frutos. Los versos de Charles Trenet lo acompañan en el final del trayecto, en el que el inspector planea una cena a base de fruta y yogurt delante del televisor.

Al cabo de unos minutos, los faros del Citroën que avanza por la Rue Rouget-de-Lisle ciegan parcialmente a Lambert, que después del parpadeo de sus largas pestañas identifica el vehículo de Sherade. Éste aparca el coche delante de la puerta y apaga el motor. Al abrir la puerta y apearse del vehículo advierte:

“No te lo tomes a mal, pero hoy ya había dado el día por terminado”, y cierra la puerta del coche con un golpe seco.

“¿Un día duro? ¿Qué tal va la investigación?”

“Bien. ¿Qué quieres?” Sherade se encuentra justo delante de Lambert, que se interpone entre él y la puerta de entrada a su casa.

“¿Qué quieres tú? ¿No te parece interesante el caso Durroway? ¿Es demasiado aburrido para ti?”

“En absoluto. Te sorprenderías de lo entretenido que me está resultando.”

“Entonces ¿por qué coño metes las narices en mi caso?”

Sherade le devuelve una mirada incrédula, arqueando exageradamente las cejas, mientras hace girar la llave, abre la puerta y empieza a caminar hacia el jardín que antecede al edificio donde vive.

“Sé que has estado en el piso de Marie.”

La amarillenta luz de la farola próxima a Lambert alarga su sombra y le da a su rostro un aspecto amenazante. Sus ojos oscuros y brillantes quedan ocultos por la penumbra que proyecta el ala de su sombrero en ellos. Los pómulos y la nariz, en cambio, quedan definidos con fuerza, marcando los escasos puntos de luz las angulosas líneas, las mandíbulas tensas, los labios apretados, el mentón prominente y amenazante.

“Te la estás jugando”, añade. Y aunque Sherade no lo puede ver, juraría que le está mirando fijamente a los ojos.

“Sólo fui a echar una ojeada”, responde finalmente.

“Traspasaste una propiedad privada.”

“Yo también soy inspector, ¿recuerdas?”

“No en este caso.”

“¿A dónde quieres llegar, Lambert?”

“Si vuelves a hacer algo así tendré que dar parte.”

“¿Me estás amenazando?”

“Te estoy explicando cuáles serán las consecuencias. Tú ocúpate de tus cosas, que yo haré lo mismo con las mías.”

Sin contestar, Sherade cierra la puerta tras de sí y dándole definitivamente la espalda a Lambert, camina hacia la entrada de su casa.

“¡Hablo muy en serio!”, grita Lambert desde el otro lado.

Sherade responde mediante un portazo, dando así por zanjada la conversación.

Ya en la intimidad y comodidad de su casa, Sherade observa discretamente por la ventana como Lambert se aleja lentamente por la calle en dirección a la Rue Droite.

Después, se dirige hacia la mesa de trabajo, abre el segundo cajón, extrae el sobre blanco ligeramente arrugado, y se lo guarda en uno de los bolsillos interiores de su americana.

Conociendo a Lambert cualquier precaución es poca.

Deberá tener más cuidado a partir de ahora. Un aviso al jefe del departamento significaría una sanción segura, quizás la retirada del cuerpo. Y de todas maneras debe dedicar a la señora Durroway el tiempo que se merece.

Louis Sherade se da cuenta de que, por primera vez en su larga carrera, ha priorizado un caso que no está a su cargo, quitándole importancia a otro que sí lo está.

Al principio pensó que sólo se trataba de una mujer solitaria y excéntrica, qué, en un momento de locura o depresión había decidido prender fuego a su mansión para acabar con todo. La asignación del caso le había hecho perder el caso Beaumont, y encontrarse con Olivier Legrand, algo que había esperado que nunca ocurriera, y le había hecho sentirse profundamente incómodo. Para él la asignación de este caso había resultado prácticamente un castigo.

Pero el resultado de la autopsia, los interrogatorios y la conversación con Daisy han arrojado nueva información que hace patente su escaso juicio en el asunto. Es el momento de admitir, - piensa Sherade- que se ha tomado el caso Beaumont de manera personal, aunque le cueste reconocerlo. Y eso es injusto tanto para Marie como para la señora Durroway. Quizás también se haya equivocado al juzgar a Lambert. Sherade sabe que su instinto no suele fallarle, pero ahora tiene dudas de que sea así. Lambert es sin duda ambicioso, y codicioso, una persona fría y calculadora. Pero eso no le hace necesariamente incapaz de hacer bien su trabajo.

Sentado en el sofá, el inspector coge el teléfono de la mesita y marca el número de teléfono de memoria. Al cabo de unos instantes la voz de Jean Gilbert responde al otro lado de la línea:

“¿Sí?”

“Jean, ¿te apetecen unas cervezas?”

“En veinte minutos estoy ahí.”

Y el pitido que sigue a esta respuesta da a entender a Sherade que Jean ya está saliendo por la puerta de su casa. Una ligera sonrisa se dibuja en sus labios, mientras levanta las piernas y con un suspiro las apoya en la mesa cercana al sofá.

Las artes de Maurice Ladd

Por primera vez esta semana, la mañana ha amanecido con el cielo limpio, permitiendo al sol iluminar otra vez las calles de Narbona.

A medida que avanza en su paseo por el Cours de la République, de camino a la galería de arte, Sherade observa a los turistas que forman una cola en la Promenade Des Barques para hacer el trayecto por el canal de la Robine. Desde que apareció el cuerpo de Marie y las noticias referentes al asesinato en los periódicos, el número de visitantes y asiduos en la zona se ha multiplicado, haciendo patente la mórbida curiosidad del ser humano en estas situaciones.

Por un momento el inspector se siente tentado a dar la vuelta y mezclarse con el grupo de gente, pues sabe que a veces algunos asesinos vuelven al lugar del crimen y se pasean por allí con total inmunidad, estudiando a la gente, sintiéndose intocables, poderosos, escuchando los comentarios de los mortales ignorantes de su presencia. Pero lo que pasó anoche le ha abierto los ojos, y se repite a sí mismo que hoy se ha prometido dedicar el día a la investigación del caso Durroway. Así que eso es lo que va a hacer.

Decidido, aumenta el ritmo de sus pasos y gira a la izquierda. Más adelante, a la altura de la mercería da otro giro por la Rue de l'ancien Courier y al cabo de tres minutos, girando a la derecha llega finalmente a su destino.

La gran puerta de cristal en los bajos del número 12 de la Rue Louis Blanc se halla cerrada. Aunque la luz de la sala que puede ver a través de los cristales no está encendida, Sherade distingue una figura en la habitación que hay al fondo de la galería. Como respuesta al timbre, la puerta de la habitación se abre y aparece un hombre de mediana edad, con el pelo tan negro como su bigote, vestido con un traje gris oscuro, que avanza hacia la puerta principal. Al llegar al otro lado de la puerta, este dice: "Lo siento, no abrimos hasta dentro de media hora."

"No vengo a visitar la galería, busco a Maurice Ladd."

"¿Quién pregunta por él?"

"Inspector Sherade, Police Judiciaire." Sherade saca la placa de su americana y se la muestra al hombre a través del cristal.

El hombre saca una llave de su bolsillo y abre el cerrojo.

"Adelante. Yo soy Maurice Ladd."

Sherade entra a la galería y encaja firmemente la mano que se le ofrece.

"Sígame, estaremos más cómodos en mi despacho."

El inspector sigue al hombre en silencio, intentando ubicar en el pasado un rostro que le parece inevitablemente familiar. A su alrededor, cuadros de enormes dimensiones cuelgan de las paredes, cubriéndolas con sus colores y formas abstractas. De vez en cuando Sherade se cruza con algún pedestal en el que reposan diferentes esculturas de bronce, hasta que finalmente los dos hombres llegan al despacho del señor Ladd. Éste abre la puerta y con un ademán acompañado de una sonrisa invita al inspector a entrar: "Tenga la amabilidad de tomar asiento, inspector."

"Estoy bien, gracias."

"Como usted prefiera, entonces. Yo, sin embargo y si no le importa, sí me sentaré."

Ladd se dirige a uno de los dos sillones de piel negra encarados a una lujosa chimenea. A ambos lados unas enormes estanterías de ébano, muchas de ellas vacías, y algunas con libros relacionados con muchas de las artes ocupan la pared. Un par de esculturas similares a las expuestas en la galería y una máscara veneciana acaban de decorar el austero muestrario. En la

pared opuesta, un gran escritorio de estilo colonial cerrado bajo llave, una silla del mismo estilo y una pequeña cómoda, con licores en su parte superior, conforman el resto del mobiliario. Dos cuadros de estilos muy diferentes, que Sherade identifica al momento, cuelgan en lo alto de la pared.

“¿Le gusta a usted la pintura?”, pregunta Ladd, que observa al inspector desde el sillón.

“No demasiado, si le soy sincero.”

“Me ha parecido que le llamaban la atención”.

“Trabajé en la Interpol durante un tiempo. Robo de obras de arte.”

“Entonces sabrá que no son los originales.”

“Una buena copia, sin embargo. ¿Sabe por qué estoy aquí?”

“No.”

“¿Conoce usted a la señora Durroway, verdad?”

“Sí. Justo hace tres o cuatro días fui a visitarla.”

“Es curioso porque justo hace tres días la encontraron muerta en la biblioteca de su mansión.”

Ladd hace una mueca de sorpresa, de la que se repone rápidamente y añade: “No lo sabía. Evidentemente cuando fui a verla estaba viva. Creo que fue el jueves.”

“Tengo entendido que hacía mucho tiempo que no se veían.”

“Es cierto. Pero el otro día apareció por aquí y me invitó a tomar el té en su mansión. No encontré razón alguna para no corresponder a su invitación. ¿Qué le ha pasado?”

“Como podrá deducir de mi visita, lo estamos investigando. ¿Qué tipo de relación tenía con la señora Durroway?”

“Era amigo de su marido, el señor Edwards. Cuando él murió nos dejamos de ver.”

“¿Por qué?”

“No sabría decirle, supongo que él era el nexo que nos unía. Sin John no tenía mucho sentido mantener esa relación.”

“¿No era amigo de la señora?”

“No. Manténíamos una relación cordial, pero nada más.”

“¿De qué hablaron durante su última visita?”

“De nada en concreto. La verdad es que fue una visita de cortesía, muy breve. Me preguntó por mi vida y yo hice lo mismo. Tenía un cliente esperando, así que me fui pronto.”

“¿Y dónde vino? ¿Aquí?”

“Sí.”

“Los sirvientes dicen que la señora recibió una llamada suya más tarde que resultó en un posterior ataque de nervios.”

“La llamé para agradecerle la invitación y excusarme por haberme ido tan pronto. No creo que eso le causara un ataque de nervios.”

“¿Y después?”

“¿Después qué?”

“¿Qué hizo después, durante la noche?”

“La pasé en mi casa.”

“¿Tiene alguien que pueda confirmarlo?”

“¿Por qué, es que soy sospechoso?”

“Así es.”

“Yo no la maté. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?”

“¿Tiene alguien que pueda corroborar su coartada o no?”

“Sí, pero preferiría que no se hiciese público.”

“Sorpréndame.”

“Estuve con una chica, pero no sé su nombre real.”

“¿Chica o mujer?”

“Digamos que una mujer joven, trabaja en “La Rue des rêves”. Dijo que se llamaba Chloé.”

“Es usted un desgraciado.” El inspector le da la espalda y sale por la puerta del despacho, cruzando la galería sin apartar la vista de la puerta de entrada.

Ya en la calle, sus pasos se dirigen inmediatamente al club de citas de Madame Lefèvre.

Las sospechas de Jacques

Jacques Lehman mordisquea el viejo lápiz y observa el papel que descansa intacto en la superficie del pequeño escritorio de su habitación. Lleva ya más de veinte minutos así y aún no se le ha ocurrido como empezar la misiva. Cuando por fin se decide a apoyar el bolígrafo en el papel, Agnès aparece en el umbral de la puerta.

“He hecho galletas y té.”

“Ahora estoy ocupado.”

“Si te apetecen te las puedo traer aquí.”

“No. Déjalo. –Jacques mira por última vez el papel y en un suspiro añade- Voy a tomarme un descanso.”

El aroma de las galletas de canela impregna la cocina y Jaques siente de modo inmediato cierta calidez en el estómago. La tetera está silbando, así que Agnès se dirige canturreando a apagar el fuego. El mayordomo se sienta en el banco de madera y una intensa melancolía lo invade de pies a cabeza. El aroma de las galletas, el té, el calor que sale del horno y de las palabras amables de Agnès... Este es su hogar. Ésta es su familia. Y sin embargo ha terminado. Sin la señora Durroway, este teatro no se sustenta de ninguna manera.

Daisy, Vincent y Agnès han pasado estos últimos días siguiendo con sus rutinas y tareas de siempre, intentando fingir que nada ha cambiado, que la situación puede permanecer como está. Vincent ha dedicado día y noche a mantener las flores del jardín en perfecto estado, creando un manto de colores acorde con la primavera que acaba de llegar.

A pesar de la muerte de la señora Durroway, Agnès ha seguido cocinando las comidas como hacía antes y haciendo sonar la campana a las mismas horas, todos los días. Sólo que ahora no tenía que preocuparse de los extraños horarios y las complicadas demandas de la señora Durroway. Daisy, por su parte, se ha pasado la mayor parte del tiempo encerrada en la habitación, leyendo, puesto que la comunicación con Vincent ha sido completamente nula. Jacques sabe que algo ha ocurrido entre ellos desde la muerte de la señora, y está determinado a descubrir qué es. Al fin y al cabo se trata de su familia, y él siempre ha sido el cabeza del clan. Quizás sea demasiado pronto para escribir esa carta, quizás esa sea la razón por la que no se decide a hacerlo.

“Aquí tienes.” Agnès deposita un plato de galletas y dos tazas de té en la mesa.

“Gracias.”

Ambos sorben un trago de té en silencio, la cocinera lo acompaña con una galleta.

“¿Sabes qué les pasa a esos dos?”, se decide a preguntar apretando las manos contra la cerámica caliente.

“Una pelea de enamorados, creo.”

“¿Estás segura?”

“¿Por qué?”

“Creo que tiene algo que ver con la muerte de la señora.”

“¿Qué quieres decir?”

“Pues que desde que ocurrió ni se hablan, ni se miran a los ojos, ni nada.”

“Todos estamos confundidos por lo que ha ocurrido...”

“Precisamente. Por muy enfadado que esté uno, en momentos como éste debe dejarlo de lado.”

“¿Crees que Daisy y Vincent tuvieron algo que ver? Jacques, esa es una sospecha muy grave.”

“Ya lo sé.” Y después de un breve silencio añade: “No, no es eso. En realidad no creo que lo hicieran. Pero creo que alguno de ellos sabe algo.”

“¿Algo como qué?”

“No sé, pero Daisy se pasaba muchas horas en la biblioteca.”

“¿Daisy no incendió la biblioteca, por el amor de Dios Jacques!”

“Lo que digo es que todo lo que queda de ella lo tiene ahora Daisy, y se ha pasado los últimos días sin hacer otra cosa que leer.”

“A la chica siempre le ha gustado leer. Si no se habla con Vincent y no tiene nada más que hacer ahora que la señora no está, me parece de lo más normal que se pase el día leyendo. Yo a mi manera hago lo mismo, pero aquí en la cocina. Cada uno lleva estas situaciones como mejor sabe y puede.”

“Ya, pero...”

“Jacques, deja que el inspector haga su trabajo. Tu deberías concentrarte en otras cosas... ¿Te has puesto ya en contacto con Michelle?”

“No.”

“¿Y a qué esperas? No nos queda mucho tiempo aquí. En cuanto termine la investigación tendremos que irnos.”

“Quizás no vuelva a la ciudad. Llevo demasiados años haciendo esto. Es todo lo que sé hacer, Agnès.”

“¿Vas a buscar otra casa en la que trabajar?”

“No sé. Michelle ya tiene su vida montada... ¿Qué vas a hacer tú?”

“Quizás vuelva al convento, si me readmiten. Aún no lo he decidido.”

“No digas tonterías. Tú no quieres volver al convento.”

“Tampoco tengo demasiadas opciones.”

“Podríamos montar algo... tú y yo. Un restaurante, o quizás un pequeño hostel.”

“No lo dices en serio.”

“¿Por qué no? He ahorrado todos estos años, y juntos podríamos hacer un buen equipo.”

“Jacques, querido, ya no tenemos edad para embarcarnos en estas aventuras.”

“Uno tiene edad hasta que de golpe un día se muere y deja de tenerla. Nunca es tarde para intentar ser feliz. Piénsatelo, ¿vale? Tampoco tenemos tanto que perder. Si no funciona tú te vuelves al convento y yo me aparco en casa de Michelle, hasta que encuentre un pequeño piso para mudarme y morirme tranquilo.”

“No digas esas cosas Jacques.”

“¿Te lo pensarás?”

Agnès coge de nuevo la taza del té y se la acerca a los labios. Antes de hacer un segundo sorbo, contesta: “Me lo pensaré.” Y la cara de Jacques se llena de alegría.

Las elucubraciones de Olivier

Después de la infructuosa visita a La Rue des rêves, Sherade sale decidido a sacar el máximo provecho al día que aún tiene por delante. La indignación que lo avasalla le ha provocado un hambre súbita, así que al doblar la esquina en la Rue des Marchands compra una quiche en la *Boulangerie* y la devora de camino al coche. Y es que, sin proponérselo, ha vuelto a pasarse la mañana centrándose en el caso Beaumont.

La conversación en la Galería de Arte lo ha llevado inevitablemente al establecimiento de Madame Lefèvre, aunque no ha tenido la suerte de encontrar a Chlôe para confirmar la supuesta coartada de Ladd. Una vez allí, la figura de Marie ha vuelto a dibujarse en su cabeza y no ha podido evitar sucumbir a la tentación de volver a preguntar a Silvie, y de hablar otra vez con las camareras y las chicas. Pero por lo que ha podido deducir, Lambert ya se ha ocupado de que ellas supieran que él ya no tiene competencia para hacer preguntas acerca del caso, así que le ha resultado casi imposible obtener la información que necesitaba. Al final ha conseguido que Silvie le diera la dirección de Chlôe, aunque la voluptuosa mujer le ha advertido que no la encontraría allí por la noche, pues la chica trabaja en el restaurante de su tío los dos días que libra en La rue des rêves.

Es por esta razón que Sherade ha decidido irse de la ciudad y seguir con la investigación del caso Durroway. Aún tiene que interrogar a fondo a Jacques y a Agnès, y corresponder a la invitación del señor Legrand, por poca gracia que esta última tarea le haga.

Ya al volante y con el motor en marcha, decide que eso es lo que va a hacer primero.

#

Olivier Legrand espera impaciente la llegada de Franz en el jardín del castillo. Ya hace media hora que el muchacho debería haber aparecido pedaleando por el camino, y no hay ni rastro de él. Olivier tiene la tentación de llamar a su casa, pero se da cuenta de que alarmaría a su madre innecesariamente, así que decide esperar un poco más.

Ya de vuelta a la entrada del castillo, el hombre oye el motor de un vehículo. Sabe que no se trata del doctor Gifford, pues conoce de sobras el motor de su coche. Inmediatamente la sensación de alarma se apodera de su pecho, y sin pensarlo corre a la caseta de herramientas en busca del único revolver que ha tenido en su vida. Cuando sale armado de la caseta se encuentra al inspector a medio camino de la entrada, mirándolo fijamente con una de sus manos en la cartuchera.

“¿Tengo que sacar mi arma, señor Legrand?”

Aliviado, Olivier guarda el revolver en la parte trasera de sus pantalones: “Disculpe, no le había reconocido.”

“No esperaba esta bienvenida.”

“Pensaba que era otra persona.”

“¿Se da cuenta de que soy un inspector de policía? No debería decir esas cosas estando yo presente.”

“No tenía intención de hacerle daño, sólo quería estar preparado para defenderme.”

“En ese caso lleve siempre el arma encima. Le será difícil defenderse si cada vez tiene que ir a buscarla a la caseta de herramientas. Usted era antes más precavido, Legrand...”

“Tiene toda la razón. La pérdida de costumbre supongo. Será cuestión de ponerse al día”, responde sonriendo.

“Dijo que tenía algo que enseñarme, espero que no fuera el revolver.”

“Sígame.”

Olivier avanza por el camino entre flores y hierbajos hacia la puerta del castillo seguido a escasos pasos por el inspector. Ya en la entrada pregunta: “¿Quiere tomar algo?”

“No, gracias.”

“Entonces venga conmigo.”

Olivier guía al inspector igual que hizo hace dos días con el doctor Gifford. Aunque Sherade ya conoce la vida pasada de Olivier, reacciona con la misma sorpresa que el doctor cuando la pesada puerta maciza se abre y la galería aparece a sus pies.

“Aunque le esté agradecido por lo que hizo, sabe que no puedo protegerle indefinidamente. Se lo digo antes de que se arrepienta de haberme enseñado esto. Puedo darme la vuelta ahora y no habré visto nada. Más allá de ahí, sabe a lo que me dedico.”

“Hizo usted un replanteo de prioridades, creo que nos podemos entender bien.”

Sherade arquea las cejas.

“Dejó la Interpol. Volvió a su ciudad. Se pasó a homicidios. Ese es un cambio significativo, ¿no cree?”.

Olivier enciende la luz y empieza a descender por la escalera, seguido por el inspector. Después se dirige a la zona de restauración. Sherade observa la cantidad de obras de arte que rodean la sala con una mezcla de admiración y mal humor.

“¿Por qué me ha traído aquí?”

“Quería enseñarle esto.” Olivier coge cuidadosamente el reloj de pared y se lo enseña a Sherade.

“¿Y no podía haberlo subido arriba, y ahorrarme esta visita? Parece que quiera usted tomarme el pelo, enseñándome todo lo que ha robado.”

“La mayoría de lo que ve aquí son falsificaciones mías. Lo devolví casi todo cuando me retiré, de forma anónima, por supuesto.”

“Aún así.”

“Tómeselo como un acto de confianza.”

Sherade evita la mirada sincera de Olivier, y obvia cualquier comentario al respecto. En cambio, se centra en el objeto mostrado: “¿Qué pasa con este reloj?”

“Me lo mandó la señora Durroway hace una semana, junto con una carta en la que me invitaba a tomar el té el día de su asesinato.”

“Invitación a la que según dice, finalmente no acudí.”

“Exacto. En esa carta me pedía que arreglara el reloj, pero que no se lo llevase de vuelta hasta que ella me lo pidiera.”

“Tengo entendido que era habitual que la señora pidiera cosas que se escapaban a la lógica de los que la rodeaban.”

“Yo creo que la señora sabía muy bien lo que hacía, aunque no siempre la comprendiéramos.”

“Explíquese.”

“Encontré esto dentro del reloj.” Olivier saca una pequeña llave del bolsillo de su bata y se la da al inspector. “Se había encallado y por eso las manecillas no avanzaban aunque el péndulo se moviese”.

“Cree que la señora Durroway puso la llave dentro del reloj.”

“Sí.”

“¿Para qué?”

“Para tenerla a salvo fuera de la mansión. Para que nadie pudiera encontrarla.”

“Y entonces ¿por qué no le mandó la llave directamente?”

“Porque entonces Jacques hubiera sabido que la tenía.”

“Está diciendo que Jacques es el responsable de su muerte.”

“No. Digo que no quería que nadie supiera donde estaba la llave.”

“Excepto usted.”

“Eso parece, aunque no tengo una explicación para eso.”

“¿Y qué abre esa llave?”

“No lo sé. Esperaba que lo averiguara. Al fin y al cabo usted es el inspector.”

“Pero cree que tiene que ver la muerte de la señora Durroway.”

“Tal y como yo lo veo, la señora tenía un plan, y por la razón que fuera, algo se torció y ella acabó muerta. Creo que esta llave formaba parte de ese plan.”

“Y seguro que tiene una teoría de lo que ocurrió, ¿no es así?”

“En realidad no. Pero sabemos que fue un asesinato, sino no estaría usted aquí ahora mismo. Sabemos que quienquiera que fuera que la mató, decidió quemar la biblioteca. Así que se me ocurre que, o esa persona sabía que había algo importante que no quería que fuera encontrado en ese lugar; o no lo sabía pero lo creía así, o no encontró una manera más sutil de fingir un suicidio. Aunque me cuesta mucho creer esto último. De todos es sabido que la señora tomaba varios tranquilizantes y antidepresivos, no hubiera sido difícil fingir una sobredosis. Y sin duda hubiera resultado mucho menos aparatoso.”

“Quizás se equivocó usted de profesión, señor Legrand.”

“No lo creo. Se me da muy bien... restaurar.”

“Aunque tuviera razón, la biblioteca ardió. Fuera lo que fuese que quería ocultar desapareció entre las llamas.”

“O quizás no estuviera allí. Quizás la señora le hiciera creer que estaba allí, pero no lo estaba. He jugado suficientes veces al póker con ella para saber que era buena con los *bluffs*.”

“¿No me había dicho que se dedicaban a charlar sobre arte?”

“Entre otras cosas.”

Sherade acaricia la llave recién adquirida en silencio y a continuación se la guarda en el bolsillo derecho de la americana: “Le agradezco el gesto, señor Legrand.”

El inspector empieza a andar de nuevo hacia las escaleras. “En cuanto a lo que dijo el otro día...”

“Usted y yo no deberíamos tener ningún problema. Si me hubiera querido delatar lo habría hecho el mismo día en que me reconoció. Le agradezco que no lo haya hecho. Supongo que se siente en deuda conmigo.”

Sherade arquea nuevamente las cejas como respuesta.

“Pero ahora estamos en paz, -prosigue Olivier-. No tiene usted que preocuparse de mí, y espero que yo tampoco de usted. Creo que incluso, esto podría ser el inicio de una bonita amistad.” Olivier esboza una sonrisa abierta al pronunciar esta última frase.

Ya en el jardín, Sherade se decide a preguntar algo que le ha estado rondando por la cabeza desde que ha pisado el castillo: “¿Puedo hacerle una pregunta?”

“Pruebe.”

“Cuando he llegado, creía que era alguien que quería hacerle daño. Tiene que ver con Londres, ¿no es así? Con lo que pasó.”

“Es posible.”

“Si necesita ayuda, pídala, ¿de acuerdo?”

“Si la necesito, lo haré.”

“Cúidese, señor Legrand.”

“Lo mismo digo, inspector.”

El triunfo de Philippe Lambert

El inspector Sherade se halla en su despacho revisando el informe de la autopsia de la señora Durroway cuando unos gritos desesperados llaman su atención. A través del espejo de cristal, ve como Lambert arrastra a un hombre desaliñado y sucio por el pasillo. El hombre, con una larga barba y vestido con ropas desgastadas, está esposado y rebosa miedo por cada uno de sus poros.

Sherade abre la puerta de su despacho y sale al pasillo. Al verlo, Monique dice casi murmurando:

“Lo van a ascender.”

“¿A quién?”

“¡Pues a quien va ser, a Lambert! ¡Ha cerrado el caso Beaumont y el de los asesinatos del jardín des Archevêques!” Por un momento el rostro de la secretaria se ensombrece al darse cuenta de la excitación de sus palabras, aunque finalmente decide no añadir nada y dejar la conversación en el aire.

“¿Quién es ese hombre?”, pregunta Sherade.

“No sé su nombre. Se ve que es un sintecho que dormía por las noches en el canal. Parece que está loco, por eso cometió los asesinatos.”

El inspector vuelve a su despacho, coge el informe del caso Durroway y baja las escaleras que llevan a la sala de autopsias, donde encuentra a Jean Gilbert sentado en su sillón de relax, al fondo de la zona de laboratorio. Sherade se dirige hacia el radiocasete en la esquina de la mesa de Jean Gilbert, mientras éste permanece con los ojos cerrados, concentrado en la música y completamente ajeno a su presencia, y pulsa el botón de stop, dejando la alta y fría sala en completo silencio. Entonces Jean Gilbert abre los ojos visiblemente enojado: “Sabes que no soporto que me hagas eso. Estoy en mis diez minutos de descanso.”

“Ahora ya no. ¿Qué pasa con el caso Beaumont?”

“¿Qué pasa con el caso Beaumont?”

“Lambert acaba de traer a comisaría a un indigente acusándolo del asesinato de Marie y de los asesinatos del jardín des Archevêques.”

“Vaya, lo siento.”

“¿Cómo que lo sientes?”

“Sé que siempre quisiste ser tu el que resolviera el caso.”

“¿Qué pruebas avalan esa detención?”

“Eso no te lo puedo decir.”

“¡Claro que puedes! Si ese tío se cargó a Lucille quiero ser el primero en saberlo. Además, ¿no decías que no había sido el mismo asesino?”

“Y sigo pensando lo mismo, pero Lambert tiene un testigo.”

“¿Quién?”

“No lo sé. Es confidencial.”

“¿Por qué sigues pensando que no es él?”

“No da el perfil. Tal y como yo lo había dibujado en mi mente, el asesino era un tipo más bien alto y delgado. De apariencia inofensiva, conocía a las chicas y éstas confiaban en él. Solía ir bien vestido, o por lo menos con unas ropas que lo hacían pasar desapercibido y era de clase media alta. Cualquier prostituta sabe que un indigente no es un cliente. Probablemente llevara el pelo oscuro, ya fuera natural o teñido.”

“¿Cómo puedes estar tan seguro de todo eso? El forense de entonces no dijo nada de esto.”

“Hice ese máster de psicología forense, ¿recuerdas? Cum laude. Y las cosas han cambiado mucho en los últimos quince años. La era moderna, Louis.”

“Puede que este tipo sea ahora un indigente, pero no lo fuera en el momento de los asesinatos del jardín des Archevêques.”

“En todo caso lo sabremos cuando compare las pruebas. Las del caso Beaumont y las del caso Archevêques.”

“¿Me harás saber los resultados?”

“Lambert ya me advirtió que me echaría del cuerpo si te volvía a pasar información”

“¿Es que se lo dijiste, capullo? ¡Pero si no lo sabía!”

“Obviamente no le dije nada. Pero os vio salir juntos a ti y a Cécile esa noche del edificio del piso de Marie. Supuso que yo te había dado la información, aunque yo lo negué rotundamente.”

“Bien. No perdamos la calma.”

“Yo estoy muy tranquilo.”

“¡Pues yo no! Necesito hablar con ese hombre.”

“Louis, no hagas ninguna tontería.”

Sherade aprieta el botón de *play* otra vez, y sube el volumen de los acordes de Chopin para no oír al forense mientras se da la vuelta y desaparece por las escaleras.

El inspector localiza rápidamente al hombre que ha visto antes en la sala de interrogatorios. Dos despachos más a la izquierda, Lambert habla animadamente con el jefe del departamento. Para su suerte, el vigilante de la sala de interrogatorios le debe un par de favores a Sherade y desaparece en busca de un café cuando el inspector le da a entender sólo con la mirada que va a entrar en la sala.

Al abrir la puerta, los ojos llorosos y asustadizos del detenido lo observan interrogantes.

“Buenos días.” Dice el inspector.

“¿Quién es usted?”

“Alguien que le va a hacer unas preguntas.”

“¡Yo no he hecho nada! ¡Yo no maté a esa chica!”, grita entre sollozos. Y sus lágrimas arrastran la mugre por sus mejillas rojizas e hinchadas, hacia su densa barba.

“¿Cómo se llama?”

“Leonard.”

“Leonard. Quiero que me escuche con atención y me cuente la verdad, ¿de acuerdo?”

“Yo no he hecho nada. Ese hombre vino una noche y me invitó a un café. Hacía mucho frío, en el canal. Tengo unos cartones, para dormir, pero hay tanta humedad...”

“¿El hombre que le ha detenido le invitó a un café?”

“¡Yo no sabía que era de la policía! Me pareció muy amable, y lo acepté. Hacía tanto frío.... Y después se fue. Esa noche dormí un poco mejor, porque lo mezclé con un poco de ron de una botella que había encontrado en la basura.”

“¿Después se fue, sin más?”

“Pero al día siguiente volvió, con otros dos hombres. ¡Y me puso estas esposas y me trajo aquí!” Leonard le enseña entonces a Sherade sus manos esposadas, pero el inspector solo puede ver las uñas mordidas, las cutículas estropeadas y la piel ajada de esas manos.

“Entonces eso pasó ayer por la noche.”

“Sí, por la noche.”

“¿Sabe por qué lo han detenido, verdad?”

“Dicen que he matado a la chica que encontraron muerta en el canal. ¡Pero es mentira! ¡Yo nunca le haría daño a Marie!”

“Entonces la conocía.”

“Era muy buena. Cuando salía del trabajo pasaba por el canal para ir a su casa, y a veces me traía comida. Yo siempre vigilaba hasta que subía por la escalera hacia el paseo. Es peligroso estar de noche en el canal.”

“¿Y vio a Marie la noche que desapareció?”

“¡Ya se lo dije al hombre!”

“¿Al inspector? ¿Qué le dijo?”

“Que esa noche Marie me trajo una sopa calentita. Dijo que a lo mejor no la veía durante unos días, porque iba a hacer algo importante y quizás tendría que irse de la ciudad. Y después se fue.”

“¿Y usted la vigiló hasta que llegó al paseo?”

“Sí. Vi a un hombre que se acercaba a ella, pero mantuvo la distancia y después se fue por otra calle.”

“¿Cómo era ese hombre?”

“No lo vi bien. Era de noche y mi vista ha empeorado mucho últimamente. Llevaba un sombrero y una gabardina, de esas que llegan hasta las rodillas.”

“¿Y le ha explicado todo esto al señor que lo ha traído aquí?”

“¡Sííí! Pero no me cree. Todos dicen que estoy loco. Menos Marie. Marie era buena conmigo.”

“¿Conoce los asesinatos de los jardines des Archevêques?”

“Esos jardines están al lado del claustro de la catedral, por la parte de atrás. Son muy bonitos. A mí no me dejan entrar porque dicen que voy sucio y asusto a los turistas.”

“¿Sabe lo que pasó allí, hace quince años?”

“¿Qué pasó?” Los ojos de Leonard se iluminan como los de un crio ardiendo de deseo para empezar un cuento.

“Nada. Da igual. Muchas gracias por su colaboración, Leonard.”

“¿Qué me va a pasar ahora? ¿Me van a encerrar en una prisión? ¡Señor yo no hice nada, se lo juro!”

Sherade abre la puerta de la sala justo cuando Lambert y Rousseau salen del despacho de éste. El vigilante espera impaciente en la puerta con un vaso de plástico de café en la mano. Rápidamente, el inspector se escabulle detrás de la puerta con la complicidad del vigilante, y, cuando ésta se cierra de nuevo, se desliza por el pasillo con las manos en los bolsillos, hacia su despacho, pensando en cuál será su siguiente movimiento en esta improvisada e interesante partida de ajedrez.

Las confidencias de Jacques

La mañana siguiente, después de una las peores noches de insomnio y náuseas que pueda recordar, Sherade decide seguir con su investigación en el caso Durroway y alejarse al menos por unas horas de la mezcla resultante de confusión, dudas y mal de estómago que le causó la detención de Leonard ayer.

El inspector encuentra a Jacques agachado en el último peldaño de la escalera, engrasando las bisagras de la puerta principal de la mansión. El mayordomo gira su rostro al oír los pasos a su espalda. Sherade juraría que ha reconocido cierta aprensión en su mirada, aunque ésta desaparece rápidamente.

“Buenos días inspector.”

“Buenos días señor Lehman. Veo que está usted ocupado.”

“Eso intento. Las horas pasan lentas cuando uno no sabe qué hacer. Ya no podía aguantar más el chirriar de esta puerta, así que le he puesto remedio. Antes nadie entraba por aquí, pero últimamente esta casa ha recibido más visitas en una semana que en los últimos años.”

“Venía a hacerle unas preguntas. Cómo ya les dije, me gustaría hablar con todos ustedes en privado.”

“No hay problema.”

Sherade observa a su alrededor para comprobar que están a solas, y le pide al mayordomo que cierre la puerta. Al hacerlo, ésta se desliza por primera vez en muchos años en completo silencio.

“Eso está mucho mejor”, murmura Jacques complacido.

“¿Es la primera vez que pone aceite en la puerta?”, Sherade se sienta en el último escalón de la entrada.

“En estos últimos años sí. Ya le he dicho que casi nadie la utilizaba. En realidad sólo el doctor, porque el señor Legrand tenía la costumbre de entrar por la puerta de la cocina.”

“Tengo entendido que el doctor visitaba a la señora varias veces a la semana.”

“Sí. Normalmente tres veces a la semana. Pero igualmente la señora nunca quiso que arreglara la puerta. Decía que le gustaba saber cuando alguien entraba por ella. Ya sabe cómo era la señora... ¿Usted la conoció, verdad? En vida quiero decir”

“Muy brevemente. Fui ayudante del inspector que investigó la muerte de Lord Edwards.”

“¡Ah! Su cara me resultaba familiar.”

“Han pasado muchos años.”

“Tiene razón.” Jacques se sumerge en un breve silencio, y después añade: “¡Ya ve usted qué cosas tiene la vida!”

“¿Qué cosas tiene?”

“Pues que después de tanto tiempo lo traiga a aquí. Aunque, sin intención de ofenderle, le puedo asegurar que la señora no estaría de acuerdo en que se dedicara usted a resolver su caso.”

“Sé que a la señora Durroway nunca le gustó que se declarase muerte accidental, pero eso es lo que apuntaron todos los indicios”

“Sin embargo ella nunca creyó que fuera cierto.”

“Esa es la gracia de creer, señor Lehman, que no tiene necesariamente que ver con lo que es demostrable. Sin embargo parece que comparte usted la misma opinión que ella en este asunto.”

“Lord Edwards era un cazador experto, sabía perfectamente lo que hacía.”

“Pues quizás eso fuera exactamente lo que hizo.”

“Lord Edwards no se suicidó. No era ese tipo de hombre.”

“Entiendo que la muerte de la señora Durroway les ha afectado y que esto trae recuerdos del pasado que no son nada agradables ni fáciles de manejar. Pero le ruego señor Lehman que centre su atención en las preguntas que he venido a hacerle, y me ayude así a entender qué pasó aquí la noche del incendio. Dejemos el pasado donde pertenece.” Sherade nota como su voz le ha delatado, restándole credibilidad, pues Lucille se ha cruzado en su mente justo en el momento en que la palabra pasado ha salido de sus labios.

“Quizás el pasado tenga que ver con esto, y no sea tan prudente dejarlo atrás.”

“Parece que tiene usted alguna sospecha que otra. Adelante, compártalas conmigo.”

“El señor Ladd. ¿Por qué razón se decidió a venir después de tanto tiempo? Y resulta que justo el día después de su visita, encontramos a la señora muerta.”

“El señor Ladd está siendo investigado como sospechoso, igual que el resto de ustedes. ¿Por qué cree que fue él?”

“No lo sé, es difícil de explicar. Ese hombre nunca me ha gustado.”

“Por suerte y hasta el día de hoy, eso no es motivo suficiente para detener a alguien y acusarlo de asesinato.”

“Sólo digo que es mucha casualidad que volviera justo ahora.”

“¿No fue la señora quien lo invitó? Usted fue con ella a la ciudad.”

“Sí, pero eso también es extraño.”

“¿Por qué?”

“Porqué a la señora nunca le gustó el señor Ladd. Creía que no era una buena compañía para Lord Edwards.”

“¿Eso le dijo a usted?”

“Por supuesto que no. La señora no me hacía ese tipo de confidencias, pero la oíamos llorar las noches que Lord Edwards se iba a la ciudad y se encontraba con él. Creía que la estaba engañando. Ya sabe, con otras mujeres.”

“¿Y eso que tiene que ver con Ladd?”

“Una noche los siguió a los dos y vio como entraban juntos en uno de esos locales.”

“¿Un prostíbulo?”

“Sí.”

“¿Cómo sabe eso?”

“Por qué yo la seguí a ella.”

“Sin duda eso excede sus tareas como mayordomo.”

“Lord Edwards me dijo que la protegiera cuando él no estuviera. Eso es lo que intentaba hacer.”

“¿Y no se dio cuenta de que la seguía? No es fácil seguir a un coche por la noche entre los campos sin ser visto.”

“Fui con las luces apagadas hasta llegar a la carretera. De vuelta hice lo mismo, dejé más distancia y esperé a que hubiera entrado en la casa. Dio por sentado que todos estábamos durmiendo.”

“Y me ha contado todo esto porque...”

“Porque quiero que entienda que no es normal que quisiera verlo después de tanto tiempo.”

Sherade piensa que, de algún modo, esas palabras tienen cierta armonía con la teoría que Olivier le expuso ayer.

“Usted dijo que el señor Ladd había llamado más tarde, después de la visita, y que la señora había sufrido un ataque de nervios.”

“Así es.”

“¿Sabe qué le dijo?”

“No, pero está claro que no fue nada agradable.”

“El señor Ladd asegura que sólo llamó para agradecerle la invitación y pedirle disculpas por haberse ido con tanta premura.”

“Miente.”

“Quizás el ataque de nervios no tuvo que ver con la llamada.” Pero en su interior el inspector sabe que eso no es verdad: “Usted acudió en su ayuda, parece que la señora confiaba en usted.”

“No tenía motivos para no hacerlo.”

“¿Nunca comentó con Lord Edwards la noche que la señora le siguió?”

Jacques se toma un tiempo, en el que parece medir sus palabras, hasta que responde: “Le dije lo que había visto. Me sorprendió que no se enfadara, recuerdo que incluso sonrió de una manera extraña. Me dijo que en ese momento no podía explicármelo, pero que cuando todo hubiera terminado la señora entendería lo que estaba haciendo, y yo también.”

“¿Y usted le creyó?”

“Sí, aunque nunca llegué a saber de qué se trataba, murió seis semanas después.”

“¿Y la señora? ¿Cree que habló con ella, que le explicó el motivo de esas visitas?”

“No lo creo. Quizás por eso después de su muerte no quiso saber nada más de él. Cerró la habitación que compartían con llave, y nunca volvió a entrar en ella o en la biblioteca.”

“¿Tiene usted la llave de esa habitación?”

“No. Se la quedó la señora. No sé dónde la guardaría o que haría con ella.”

“Tengo que ir a la habitación de la señora.” Anuncia Sherade, dando la conversación por terminada, al menos por el momento.

“Creía que ya la había, ¿como lo llaman ustedes...?”

“Examinado. Sí, pero quizás no presté suficiente atención.”

Y la claridad de las palabras de Olivier empieza a tomar forma en los pensamientos de Sherade.

El inspector sube las escaleras de la mansión reafirmando en su idea de que es mucho mejor fingir que ha encontrado la llave que Olivier le proporcionó que sacársela del bolsillo. Cuando por fin llega al tercer piso del ala este, formada por una torre ancha con tres grandes ventanales cuadrados, saca el manojito de llaves que le fue requisado a Jacques el primer día de la investigación y se dirige hacia la habitación de Emily Durroway.

La puerta se halla cerrada, y el olor que lo impregna al abrirla confirma que la puerta ha permanecido así desde que empezó la investigación. Aunque la policía científica ya examinó todo lo que le pareció pertinente y no encontraron nada relevante para la resolución del caso, Sherade siempre ha requerido en sus investigaciones que los espacios relacionados con la víctima se mantuvieran cerrados bajo llave.

Al adentrarse en la habitación los ojos del inspector vuelven a fijarse automáticamente, como lo hicieron la primera vez, en la cama instalada a la izquierda de la habitación. Ésta, de robusta madera oscura y con un pesado y alto cabezal esculpido laboriosamente, llega prácticamente hasta

el alto techo de madera y las vigas barnizadas.

Justo al lado de la cama se halla una de las ventanas en las que la señora solía vaciar su mirada las noches de insomnio para contemplar la oscuridad y oír a veces los airados susurros del viento. Por alguna extraña razón, y según le explicó Daisy, incluso en las noches más frías la señora Durroway insistía en dormir con las ventanas abiertas, aunque eso implicara dormir con tres edredones de lana encima.

Una mecedora estampada con un desgastado dibujo floral reposa en el otro ventanal, siendo éste doble y estando adornado con unas largas y aparatosas cortinas de terciopelo granates, como lo son la mayoría de telas y alfombras que decoran la mansión. Ahí solía sentarse Daisy en las horas de lectura, o casi siempre que se hallaba en la habitación sin nada concreto que hacer.

Una lámpara de araña en la que faltan varias bombillas permanece abandonada y llena de polvo en el techo. Sherade se da cuenta de que la vida de la señora Durroway se iluminaba tan sólo con velas o pequeñas y tenues lámparas de gas que proyectaban más sombras que luces, como la que hay en su mesita, junto a una jarra de aseo, que parece más bien decorativa. A su derecha un tocador antiguo de madera con un gran espejo ovalado contiene todo tipo de cremas y cosméticos, distribuidos a lo largo de la parte inferior del espejo. Una silla del mismo color completa el mueble.

Los primeros rayos de sol empiezan a esconderse y una intensa luz anaranjada acaricia una pequeña ventana al lado del escritorio opuesto a la cama, recreando los verdes, blancos y amarillos que esculpen detalladamente un ramo de margaritas dibujado en el cristal de la ventana, siendo ésta más alargada y estrecha que las anteriores. Al fondo, una gran puerta de armario da a un vestidor que a su vez está conectado al baño.

De pie, en el centro de la habitación, Sherade oye los pasos de Jacques acercándose. Inmediatamente y sin pensarlo demasiado, sus pies lo llevan hacia el vestidor, donde Jacques lo encuentra al entrar por la puerta.

“¿Le puedo ayudar en algo, inspector?”

“Sólo si sabe donde la señora guardaba la llave de la habitación de Lord Edwards. No la llevaba encima cuando murió”, responde alzando la voz desde el vestidor.

“Entonces me temo que no le voy a ser de gran ayuda. Apenas he pisado esta habitación desde que entré a trabajar aquí. La señora era muy recelosa con su espacio.”

El inspector abre una a una las puertas de los tres armarios que conforman el vestidor. En el primero de ellos, varios vestidos largos de color verde esmeralda y azul noche descansan en las perchas, cuidadosamente ordenadas en el colgador. A su lado, algunas faldas también largas y oscuras acaban de llenar el espacio. En el segundo armario, lleno de estantes en la parte superior, hay varias chaquetas de lana plegadas una encima de la otra y un montón de camisas de algodón. En la parte inferior un zapatero contiene seis pares de zapatos, casi todos parecen nuevos y sin haberse usado jamás. Un par de ellos están más gastados, aunque limpios, y la suela indica que han sido usados. Todos los pares son botines de piel, algunos de piel negra y otros de piel marrón. Al abrir el tercer y último armario, Sherade encuentra un gran espejo que refleja su rostro. Un pequeño estante sirve para colocar un exquisito joyero de madera que al inspector le parece muy antiguo. A su lado, varias cajitas de plata contienen pendientes, anillos y pulseras del mismo material. Un pequeño colgador a la derecha del estante sujeta distintos collares, algunos de oro y otros de gruesas perlas blancas.

El inspector abre el joyero y una delicada melodía inunda el pequeño espacio en el que se

encuentra. En su interior, un hipnótico collar de esmeraldas capta de manera inmediata su atención. Al cogerlo y levantarlo, dos broches con sortijas negras y un camafeo muy antiguo aparecen bajo éste. Una de las joyas le resulta extremadamente familiar, aunque no consigue ubicarla en el tiempo, menos ahora en este estado de transitoria confusión. ¿Quizás Lucille tuviera uno similar? Ella solía llevar joyas antiguas que había heredado de su abuela... La voz de Jacques lo saca del estado hipnótico en el que se halla sumido.

“¿Ha encontrado algo?”

Sherade saca rápidamente la llave del bolsillo izquierdo de sus pantalones y la coloca entre los broches que tiene delante: “¡Creo que sí! Aunque no podremos estar seguros hasta que lo comprobemos...”

Inmediatamente Jacques aparece en el vestidor e inclina la cabeza hacia el joyero, donde Sherade le señala con el dedo índice la ubicación de la llave.

“Vaya... pues parece que ha encontrado usted lo que buscaba, inspector.” Sherade detecta en sus palabras un disimulado acento de sorpresa y contradicción, que por el momento decide ignorar:

“¿Sería usted tan amable de indicarme donde está la habitación de Lord Edwards?”

“Por supuesto.”

Y los dos hombres desaparecen por el pasillo en dirección al ala oeste de la mansión.

La espera de Cécile

En su piso de la rue Lieutenant Colonel Deymes, Cécile observa sentada en el sofá como las gotas de lluvia golpean suavemente los cristales del ventanal que da al estrecho balcón. A pesar de la radio y la lectura en la que por mucho que lo ha intentado no ha logrado concentrarse, las dos últimas horas se le han hecho eternas esperando una llamada que nunca ha llegado.

A medida que se acerca la hora límite, un cúmulo de ira y resentimiento empieza a tomar forma en su pecho, y las dudas la empiezan a asaltar.

Quizás debería haber sido más valiente, quizás debería haberle contado todo a ese Sherade en las escaleras del canal, y ahora estaría todo solucionado. Sus peores temores asoman la cabeza cuando por fin el teléfono empieza a sonar. Cécile se abalanza sobre él, y sin evitar la impaciencia en su tono contesta.

“¿Allô?”

“¿Alguna novedad?”

“No. Quiero hablar con Stella.”

“Sabes que eso no es posible.”

“¡He hecho lo que me habéis pedido! ¡Poned a Stella al teléfono!”

“No está aquí.”

“¿Dónde está?”

“Cécile, has esperado pacientemente todos estos días, y lo has hecho muy bien. No vale la pena que ahora lo echas todo a perder. Sabes muy bien que no podemos decirte donde está.”

“¿Cuándo me la entregaréis? ¡Pero si ya han detenido al hombre, el caso está cerrado!”

“Seguramente mañana, o quizás el miércoles. Sólo nos falta atar un par de cabos sueltos, después te entregaremos a Stella, junto con el dinero acordado y te irás de la ciudad para siempre. No conviene que la críes donde murió su madre, no tendría una vida normal. ¿Lo entiendes, verdad?”

“¿Una vida normal? ¡Fuisteis vosotros quien le arrebatasteis a su madre! ¡Bastardos!”

“Gracias por tu colaboración Cécile. Volveremos a hablar mañana a la misma hora. No lo estropees ahora. Stella es una cría encantadora.” Y sin dar oportunidad de réplica, la línea del teléfono queda cortada.

A escasos metros del piso, en uno de los bares de la Rue Droite, el hombre con guantes negros cuelga el teléfono y pide un café solo, mientras espera que llegue la hora acordada para su cita con el inspector Philippe Lambert.

La habitación de Lord Edwards

Jacques avanza por la alfombra que cubre todo el pasillo hacia el ala oeste de la mansión, seguido por el inspector Sherade.

El mayordomo le explica que en otros tiempos ésta fue el ala destinada a los propietarios, formada por una habitación de matrimonio con baño adjunto, un pequeño despacho, la habitación de descanso de la señora Durroway y dos habitaciones vacías que en la mente de Emily estaban reservadas para unos hijos que nunca llegaron a tener. Ahora las estancias permanecen vacías y a la merced del paso del tiempo, que ha dejado mella en las paredes creando humedades, cubriendo de polvo los muebles de los pasillos y oxidando las bisagras de las puertas. Después de la muerte de Lord Edwards, nadie ha tenido jamás el permiso necesario para acceder a este museo del recuerdo, cerrado bajo llave por la misma Emily Durroway el día del entierro de su marido.

Al final del pasillo una alta puerta de madera maciza barra el paso a los dos hombres. Cuando la tiene delante Jacques le pide al inspector la anilla de llaves que lleva colgando del cinturón, y las examina una a una.

“A ver si encontramos la llave que abre esta puerta”, explica Jacques.

“¿Ha estado siempre ahí?”

“Debería. Se supone que en este juego están todas las llaves de la casa, pero como se nos tenía prohibido venir a esta parte nunca he usado la llave, así que no sé como es. Por el cerrojo parece que debería ser una de estas.” Jacques separa dos llaves muy parecidas, de tamaño considerablemente mayor que el resto.

“¿Siempre ha llevado este juego de llaves encima?”

“No. Suele estar guardado en el armario de la despensa.” Jacques prueba la primera de las llaves, pero, aunque logra encajarla queda encallada en el cerrojo.

“¿Y están ahí las llaves del escritorio de Lord Edwards?”

“No. Aquí sólo están las llaves de las puertas que abren salas y habitaciones. Las otras llaves, como a la que se refiere, las guardaba la señora.”

“¿Sabe dónde?”

“No. Esa era la cuestión de que las guardara ella.”

“Si la señora tenía por costumbre cerrar las zonas en las que les tenía prohibido el paso, ¿Cómo es que no decidió cerrar la biblioteca bajo llave?”

“No lo sé. A menudo mandaba a Daisy a buscar libros ahí, le hubiera tenido que dar la llave de todas formas.” Dice mientras introduce la segunda llave y logra abrir con éxito la cerradura.

Los dos hombres empujan la puerta. Al otro lado, la oscuridad y el olor frío y rancio inundan el espacio.

“Creo que había una luz por aquí.”

Jacques se adentra en el pasillo, tenuemente iluminado por la claridad que entra desde el otro lado, y palpa la pared a su derecha hasta que encuentra un interruptor. Al subirlo, unas lámparas en forma de candelabros hacen el ademán de encenderse, parpadeando durante unos segundos, hasta que finalmente alumbran la estancia.

“Eso es. Adelante Inspector. La habitación que busca está ahí.” El mayordomo señala con su dedo índice el final del pasillo, que parece girar a la izquierda.

Sherade sigue a Jacques intentando imaginar los objetos que se esconden en las habitaciones que se hallan detrás de cada puerta que encuentra en el recorrido. Al entrar en esta parte de la

mansión, el inspector tiene la sensación de haber sido trasladado en el espacio y el tiempo. A medida que avanza por el pasillo el frío se hace más penetrante y el olor rancio de la estancia anega sus pulmones.

“¿Cuántos años dice que lleva esto cerrado, señor Lehman?”

“En febrero hizo quince”.

Una coincidencia notable que sin duda no puede ser una mera casualidad, piensa Sherade. En el pasado la ciudad se llenó de rumores que relacionaban la muerte de Lord Edwards con los asesinatos del jardín des Archevêques, aunque no había ninguna prueba que indicara la veracidad de tales rumores. Lord Edwards era una persona reconocida y admirada por la mayoría, tenía fama de ser paciente, amigable y generoso. A pesar de ser uno de los mayores terratenientes de vides de procedencia anglosajona, se había ganado el respeto de la burguesía de Narbona. Lo que sí era cierto era que después de su muerte los asesinatos cesaron, y muchos creyeron que eso era indicio suficiente para implicarlo en ellos. Pero la investigación de su muerte no concluyó con ninguna evidencia sobre tal acusación, así que su figura fue deshaciéndose en la memoria de los que lo conocieron y en el colectivo que sólo lo conocía de oídas. Pero la policía sabía que probablemente el asesino anduviera suelto, y que era más que posible que los asesinatos hubieran cesado porque se hallaban muy cerca de descubrir su identidad. Las calles no podían estar más vigiladas a todas horas noche y día.

Probablemente la muerte de Lord Edwards y los rumores que la siguieron fueran la excusa perfecta para que el asesino se retirara a tiempo. Si Lambert tenía razón, y se trataba del mismo tipo que había asesinado a Marie, era evidente que Lord Edwards no tuvo nada que ver en el asunto. Y por la razón que fuera parecía que la señora Durroway había sacado estas mismas conclusiones recientemente y había acabado incinerada en la biblioteca.

“Es esta puerta”, anuncia Jacques unos pasos por delante del inspector.

Sherade saca de su bolsillo izquierdo la llave que pretendidamente ha encontrado en el joyero de la señora Durroway y se dispone a introducirla delicadamente en el viejo cerrojo. Sin embargo ésta no encaja. Contrariado por unos segundos, se queda quieto y en silencio delante de la puerta, mientras Jacques lo observa sin atreverse a decir nada.

“¿Está seguro de que la llave que abre esta puerta no se halla en ese manajo que lleva encima?”, pregunta al mayordomo.

“Creo que no, la señora se la quedó. De todas maneras puedo probarlo si es lo que usted desea.”

“O eso y encontramos la llave o derribamos la puerta.”

“¿Y entonces esa llave que ha encontrado usted, qué abre?”

“Esa es la cuestión.”

Resignado, y siguiendo el mismo ritual que anteriormente, Jacques prueba unas cuantas llaves intuitivamente. Pero diez minutos después ninguna de ellas ha logrado abrir la puerta.

“¿Qué otras maneras hay de acceder al interior de esta habitación?”

“No le entiendo.”

“¿Hay una ventana, no? Y seguro que hay una escalera en alguna parte que podamos utilizar para llegar a ella. ¿Qué tipo de seguridad tiene?”

“La verdad es que no recuerdo. Creo que es igual que las del resto de habitaciones, se cierra por dentro y listo.”

“Así que es de cristal.”

“Sí.”

“Mejor romper un cristal que derribar una puerta, ¿no cree?”

“Supongo.”

“Entonces ayúdeme a encontrar una escalera y a colocarla en el lugar adecuado.”

Aunque Sherade no lo sabe, la nariz aguileña de Jacques se contrae cuando éste se encuentra en una situación confusa para él. Lo que sí percibe el inspector por la mirada que le dirige antes de darse la vuelta, es que éste se debate en estos momentos entre la extrema curiosidad y el sentimiento de culpa por traicionar los deseos o más bien órdenes explícitas de la que era hasta hace poco su señora.

Pero finalmente la curiosidad gana la partida y en menos de diez minutos los dos hombres se hallan en el jardín, al lado de una altísima y estrecha escalera de madera apoyada en la pared de piedra a escasos centímetros de la ventana en cuestión.

“¿Será usted tan amable de sujetar la escalera mientras subo?”

“Por supuesto.” Pero en el rostro de Jacques se percibe cierto fastidio.

Aún así, y sin decir nada más, el inspector empieza a subir un peldaño tras otro. La agilidad con la que avanza sorprende al mayordomo, que lo observa desde abajo.

“¡Necesitará algo para romper el cristal!”, grita Jacques.

“Mi codo bastará”, contesta el inspector sin mirar hacia abajo. Entonces grita: “¡Tenga cuidado!” Y da un golpe brusco con el codo que rompe el cristal en mil pedazos, mientras se tapa la cara con el otro brazo. A continuación el inspector introduce la mano con cuidado y abre la ventana.

“¡Espere ahí!”, le ordena al mayordomo mientras entra en la habitación.

Contra todo pronóstico, las cortinas de la habitación se encuentran abiertas, dejando que el sol se filtre entre los cristales rotos pegados al marco y llenos de polvo que han resistido el golpe propinado por el inspector. Éste, desde su nueva perspectiva, entrevé los jardines, con Jacques apoyado en la escalera, y parte del lago al otro lado de la habitación.

Si bien en toda la mansión los orígenes de Lord Edwards se perciben a través de una extraña mezcla en la decoración de las diferentes estancias, en esta habitación su procedencia británica es indiscutible. Por un momento Sherade se convence de que se halla en la habitación principal de una casa Tudor en la campiña inglesa.

Se podría decir que la estancia es más bien un apartamento dentro de la mansión, pues se compone de una habitación con una amplia cama de matrimonio, una sala de estar con sofá, butaca, mesita de café y un escritorio Georgiano encarado hacia el ventanal con su silla pertinente, una estantería llena de libros, y el baño adyacente que se intuye en la puerta que queda cerrada a la derecha del inspector.

“¿Qué es lo que buscamos aquí?”, se pregunta en voz alta Sherade mientras observa a su alrededor.

“¿Ha encontrado algo?”, la voz de Jacques suena lejana y al mismo tiempo estridente.

“Aún no. Quédese donde está, es peligroso que suba por la escalera sin que nadie la sujete”, responde el inspector asomándose de nuevo por la ventana.

“Puedo ir a buscar a Vincent.”

“Escúcheme bien. Cuantos menos sepan de esta pequeña excursión, mejor, ¿de acuerdo? Esto queda entre nosotros. No se olvide que son sospechosos de asesinato.”

“Pues yo soy un sospechoso extremadamente colaborador. Debería tenerlo en cuenta.”

“Intente bajar la voz y espere en silencio.” Y aunque la frase no ha sido técnicamente imperativa, el mayordomo entiende que se trata de una orden que decide acatar a regañadientes.

Sherade abandona de nuevo la ventana y decide observar atentamente los objetos que conforman la habitación uno por uno, convencido de que no es el único que ha estado en este lugar durante esta última semana. Cualquier pequeño detalle podría revelar la identidad de dicho visitante o visitantes, y llevarle por fin a la resolución del caso.

Y sin embargo, mientras pasea los ojos por la habitación, se da cuenta de que su mano acaricia inconscientemente la llave que le entregó Olivier Legrand, lo que le lleva a preguntarse de nuevo cuál de los objetos que lo rodean podría ser abierto con ella.

Y es que el inspector está cada vez está más seguro que es en la llave, y en su mano, donde reside la solución para encontrar al asesino de la señora Durroway.

La justicia de Lambert

De vuelta a la ciudad, Sherade combate su frustración inhalando profundas caladas del cigarro que sujeta en su mano derecha y las alterna con algún que otro improperio. El único consuelo que le queda es pensar que quienquiera que fuera que entró en la habitación de Lord Edwards antes que él, tampoco encontró lo que buscaba. Pero de eso no puede estar seguro.

El sol del atardecer atraviesa las ventanas del coche y hace de la ceguera fortuita de Sherade una metáfora de la situación actual que el inspector encuentra, a su pesar, poética y apropiada. Louis está convencido de que hay algo que se le ha escapado, algo que está ahí y es incapaz de ver, y que es, sin embargo, la clave para resolver el caso que lo ocupa. Así, el inspector pasa el resto del corto viaje hasta la comisaria sumergido en este mismo pensamiento, hasta que, al llegar, los flashes que emanan de las múltiples cámaras fotográficas disparadas por los reporteros en la entrada del edificio lo apartan de sus pensamientos.

Sherade aparca el coche de cualquier manera en la acera de enfrente y avanza entre la muchedumbre de periodistas hacia la escalera de entrada, donde con tanto asombro como indignación ve a Lambert sonriente, acompañado de Rousseau, haciendo declaraciones ante cinco micrófonos que se pelean por llegar a su boca. A su derecha, un joven policía del que no recuerda el nombre sujeta a Leonard, que está esposado y observa con el rostro lloroso y desencajado el griterío que se sucede delante de él.

Lleno de una ira irreprimible, el inspector sube las escaleras, e ignorando los ojos de su superior, avanza entre éste y el policía que sujeta a Leonard, decidido a entrar en la comisaría. Pero cuando sus ojos se cruzan con los de Leonard éste lo reconoce y se dirige a él, oponiendo resistencia a la fuerza del policía que lo sujeta con fuerza, y grita: “¡Señor, señor! ¡Tiene que ayudarme, yo no hice nada! ¡Tiene que decírselo, tiene que decírselo!”

Por un momento el inspector frena sus pasos levemente, para después de un ligero titubeo, y según le aconseja su raciocinio, abrir la puerta de la comisaria y bajar las escaleras hacia la morgue, en busca de Jean Gilbert.

Sherade encuentra a su compañero inclinado en la mesa, analizando unas muestras en el microscopio.

“¿Qué pruebas tiene?”

“¿Quién?”, dice Jean sin apartar su vista del microscopio.

“Pues quién va ser, ¡Lambert!”

“De momento ninguna, aún las estoy analizando.”

“Entonces ¿por qué está la entrada plagada de periodistas, con Leonard detenido y Lambert haciendo declaraciones con esa sonrisa de gilipollas que tiene?”

El forense se aparta finalmente de la mesa, y mientras se quita uno de los guantes de látex contesta: “Ya te lo dije: porque tiene un testigo.”

“¿Qué testigo?”

“No lo sé. Pero habrán pensado que con eso es suficiente para hacer una detención, y así calmar los ánimos.”

“Ese hombre es inocente, Jean. Es cierto que conocía a Marie, pero él no la mató. Aunque pudo ver quién lo hizo.”

“Y tú sabes todo esto porque...”

“Porqué hablé con él, ayer.”

“¿Lo interrogaste? ¿Lo sabe Rousseau? ¿O Lambert?”

“Por supuesto que no. François me debía un favor.”

“Estás empezando a perder la perspectiva Louis. Si sigues así te van a echar del cuerpo. Si ese hombre dice que habló contigo, por muchos favores que te deba, François lo corroborará. Y Lambert está esperando una ocasión como ésta desde hace tiempo.”

“No me estás escuchando. ¡Te estoy diciendo que es inocente!”

“En ese caso las pruebas te darán la razón, no tienes de qué preocuparte. En un par de horas tendré los resultados.”

“No, no lo harán.”

“¿Ahora dudas de mi capacitación profesional?”

“Dudo de la integridad de Lambert. Creo que ha manipulado las muestras.”

“Esa, Louis, es una acusación muy grave de la que yo no quiero saber nada.”

“¿Te dio un vaso? ¿Un vaso de café con huellas dactilares?”

“Sabes que no puedo darte esa información. Sabes que no deberíamos siquiera estar hablando de esto. Me pones en una situación difícil y te agradecería que me sacases de ella lo antes posible.”

“Respóndeme a esto, Jean: ¿Por qué te hiciste forense?”

“No me vengas con ese cuento...”

“No es ningún cuento. Dímelo, ¿por qué?”

Jean contesta como quien recita una tabla de multiplicar que hace mucho tiempo que no practica, pero que ha quedado intacta en su memoria: “Para poder hacer justicia, para formar parte del sistema y hacer que éste funcione.”

“¿Y si el sistema está corrupto?”

“No tienes pruebas de que así sea. Y si tuvieras razón, hay un protocolo para estos casos...”

“¿Un protocolo que permite a los capullos como Lambert el tiempo necesario para tapar sus corruptas actuaciones!”

“¿Pero funciona así, así es como está organizado, son las reglas!”

“Jean, si Leonard es declarado culpable, el asesino de Marie y quién sabe si de las otras chicas quedará libre. ¿Es eso algo con lo que puedas y quieras vivir el resto de tu vida?”

“Me estás pidiendo que me juegue mi trabajo por algo que no puedes demostrar, por una cuestión de fe, una intuición. No soy hombre de fe, Louis, y tú tampoco.”

“A veces es necesaria.”

“Creo que esta discusión ha llegado a un punto muerto.”

“¿Esta es tu decisión?”

“Lo siento, pero no puedo ayudarte en esto. Traspasa los límites de nuestra amistad.”

“Puedes, pero no quieres. Está bien, no todo el mundo está hecho para este tipo de cosas.”

Sherade le da la espalda al forense y se dirige en silencio hacia la puerta, con los hombros caídos y las manos en los bolsillos, encarnando con su cuerpo la viva imagen de la decepción.

“¡Louis! ¡Espera!”

El inspector detiene sus pasos y gira su rostro serio y taciturno hacia Jean.

“¿Qué necesitas?”, pregunta el forense sin esconder cierta resignación.

Sherade esboza una sonrisa y la excitación aliña sus palabras: “Te lo cuento esta noche, durante la cena, en mi casa. Y por supuesto, tendrás que encontrar una excusa para no tener los resultados

hoy, necesitamos ganar tiempo. Nos vemos luego.”

Y con una energía que parecía imposible dos minutos antes, desaparece por la puerta dejando a Jean rodeado de soledad, cierta culpa y un par de cadáveres silenciosos.

La inquietud del Dr. Gifford

Cuando Sherade sale de la comisaría apenas queda rastro de la muchedumbre, y por suerte para él, tanto Lambert como Rousseau han desaparecido con el detenido.

Mientras se dirige a su coche al otro lado de la calle, el inspector piensa que Lambert intentará acelerar el proceso judicial al máximo para poder así colgarse la medalla y recibir el ascenso tan esperado. Pero aunque el proceso judicial se avance inusualmente, aún le quedan un par o tres de días hasta el juicio de Leonard para poner las cosas en orden. La intención de Sherade en este momento es comer algo rápido en casa, mientras espera que sea el turno de Chloé en “La Rue des revés”, para posteriormente hacerle una pequeña visita, pues encontró sus iniciales en la carta que sustrajo la semana pasada del piso de Marie.

El inspector tarda menos de siete minutos en llegar a su casa, en la rue Rouget-de-Lisle. Al bajar del coche distingue una figura familiar que avanza cansada y pausadamente hacia él. Demasiado baja y redonda para corresponder al cuerpo de Lambert, la silueta dibuja un sombrero de copa que impide ver el rostro de su propietario. Aún así, ahora que la silueta está más cerca y levanta el brazo a modo de saludo, Sherade reconoce, no del todo sorprendido, al Dr. Albert Gifford. Éste se quita el sombrero tan pronto como el inspector le devuelve el saludo, y emite una sonrisa tímida que apenas deja entrever sus dientes entre los gruesos labios.

“Buenas tardes, Doctor Gifford. ¿Ocurre algo?”

“No, bueno, creí que era importante hablar con usted. Pero justo se estaba yendo de la comisaria cuando he llegado, así que le he seguido. Espero no importunarle.”

“Debe haberse hecho una buena carrera si ha seguido el coche. Necesitará por lo menos un vaso de agua”, responde sin mirarle, mientras introduce la llave en la verja de la entrada principal.

“Se lo agradeceré mucho inspector, por suerte se ve que vive usted en el centro y al ser las callejuelas tan estrechas me ha dado el margen suficiente de velocidad para no perderlo de vista.”

Ya en el interior de la casa, Sherade sirve un vaso de agua al doctor que permanece sentado en el sofá del salón.

“Permítame avisarle de que esta visita no sigue en nada el protocolo establecido en una investigación, y que debería haberle hecho volver más tarde a la comisaria. Le agradeceré, por lo tanto, que mantenga discreción sobre esta, digamos, reunión”.

“Por supuesto, inspector. Mi mujer cree que estoy en la mansión Durroway, y nadie sabe que he venido a la ciudad. Mi labios están sellados.”

“Usted dirá entonces.” Sherade se sienta en el sillón de piel cercano al sofá.

El doctor Gifford sorbe silenciosamente el vaso de agua durante unos segundos, y después lo deja cuidadosamente de nuevo en el posavasos: “Quería comentar con usted un par de cosas...”

Sherade aguarda la explicación manteniendo la mirada en los ojos dudosos del doctor.

“Verá, según tengo entendido, el otro día el señor Legrand...”

“¿Sí?”

“Sí no me equivoco estuvo hablando con usted...”

“Así es.”

“Él me contó que usted sabe... Bueno, resulta que me contó cosas de su pasado... y me dijo que usted...”

“¿A dónde quiere llegar doctor?”

“Sé que usted sabe quién es. Yo no lo sabía hasta la semana pasada pero...”

“Usted no debe preocuparse por eso, doctor.”

Albert Gifford titubea un poco, hasta que finalmente se atreve a soltar la pregunta, sin mirar a los ojos del inspector: “¿Por qué no lo ha detenido?”

“¿Quiere usted que lo detenga? Creí que eran amigos.”

“No. Quiero decir, lo somos, somos amigos. Es solo que me parece extraño... bueno si lo que me contó es verdad.”

“No sé exactamente que le contó el señor Legrand, doctor Gifford, pero debe confiar en mi criterio al respecto. Si usted cree que debería ser detenido puede denunciarle a las autoridades.”

“No, no quiero denunciarle. Sólo necesitaba saber si puedo confiar en usted. No sé con quién más podía hablar de esto. En realidad quiero ayudarle.”

“¿A mí?”

“Al señor Legrand. Creo que tiene problemas.”

“¿Y eso que tiene que ver conmigo?”

“Creo que esos problemas tienen que ver con su pasado, con lo que me contó... y usted es el único que sabe lo que pasó.”

“¿Y qué quiere que haga?”

“No lo sé, sólo quería avisarle, porque usted es inspector, y ya sabe...”

“¿Qué problemas cree que tiene el señor Legrand, doctor?”

“El otro día fui a verle, como de costumbre, y al abrir la puerta de la verja del jardín me di cuenta de que me estaba apuntando con un revolver. Creo que pensó que era otra persona, parecía asustado. Tuve la sensación de que llevaba un par de noches sin dormir.”

“Doctor Gifford, yo no puedo hacer nada con los fantasmas del señor Legrand.”

“No creo que sean fantasmas, creo verdaderamente que está en peligro, y que él lo sabe. Pero no puede pedir ayuda porque eso significaría exponer su pasado y ser juzgado por lo que hizo.”

“Yo me comprometí a no delatarlo, pero como usted comprenderá no puedo ser su guardaespaldas. Si tiene que enfrentarse con su pasado, deberá hacerlo solo o asumir las consecuencias.”

“Está bien. Le entiendo, inspector. Sólo quería que supiera cuál es la situación. Si usted no le ha detenido debe ser porque al fin y al cabo debe pensar que no se lo merece. Por eso pensé que quizás querría ayudarle. Pero no es asunto mío, siento haberle molestado.”

El doctor Gifford termina el vaso de agua rápidamente, coge con su mano izquierda el sombrero que descansa a su lado en el sofá y se incorpora mientras se lo coloca en la cabeza. “Muchas gracias por escucharme, inspector. Le preguntaría sobre el caso de la señora Durroway pero entiendo que no puede decir nada al respecto. Espero que detenga pronto al culpable. No hace falta que me acompañe a la puerta.”

Y con un leve asentimiento de cabeza a modo de saludo, el doctor se da la vuelta y se dirige a la de salida.

“Doctor Gifford, -Sherade se levanta-, no puedo decirle nada acerca del caso, como usted bien ha anticipado, pero sí me gustaría hacerle una pregunta que me inquieta desde el día en que lo conocí.”

Albert Gifford responde con mirada curiosa.

“Pregunte entonces.”

“El día en que fue descubierto el cadáver de la señora Durroway le pregunté si recientemente le había recetado tranquilizantes a la señora Durroway, y usted me dijo que no. ¿Por qué mintió?”

Y el doctor regresa al sofá para sentarse exactamente en el mismo lugar donde ha estado hace un minuto, y le responde por fin esta pregunta al inspector Sherade.

El peligroso jardín de Olivier

Después de un par de días sin que Olivier haya requerido de sus servicios, intrigado y aburrido Franz decide acudir al castillo con el periódico bajo el brazo y darle una sorpresa al señor Legrand.

Franz cree que desde el incidente de la bicicleta Olivier tiene miedo de que se haga daño yendo al castillo y por eso le dijo que de momento no hacía falta que le llevase el periódico o la compra de los viernes. Pero el chaval echa de menos las visitas al castillo y el dinero extra que éstas le reportan, así que se ha convencido de que debe recuperar a su máspreciado cliente. Por otro lado, piensa, no hay mejor día para llevarle el periódico a Olivier sin que se lo haya pedido que el día de hoy. Es la primera vez en muchos años que la gaceta de la ciudad ha sido más vendida que los periódicos internacionales, debido a la noticia que acapara las portadas acerca de la detención de un mendigo que, según fuentes oficiales, resulta ser el responsable tanto de la muerte del reciente asesinato de la joven Marie Beaumont como de los ocho asesinatos cometidos quince años antes en la misma ciudad, y a los que se apodó como “Los asesinatos del jardín des Archevêques” por ser ésta la zona más cercana en la que se encontraron los cuerpos de ocho chicas jóvenes, la mayoría de ellas prostitutas.

Al chico le parece que esta noticia es tan fascinante y positiva que Olivier le agradecerá de inmediato que haya tomado la iniciativa de llevarle el periódico. Y con este pensamiento el chico pedalea más y más fuerte por el camino de tierra rodeado de viñedos, sin ser consciente de la figura alta y delgada que le sigue a escasos metros de distancia.

#

Mientras, en Narbona, el Inspector Sherade sujeta su cabeza entre las manos, con los codos encima de la mesa y la mirada fija en la carta de Marie. La ha releído más de cincuenta veces y cada vez que lo vuelve a hacer está seguro de que hay algo que se le escapa.

Aunque debería haberlo confirmado con Jean Gilbert por lo menos, Sherade está convencido de que la carta fue escrita por Marie. De la misma manera está convencido de que tenía intención de librarla en mano y no mediante correo, pues no había dirección en el sobre y sin embargo estaba lacrado con cera. La mayoría de la población cuando escribe una carta y la cierra es porque ya ha escrito la dirección o tiene intención de escribirla inmediatamente, pues hay algo de común en los humanos acerca de la inquietud que provoca una sobre en blanco con información más o menos valiosa dentro de él y sin nadie a quién dirigirla.

El problema que tiene el inspector, sin embargo, es pertinente al contenido de la carta, que a primera vista carece de un significado concreto para él:

“Ayer ocurrió 4 veces. Este último mes las cosas se han complicado. Aunque yo no he dicho nada, creo que C sospecha algo, quizás pueda ayudarme. De todos modos mañana terminaré con esto, porque ya no duermo tranquila por las noches sabiendo lo que ocurre y sin hacer nada por evitarlo. Como no puedo ir a la policía, mi intención es hacerle chantaje con las pruebas que conseguí el otro día, así no nos podrá hacer daño. Aún así sé que es peligroso y no sé cómo reaccionará. Si me ocurre algo ocúpate tú de ella, ¿de acuerdo? Lo has hecho muy bien hasta ahora. Gracias por todo. Te quiero.

Marie.”

Sea como sea el inspector tiene algo claro: Marie tenía miedo a alguien, y pretendía hacer algo que suponía una situación de peligro para ella. Y eso no podía ser proporcionarle un vaso de sopa

caliente a un mendigo.

El “él” de esta carta no era Leonard, el “él” de esta carta era el asesino de Marie. Y aunque racionalmente no logre formularlo en su cabeza, Sherade intuye que está muy cerca de descubrir de quién se trata.

#

Cuando Franz llega a la verja del jardín que rodea el castillo, se encuentra con el silencio más absoluto. El joven apoya la bicicleta en el muro de piedra y empuja la puerta de hierro para darse cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, ésta se encuentra candada.

“¿Señor Legrand?”

Silencio.

“¿Señor Legraaaaaand?”

Franz coge los periódicos y los lanza al interior del jardín. A continuación procede a escalar la verja, apoyando los pies en las filigranas del dibujo de hierro forjado, y procurando no hacerse daño con las puntas de la parte posterior salta al otro lado, encontrándose por fin en el camino de losas que le es tan familiar.

Mientras se agacha a recoger los periódicos, Franz vuelve a probar suerte, esta vez gritando aún más fuerte el nombre del propietario del castillo. Pero sigue sin obtener respuesta. Así que avanza por el camino hasta llegar a la puerta de entrada. A unos cincuenta metros a su izquierda la puerta de la pequeña caseta de herramientas cercana al huerto se halla ajustada, y un leve y breve movimiento capta su atención.

“¿Señor Legrand, está usted aquí? Le he traído los periódicos.” Aunque Franz es un chico intrépido y poco asustadizo, su voz denota cierta inquietud.

En ese mismo momento, el ruido de las hojas de los matorrales cercanos al camino alerta al chico de que algo se está moviendo a su espalda. La voz no consigue salir de su laringe, y asustado, se da la vuelta apoyando la espalda contra la puerta de entrada, para ver, a escasos metros de él, a un hombre alto, con barba de algunos días, nariz pronunciada y aguileña y una enorme cicatriz en la mejilla izquierda que le observa con ojos ávidos e inquietos.

“¿Dónde está el señor Legrand?” La voz surge grave y profunda del magro cuerpo del hombre, con un extraño acento que Franz no logra reconocer.

“No... no lo sé.”

El tipo lleva una de sus manos a la espalda y saca una pistola de los pantalones.

“¿Dónde está, chaval?” Repite apuntando al joven en el rostro.

“No lo sé. Creía que estaba aquí pero...”

“¿Pero qué?”

“No contesta, no está.”

“Vamos a ver si eso es verdad.” El hombre avanza hacia Franz, que aunque lo intenta no logra escabullirse de él, y al llegar a la puerta sujeta al chico retorciéndole el brazo derecho por detrás de la espalda, colocándolo de cara a la puerta y apuntando la pistola la sien.

“¿Vas a tener cojones de dejar que mate a un chaval?,-Grita el hombre- ¿Hasta dónde llega tu cobardía, Lee?”

Pero sigue sin haber respuesta.

“Si no sales ahora mismo le voy a pegar un tiro al pelirrojo, ¿te enteras? No estoy bromeando.

¿Quieres cargar eso en tu conciencia? ¿En tu maldita conciencia?”.

Esta vez el hombre grita levantando la cabeza levemente, mirando hacia las estrechas ventanas del castillo mientras mueve la pistola arriba y abajo a escasos centímetros de la cabeza de Franz.

“¿De verdad quieres eso en tu maldita conciencia, Lee? ¿De verdad estas dispuesto a...?”

En ese momento una bala irrumpe en la espalda del hombre, silenciando de repente sus amenazas.

La pistola cae de su mano inerte y Franz, sin saber muy bien lo que acaba de ocurrir, se escabulle asustado del peso muerto del hombre a su espalda.

En el camino, Olivier sujeta aún el antiguo revolver que le acaba de salvar la vida.

“Te dije que no vinieras. Ahora tenemos un problema.” Legrand baja la mirada hacia el cadáver del hombre que un día fue su compañero de robos, y añade en voz baja: “Hay que deshacerse de él.”

El descubrimiento de Daisy

En el jardín de la mansión Durroway, Daisy pasa ávidamente las páginas del segundo diario, cubierto con la portada de “Cuento de Navidad”, ajena a la mirada de Jacques, que la observa desde una de las ventanas de la cocina en el interior de la mansión.

Desde que empezó con la lectura de los diarios, ésta se ha convertido en una obsesión para ella, algo que la ha hecho evadirse de la realidad y el tiempo en el que se encuentra, de la tensa situación con Vincent y el miedo a un futuro impredecible. Refugiada en un pasado ajeno, Daisy camina ahora por los pasillos de la mansión con la sensación de poder cruzarse con Lord Edwards en cualquier momento o de encontrar a la señora Durroway riendo en el jardín y admirando las margaritas que tanto le gustaban. Pero lo que más ha contribuido a esta obsesión, a seguir leyendo incesantemente, es la intuición de que en las palabras de Lord Edwards se encuentra la respuesta, no sólo a su muerte prematura y confusa, sino también a la reciente muerte de la señora Durroway.

Durante los últimos días, el convencimiento de que debería revelar el contenido de estas páginas al Inspector Sherade se ha ido instalando paulatinamente en su cabeza, aunque la sensación de estar descubriendo algo tan íntimo y secreto le proporciona un bienestar que no logra explicar y que de algún modo, teme perder al compartir los diarios con los demás.

Después de la lectura del primer diario, Daisy ha comprendido que la pareja dueña de la mansión fue feliz durante los primeros años, no porque Lord Edwards lo relate en esos fragmentos, sino porque en ellos se refleja la pérdida de algo preciado en el pasado, un amor que se fue apagando gradualmente debido a los cambios de humor de Emily y a la imposibilidad de tener hijos. Sin embargo, y por lo que deduce de sus palabras, Lord Edwards nunca dejó de quererla. Aún así, le fue dejando cada vez más y más espacio, pasando más horas en la ciudad, cuidando relaciones personales que Emily ya no quería conservar –por lo menos al precio de tener invitados en la mansión–, y ese espacio se interpuso entre los dos. De manera que había días en que apenas se veían un par de horas, en las que el silencio era lo más que podían compartir entre ambos.

Pero en este segundo diario, el que la ocupa ahora, Lord Edwards habla cada vez menos de Emily, y empiezan a surgir diversos nombres de amigos que Daisy nunca llegó a conocer:

“Ayer por la noche cené en casa de los Blanch. René preparó una cassolette exquisita que le hubiera encantado a Emily. Philippe descorchó una botella de vino procedente de una de sus mejores cosechas, la de hace cinco años. Me sorprendió ver lo mucho que había crecido Jean desde la última vez que lo había visto. Son increíbles los cambios que experimentan los niños a estas edades. Cuando llegué a la mansión Emily ya estaba durmiendo.”

Y más adelante:

“La casualidad o el azar han permitido que hoy me reencontrase con uno de mis más preciados amigos de la infancia, con el que compartí innumerables aventuras durante los veranos que pasábamos aquí. Se ha sorprendido gratamente de saber que me mudé de Londres. Me ha preguntado qué echaba en falta de allí, y me he descubierto respondiendo que la lluvia en algunos de mis días melancólicos. Aunque supuestamente el tiempo fue una de las razones que me convencieron para mudarme. El tiempo, y, por supuesto, Emily.”

Siete páginas más de lectura llevan a Daisy a descubrir un párrafo que capta por completo su atención:

“Hoy han encontrado a otra chica en los jardines. Ya es la tercera. Parece imposible

comprender que exista tal monstruo en esta pequeña ciudad. Nunca creí que aquí podría ocurrir algo como lo de Jack el Destripador en Londres, y sin embargo, es la tercera chica muerta en una semana. El pánico se ha apoderado de los habitantes y la policía no parece tener ninguna pista a la que agarrarse en la investigación. Aunque yo lo he estado pensando detenidamente y creo intuir de quién se trata, y creo que sé también la manera de acabar con esto. Nunca preví que las cosas irían de esta manera, aunque si algo he aprendido en la vida, es que raramente las cosas son lo que parecen. No le he comentado nada a Emily de momento, porque mis intuiciones sólo se basan en sospechas y no quiero inquietarla. De todos modos... ”

Los pasos cercanos de Vincent advierten a Daisy de su presencia, así que la chica cierra el diario inmediatamente, apoyándolo en su regazo mientras él pasa delante de ella sin decir una palabra. Sin embargo Daisy es incapaz de permanecer en silencio: “¡Vincent! ¡Vincent, por favor!”

El jardinero se detiene y clava sus ojos en los de ella sin decir nada. El sol que ahora está en lo más alto del cielo golpea su cabello pelirrojo con fuerza y parece incendiarlo, dándole a sus ojos un tinte airado.

“Vincent, por favor, hablemos.”

“No tenemos nada de que hablar.”

“Lo siento, ¿de acuerdo? Siento haber sospechado de ti, es sólo que justo después de...”

Vincent mira su alrededor para confirmar la ausencia de los otros dos habitantes de la mansión:

“Yo no hice nada, Daisy.”

“Lo sé, lo siento. Lo siento mucho. No te enfades, por favor.”

“No estoy enfadado. Pero creo que ya no te conozco.”

“No digas eso, Vincent. ¡Yo no lo hice, te lo juro!”

“¡Pero querías que otro lo hiciera, te atreviste a pedírmelo a mí!”

“Estaba alterada. Había tenido un mal día. Supongo que al saber lo de tu despido...”

“Exacto. Así es como me ves tú.”

“No, ¡no es cierto! Yo sólo estaba asustada de que te tuvieras que ir, de perderte, y pensé qué...”

“Te conté esa parte de mi vida porque confiaba en ti, y tú te lo tomaste a la ligera. Pensaste que no iba a ser un problema para mí cargarme a alguien. No tienes ni idea de quién soy, Daisy, y prefiero que siga siendo así.”

“¡Pero yo no pienso eso! Además tengo que contarte una cosa, –Daisy acaricia entonces inconscientemente el diario, inclinada en la silla con los ojos implorantes-, estos últimos días he estado leyendo el...”

“¡Vincent! – La voz de Jacques, que grita desde la cocina, interrumpe la frase de Daisy- ¡Necesito tu ayuda! ¡Rápido! ¡Rápido!”

Vincent corre hacia la cocina, seguido por Daisy, y abre la puerta trasera de un golpe.

Agnès se halla tirada en el suelo, experimentando fuertes espasmos. Jacques, arrodillado a su lado, tiene la cara compungida y llena de preocupación. Al notar la presencia de los dos, levanta la cabeza y ordena a Vincent: “Ayúdame a moverla, hay que levantarla del suelo. Daisy -sus ojos se encuentran ahora con los de la chica, abiertos como dos faros- llama inmediatamente al doctor Gifford.”

La chica titubea un momento, sin poder apartar la mirada del cuerpo enorme y convulso de Agnès, que parece sacar espuma por la boca. Jacques grita: “¡Daisy! ¡Ahora!”

Finalmente la muchacha corre hacia la sala en busca del teléfono, mientras los dos hombres

levantan pesadamente el cuerpo inconsciente de Agnès para colocarla en el banco más próximo, muy cerca de la estantería del té.

El secreto de Cécile

Hace dos horas que Cécile espera impaciente a que oscurezca, y a que, con la aparición de la luna, llegue la llamada que lleva aguardando desde que esta pesadilla empezó. Paseando de un lado al otro delante del sofá intenta desprenderse del desasosiego que la inunda, el nerviosismo que hace que sus manos sudorosas tiemblen cada segundo de la cuenta atrás. ¿Y si no llaman? ¿Y si no vuelve a saber nada más de ella?

En el televisor las noticias muestran imágenes de la detención de un vagabundo, acusado del asesinato de Marie y de los asesinatos que ocurrieron en la ciudad cuando ella apenas tenía catorce años.

Marie tenía entonces once años. La ciudad se sumió en tal pánico que las chicas estuvieron tres semanas sin tan siquiera ir a la escuela. Cécile recuerda la variedad de juegos que Marie inventaba para pasar las largas horas en casa durante ese periodo. La mayoría consistían en simular distintas profesiones, en las que Cécile sería cliente de cualquiera de los negocios que se inventara Marie. A veces era una tienda de joyas, o de libros, y Marie utilizaba la plancha de su madre como escaparate, cubriéndola con cualquier tela y depositando encima los artículos correspondientes que encontraba por la casa. Otras veces jugaba a ser camarera, y confeccionaba una carta de delicatessen imaginarias que Cécile ingería también imaginariamente y pagaba de la misma manera. Aunque su madre intentó que supieran lo mínimo acerca de los asesinatos de la ciudad, el trabajo fuera de casa a media jornada no le permitía vigilar a las chicas lo que le hubiera gustado, y éstas, a través de la radio en las horas que estaban solas en el piso, escucharon más de lo que a su madre le hubiera gustado o hubiese permitido.

Cécile siempre atribuyó a la temprana edad de su hermana el hecho de que ésta no se mostrara asustada por las terribles descripciones de los locutores y las conjeturas de que un psicópata andaba suelto por la ciudad. Para Marie, pensaba Cécile, debía tratarse más bien de una historia, de un cuento; algo que sin ser visto con sus propios ojos, no podía instalarse en su inocente cabeza como una realidad cercana y terrible.

Sin embargo Cécile tenía miedo, quizás porque su edad era más cercana a la de las víctimas, quizás porque empezaba a entender que el mundo no era siempre un lugar divertido y seguro. Cécile comprendió en ese momento que había gente a la que nunca podría entender, gente con la que debería ir con el máximo cuidado, gente a quién debería evitar.

A Cécile le resulta irónico, al mirar atrás en el tiempo, que Marie hubiera acabado siendo la víctima de uno de estos personajes. Aunque no tiene tan claro que se trate del mismo asesino. ¿Cómo se explicaría entonces la situación en la que ella se encuentra ahora? ¿Qué necesidad había de hacer lo que le habían hecho?

Desde que Cécile recibió la primera llamada, entendió que Marie había muerto, no aleatoriamente a manos de un psicópata, sino porque sabía algo que no debería haber sabido. Y desde ese momento, el sentimiento de culpa por no luchar por su hermana, por no luchar para que la verdad saliera a la luz, la había atormentado cada segundo de su existencia. Lo que más le dolía a Cécile, además de la pérdida de su hermana, era haber pasado todo ese tiempo de duelo sola, sin compartir su dolor con nadie, sin poder explicarle a sus amigos más cercanos todo por lo que estaba pasando. Durante todo ese tiempo había estado barruntando, sola, sin apoyo alguno, la manera de acabar con el dilema y convertirlo en una solución: mantener con vida lo último que quedaba de su hermana y a la vez exponer a los que le habían hecho tal salvajada. Pero ellos se habían ocupado de ponerla en una situación en la que tuviera que escoger entre una cosa u otra.

Así que tuvo que escoger.

Cécile estaba convencida de que Marie lo hubiera querido así. Y si ese tormento era el precio que debía pagar, pues que así fuera. De todos modos, nada volvería a ser normal para ella, nada volvería a ser igual sabiendo la clase de mundo en el que vivía. Y sin embargo, la idea de hacer justicia no abandonaba nunca del todo su cabeza.

Pero primero tenía que asegurarse de que Stella estuviera a salvo.

El teléfono suena cuando está analizando con detenimiento este último pensamiento. Con un rápido movimiento seca su sudorosa mano derecha en el pantalón y coge el teléfono al tercer ring.

Su voz, y su actitud, como ha aprendido este último mes, se cubren de dureza y seguridad.

“¿Alló?”

“Mañana, a las once. Debajo del puente de las esclusas.”

“Antes quiero hablar con ella.”

“Ahora no puede ponerse.”

“Tengo que saber que está bien para ir a recogerla.”

“Está bien. Tienes mi palabra.”

“¡Tu palabra no vale una mierda! ¡Ni siquiera sé tu nombre! Ponla al teléfono, o no voy a recogerla.”

“Tú misma.” Y el hombre de voz grave y carrasposa cuelga el teléfono antes de darle la oportunidad de decir una palabra más.

Los descubrimientos de Jean Gilbert

Un silencio amenazante invade la morgue a las siete de la tarde. Desde que decidió ayudar a Sherade, Jean Gilbert tiene la constante sensación de estar en peligro; y aunque nunca le ha supuesto un problema trabajar solo y rodeado de cadáveres, ahora le parece más sensato no poner música y evitar alterar así este extraño silencio, roto de vez en cuando por el agua que baja por las tuberías, que le avisará de cualquier visita inesperada. dorao ciojos se

Al forense le hubiera gustado, a pesar de saltarse las normas, poder haberle contado su situación a Sophie. Hubo un tiempo en el que ella lo escuchaba atentamente, con los ojos muy abiertos y una mano debajo de la barbilla, fascinada por su trabajo y su colaboración con la justicia. Entonces ella le hubiera aconsejado qué hacer, qué camino tomar.

Pero en estos momentos, la inquietud de Jean Gilbert no se debe a que haya encontrado algo que incrimina a Lambert en la manipulación o suplantación de pruebas, sino en la experiencia previa de que Sherade no suele equivocarse en este tipo de cosas. Y es que el problema básico con las pruebas de Lambert no es que haya indicios de manipulación: es que no hay ni uno. El vaso del indigente tan sólo contiene las huellas de Leonard. Ninguna más. Ni las del chico o chica que sirvió el café, ni las del que debió colocar el vaso de cartón junto a los otros en la barra... Jean sabe por experiencia propia que en utensilios de este tipo lo habitual es encontrar un mínimo de dos o tres huellas, entre ellas las del sospechoso en cuestión. Pero el vaso estaba demasiado limpio cuando llegó al laboratorio, excepto por la huella de Leonard.

Aún sujetando la bolsa numerada que contiene el objeto en cuestión, Jean oye los pasos que anuncian una presencia que desciende por la escalera. El forense deja la bolsa encima de la mesa metálica justo a tiempo para darse la vuelta y encontrarse cara a cara con Philippe Lambert.

“¿Cómo llevamos eso Gilbert?”

“Ya casi he terminado. Sólo me falta firmar los informes y revisar un par de pruebas, mañana por la mañana estará todo listo.”

“Más te vale, el juez ha adelantado el juicio.”

“¿Ah sí?”

“Cuanto antes cerremos este caso mejor. La ciudad necesita saber que lo tenemos controlado. En un par de días los crímenes de los jardines des Archevêques formaran parte del pasado para siempre.

“Y el de Marie...”

“Y el de Marie, por supuesto.”

La respuesta le parece a Jean un tanto evasiva, aunque detecta un tono ciertamente intimidatorio en la voz del inspector. Después, el silencio vuelve a reinar en la sala de altos techos, envolviendo a los dos hombres. Jean duda si debe seguir analizando muestras, o pretender que lo hace, puesto que en realidad ya están todas analizadas y revisadas, pero entonces Lambert corta el silencio con otra pregunta:

“¿Qué hacía Sherade esta mañana aquí?”

“¿Ha venido esta mañana? No lo recuerdo.”

“Monique me ha dicho que lo ha visto bajar a toda prisa, después de su entrada triunfal con todos los medios en la puerta, cuando nos hemos llevado a Leonard.” Los ojos agudos y fríos de Lambert advierten al forense que no admiten medias verdades.

“Ah, sí. Ha venido a ver si tenía algo nuevo sobre el caso Durroway.”

“Creía que ya lo habría resuelto. Al fin y al cabo no deja de ser el suicidio de una vieja desequilibrada... Quizás si hubiera dedicado el tiempo que le correspondía a este asunto y no a otros que no son de su incumbencia...”

“Aún no se ha determinado cuál fue la causa del fuego, y quería saber si habíamos avanzado en eso.”

“¿Y se ha avanzado en eso?” Lambert no se molesta en disimular el escepticismo cercano a la burla con el que formula la pregunta.

“Sí, pero como bien sabe no puedo compartir esa información con usted.”

“Por supuesto, me olvidaba de que es usted un estricto seguidor del reglamento.”

“Tengo trabajo que hacer, inspector, si no hay nada más que necesite de mí...”

“Sí, claro. -Lambert se dirige a la salida- Espero los informes firmados en mi mesa a primera hora de la mañana.”

Y tras cruzar el umbral da un ligero portazo, dejando así a Jean Gilbert inmerso en el silencio que se ha convertido su compañero.

#

Dos horas más tarde Sherade llega a su casa y es recibido en la puerta por el rostro marcadamente taciturno de Jean Gilbert.

“Pasa, Jean.”

Ya en la sala de estar, el inspector sirve una cerveza a su compañero y hace la pregunta de rigor.

“Entonces, ¿qué? ¿Has encontrado algo?”

“Nada.”

“Eso son malas noticias.”

“No necesariamente. Cuando digo que no he encontrado nada, me refiero a que las pruebas, sobretudo el vaso con las huellas de Leonard, están demasiado limpias.”

“¿No había huellas de nadie más? ¿Ni del camarero, ni de Lambert?”

“Exacto.”

“Eso no es lo habitual...”

“Exacto.” Repite el forense.

“Y sin embargo no prueba nada a ojos de la justicia...”

“Lambert te sigue vigilando, Louis. Y a mí también.”

“Ya lo sé. Lo que no sabe es que yo también le vigilo a él.”

“Me ha dicho que han adelantado el juicio. Quiere los informes finales mañana por la mañana.”

“Vaya... eso me obliga a cambiar de planes.”

“¿Qué planes?”

“Ese testimonio confidencial del que me hablaste: ¿A qué no te imaginas quién es?”

“No estoy familiarizado con los vivos relacionados con el caso, Louis. Yo trato con objetos y muertos.”

“Chlóa. La chica que trabajaba con Marie. La chica que no sabía nada de nada.”

“Quizás estaba asustada cuando la interrogaste.”

“No, está asustada ahora. Chlóa sabe muchas cosas que no ha dicho, pero entre ellas no está que Leonard sea el asesino de Marie.”

“Entonces, ¿crees que miente?”

“Por supuesto.”

“¿Por qué?”

“Eso no lo sé con seguridad. Imagino que la han amenazado, o chantajeado de alguna manera.”

“¿Quién, Lambert? ¿Pero por qué iba Lambert a hacer eso?”

“Sólo se me ocurren dos motivos, Jean: o su ambición se ha vuelto patológica y busca el reconocimiento y el ascenso a cualquier precio, en cuyo caso cerrar dos casos a la vez, siendo uno el del Jardín des Archevêques, cumpliría sus objetivos...”

“¿O?”

“O tuvo algo que ver con el asesinato de Marie y lo está queriendo encubrir, matando dos pájaros de un tiro.”

La inesperada llamada de Olivier Legrand

En la mansión Durroway se vuelve a respirar cierta calma después de la tormenta. Gracias a la intervención del doctor Gifford, Agnès duerme ahora en su habitación, ajena a la conversación que mantienen el resto de ocupantes en el salón de té.

Por primera desde la muerte de Emily Durroway, Vincent, Jacques, Daisy y el doctor Gifford comparten espacio, palabras y silencios todos juntos, el tipo de acción que la consciencia de que la muerte siempre está cerca provoca en cualquier alma humana y mínimamente sensible.

Daisy agradece secretamente a Agnès que le haya dado esta oportunidad, aunque la situación la haya asustado tanto o más que al resto de los habitantes de la mansión.

“Parece que esta casa esté maldita...” Murmura sin apartar la vista del jardín, donde el sol rojizo acaricia los árboles frutales.

“¿Qué le ha pasado a Agnès, doctor?” La preocupación de Jacques es sincera y genuina.

“La respuesta que tuvo es similar a la de un envenenamiento o una sobredosis. He llamado al Inspector Sherade para explicarle lo ocurrido y ha dicho que está en camino.”

Ante tal anuncio, y sin saber exactamente por qué razón, Daisy reacciona preguntando incrédulamente:

“¿Agnès intentó matarse? ¿Se envenenó?”

Vincent la observa en silencio desde el lado opuesto de la sala, apoyado en el brazo de una de las butacas rojas.

“Eso es especular. Quizás ingirió accidentalmente alguna sustancia nociva. -El doctor cambia de interlocutor-: ¿Qué ha comido esta mañana, Jacques?”

“Lo mismo que yo. Hemos desayunado tostadas con mermelada de naranja amarga y café.”

“Y la comida ha sido la misma para los cuatro, -añade Vincent- la ha cocinado ella: ensalada y *cassoulet*.”

“¿Y no ha tomado nada más?”

“A media tarde ha preparado un té. – Prosigue Jacques- No quedaba *English Breakfast*, su favorito, así que ha buscado en el armario de la despensa y ha encontrado un poco de *Earl Grey*. La señora debió de ponerlo allí de reserva, porque estaba en un pequeño tarro de cristal sin etiqueta.”

“¿Y está seguro de que era té?”

“Agnès lo ha olido y estaba segura. Ha dicho que tenía un aroma un poco distinto al usual, pero lo ha achacado a una procedencia distinta del que usamos habitualmente en la casa. Aún así es extraño porque compramos una cantidad generosa de Earl Grey pocos días antes de la muerte de la señora, en su tienda favorita, y sin embargo ella debió de comprar este tarro cuando fue a la ciudad conmigo y con Daisy por su cuenta.”

“¿Entonces ha sido el té?” Pregunta Daisy.

“No lo sé, pero tendrán que explicarle todo esto al Inspector Sherade y dejarlo en sus manos. También querrá hablar con Agnès, cuando se encuentre mejor.”

“¿Así que somos otra vez sospechosos? Definitivamente esta mansión está maldita...”

El silencio de los tres interlocutores es la única respuesta que recibe Daisy. Entonces una nueva voz se suma a la conversación:

“¿Sospechosos de qué señorita? –Pregunta Sherade en el umbral de la sala-. La puerta estaba

abierta... buenas tardes.”

“Buenas tardes inspector” Jacques y el doctor pronuncian estas palabras prácticamente a la vez.

“De intento de asesinato” Responde Daisy, mirándole fijamente a los ojos sin esconder su preocupación.

Sherade hace una breve pausa, antes de contestar a Daisy, que sigue sin apartar la mirada. Es entonces cuando el histriónico ring del teléfono en la sala rompe el silencio y la respuesta aun no formulada por el inspector.

Jacques hace el ademán de responder y se desplaza hacia la cómoda donde reposa el teléfono negro, no sin antes dirigir una rápida mirada al inspector con la intención de corroborar que no es una mala idea responder en tal momento de la conversación. Sherade asiente con la cabeza, así que Jacques descuelga el teléfono rápidamente.

“Mansión Durroway. ¿Alló?”

La persona al otro lado de la línea habla ininterrumpidamente durante al menos un minuto, en el que Jacques va cambiando las facciones de su rostro paulatinamente, hasta dibujar en su cara el inconfundible retrato de la perplejidad. A continuación aparta ligeramente el aparato de su boca, tapándolo con su mano izquierda y dice: “Es para usted inspector.”

Louis Sherade se acerca curioso a la cómoda, y el mayordomo le cede el teléfono para volver al centro de la sala con los demás. Daisy le mira interrogante, pero Jacques ignora la pregunta que adivina en sus ojos.

“Alló, habla el Inspector Sherade.”

“Alló, inspector -responde Olivier Legrand al otro lado.- He llamado a comisaría y me han dicho que lo encontraría aquí. Debería venir lo más rápidamente posible al castillo.”

“Ahora no es el mejor momento.”

“No le hubiera llamado si no fuera importante. ¿Está el doctor Gifford con usted en la mansión, por casualidad?”

“Sí, está aquí.”

La curiosidad crece en los ojos del resto del grupo al oír esa última respuesta.

“Pues tráigaselo con usted, creo que le necesitaremos.”

“¿Por qué?”

“La opinión de un médico siempre es útil para corroborar si un hombre está definitivamente muerto. Y yo tengo uno de esos en la caseta del jardín ahora mismo.”

Sherade cuelga el teléfono inmediatamente y, mientras recoge su sombrero se dirige al doctor Gifford:

“Venga conmigo, si es tan amable.”

“¿Dónde?”

“Se lo cuento por el camino.”

Resignado y curioso al mismo tiempo, el doctor se levanta lentamente del sofá y se coloca su chaquetón.

“¡Pero no puede irse ahora, inspector!” -Suplica Daisy desde el sofá- Imagínese que hubiera un asesino entre nosotros y nos deja aquí solos, con Agnès convaleciente y en peligro para otro ataque.”

“Supongo que eso responde a la pregunta que antes no he tenido oportunidad de contestar,

señorita. Volveré lo antes que pueda. Jacques –ahora Sherade se dirige al mayordomo- le hago completamente responsable del bienestar de Agnès. Hasta luego.”

Y sin más, el inspector y el doctor Gifford abandonan la mansión.

El secreto pasado de Olivier Legrand I

Después de su conversación telefónica con Legrand, lo último que espera el inspector es encontrarse con la presencia de un chaval en el castillo.

“¡Señor Legrand! –Grita un muchacho joven y pelirrojo, que les observa atentamente desde la puerta de entrada- ¡Hay dos señores en la puerta!”

“Está bien Franz, son el inspector y el doctor Gifford.”

El chico parece tranquilizarse ante la explicación de Olivier, que sale de la pequeña caseta de herramientas para encontrarse con ellos.

“Doctor, inspector, gracias por venir.”

“¿Qué ha ocurrido, Olivier?” Pregunta el doctor Gifford expresando cierto fastidio para con su antiguo amigo, que últimamente ha resultado ser una inesperada caja de sorpresas.

“¡El señor Legrand me ha salvado la vida! –Responde Franz mientras se acerca a ellos rápidamente- Un señor me ha apuntado con una pistola y iba a matarme, pero el señor Legrand le ha disparado por sorpresa y me ha salvado. ¡Es un héroe!”

“¿Cuál es tu nombre, chico?”, pregunta el inspector.

“Franz, señor. Franz Cohen.”

“Soy el inspector Louis Sherade, Franz. ¿Estás bien, te ha hecho daño ese hombre?”

“No. Solo me ha torcido el brazo cuando me ha cogido. Yo creía que iba a dispararme porque ha sacado una pistola, pero entonces el señor Legrand ha...”

Sherade lo interrumpe suavemente: “Seguro que has visto más de una película de policías, verdad hijo?”

El inspector nunca se había imaginado que haría una alusión a este tipo de cine, que siempre ha criticado por su falta de fidelidad y realismo respecto al mundo en el que se movía, y sin embargo es lo único que se le ha ocurrido al ver los ojos agitados del joven pelirrojo. Tampoco está seguro de que sepa tratar con la excitación de un adolescente que acaba de vivir una situación como ésta, aunque sin duda no tiene más remedio que hacerlo.

“Claro, algunas.” El chico responde contrariado por la interrupción de la narración sobre tan apasionante aventura.

“Habrás visto que cuando alguien es testigo de un hecho así, la policía se sienta con él para que le explique paso a paso lo que ha ocurrido.”

“Sí, lo he visto. Se llama tomar declaración”.

“Pues eso es exactamente lo que vamos a hacer.” Y acto seguido dirige una mirada a Olivier, con la que éste comprende claramente sus intenciones.

“Entremos dentro. –Dice Legrand-. Prepararé café.”

Sherade, Franz y el doctor Gifford, abrumado tanto por la curiosidad como por la intensidad de la situación, siguen a Olivier hasta la amplia cocina en el interior del castillo, donde se sientan en la austera mesa de madera. Franz se sienta en el banco del mismo material, mientras que el inspector se acomoda en una de las antiguas sillas. El doctor Gifford decide quedarse de pie, dando cortos y nerviosos pasos de un lado a otro de la mesa y guardando silencio.

“Entonces, cuéntame todo lo que ha ocurrido desde que has llegado, Franz.”

El chico se toma unos segundos para ordenar sus pensamientos y, después de un suspiro, empieza su narración de los hechos: “Esta mañana he visto en el quiosco que habían detenido al asesino de

los asesinatos de los jardines y de esa chica joven que murió en el canal hace unos días.”

Sherade arquea levemente las cejas al oír estas primeras palabras, pues no esperaba una alusión al caso Beaumont, que por otro lado había logrado mandar a la parte trasera de su cerebro, y le hace un gesto con la cabeza al chico que le indica que prosiga con su historia.

“Aunque el señor Olivier me dijo que no hacía falta que le trajera los periódicos y la compra por unos días, me ha parecido que era una noticia importante y buena, así que he cogido la gaceta y he venido con la bici.”

Sherade asiente con la cabeza, dándole a entender que ese tipo de narración de los hechos es exactamente el que necesita de él.

“Cuando he llegado la verja estaba candada. He llamado al señor Legrand, pero no estaba, así que la he saltado y he venido hasta la puerta. Pero entonces un hombre ha venido por el camino de losas y me ha preguntado donde estaba el señor Legrand.”

“¿Conocías a ese hombre?”

“No.”

“¿No lo habías visto antes?”

“No. Nunca.”

“De acuerdo, sigue.”

“Y entonces yo le he dicho que no lo sabía, que no estaba en el jardín. Pero el hombre no me ha creído y ha sacado una pistola del bolsillo de detrás de sus pantalones. He intentado escaparme hacia la bici, pero él me ha cogido con fuerza por el brazo y me ha arrastrado hasta la puerta. Entonces se ha puesto a gritar, como si le hablara al señor Legrand, pero se ha equivocado y le ha llamado por otro nombre. Le ha dicho que si no salía de donde estuviera escondido me iba a pegar un tiro en la cabeza. Yo he pensado que iba a matarme, porque el señor Legrand no estaba. Pero entonces de repente he oído un ruido y el hombre se ha caído encima de mí. Y cuando me he dado la vuelta he visto que era el señor Legrand, que me había salvado la vida. Entonces él me ha dicho que tenía que haberle hecho caso y no venir al castillo, y que ahora por mi culpa teníamos un problema. Y después le ha llamado a usted. Lo siento mucho señor Legrand, siento no haberle hecho caso.” Repite finalmente Franz, por tercera vez desde lo ocurrido, mientras Olivier saca la cafetera del fuego.

“¿Y dónde está ese hombre ahora?” El doctor Gifford abre la boca por primera vez desde que ha pisado el castillo, y dirige la pregunta explícitamente a Olivier.

“En la caseta del jardín. -Responde Legrand- Está muerto, Albert, no hay nada que puedas hacer por él.”

El doctor mira impaciente al inspector. Éste último duda un momento, y después le dice al chico: “Vamos a ir a la caseta, Franz, y el señor Olivier nos acompañará. Quédate aquí hasta que volvamos, ¿de acuerdo?”

“De acuerdo.” Responde el chico alegremente, mientras se sirve él mismo una pequeña cantidad de café en una de las tazas que Olivier ha dejado en la mesa junto con la cafetera.

Seguido por el doctor y Sherade, Olivier llega a la puerta de la caseta por el camino de tierra y la abre de un puntapié, dejando que sean los otros dos los primeros en entrar en el pequeño espacio, que ha empezado a impregnarse del peculiar olor que la muerte trae consigo. En el suelo, el cuerpo inerte de un hombre alto y espigado yace bocabajo.

“Necesito que confirme que está muerto, doctor” -Dice el inspector mientras saca su arma y apunta al cadáver.

El doctor deja su maletín en el húmedo suelo de madera y se arrodilla junto al cadáver en un gesto lento y pesado. A continuación toca con los dedos anular e índice la yugular del hombre, al que sólo le puede ver la nuca y la espalda. Unos breves segundos le bastan para darse cuenta de que le será imposible notar el pulso de ese hombre por mucho tiempo que se quede ahí arrodillado. Un asentimiento con la cabeza es respuesta suficiente para que el inspector enfunde el arma. El doctor sigue aún arrodillado, mirando fijamente la herida de bala en el cuerpo inerte.

“Le has disparado por la espalda.” La voz surge grave de su garganta, aunque no osa mirar a Olivier.

Gifford parece fascinado por la herida, atraído inevitablemente por la sangre que se dispersa lentamente alrededor de la misma, manchando e impregnando cada vez más la camisa negra del hombre muerto.

“Al otro lado estaba Franz.”

“Debería llamar a su forense, inspector.” Es la respuesta del doctor.

Aunque durante el relativamente corto trayecto en coche que dista de la mansión Durroway al castillo el Sherade no ha sido capaz de decidirse en relación a cuál sería su actuación y actitud ante la situación, ahora empieza a sospechar que tomar la decisión le será más difícil de lo que había creído. Sin embargo, y muy a su pesar, ésta debe ser rápidamente tomada e igualmente ejecutada. Sherade se acerca al cadáver y, empujándolo con un puntapié ante la mirada estupefacta del doctor Gifford, le da la vuelta para verle el rostro. En él reconoce los ojos negros, las cejas pobladas y la enorme cicatriz en la mejilla izquierda.

“¿Tiene familia?” Le pregunta a Olivier.

“No.”

“¿Novia? ¿Amigos? ¿Alguien que dependa de él?”

“De eso no puedo estar seguro. Aunque siempre fue más bien solitario. No recibió visitas durante el tiempo que estuvo en prisión, eso sí lo sé. Salió hace un par de semanas, no sé qué hizo en ese periodo de tiempo, aunque sospecho que dedicó todo su tiempo a seguirme el rastro, eso es evidente.”

El inspector finalmente se decide y responde por fin a la sugerencia de Albert, que había quedado en el aire: “No será necesario, doctor.”

“No es usted un inspector al uso, Sherade. Esto podría costarle el puesto.” Dice contrariado el doctor.

“Este hombre me pudo haber costado la vida hace muchos años.”

“No le he llamado por eso. –Interviene Legrand- Haga lo que crea más conveniente. Debía llamar a la autoridad y me ha parecido que era la persona más adecuada e informada para creerme cuando le digo que ha sido un accidente, o más bien, un caso de defensa propia. Propia y sobretodo de Franz. No ha sido fácil para mí hacer esto, y creo que usted es la única persona capaz de entenderlo. Y aún así, entiendo que hará lo que tenga que hacer, y me parecerá bien sea eso lo que sea.” La voz de Olivier denota cierto cansancio y resignación en sus palabras.

“Solucionaremos esto entre los dos, Legrand. Y esta será la última vez que nos veamos en este tipo de circunstancias o en cualesquiera otras.”

“¿Quién es este hombre, Olivier?”

Aunque abrumado por la circunstancia de que su mejor amigo se haya convertido también ahora en un asesino, al doctor Gifford le puede su impetuosa curiosidad.

“Su nombre real es Robert McLarty. No sé qué nombres utilizaba en la actualidad. Fue mi compañero de robos, durante más de cinco años.”

El doctor detecta en los brillantes ojos de Olivier lo que le parece una cierta nostalgia, a la que responde con una mirada incrédula.

“Aunque era bastante bueno en lo que hacía, siempre se me dio mejor copiar las obras que asaltar las casas para robarlas. Con el tiempo fui mejorando, pero me hubiera sido imposible hacerlo sin él. Su aportación era de incalculable valor, hasta que rompió las normas.”

“¿Qué normas?”

“El código, se podría de decir. Un código de honor: nuestro trato era no derramar sangre jamás, evitar siempre la violencia. Se suponía que la posesión de las pistolas era solamente una cuestión de seguridad. Nunca contemplamos la opción de utilizarlas, a menos que fuese de imperiosa necesidad, y siempre como amenaza, nunca para disparar a nadie.”

“¿Y qué pasó?” Paulatinamente la confusión del doctor se ha ido transformando, a través de las explicaciones de Olivier, en la natural sed de historias inherente a la naturaleza humana.

Olivier se toma un segundo en el que entiende que es posible que el doctor Albert Gifford nunca vuelva a verle ni apreciarle de la misma manera. Y sin embargo siente que, aunque le resulta ciertamente doloroso contarle los eventos que en ese periodo de su vida acontecieron, cuando haya terminado sentirá un tipo de paz que hace muchos años que no ha experimentado.

Así que decide sentarse en uno de los dos taburetes que hay en la caseta para contarle a su amigo la verdad sobre su pasado como ladrón de arte, esta vez sin ningún glamour añadido.

El secreto pasado de Olivier Legrand II

“Siempre asaltábamos casas vacías. La gente a la que robábamos solía tener una vida social muy ocupada, aunque quizás no completa, y también varias residencias en las que perder el tiempo y el dinero. Eso nos evitaba la posible confrontación en caso de ser descubiertos, y los problemas que de ello se pudieran derivar.

Pero cuando uno hace esto tantas veces, tiente a la suerte, y el azar hizo que, como muchas otras veces habrá ocurrido en otras casas, el viaje o la cena en cuestión se pospusieran a última hora por un inapropiado cambio de planes. En esa ocasión se debió a los resultados de la prueba de embarazo que Emma Gordon había recibido esa misma tarde y no se atrevió a leer hasta que ya había cerrado las maletas, mientras su marido Ryan la esperaba en el coche en marcha. Supongo que no hubiera sido un problema para la señora Gordon seguir con los planes del viaje y anunciar su embarazo si no fuera porque su marido Ryan Gordon era, y él era plenamente consciente de ello, infértil. Y se ve que los resultados positivos hicieron que la señora Gordon se diera cuenta de que tarde o temprano debería tomar cartas en el asunto y contarle la verdad a su rico pero infértil marido. Y parece también que un fin de semana en la Riviera Francesa no le pareció el lugar idóneo, ni para pasar los siguientes días ni para anunciar su infidelidad. Así que Emma canceló el viaje.

Por supuesto, yo recibí toda esa información demasiado tarde. El tío al que pagábamos cincuenta libras para vigilar la casa vio como el coche se perdía por el camino y dio por supuesto que la señora Gordon iba en él. Así que seguimos con nuestros planes y unas cinco horas más tarde, entramos en la casa.

Estábamos quitando el marco para extraer el lienzo original, cuando unos pasos en el piso superior nos alertaron de que algo no iba bien. Nos quedamos inmóviles. Entonces vimos como los pies desnudos de la señora Gordon avanzaban por el pasillo. Después una puerta se abrió y se cerró de nuevo. Debimos habernos ido entonces, pero pensamos que sería posible esperar a que la señora Gordon volviera a la cama y acabar el trabajo. El agua bajando por la cañería nos dio a entender que se había levantado para ir al baño. Después la puerta se abrió de nuevo, y tal y cómo habíamos esperado, la señora Gordon regresó a su habitación.

Decidimos esperar unos veinte minutos en silencio, previendo que ella se sumergiría nuevamente en un sueño profundo.

Después, procedimos a enrollar la tela original y sustituirla por mi copia.

Ya estábamos poniendo el marco cuando la puerta principal se abrió de un fuerte golpe. El hombre que tiene aquí delante, el Inspector Sherade, entró armado al comedor, que estaba a oscuras. No tuvimos tiempo de escondernos, sólo nos quedaba la opción de huir. Corrimos hacia la ventana, al otro lado del salón. Sin embargo allí se hallaba otro agente empuñando un arma.

Habíamos subestimado a la señora Gordon: había alertado de nuestro robo sin que tuviéramos la más mínima sospecha de ello.

Los dos agentes gritaron, mientras nos apuntaban, que nos detuviéramos y pusiéramos las manos en alto. McLarty fue muy rápido, y al verse acorralado sólo se le ocurrió subir por las escaleras hacia el segundo piso. Yo lo seguí sin pensarlo demasiado. En ese momento, probablemente guiada por la curiosidad, la señora Gordon cometió la imprudencia de salir de su habitación, lo que le dio a McLarty la brillante y manida idea de cogerla como rehén, esperando que eso nos permitiera salir de la casa sin ser detenidos. Fue entonces cuando entendí que la noche no acabaría bien. Le grité a McLarty que la soltara. Podíamos escapar por cualquier ventana de las

habitaciones del piso superior, con un poco de suerte. Obviamente, no me hizo caso, lo que derivó en una de esas situaciones en las que alguien tiene que salir perdiendo para que éstas tengan un final.

Cuando los agentes subieron las escaleras, nos encontraron en la habitación de la señora Gordon, delante del ventanal que daba al balcón. McLarty sujetaba a la mujer con el brazo delante de su cuello, y apuntaba con la Colt a su sien con la otra mano. Los dos agentes le apuntaban a él, haciendo uno de ellos una excepción de vez en cuando para apuntarme a mí.

McLarty me dijo que saltara por la ventana, que fuera el primero en irme. Amenazó con que si disparaban, mataría a la señora Gordon. Sin embargo, me quedé inmóvil, dudando, hasta que decidí no hacerlo. Le sugerí a McLarty que soltara a la mujer, que aceptáramos que habíamos perdido la partida. Eso le enfureció, pues dejó bien claro que no compartía en absoluto mi punto de vista. La señora Gordon empezó entonces a llorar y a gritar que estaba embarazada, que por favor no le hiciesen daño ni a ella ni a su bebé. Como consecuencia, el nerviosismo de McLarty aumentó cada vez más, y aunque tenía ganas de apartarla de su lado, sabía que en el momento en que lo hiciera estaría más cerca de la rendición. Le gritó, apretando con extrema fuerza el cañón de la Colt contra su sien, que callara inmediatamente, pero eso aún agitó más a la mujer, que empezó a darle patadas y a intentar deshacerse del brazo que la sujetaba.

Uno de los agentes vio en ese instante caótico el momento perfecto para acabar con McLarty, y a pesar de la orden de su superior que vio sus intenciones e intentó evitarlo, se dispuso a apretar el gatillo, aunque no tuvo oportunidad de llegar a hacerlo: McLarty se protegió con el cuerpo de la señora, que agarró con fuerza y utilizó como escudo, a la vez que disparaba al agente en el pecho provocándole una herida mortal. La señora Gordon estalló en gritos y llanto. El Inspector Sherade pidió refuerzos y una ambulancia.

Vi en los ojos de Robert que ya todo le daba igual. Haría lo que fuese para escapar, ahora que ya había cruzado la línea que nos habíamos marcado. Sherade dijo que dejaría su arma en el suelo si McLarty hacía lo mismo, que no tenía porque haber más muertes esa noche. McLarty le respondió que no estaba en situación de hacer tratos, y que se limitara a dejar el arma en el suelo si no quería que le volara los sesos a la señora Gordon. El inspector obedeció. McLarty vio la oportunidad de huir, y se acercó aún más a la ventana, arrastrando a la señora Gordon con él.

Cuando tuvo la ventana abierta, salió al balcón. Las luces de los coches de refuerzo brillaban aún distantes en la carretera. Sherade aprovechó ese momento de descuido para sacar otra arma de debajo de la chaqueta y apuntar nuevamente a McLarty. Éste se dio la vuelta empuñando la suya y apuntó al inspector. Vi como su dedo se disponía a apretar el gatillo. Fue entonces cuando tomé la decisión. Saqué mi Colt y le disparé en el brazo. Su pistola cayó al suelo. Sus ojos se clavaron en los míos.

Supe que nunca me perdonaría, y lo entendí.

La señora Gordon me observaba desde la esquina, donde había corrido a refugiarse, con el rostro lleno de sorpresa e incredulidad. Sherade se abalanzó sobre él y lo esposó. McLarty empezó a recitar una sarta de insultos propios de la traición que le quemaba las entrañas. Las luces de los coches y la ambulancia iluminaban el camino principal de entrada a la casa, a cien metros escasos del balcón.

Solté el arma y la dejé caer al suelo. Los ojos de Sherade se clavaron en los míos. Supe que si intentaba escapar no me detendría. Y así lo hice.

Di media vuelta, salí de la habitación y no miré atrás. Ninguna voz me ordenó que me detuviera,

nadie me apuntó con un arma. Crucé el pasillo y desaparecí por una de las ventanas que daban al patio trasero para mezclarme con la noche.

Y ese fue el momento en el que me retiré de la profesión.

McLarty, como es natural, nunca me perdonó mi cobarde actuación ni los años de vida que perdió en prisión por mi culpa. Si Franz no hubiera estado aquí esta mañana, probablemente se hubiera hecho más justicia de la que se ha hecho. Justicia poética, al menos. Pero Franz no debía pagar por mis errores.”

Los ojos del doctor Gifford dan a entender a Olivier, que, por mucho que censure las actividades de su pasado, por nada del mundo cambiaría la actual situación de Robert McLarty por la de su amigo. Y es que de hecho, el doctor encuentra en toda esa historia, cierta cobardía, sí, pero también algo noble. Ser cobarde no es tan fácil a veces, reflexiona Gifford, aunque no verbaliza sus pensamientos.

“Y ahora que el doctor ya conoce todos mis secretos, -añade Olivier Legrand dirigiéndose al inspector-, procedamos en nuestra empresa y terminemos con esto cuanto antes mejor.”

“¿Y qué pasa con el chico?” Pregunta el doctor.

“Yo hablaré con él -dice el inspector-. Ahora le agradeceré que vaya a la cocina a ver cómo está.”

Ya fuera de la caseta de herramientas, el doctor se descubre andando por el camino de tierra e intentando apartar de su mente en cada paso las variopintas posibilidades sobre lo que el inspector y Olivier Legrand se disponen a hacer.

La inevitable confesión de Daisy

La fugaz visita de Sherade, con la correspondiente improvisada marcha de éste y el doctor Gifford, deja a los habitantes de la mansión pensativos en la sala de té después de que el ruido de la puerta principal haya confirmado su soledad. Jacques avisa inmediatamente a los otros dos de que va estar en la habitación de Agnès para asegurarse de que está recuperándose bien, y desaparece por la puerta dejando a los dos antiguos amantes cara a cara en el silencio de la sala.

Vincent hace el ademán de irse sin cruzar ninguna palabra con Daisy, que aún sujeta el supuesto libro de Dickens en su regazo. Ésta duda un momento, debatiendo internamente si debería intentar hablar con él por quinta vez. Pero la actitud de Vincent le parece de repente infantil e inmadura, y se da cuenta de que ya no tiene tantas ganas de solucionar ese problema como de seguir leyendo los diarios. Así que la muchacha no intenta detenerle, y sigue con la mirada los pasos de sus botas sucias de tierra hasta que desaparecen de su vista.

Después, por fin sola, abre de nuevo las páginas de su valioso tesoro y acaricia con los ojos sedientos cada una de las palabras de Lord Edwards que le quedan por descubrir.

#

Jacques encuentra a Agnès durmiendo en su camastro, tal y como esperaba. De pies puntillas, avanza hasta la mecedora y se sienta en ella cuidadosamente, pero sin poder evitar que al balancearse, ésta toque la pared y despierte a Agnès.

Sus ojos se abren perezosos, enfocando primero el techo, después moviéndose lentamente por la habitación, hacia el contorno del armario, del pequeño escritorio, y finalmente la figura de Jacques que intenta permanecer inmóvil en la mecedora. La imagen provoca una sonrisa en los gruesos labios de la cocinera.

“Hola”, dice con un hilo de voz.

“Hola, –Jacques dibuja una amplia sonrisa en su tosco rostro- ¿Cómo te encuentras?”

“Un poco mareada. ¿Qué ha pasado?”

“Te has desmayado en la cocina. Hemos avisado al doctor Gifford y lo ha solucionado.”

“¿Dónde está?”

“Ha tenido que irse con el Inspector Sherade. Una urgencia.”

“¿Estoy enferma, Jacques? ¿Tengo algo grave?”

“No, no. Gifford ha dicho que tus constantes son buenas, te recuperarás bien.”

“¿Entonces por qué me he desmayado?”

“No estamos seguros.” Jacques aparta la mirada.

“¿Jacques?”

“Existe la posibilidad de que tomaras un veneno sin saberlo. El doctor Gifford recogió muestras de tu sangre, cuando la analicen podremos confirmarlo.”

“Yo no tomé ningún veneno... ¿Quieres decir que alguien ha intentado matarme?”

Agnès intenta incorporarse en la cama, pero Jacques se lo impide colocando suavemente las manos sobre sus hombros.

“Creemos que quizás sea el té que encontraste en la despensa. Es la única cosa distinta que has tomado al resto de nosotros. Seguramente ha sido un accidente.”

“¡Pero alguien tuvo que poner el veneno ahí!”

“Esa es la cuestión, Agnès.”

Los golpes de unos nudillos en la puerta interrumpen la conversación.

“¿Sí?”

“¿Puedo entrar? -Daisy asoma la cabeza en el umbral de la puerta- ¿Cómo te encuentras, Agnès?”

“Bien, gracias”, responde ella.

“Quería hablar un momento contigo...” Le dice Daisy a Jacques.

“Adelante.”

“A solas.”

“Vamos al pasillo. No tardaré.” Le dice a Agnès mientras se levanta de la mecedora.

Ya en el pasillo y con la puerta de la habitación de Agnès ajustada, Daisy intenta plantear su pregunta sin levantar demasiadas sospechas en el mayordomo.

“Tu llevas muchos años aquí...”

“Sí. “

“Y debiste conocer a algunos de los amigos de Lord Edwards...”

“A algunos, sí. ¿A dónde quieres llegar Daisy?”

“El hombre que vino el otro día... el de la visita a la señora...”

“Maurice Ladd. -Las pupilas del mayordomo se contraen al pronunciar su nombre, y su voz se vuelve de repente más grave y seca.- ¿Qué ocurre Daisy?”

“No, sólo quería confirmar el nombre. No me acordaba, y pensé...” Su mano derecha, traicionera, agarra con demasiada fuerza la portada del libro que va con ella a todas partes y los ojos de Jacques lo detectan inmediatamente.

“Parece que te ha dado fuerte con Dickens últimamente -afirma mientras observa con sospecha el libro- la historia debe ser muy interesante.”

“Oh, lo es. Lo es. Es un clásico, ya sabes...” Daisy busca algo más que decir. “Tampoco tengo mucho más que hacer ahora, así que...”

“¿Puedo verlo?”

“¿El qué?”

“El libro.”

“Sí, bueno, ya te lo dejaré cuando lo termine.”

La fuerza que la chica ejerce con sus dedos es tal que sus nudillos se tornan rojos, en contraste con el resto de su mano blanquecina. “Hay más en una caja que guardé con lo poco que se salvó de la biblioteca.”

“Ya, pero éste parece especialmente interesante. ¿Por qué no me dejas echar una ojeada ahora? Sólo para hacerme una idea.”

A Daisy no se le ocurre mejor respuesta para una escapatoria rápida que anunciar que debe irse inmediatamente.

Pero antes de que a ésta le de tiempo de darse la vuelta y arrancar a correr por el pasillo, la mano de Jacques la coge fuertemente por el brazo y la obliga a aguantarle la mirada.

“¿No es un cuento de Dickens, verdad Daisy?”

La muchacha lucha en su interior con las ganas de mantener su secreto, de protegerse por haber callado durante todo ese tiempo, y las ganas de compartirlo, de ayudar a resolver el misterio. Finalmente, éstas últimas ganan.

“No. No lo es.”

Y por fin Daisy alarga el brazo y le cede las palabras del difunto Lord Edwards al que una vez fue su más fiel mayordomo.

Jacques, por su parte, tarda unos pocos instantes en confirmar que, efectivamente, se trata de los diarios de Lord Edwards. La letra, hartamente familiar, le resulta fácilmente reconocible. Los títulos de cada entrada, con la fecha escrita cuidadosamente al principio de cada página revelan que son de fechas cercanas a su muerte.

“¿Dónde has visto el nombre de Ladd? ¿En qué página?” Jacques le acerca impaciente el libro a Daisy.

“Sale en varias páginas pero lo que me ha...” Daisy pasa las páginas rápidamente, frenándolas con el pulgar hasta que detiene el proceso y señala un párrafo con el dedo índice antes de devolverle el libro al mayordomo.

“Lo que me ha llamado la atención ha sido esto.”

Jacques clava con intensidad sus ojos hundidos en la letra de Lord Edwards. A medida que avanza en la lectura sus arrugas en la frente y en la sien se van marcando más y más, y la vena de su cuello empieza a cobrar cierto volumen. Daisy lo observa fascinada, parece que el mayordomo vaya a explotar. Nunca antes lo había visto con semejantes signos de excitación y furia.

“¡Lo sabía! ¡Sabía que lo había hecho!” Jacques le devuelve el diario a Daisy, y sin calmarse lo más mínimo, añade: “Guarda esto en lugar seguro. ¿Me oyes Daisy? Y cuida de Agnès.”

Acto seguido el mayordomo se da la vuelta y apresura sus pasos hacia la escalera.

“¡Jacques! ¡¿Dónde vas?!”

“¡A pasar cuentas con ese hijo de puta!” Grita desde el final del pasillo sin tan siquiera girar el rostro.

“¡Pero hay que avisar al Inspector Sherade! ¡Jacques, espera!”

Daisy no recibe otra respuesta que el estrepitoso ruido de la puerta principal al cerrarse, y el consiguiente motor del coche arrancando airado y desapareciendo a toda velocidad del jardín de la mansión Durroway.

La verdadera amistad del Dr. Gifford.

Después de dos interminables horas de espera en la cocina, el silencio que rodea al doctor Gifford y a Franz se ve interrumpido por el regreso del inspector y Olivier Legrand.

Aliviado por fin de su aburrimiento, Franz pregunta: “¿Puedo irme ya a casa?”

Legrand, que igual que el inspector tiene la ropa y las manos manchadas de barro, le responde mientras se acerca al fregadero y abre el grifo para lavarse: “Sí. Pero antes tienes que hablar un momento con el inspector. Después él mismo te llevará a casa.”

“Pero la bicicleta...”

“Te la llevaré yo mañana. Hoy es mejor que vayas con el inspector.”

“Bueno, –responde Franz, que se debate entre la resignación de dejar la bicicleta en el castillo y la emoción que le supone viajar en el coche de un policía- Vale.”

“Quiero hablar un momento contigo –Olivier se dirige ahora al doctor-, si no te importa acompañarme al jardín.”

Albert Gifford asiente y se levanta de la silla de madera para acompañar a Olivier hacia la puerta.

Ya en el jardín, el doctor espera pacientemente que sea su amigo el que inicie la conversación.

“Necesito saber que puedo confiar en ti”, dice Olivier finalmente.

“No diré nada, si es eso lo que te preocupa.”

“El caso es que puedes decirlo, si crees que es lo que debes hacer. Sólo te pido que seas honesto conmigo, que tomes la decisión ahora y la respetes.”

“¿Que puedo decirlo? ¿Tu crees? ¿Involucrando a un inspector de policía?”

“Nadie te está coaccionando Albert. Cada uno asume la responsabilidad de lo que ha hecho. Tú tienes que hacer lo mismo. Decidir si puedes vivir con esto o no”.

El doctor Gifford se lleva la mano inquieta al mentón mientras da unos pasos sobre sí mismo en silencio. Finalmente, se da la vuelta y mira a Olivier.

“Ese McLarty... ¿Era una mala persona?”

“No creo que yo sea la persona más adecuada para hacer ese tipo de juicio.”

“Ya, pues te estoy preguntando a ti. ¿Era una mala persona?”

“¿Cómo determinas si alguien es una mala persona, Albert?”

“Supongo que hay grados.”

“¿De maldad?”

“Se podría decir así.”

“¿Y hay algún grado que sea suficiente para justificar la muerte de una “mala persona”?”

“Supongo que no. Pero en mi conciencia, y como médico, entiendo la dicotomía de tener que elegir entre dos vidas. Y aunque sea impulsivo, creo que lo que aporta cada uno al mundo tiene que considerarse en este tipo de decisiones. Tú tomaste esa decisión cuando le disparaste.”

“Entonces seamos sinceros: yo opté por la decisión fácil, no la moralmente más aceptable.”

“¿Y cuál hubiera sido ésta?”

“Entregarme a McLarty a cambio de Franz.”

“Entonces estarías muerto, y quién sabe si el chico también...”

“Es posible.”

“No me siento cómodo con esa opción.”

Olivier no responde a esta última afirmación, dejando que el silencio entre los dos hombres llene la distancia que los separa. Después, se decide a hablar.

“Entonces, ¿puedo confiar en tu silencio?”

“Puedes. Podéis. Los dos.”

“Entiendo que quizás no te vea tan a menudo a partir de ahora...”

“Es posible.”

Y después de una pausa, el doctor añade: “El mes que viene me jubilo. Con Lorain hemos decidido hacer un viaje por Europa, durante tres meses, en cuanto se cierre el caso Durroway.”

“Así que dejarás de ejercer...”

“No para los amigos. Mientras no te importe ser atendido por un viejo jubilado...”

“Un médico viejo y jubilado cumple exactamente con todas mis expectativas.”

Y por primera vez en todo su largo y complicado día, la sonrisa amplia y segura de Olivier vuelve brillar en su rostro.

La revelación de Vincent André

Después de dejar a Franz en su casa, casi convencido de que puede olvidar lo que ha acontecido en las últimas horas sin peligro de que las consecuencias de ello aparezcan en el futuro, y sabiéndose por otro lado incapaz de ello; Sherade decide volver a la mansión Durroway para aclarar el incidente con Agnès.

Aunque supone que lo ocurrido se debe a un accidente, el inspector es consciente de que el caso se está alargando mucho más de lo previsto. Y a pesar de tener la sensación de estar muy cerca de resolverlo, empieza a sentir la impaciencia propia del que quiere solucionar algo inmediatamente aún sabiendo que no hay nada concreto que vaticine una pronta resolución. Siendo realistas – piensa Sherade mientras avanza por la carretera de tierra rodeada de viñedos hacia la mansión-, la investigación y el tiempo que ha dedicado al caso han sido mínimos, casi escasos. Y aunque no es la primera vez que se da cuenta de ello, y siente el remordimiento propio del que no está haciendo su trabajo a sabiendas de que éste comporta resolver la muerte de una persona que alguna vez fue querida, -la muerte, probablemente injusta en el caso de tratarse de un asesinato de otro ser humano-, sí es la primera vez que la frustración acerca de su falta de voluntad le duele como un puñal que le atraviesa el pecho. También es la primera vez en la que se avergüenza de su comportamiento, no sólo como inspector sino también como persona; la primera vez que siente que ha perdido realmente el control sobre sí mismo. Y eso sin mencionar el hecho de haber encubierto a Legrand.

Este último pensamiento, sumado a los anteriores, provoca que Sherade se sienta casi instantáneamente mareado y perdido, completamente abrumado por las circunstancias. De manera que se sorprende a sí mismo bajando del coche -ya aparcado delante de la mansión- y corriendo hacia los arbustos que enmarcan el camino de grava, aguantando como puede el regurgito que sube inevitablemente por su esófago.

Una voz le sorprende cuando se cree resguardado detrás del arbusto, de rodillas y con la cabeza entre las ramas.

“¿Se encuentra bien, inspector?”

Al levantar un poco la cabeza, hundida entre sus hombros, distingue las botas y los pantalones de trabajo de Vincent.

“No demasiado”, responde mientras se afana a buscar el pañuelo en su bolsillo para limpiarse los restos de vómito en la boca.

“¡No se habrá tomado otro té de esos!”

“¿Qué té?”

“El que encontró Agnès en la despensa. ¿Es que no ha hablado con ella?”

“Acabo de llegar.”

“Ah...” El jardinero le ofrece su mano, y después de un breve titubeo el inspector decide agarrarse a ella para lograr incorporarse.

“Quizás sería buena idea que entrara y bebiera un vaso de agua.”

“Sí, sin duda eso parece una buena idea.”

Cuando Vincent y Sherade abren la puerta de la mansión, la encuentran en el más absoluto de los mutismos.

“¿Hola? –Saluda Sherade- ¿Dónde están todos?”

“No lo sé. Voy a echar una ojeada. Siéntese aquí, ahora le traigo el vaso de agua.”

Vincent sube por las escaleras dejando solo al inspector en el enorme salón de té.

La alusión al vaso de agua le hace notar ahora la boca pastosa y seca. El inspector siente entonces, contradictoriamente, y a falta del fresco líquido, unas tremendas ganas de fumar. Con los ojos da un repaso a la mesa baja que tiene delante de él buscando un cenicero, pero no halla ninguno. Después de deslizarse por la superficie caoba, sus ojos se detienen en la alfombra a sus pies, donde, en la esquina junto al sillón colocado en forma de ele, detecta una mancha.

Debió limpiarse apresuradamente, pues quedan de ella unos restos de materia oscura que afean el trabajado entramado de dibujos que conforma la exquisita vieja alfombra. El inspector se arrodilla para oler la mancha cuando se ve nuevamente sorprendido por Vincent, que aparece por la puerta con un vaso de cristal verde lleno de agua en una de sus manos.

“Hoy le encuentro siempre en el suelo, inspector....”

Pero esta vez Sherade no se siente avergonzado.

“¿De qué es esta mancha?”

“No lo sé. Pero ha estado ahí desde el primer día en que vino usted a la mansión. Es anterior a la muerte de la señora Durroway.”

Vincent alarga la mano y le ofrece el vaso.

“Gracias.” Sherade lo coge y engulle el agua fresca de un solo trago. “¿Dónde están los demás? ¿Los ha encontrado?”

“Daisy y Agnès están arriba, en la habitación de Agnès. Le esperan allí, Agnès aún no se siente con fuerzas de levantarse. Daisy dice que Jacques se ha ido a Narbona, y que quiere hablar con usted.”

Sherade tiene tentaciones de hacer un comentario recriminatorio al respeto de esta última información, pero antes de verbalizarlo se da cuenta de que eso no haría más que soslayar su falta de autoridad, de la que en cierta manera se siente responsable. Al fin y al cabo, no ha hecho una de sus mejores actuaciones en este caso, sobre todo al irse de la mansión tan sólo llegar esta mañana debido a la llamada de Olivier, de la que Jacques, en principio, es el único que tiene conocimiento.

Sin embargo, sí que puede aprovechar la ocasión para hablar con Vincent antes de subir a la habitación de Agnès:

“La señorita Daisy y usted mantienen una relación amorosa, ¿cierto?”

“No veo como eso es relevante para el caso.”

“Lo es si la señora Durroway le despidió la noche antes de su muerte.”

“Teníamos una relación. Daisy y yo. Ahora ya no.”

“¿Y puedo preguntar por qué?”

“¿Por qué la teníamos o por qué ya no la tenemos?”

“Estoy más bien interesado en la segunda parte, la primera me la puedo imaginar.”

“Es demasiado niña.” Pero la voz de Vincent no indica firmeza en sus palabras.

“¿Cuándo terminó la relación? Si no me equivoco, estaban ustedes juntos la noche que la señora Durroway casi los sorprendió en la biblioteca...”

“Terminó el día del incendio, supongo. En realidad no hemos hablado de ello, simplemente nos hemos distanciado. La gente cree que la muerte une a las personas, al verla tan de cerca, ya me entiende. En nuestro caso ha ocurrido lo contrario.”

Sherade se toma un breve tiempo de reflexión, dejando que el silencio llene de recuerdos la mente de Vincent, hasta que finalmente, el inspector plantea la pregunta.

“¿Cree usted que Daisy mató a la señora Durroway? ¿Que causó el incendio por su despido esa misma noche?”

Ahora es el jardinero el que se toma su tiempo, quizás aprovechando la ocasión para pensar seriamente en esa pregunta, la misma pregunta que él se ha estado haciendo desde que descubrió el cuerpo carbonizado de Emily Durroway en la biblioteca. Sus ojos se pierden más allá del ventanal, en el precioso jardín, mientras baraja todas las opciones, hasta que por fin se decide por una.

“No. No creo que Daisy lo hiciera.”

Y por primera vez desde que ocurriera la tragedia en la mansión, Vincent se da cuenta de que está seguro de la inocencia de Daisy.

Un regalo sorpresa para Cécile

Decir que Cécile ha pasado una mala noche no haría justicia a los ataques de angustia combinados con retortijones de barriga que la han tenido en velo todos y cada uno de los minutos en los que la oscuridad se ha expandido por la ciudad. Y, cuando por fin la noche ha sido exiliada por el sol de un nuevo día y los ojos de Cécile se han cerrado exhaustos, el timbre de la puerta la ha sacado de ese momento de descanso tan buscado, sumiendo su cabeza en una pesada nube que ha sabido que no sería capaz de sacarse de encima en todo el día.

Sin embargo, aunando las briznas de fuerza que le quedan, Cécile se levanta como puede del sofá y arrastra sus pies descalzos por el pasillo hasta llegar a la mirilla de la puerta. Su pupila, en estos momentos de un verde apagado, se pega prácticamente al pequeño cristal para ver que el rellano está vacío de presencia humana. Sin embargo, se da cuenta de que el borde de una caja, dejada prudentemente a unos metros de distancia de la puerta, no forma parte del paisaje natural de tal espacio. Así que pega la oreja a la puerta y aguarda un minuto, atenta a cualquier sonido que rompa el silencio.

Después abre con precaución, aún con el seguro puesto, y utiliza la rendija para mirar a ambos lados del rellano para asegurarse de que no hay nadie escondido.

Por fin se decide a quitar la vieja cadena de seguridad cuando unos pasos rápidos en los peldaños próximos a su piso provocan que cierre nuevamente de un portazo.

Aguantando la respiración, y con el ojo pegado aún a la mirilla, Cécile ve como la silueta de un chico joven, robusto y de pelo corto aparece en su campo de visión. Lleva unos pantalones cortos y una camiseta de manga corta impregnada de sudor en la parte superior del pecho. Cuando ve la caja, el joven se detiene justo delante de la puerta, teniendo Cécile la impresión de que clava sus ojos en la mirilla y detecta su pupila abierta.

Esto la asusta tanto que sin pensarlo se retira de la puerta, retrocediendo de puntillas por el pasillo. Entonces el timbre vuelve a sonar.

Cécile permanece quieta y aguanta la respiración.

“¿Alló? -Grita la voz masculina al otro lado- Tiene usted un paquete en la puerta.”

Cécile no contesta.

“¿Alló?” Repite la voz.

Por fin Cécile oye como los pasos se alejan hasta que se detienen para dar paso al ruido de unas llaves y el consiguiente portazo que vuelve a dejar la escalera y el rellano en completo silencio.

Después de un suspiro, -fruto de una mezcla de alivio y la consciencia de que sus nervios están empezando a resentirse, creando peligro allí donde sólo hay un vecino amable-, Cécile vuelve a la puerta, la abre y recoge rápidamente el paquete que tiene delante.

Ya con el paquete en las manos, se dirige de nuevo al salón y se sienta en el sofá, apoyando la caja en sus rodillas para examinarla con atención. Una pequeña etiqueta adhesiva anuncia su dirección, pero no hay ningún remitente. La caja no está sellada, así que Cécile deduce que no ha sido mandada por correo sino entregada a mano. Ha hecho bien en no abrir la puerta inmediatamente, probablemente el vecino deportista la haya ayudado al aparecer por las escaleras y haya obligado a quien fuera que estuviera ahí a irse.

Cécile coge la caja con las dos manos y la levanta para sopesarla, a la vez que la mueve de arriba abajo y escucha el sonido que tal acción produce. La caja es muy ligera y tiene un volumen superior al de una caja de zapatos. Al moverla da la sensación de que varios objetos livianos se

deslicen de un lado a otro, provocando un sonido parecido al de una papelera cuando es vaciada. Finalmente hace acopio de toda su valentía y se decide a abrirla. Deshace con cuidado el lazo rojo que la envuelve y despega la cinta adhesiva que cubre la parte superior de las tapas de cartón. Entonces, la deja cuidadosamente en la mesita de la sala de estar, y mete una de sus manos para sacar, una a una, las piezas que tan extraño envío contiene.

Las prisas de Sherade

Sherade pisa al máximo el acelerador del Citroën que avanza a toda prisa por la carretera secundaria que une Narbona Plage con Narbona ciudad. Los característicos pinos de la zona, misteriosamente alineados por la naturaleza a lo largo de la carretera se van quedando atrás hasta que llega a la mitad del trayecto, donde los campos de vides y las masías que anuncian la venta de fruta de sus campos son el paisaje predominante. Sherade apenas se fija en ellos, concentrado como está en el asfalto y en ir avanzando por el carril contrario cada vez que tiene ocasión de hacerlo.

Por nada del mundo se había imaginado el inspector al levantarse que éste iba a ser un día tan fructífero: aunque la palabra no acabe de encajar en las acciones derivadas de su visita al castillo de Olivier, sí es exactamente la palabra aplicable a los posteriores descubrimientos que han acontecido en la mansión Durroway.

Si hubiera prestado más atención –piensa-, habría llegado mucho antes al punto donde se encuentra ahora, y se hubiera podido evitar esta persecución para impedir a Jacques que ejecute sus planes de venganza.

#

Cuando Daisy ha entrado a la sala del té acompañada de Vincent, él ha sabido inmediatamente que la investigación iba a dar un vuelco: ha visto en sus profundos ojos negros que ella tenía algo que decirle, y que ese algo era extremadamente importante. También ha visto en ellos una brizna de culpabilidad y ha entendido que la chica llevaba ya un tiempo mordiendo las palabras en su boca, un tiempo que él había perdido sin prestar atención a esas señales.

Daisy no se ha andado con rodeos. Ha cruzado el umbral de la puerta, con un libro de Dickens en la mano, y se ha sentado en el sillón cercano al sofá desde donde el inspector la observaba. A continuación ha alargado el brazo y le ha entregado el libro: “Creo que debería ver esto” ha dicho. Después se ha quedado en completo silencio, observando la reacción del inspector al abrir el libro y darse cuenta de que la letra en su interior, además de no ser impresa, no era tampoco, obviamente, de la mano de Dickens.

Al cabo de tres minutos, cuando Sherade ha alzado sus ojos interrogantes para encontrarse con los de Daisy, ella ha dado una explicación que probablemente ya había ensayado de antemano:

“Este es el segundo volumen. Tengo otro escondido en mi habitación, pero ese no es tan relevante para su investigación, supongo. Los tengo porque me los llevé conmigo la noche en la que estuve en la biblioteca con Vincent. Él no lo sabía, fue cosa mía. Después no dije nada porque sé que me hubiera hecho parecer culpable. Pero yo no incendié la biblioteca, inspector, ni maté a la señora Durroway. Esta tarde, después de que usted se haya ido de repente, he seguido leyendo y me he dado cuenta de la importancia de estos diarios. Hasta ahora eran solamente una fuente de información para saciar mi curiosidad. Pensé que a través de ellos podría conocer el pasado de la señora, y saber cómo era antes de que se transformase en la persona que yo conocí. Pero Lord Edwards sabía cosas, inspector. Cosas importantes que tienen que ver con los asesinatos del Jardín des Archevêques y con su propia muerte. Quizás incluso con la muerte de la señora Durroway.”

Daisy ha cogido suavemente el diario de las manos del inspector y ha pasado rápidamente las hojas hasta llegar a la página que anteriormente le ha mostrado a Jacques.

“Aquí.” Daisy le ha devuelto el diario al inspector.

Éste ha leído con avidez el párrafo señalado por Daisy. Su expresión ha ido cambiando a medida que sus ojos se deslizaban por cada una de las palabras de Lord Edwards:

“Ayer encontraron a otra chica en el jardín, semidesnuda y estrangulada, como las otras siete. Se llamaba Lucille”.

El corazón de Sherade le ha devuelto una dolorosa punzada, pero sus ojos, han seguido leyendo furiosamente.

“...Ni siquiera era prostituta, sólo trabajaba en la barra del bar. Ladd está escalando y me doy cuenta de que mi estrategia quizás fuera buena en un principio, pero el número de víctimas incrementa cada día y no puedo tener todas esas muertes en mi consciencia. Aún no tengo pruebas suficientes para acudir a la justicia, así que la única salida que me queda es intentar una confrontación directa y conseguir que él mismo lo confiese todo. Llevaré una grabadora. Su confesión será suficiente para acabar con esto de una vez por todas. Mañana iremos de caza, será entonces cuando aborde el tema. Aunque no creo que me ataque, me siento más seguro con un arma en la mano. Según he leído en mis estudios sobre el tema, lo más probable es que se desmorone al verse descubierto, pero uno nunca puede estar seguro. Uno nunca sabe qué cosas le pasan por la cabeza a tipos así, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que lo he tenido por amigo sin sospechar de tan oscuras sombras en su interior. Si todo va bien, mañana será el día que Narbona se libre por fin del peor de sus monstruos.”

El inspector ha pasado la página para corroborar que el resto del diario está formado por páginas en blanco. Éstas fueron las últimas palabras escritas por Lord Edwards -ha pensado Sherade-, y después de quince años han salido por fin a la luz.

A continuación, ha cerrado el diario y ha levantado la cabeza para encontrarse con los atezados ojos de Daisy, que lo observaban ansiosos.

“Efectivamente es más que probable que se refiera a Maurice Ladd. –Ha dicho el inspector-. ¿Quién más sabe de este diario?”

“Sólo se lo he dicho a Jacques.”

“Necesito hablar con él. ¿Dónde está?”

“Se ha ido tan pronto ha terminado de leerlo. Hace una media hora. –Daisy ha hecho un breve silencio- Ha dicho que iba a pasar cuentas con ese hijo de puta.”

El dudoso pasado de Maurice Ladd

Cuando Sherade está a punto de entrar en la ciudad se sorprende a sí mismo pensando en la posibilidad de dejar que Jacques cumpla con su cometido. En realidad es uno de esos pensamientos que a veces se tienen sabiendo de antemano que nunca querríamos que se hicieran efectivos, pero que aún así surgen en nuestras mentes. Si Ladd es el responsable de la muerte de Lucille y las demás chicas, y quizás también Marie, debe pagar por ello. Sin embargo éste es uno de esas ocasiones, piensa el inspector, en las que aunque el diario apunte sin duda a la culpabilidad de Ladd, en ningún caso la demuestra.

Sin esa grabación en la que supuestamente Lord Edwards iba a conseguir una confesión, se tendrían que encontrar pruebas suficientes en el piso de Ladd que apuntaran a su culpabilidad para considerar la posibilidad de un arresto. Así que éste podría quedar libre a pesar de todos los crímenes que cometió.

Esta última reflexión provoca la ira del inspector, que recuerda ahora la sonrisa de Lucille esa última tarde en que la vio con vida. Ladd debe pagar por lo que hizo -se dice- y Jacques supone una perfecta oportunidad de venganza sin que él tenga que ensuciarse las manos. Sherade sabe que podría llegar lo suficientemente tarde a su destino para que Jacques cumpliera con su cometido, y nadie le culparía por ello. Además, el mayordomo provocaría con sus actos el revuelo mediático suficiente, para parar el juicio de Leonard, al menos por el momento. Y Lambert se vería seriamente perjudicado. No sería la primera vez en este día que el inspector actuaría amoralmente para conseguir lo que él cree que es justo. Y precisamente por eso, Sherade se da cuenta de que, por mucho que ahora lo sienta así, no podría vivir tranquilo si dejara que eso ocurriese.

Sea como fuere, -sigue pensando mientras se detiene ante el último semáforo que lo separa de su destino-, él tiene ahora los diarios de Lord Edwards. Mirando la cubierta de éstos se le ocurre que quizás sea mucho mejor intentar la táctica que Lord Edwards no consiguió en vida: arrancar una confesión de los labios de Ladd.

Y para eso Ladd tiene que estar vivo.

El semáforo cambia su color en el mismo momento en que el inspector ya ha decidido que eso es exactamente lo que va a hacer.

#

Sherade llega jadeando a la puerta de la galería para descubrir que está cerrada.

Convencido de que quizás Jacques haya conseguido entrar en ella y la haya cerrado posteriormente para ejecutar su venganza, da dos golpes fuertes y secos a la puerta de cristal y pega su oreja a ésta.

Silencio absoluto.

Al retirarse unos pasos atrás para estudiar la situación, descubre la presencia de un pequeño cartel escrito a mano que está colgado en una de las esquinas de la ventana de cristal adyacente a la puerta. Se acerca y lee: "Cerrado por razones personales".

Así que Jacques tampoco lo ha encontrado en la galería.

Sherade enciende uno de sus cigarrillos y mira a su alrededor mientras inhala el humo profundamente.

Al otro lado del estrecho callejón una mujer de pelo blanquecino lo observa rezagada en las cortinas de su ventana. Cuando sus miradas se cruzan la mujer deja caer la cortina, y su sombra

desaparece en el marco de la ventana. Este hecho provoca la curiosidad necesaria en el inspector para que se dirija a la puerta y pique al timbre de la casa.

Unos pasos lentos y arrastrados le indican que alguien se acerca a la puerta. Ésta se abre, aunque escasamente, tras unos segundos de espera. La misma mujer que ha visto en la ventana está ahora al otro lado del umbral.

“¿Alló?”

“Buenos días señora.”

“¿Qué quiere?” La mujer, recelosa, asoma su cabeza por la puerta entreabierta.

“Soy inspector de policía, señora. Quería saber si conoce usted a la persona que regenta la galería que hay aquí delante de su casa.”

“¿Por qué? ¿Es que se ha metido en algún lío?”

“Entonces lo conoce.”

“Claro que lo conozco, soy su madre. Y ya es usted la segunda persona que viene preguntando por él esta tarde, así que, ¿en qué lío se ha metido Maurice esta vez?”

Sherade evita a consciencia que su cara refleje que el lío en el que está metido su hijo implica el asesinato de por lo menos ocho chicas y quizás también, el de Marie.

“Verá, creo que su hijo puede estar en peligro. Necesito saber dónde está.”

“Ya se lo he dicho al tipo que trabaja con usted, está en el cementerio de l’Ouest.” La mujer acompaña estas palabras con un gesto compungido de dolor que intenta disimular vanamente.

“¿Es que han perdido a alguien recientemente?”

“Recientemente no. Hoy hace quince años que mi otro hijo, Charles, murió.”

“Lo siento.” Sherade calibra las opciones de retirarse de la conversación, pero la mujer, mucho menos reacia a la comunicación ahora, parece tener algo que añadir.

“No sienta nada, usted no le conoció. Y de todos modos era un problema, para qué negarlo. No estaba bien. Maurice se empeña en ir cada año al cementerio, pero yo sólo quiero olvidar. Le pareceré una mala madre, pero a estas alturas me importa muy poco lo que puedan pensar de mi.”

“Mi compañero... el que le ha preguntado antes que yo. ¿Hace mucho que se ido?”

“Diez minutos, más o menos. Pero Maurice sabe cuidarse solo, eso se lo puedo asegurar. Si alguien va detrás de él, es él que está en peligro, no mi Maurice.”

“¿Por qué dice eso?”

“Las madres sabemos esas cosas, ya me entiende, cuando algo no va bien. Lo supe con Charles en su momento, y lo veo con Maurice ahora. Desde que su hermano murió no ha vuelto a ser el mismo. Es como si vivir le diera igual. Y eso lo hace muy fuerte, ¿sabe? Porque no tiene miedo, no tiene nada que perder.”

Pero yo sí - piensa Sherade-, y lo necesito con vida.

Así que el inspector se despide de la señora de pelo blanquecino y el alma rota, y corre hacia el coche para salir disparado en dirección al cementerio de l’Ouest.

Los disfraces de Cécile

Después de firmar su último informe del día, y convencido de la a menudo inevitable aleatoriedad de la vida tras haber concluido que el hombre de cincuenta años al que acaba de hacer la autopsia ha muerto de un ataque de corazón a pesar de hacer ejercicio regular tres veces por semana, controles médicos dos veces al año, llevar una dieta equilibrada y no ser fumador, Jean Gilbert da por terminada su jornada de trabajo.

Al salir por la puerta de la comisaria respira profundamente el aire de la calle, que aunque transporta sin duda algunos contaminantes se le antoja un placer tras las ocho horas que ha pasado sumergido en los olores, o más bien hedores, que lo envuelven junto con la muerte en la morgue. Y sin embargo Jean Gilbert no cambiaría su profesión por nada en el mundo. Por supuesto que muchas veces la rabia lo ha invadido y el asco hacia la especie humana se ha apoderado de él. Pero precisamente por eso, Jean Gilbert ha aprendido a apreciar las cosas buenas de la vida, a vivir en el momento, a quitarse importancia, sabiendo que en cualquier momento todo puede terminar.

Eso en los días buenos.

Y en los malos, bueno, se ha volcado en su trabajo para superar los sinsentidos y la injusticia de la vida cuando estos irrumpen sin avisar.

Tal y como hace cada viernes por la tarde al salir del trabajo, el forense se sienta en una de las mesillas de su café favorito de la Place de l'Hôtel de Ville, que hace esquina con la catedral y pide un batido de fresa que disfruta lentamente hasta que da el día por finalizado.

Jean Gilbert está disfrutando de su primer sorbo con los ojos entrecerrados y pensando en Sophie, cuando un aroma fuerte y familiar lo despierta de su ensimismamiento. En la silla de al lado, tan preciosa como la primera vez que la vio sentada en las escaleras del canal, aunque notablemente más cansada y con la melena morena en vez de rubia, Cécile Beaumont explica los motivos de su presencia:

“Buenas tardes, señor Gilbert. Soy Cécile Beaumont. Nunca hemos hablado pero usted le hizo la autopsia a mi hermana Marie.”

“Señorita Beaumont... -Jean Gilbert busca en su mente una manera amable de explicarle la situación en la que se encuentra- siento lo que le ocurrió a su hermana, pero...”

“No he venido a pedirle información. Necesito encontrar al Inspector Sherade, y sé que usted puede ayudarme.”

“¿Ha ido a comisaria?”

“He llamado. Llevo todo el día haciéndolo. Pero no está.”

“Esta mañana ha ido a las afueras, no creo que tarde en volver. ¿Por qué no le espera allí?”

“Porque no quiero encontrarme con el Inspector Lambert.”

Por primera vez desde que la conversación ha empezado, Cécile aparta los ojos y los desvía hacia la antigua muralla de piedra de la catedral.

“No lo entiendo, él es el que lleva el caso. A Sherade lo apartaron desde el principio.”

“Precisamente.”

“Señorita Beaumont, no sé qué es lo que pretende y francamente, yo tampoco soy, y esto se lo digo en confianza, un seguidor del Inspector Lambert, pero el caso está ya pendiente de juicio y no veo como el Inspector Sherade...”

“No tiene que ver con el juicio. O quizás sí, no lo sé. Señor Gilbert, escúcheme: estoy metida en

un lío y necesito la ayuda del Inspector Sherade, o la suya, si no logro contactar con él. No puedo acudir a la policía abiertamente y ya me supone un riesgo enorme estar hablando con usted en medio de esta plaza. De ahí esta ridícula peluca. Si fuera usted tan amable de acompañarme a un lugar más seguro y escuchar lo que tengo que decir, me haría un gran favor.”

Después de un largo suspiro en el que el forense sopesa todas las posibilidades, Jean Gilbert decide que no puede ignorar los ojos suplicantes de Cécile. Así que saca de su bolsillo unas monedas, los deja encima de la mesa junto al batido inacabado, y se levanta de la silla.

“Está bien, señorita Beaumont. Veamos qué es lo que tiene que contarme.”

Y las dos figuras se mezclan entre los viandantes de la antigua vía Domitia.

Aunque no está seguro de que esa sea la mejor opción, Jean Gilbert guía a Cécile hasta la casa de Sherade, pues se ha mudado allí recientemente después de su última conversación con Sophie. Al cruzar la verja del patio el forense se fija en la reacción de su acompañante, de la que deduce que no ha asociado la casa con el inspector, al menos aparentemente.

Al sentarse en el sofá, y después de engullir de un solo trago el vaso de agua fresca que el forense le ha facilitado, Cécile comprueba que las cortinas estén ajustadas y se quita la peluca morena, dejando que sus despeinados cabellos rubios respiren aliviados. Jean Gilbert la observa a cierta distancia, desde el sillón de piel, esperando sus palabras.

“Ese vagabundo no mató a mi hermana.” Dice ella, pasándose la mano por el cabello en un vano intento de peinarlo.

Aunque Jean Gilbert está casi convencido de que esa afirmación es cierta, pregunta: “¿Y entonces quien cree que lo hizo?”

“La misma persona que tiene secuestrada a mi... a Stella, la hija de Marie.”

El forense arquea levemente las cejas ante tal afirmación.

“No consta en ninguna parte que Marie tuviera una hija, señorita Beaumont. Detecté un embarazo durante la autopsia, quizás de cinco o seis años atrás, pero di por supuesto que lo perdió porque no hay registro de ningún nacimiento en el libro de familia, al menos por parte de Marie...”

“Eso es porque yo la adopté. Stella no sabe que Marie era su madre.” Cécile coge el bolso que tiene apoyado en sus muslos y lo abre para sacar una cartera de piel roja. De ella saca una pequeña fotografía, se la muestra al forense y añade: “Aunque el parecido es innegable.”

Jean Gilbert sujeta la fotografía en sus manos, en la que reconoce los rasgos de alguien a quien sólo conoció sin vida. Es una sensación extraña, piensa. Después, se da cuenta de lo que tal confirmación comporta, y la preocupación se instala en su mente:

“¿Y dice que la han secuestrado, a esta niña?”

“El mismo día que mataron a Marie. Se la llevaron del colegio. Me dejaron una nota diciendo que esperara una llamada con instrucciones si quería recuperarla con vida. Me amenazaron con matarla si alertaba a la policía.”

“Y durante todo este tiempo ha estado...”

“Sí. Sé que me han estado vigilando. Hoy me han dejado esto en la puerta de casa, dentro de un paquete.”

Cécile introduce de nuevo su mano en el bolso, pero el forense la interrumpe levantando las manos: “¡Espere! ¿Las ha tocado?”

“¡Pues claro! ¿Qué quería que hiciera?”

Jean Gilbert mete la mano en uno de sus bolsillos y saca un pañuelo blanco impoluto: “Utilícelo

como si fuera un guante, ¿de acuerdo? Quizás podamos encontrar huellas dactilares en alguna de las cosas.”

Obediente, Cécile coge el pañuelo y se lo envuelve en la mano. A continuación, saca un par de fotografías de su bolso. En ellas, la pequeña niña mira a la cámara con ojos angustiados.

“Y esto.”

Cécile mete de nuevo la mano en el bolso y saca un pequeño anillo de plata con la inicial “S” esculpida en él, junto con un papel plegado por la mitad, y los deja encima de la mesa. “Ese es el anillo que le regalé para su quinto cumpleaños, hace dos meses.”

Jean Gilbert alarga la mano para coger uno de los bolígrafos que hay en el lapicero encima de la mesa y lo utiliza para abrir los pliegues del papel, allanándolo encima de la superficie. A continuación, se acerca para leer la nota.

“¿Y esto es esta noche?” Pregunta al terminar.

“Sí.”

“Ha hecho bien en pedir ayuda señorita Beaumont. Ha hecho bien en pedir ayuda.”

El cementerio de l'Ouest

Sherade aparca en la Avenue des Elysées y entra en el cementerio cuando el sol empieza a desmayarse perezosamente detrás de la ciudad. Aún quedan un par de horas de luz cuando el cielo empieza a teñirse de este naranja rojizo, provocando coloridos reflejos en las macizas lápidas distribuidas a lo largo del suelo regado de hierba. Unos cincuenta metros a su derecha, un grupo de familiares se despiden con abrazos y ojos llorosos y abandonan el lugar.

Las hojas de los cipreses y los castaños se mueven con la brisa vespertina y sólo los cantos de las alondras rompen el silencio sepulcral en este lugar dedicado al descanso eterno.

Agudizando su vista y oído, el inspector avanza sigilosamente entre las lápidas envejecidas por el tiempo. Unos metros más adelante, una voz masculina y muy lejana lo advierte de la presencia de alguien. Siguiendo la dirección de la voz, Sherade bordea una zona de mausoleos privados hasta llegar al otro lado. Allí, en la distancia, divisa el perfil de Maurice Ladd, arrodillado delante de una lápida. Sin embargo no hay rastro de Jacques.

Con extremo cuidado, el inspector avanza casi de puntillas para evitar que su presencia se haga patente, sujetando a la vez su arma con la mano derecha.

Cuando se encuentra a escasos metros de su objetivo, la figura de Jacques surge de detrás de un castaño y, apuntando con un arma a la cabeza de Ladd, empieza a avanzar hacia él. Esto obliga a Sherade a romper su táctica de silencio, gritando a viva voz el nombre del mayordomo mientras corre hacia él. Ladd, ajeno a la situación en un primer momento, gira su rostro sin expresión alguna y con la mirada vacía.

“¡No se mueva, Ladd! -grita Sherade- ¡Jacques, suelte el arma!”

“¡Hijo de puta!” Jacques no parece tener intención de obedecer al inspector y sigue avanzando hacia Ladd, empuñando la pistola y apuntando a su cabeza. “¡Vas a pagar por lo que hiciste, cabrón!”

“¡Jacques! Yo me encargo de esto. ¿Déjemelo a mí, de acuerdo?”

“¿Cómo se encargó de la muerte de la señora? ¿Así se va a encargar? Todo el tiempo ha tenido la respuesta delante de sus narices, ¡y ha sido incapaz de solucionarlo!”

“Jacques, escúcheme: si las sospechas de Lord Edwards eran ciertas, este hombre va a pagar por lo que ha hecho, ¿de acuerdo? No haga nada de lo que después vaya a arrepentirse, usted no es ese tipo de persona.”

“¡Cierto! En eso tiene toda la maldita razón. ¡Me he pasado toda la vida obedeciendo a los demás! Callando mis opiniones, asintiendo a todo, convenciéndome de que ese era mi trabajo. ¿Y sabe qué? Lo hacía bien. Pero si no lo hubiera hecho tan bien podía haber evitado la muerte de Lord Edwards. ¡Y la de la señora! Y todas esas chicas... ¡Este hombre es un monstruo! ¿No lo comprende? La única manera de acabar con esto es acabar con él.”

Sherade observa, gracias a la previsión de la que el mayordomo carece, que los ojos antes impasibles de Ladd se han transformado ahora en dos bolas de fuego llenas de odio.

Éste, con un grito de dolor parecido a un aullido, se levanta con tanta rapidez que Jacques no tiene tiempo de reaccionar antes de que se abalance sobre él y le propine un extraordinario puñetazo que hace brotar la sangre de las cejas del mayordomo. Pero Sherade es más rápido y apunta ahora con su arma amenazante la sien de Ladd y lo aparta con una mano, cogiéndolo del cuello de la americana y separándolo de Jacques, que se retuerce de dolor en el suelo.

“¡No tenéis ni idea! -Grita Ladd enfurecido- ¡No tenéis ni idea de lo que estáis hablando!”

El inspector intenta apartar de su mente la sonrisa de Lucille, las ansias de pegarle un tiro al hombre que supuestamente la mató y que ahora tiene delante. La indignación de Ladd le descoloca, le avisa de que algo falla en la ecuación. La mayoría de psicópatas negarían lo acontecido, lo confirmarían, o simplemente se reirían de las acusaciones. Pero Ladd está furioso. Indignado. Y el inspector ha visto ese tipo de furia e indignación antes. Siempre en personas inocentes.

“Hemos encontrado los diarios de Lord Edwards, señor Ladd. Sabemos que sospechaba de usted en relación a los asesinatos del Jardín des Archevêques y que pretendía acorralarlo. Al día siguiente estaba muerto.”

“¡Yo no maté a esas chicas! ¿De acuerdo? ¡No fui yo!”

“¿Y entonces quién fue, señor Ladd?” Pregunta Sherade sin apartar el arma de su sien.

“¡Él! –Grita en un aullido, mientras señala la lápida que tiene delante- ¡Fue él!”.

Y las lágrimas empiezan a brotar de sus ojos encendidos, ante la mirada estupefacta de Jacques.

La aventura nocturna de Jean Gilbert

Agazapados en uno de los arcos de L'écluse du côté des 3 ponts, Cécile y Jean Gilbert esperan impacientes la llegada de la barca que supuestamente devolverá Stella a los brazos de su madre adoptiva.

Ante la imposibilidad de contactar con Sherade, el forense no ha tenido más remedio que tomar las riendas y asumir el riesgo de una operación más apropiada para alguien acostumbrado a trabajar más fuera que dentro de un laboratorio. Y sin embargo se ha visto incapaz de ignorar las plegarias de Cécile. Sus magnéticos ojos no han admitido un no por respuesta y han tenido la suerte de encontrar a Jean Gilbert en uno de esos días en los que cree que en realidad hay poco que perder.

La respiración nerviosa y entrecortada de Cécile le confirma al forense que no la podía dejar sola en tan tamaño percal y quedarse con la conciencia tranquila mientras comía un sándwich delante del televisor.

En la lejanía, el motor de una barca ruge tímidamente a pesar del estrepitoso ruido que el agua provoca al caer con fuerza en la presa del puente. No es casualidad que hayan elegido este lugar para hacer la entrega, piensa el forense. Pero el ruido no les impide ver como una masa oscura avanza lentamente por el canal, a pesar de navegar sin luces, y se acerca cada vez más a ellos.

“Son ellos, -murmura Cécile- ya están aquí.”

Jean Gilbert le responde poniéndose el dedo índice encima de los labios y lo acompaña de una sonrisa con el propósito de tranquilizarla. Pero sus ojos reflejan que está tan o más nervioso que ella.

“¿Preparada?”

“Sí.”

Cécile se levanta, sale del arco del puente y anda hasta el centro del muelle del canal justo cuando la silueta de la barca que se acerca a ella empieza a definirse bajo la tenue luz de una farola de Quai Victor Hugo, reflejada en el agua oscura. A continuación se acerca más al borde del muelle y espera a que la barca llegue a su altura sin decir palabra.

Es en ese momento un hombre encapuchado surge del interior de la barca. Sujeta un fardo en su espalda, que después de bajar de un salto de la embarcación deja rápidamente en el suelo. Después, corre de nuevo para alcanzar la barca que ha subido súbitamente su velocidad, cruzándose por un momento con Cécile, que avanza en dirección contraria a la de él para abrir lo que resulta ser una vieja alfombra en la que encuentra envuelta a Stella.

La niña tiene los ojos cerrados, parece dormida. O quizás...

Angustiada, Cécile coge la muñeca del pequeño cuerpo y presta atención para encontrar un pulso que, aunque débil, indica que Stella sigue con vida. Así que según lo pactado, mira hacia el arco del puente y asiente con la cabeza gritando “¡Stella!”.

Al oírla, Jean Gilbert sale armado de coraje de su escondite en dirección al hombre que corre hacia la embarcación que se desliza canal arriba y utiliza uno de los remos de una de las barcas del muelle para frenar al encapuchado, colocándolo a la altura de sus rodillas, y provocando consecuentemente que caiga de bruces. El hombre, a pesar de perder la oportunidad de regresar a la embarcación que desaparece definitivamente de su vista, no se da por vencido, se incorpora del suelo en un movimiento ágil y arranca a correr por las escaleras que suben a Quai Victor Hugo, seguido de cerca por el forense.

Cuando Jean Gilbert llega a la Place de L'Hôtel de Ville, distingue el eco de los pasos lejanos del encapuchado en el arco que une el Palacio nuevo con el Palacio viejo, y que constituye la entrada del Passage de L'ancre.

El forense da por sentado entonces que el hombre en cuestión no conoce la ciudad. Cualquiera que la haya visitado sabe que ese camino solo lleva al Claustro de la Catedral, y que éste está cerrado por una verja por la noche. Ir en esa dirección es meterse literalmente en un callejón sin salida.

Aún con el remo en las manos, el forense se asegura de que la plaza esté completamente vacía. Las únicas sombras que encuentra son la suya propia, y la del magnífico edificio que tiene delante, iluminado por unas tenues luces amarillentas que le dan un aire surreal a la situación. A su espalda, la voz de Cécile llena la plaza y quiebra el silencio.

“¡Jean!”

Cécile cruza la plaza con Stella en los brazos, hasta llegar a la posición del forense.

“Necesita ayuda. -Dice alargando los brazos- Le he tomado el pulso pero es muy débil. La deben haber sedado. ¿Dónde está el hombre? ¿Ha huido?”

“Se ha metido en el Passage de l'Ancre. No tiene salida, el claustro está cerrado a estas horas.”

“Entonces... ¿Quieres ir a por él? Pero Stella necesita atención médica...”

Jean Gilbert está a punto de responder cuando un coche de policía aparece por Quai Víctor Hugo y cruza la zona peatonal para detenerse delante de ellos. El forense necesita menos de un segundo para reconocer al hombre sentado en el asiento del copiloto.

Philippe Lambert baja del coche, y con semblante divertido observa la extraña pareja y la niña en brazos de Cécile.

“¿Se ha dejado usted la barca en el muelle, señor Gilbert?”, pregunta mientras observa con cierto desdén el remo que el forense aún sujeta en sus manos.

Pero seguidamente cambia su semblante y su mirada se dirige a la niña que duerme en los brazos de Cécile.

“¿Hay algún problema, inspector?” Pregunto Gilbert, desviando la atención que Lambert profesa por la niña.

“Unos vecinos han alertado de una pelea en el canal. Después de lo que pasó con Marie, cualquier cosa hace saltar la alarma. Pero nunca hubiera imaginado que me encontraría al forense de nuestra jefatura robando remos por la noche.”

“Obviamente no es ese el caso, inspector. Este remo ya estaba aquí en el suelo”, responde Jean soltando el remo y dejándolo caer, con la máxima dignidad de la que puede disponer. “Por defecto profesional, y lo inusual de su ubicación, le he echado una ojeada antes de seguir por nuestro camino. Seguramente sean los restos de la broma de algún chaval. Y ahora si nos disculpa, nos esperan en una cena.”

“¿A los tres? No sabía que tuviera usted una hija, Cécile.”

“Es mi hija, inspector. Y en cualquier caso, no es asunto suyo”, interviene el forense, que coge a la niña de los brazos de Cécile y añade: “Buenas noches Lambert, siento que le hayan hecho venir aquí para nada.”

Y Jean Gilbert se da la vuelta, junto con Cécile, y empieza a andar calle arriba pensando en la extrema casualidad que supone la inesperada aparición de Philippe Lambert.

#

Después de mucho insistir, Cécile convence al forense para que se vaya y la deje en el hospital, donde Stella está recibiendo los cuidados que necesita. Así que aunque un poco reacio, Jean Gilbert regresa a su improvisada casa, donde encuentra las luces encendidas y a Sherade impaciente en el salón.

“Joder, Jean, ¿dónde te habías metido?. Tengo algo muy importante que contarte.”

Jean se quita la chaqueta y la deja en el respaldo del sofá. A continuación se sienta al lado de su amigo y compañero de trabajo, y cruzando las piernas y sacándose las gafas para limpiarlas, responde: “Del puente de las esclusas. He acompañado a Cécile para que le devolviesen a su hija, bueno la de Marie.

“¿Cómo?”

El forense le explica detalladamente al inspector lo que Marie le ha contado esta misma tarde y le relata lo sucedido en el puente. Sherade escucha con atención, asintiendo de vez en cuando con la cabeza.

“Y cuando iba a adentrarme en el Passage de l’Ancre, ¿a qué no sabes quién ha aparecido con su coche de policía?”

“¿Lambert?”

“Exacto. Ha dicho que unos vecinos habían alertado de una pelea. Se veía en su cara que estaba disfrutando de la situación. Mañana van a celebrar el juicio y ese cabrón se va a salir con la suya. Es evidente que está metido en esto de un modo u otro, pero no hay manera de que pueda demostrar la inocencia de Leonard sólo porque las pruebas estén demasiado limpias de huellas.

“No, pero existe otra manera.”

“¿Ah sí?”

“Mi día también ha sido bastante fructífero. Déjame que te cuente un par de cosas que he descubierto hoy. Pero antes preparémonos un buen trago de whisky, la historia que te voy a contar es bastante larga.”

La confesión de Maurice Ladd

Son las seis de la mañana y una brisa limpia acompaña a Sherade durante su espera en la puerta de la comisaría. Renée Gallimart aparece por la esquina con la Rue Jacquard, lleva un elegante traje chaqueta de color beige y un maletín de piel marrón en su mano izquierda. Sus pasos, vestidos con unos zapatos de medio tacón y el mismo color, son seguros y firmes.

Cuando sus ojos se encuentran Renée le dirige una amplia sonrisa. Una sonrisa franca y llena de juventud, una sonrisa, piensa Sherade, tan fresca como la brisa que le acaricia los rebeldes cabellos castaños que se pierden detrás de su espalda. Sherade tira al suelo el cigarrillo consumido y se avanza para saludarla.

“Buenos días, señorita Gallimart. Gracias por venir.”

“Gracias a usted, inspector. Si lo que me ha contado es cierto, éste podría ser uno de los días más memorables para la justicia en esta ciudad. ¿Entramos?”, pregunta ojeando con curiosidad el interior de la comisaría.

“Adelante.”

El inspector abre la puerta y le cede el paso. Ella acepta la invitación, pero una vez en el vestíbulo espera a que sea Sherade el que la guíe hasta la sala de interrogatorios.

En la puerta, el guardia cruza su mirada con la del inspector y asiente con la barbilla. La señorita Gallimart y Sherade proceden a entrar en la sala.

Al otro lado de la mesa gris, sentado y con las manos esposadas, Maurice Ladd los observa en silencio.

“Le presento a Maurice Ladd, señorita Gallimart. El señor Ladd tiene algunas cosas que contarle acerca del caso que usted representa como abogada defensora de Leonard. Tome asiento, por favor.”

La abogada coloca delicadamente el maletín encima de la mesa, y antes de sentarse, lo abre para sacar una carpeta llena de papeles, un bloc de notas, y una grabadora. A continuación pulsa uno de los botones de ésta última y la arrastra suavemente por encima de la mesa hasta dejarla a escasos centímetros de Ladd.

“Cuando quiera, inspector.”

Sherade, de pie, en una posición media entre la abogada y Maurice Ladd, mira fijamente a este último.

“Adelante, señor Ladd, ésta es su oportunidad para redimirse.”

Ladd estudia a la abogada con ojos ávidos antes de empezar a hablar.

“¿Entonces usted representa a ese indigente acusado de los asesinatos?”

“Leonard. Sí, así es”, asiente Renée con una amplia sonrisa.

“No parece usted una abogada de oficio. Ese traje que lleva le debe haber costado más de doscientos francos.”

“Apenas cincuenta, señor Ladd, me lo hizo mi vecina. A medida, ese es el truco –le guiña un ojo-. La verdad es que es una mujer muy talentosa para este tipo de tareas. Pero según tengo entendido no hemos venido aquí a hablar de moda, ¿no es cierto?”

Los ojos azules de Renée se clavan en los del galerista, que se ve contrariado por la increíble energía y fuerza que la mujer desprende.

Ladd observa por unos momentos la grabadora, y finalmente se decide a hablar.

“Ese hombre, Leonard, no mató a las chicas hace quince años. Es inocente de esos asesinatos.”

“De eso estoy segura, señor Ladd, pero necesitaría poder demostrarlo. Entiendo que usted sabe de su inocencia porque conoce la identidad del culpable...”

“Sí. –Y después de una pausa en la que la abogada espera pacientemente, Maurice musita-: Fue Charles Ladd. Mi hermano. Él asesinó a todas esas chicas.”

“¿Por qué?”

La pregunta surge de la boca de Renée con un tono completamente distinto al que ha empleado hasta ahora. Se denota en ella su necesidad de una explicación, la incompreensión hacia ese tipo de actos cometidos por alguien de su misma especie.

“Porqué estaba loco. O enfermo. No lo sé. Quizás ambas cosas. Se lo pregunté muchas veces y nunca me supo responder. Decía que era como si no fuera él. Como si de repente, en la presencia de esas chicas le entrara una especie de hambre que no supiera como saciar. Algo completamente enfermizo desde mi punto de vista.”

“¿Y usted lo supo todo ese tiempo?”

Esta vez la pregunta denota tanta curiosidad como censura en caso que la respuesta fuera afirmativa.

“No. Empecé a sospechar a partir de la tercera muerte. Tanto yo como Charles conocíamos a todas las chicas. Solíamos frecuentar ese tipo de lugares. Y Charles siempre desaparecía esas noches, y no volvía hasta muy tarde, de madrugada. Su humor empezó a ser más variable, aunque nunca había sido estable, en realidad. Pero era más exagerado. Y nunca volví a ver la ropa que había llevado esas noches. Era como si la hiciera desaparecer. Entonces empecé a seguirle, sin que se diera cuenta, y vi como estrangulaba a una de las chicas en los jardines.”

Ladd aprieta los dedos de su mano unos contra otros y desvía la mirada.

“¿Y qué hizo entonces?”

“Nada. Me quedé completamente paralizado, observándole. Supongo que aunque sospechase de él, siempre creí era una idea absurda, imposible. No supe reaccionar cuando me di cuenta de que era real. Alguien de mi misma sangre, mi propio hermano, cometiendo una atrocidad así. Tenía que haberle visto los ojos, señorita, estaba completamente fuera de sí. Era un monstruo. No es algo fácil de procesar. Me fui corriendo de allí y choqué de bruces con John Edwards, que por aquel entonces compartía salidas nocturnas conmigo, entre otras actividades.

Desde entonces todo empezó a ir a peor. Me excusé aduciendo un terrible dolor de barriga y me fui a casa, donde pasé toda la noche en vela, intentando esclarecer mi mente para encontrar una solución. Pero ¿qué tipo de solución existe para esa clase de problemas? ¿Qué podía hacer yo? ¿Delatar a mi propio hermano? No crea usted que no se me pasó por la cabeza. Pero esa solución implicaba varios aspectos que no me convencían: uno era la traición hacia mi propia sangre. Por otro lado, no voy a negarlo, el hecho de que eso hundiría la reputación de mi familia y la mía propia, y por aquél entonces yo ya empezaba a tener un nivel de vida que no quería perder. Un hermano asesino en la prensa me hubiera llevado al ostracismo más absoluto, no hubiera podido seguir viviendo en la ciudad. Lo hubiera tenido que dejar todo...

Así que no hice nada. Tampoco me enfrenté a él. En cierto sentido empecé a tenerle miedo, pero por otro lado, pensé, ingenuamente, que podría cambiarle. Dejamos de salir juntos por las noches. Le dije que quería cambiar de tipo de vida, que no quería ir más a ese tipo de locales. Pero las próximas víctimas resultaron ser de bares que John y yo visitábamos. Entiendo que en todas esas ocasiones me siguió por algún motivo que no puedo comprender. Tras dos muertes más, decidí

enfrentarme a él. Le dije que sabía lo que estaba haciendo, y que quería ayudarlo, pero que tenía que dejar de hacerlo.

Fue entonces cuando me contó que era como si se transformase, esa historia del hambre y todo eso. Su reacción me sorprendió, parecía que le importaba mucho lo que yo pensara. Parecía, en cierta manera, avergonzado. Eso me dio esperanza para creer que quizás podía ser rehabilitado, que quizás tuviera una enfermedad mental que fuera tratable.

Lo convencí para ingresar en un centro psiquiátrico a las afueras, a cambio de mantener mi silencio con las autoridades. Charles accedió. Fueron esas tres semanas en las que parecía que todo había acabado. Creí que el problema estaba solucionado. Pero había ingresado por propia voluntad, y no sé cómo lo hizo, pero, después de pasar unas pruebas en las que afirmaron que estaba completamente sano, le dieron el alta y volvió a la ciudad.

Esta vez no vino a vivir conmigo. Ni tan siquiera me dijo que hubiera salido. Lo descubrí por mí mismo al ir de visita al centro, una de las enfermeras me informó de que le habían dado el alta.

Al día siguiente la séptima víctima aparecía en los titulares de todos los periódicos. Fue entonces cuando entendí que no tenía remedio, que era un psicópata, alguien con quien no se podía lidiar. Investigué un poco y descubrí donde vivía, y lo volví a seguir. Para aquel entonces la relación con John Edwards se había vuelto tensa, yo sabía que sospechaba algo. Me sentí tentado de explicárselo, pero nunca encontré el momento ni el modo de hacerlo. Supuse que él había empezado a sospechar de mí, igual que yo había sospechado de mi hermano.

Así que las cosas se complicaron más de la cuenta.

Sin saber exactamente qué iba a hacer con ellas, me dediqué a acumular pruebas que por un lado demostraran mi inocencia y por otro la culpabilidad de mi hermano; aunque nunca estuve seguro de delatarle, porque los motivos que me llevaban a no hacerlo eran los mismos que ya les he explicado antes. Pero después de la octava víctima, un día que habíamos quedado para ir de caza, John Edwards se enfrentó a mí y me dijo que sabía lo que estaba ocurriendo.

En ese momento comprendí que, a sus ojos, y durante todo ese tiempo, había sido cómplice de los asesinatos. Había podido evitarlos y no lo había hecho. Ocho chicas habían muerto por el miedo a perder mi reputación, mi status quo.”

Sherade, aún de pie, da la espalda por un momento a ambos, mientras aprieta fuertemente los ojos y nota como su garganta se vuelve salada. Sólo deja que una gota resbale por su mejilla antes de recomponerse.

“Habían muerto por mi egoísmo. –Sigue Ladd- John dijo que la gente lo entendería, pero yo no lo vi tan claro. Me sentía avergonzado, y la presión que John ejerció sobre mí, cuando dijo que de todos modos él iba a ir esa misma tarde a las autoridades, hizo que me entrara un pánico tremendo. Y entonces cometí el terrible error de matar a mi mejor amigo para proteger a un hermano del que sin duda me avergonzaba, pero, sobre todo, y eso lo he entendido con los años, para protegerme a mí mismo. Y nunca pude, ni podré, perdonarme por lo que hice.

“¿Entonces qué pasó con su hermano?”

“Fui a buscarle, decidido a llevarlo ante la justicia a cualquier precio. Supongo que era mi manera de intentar redimirme por lo que acababa de hacer. Le culpé por la muerte de John, por haberme visto envuelto en su asquerosa vida, por haberme puesto en esa situación. Pero él se negó a ir a ninguna parte. Se rió de mí y se burló de John. Dijo que nadie notaría esa pérdida, que había gente que no merecía vivir la vida que tenía. Me mostró su lado más frío y cruel.

Me avergoncé de pertenecer a la misma familia que él. Me avergoncé de mí mismo y de haber cometido un asesinato por alguien que no merecía la pena seguir viviendo. Así que saqué la

pistola y le pegué un tiro en la cabeza. Y así acabé con el asesino del jardín des Archevêques.”

“¿Está usted dispuesto a declarar todo esto en el juicio que se celebra hoy contra Leonard, señor Ladd?”, pregunta finalmente la abogada, después de un largo silencio que parece haber servido para digerir lo que acaba de oír.

“Sí, estoy dispuesto a hacerlo.”

“¿Y tiene alguna prueba que corrobore estas declaraciones?”

“Tengo una grabación de la confrontación con mi hermano antes de que acabara con su vida. Destruí todas las demás pruebas. Pero según me ha dicho el inspector, eso será suficiente.”

“Por otro lado, supongo que usted no puede demostrar que Leonard no sea el culpable de la muerte de Marie, ¿cierto?”

“No sé nada de eso, señorita. Creía que esta historia había terminado hace quince años, hasta que la noticia de la muerte de esa chica hizo volver todos los demonios. Eso hizo que me volviera a encontrar con la señora Durroway, ya se lo he contado al inspector, pero no sé nada acerca de quién mató a la chica.”

“Creo que yo podré ayudarla en eso. -Interviene Sherade.- Aunque no será tan fácil como lo ha sido obtener esta confesión. Ahora deberíamos irnos, aún nos queda mucho por hacer si queremos solucionar este caso de una vez por todas.”

El verdadero rostro de Philippe Lambert

Cuando Sherade se despide de Gallimart el sol se alza ya por encima del canal y los viandantes empiezan a ocupar las calles de la ciudad. El inspector observa la ciudad, que se supone debe proteger, a través del cristal de la puerta cuando sus ojos se cruzan con la mirada penetrante de Philippe Lambert. Éste entra en la comisaria con la inquietud y el mal humor dibujados en su rostro. Sherade no le da siquiera tiempo a reaccionar ante su presencia: aparta la mirada y apresura el paso hasta desaparecer tras los cristales de la puerta principal.

El inspector avanza rápidamente por el Cours Mirabeu, con las manos en los bolsillos de la americana y el porte bajo, hasta que a unos cien metros antes de llegar a su destino distingue la figura espigada de Olivier Legrand apoyada en la barandilla del Puente de la Liberté.

Cuando llega a su altura, ambos cruzan la mirada y Olivier se une al paseo del inspector, cruzando el puente en dirección a Quai Victor Hugo.

“¿Y bien?” –masculla Sherade sin tan siquiera mover la cabeza para mirar a su interlocutor.

“No ha salido en toda la noche. Pero a primera hora se ha ido a desayunar al café Doré.”

Olivier sumerge la mano en el ancho bolsillo derecho de su gabardina y saca un sobre marrón, de tamaño mediano, que entrega al inspector: “Estaba en la caja fuerte de su despacho. Un tipo más obvio de lo que hubiera imaginado. La combinación es su número de placa.”

“¿Fotos?”

Olivier asiente con la cabeza y agrava el gesto momentáneamente.

“Gracias.” Murmura mientras guarda el sobre en el interior de su americana.

Olivier esboza una media sonrisa y gira por la próxima calle, donde su ágil figura desaparece entre los grises adoquines.

#

El concierto para piano y orquesta nº 22 de Mozart que surge de las escaleras le indica a Sherade que Gilbert ya está en su lugar de trabajo.

Lo encuentra sentado en el sillón del despacho, con una taza de café humeante en una mano, un croissant mordido en la otra y la mirada interrogante.

“¿Ha pasado por aquí?” Pregunta el inspector.

“No. No ha bajado nadie.” Jean Gilbert se levanta y para el tocadiscos colocado en una pequeña mesa a su izquierda. “¿Tienes algo?”

Sherade saca el sobre marrón del interior de su americana y lo deja encima de la mesa de autopsias del forense.

“Mira a ver qué puedes sacar.”

Jean Gilbert se levanta y alarga la mano para coger un par de guantes de látex. Después, se dirige de nuevo hacia la mesa y coge el sobre, del que extrae un pequeño montón de fotografías. Las observa en silencio, de una en una, de modo que el rechazo y la ira van aumentando en su rostro paulatinamente.

“¿Podrás sacar huellas de los dos?”

El forense aparta por fin la mirada de las fotos para dirigirse a Sherade.

“Eso espero.”

#

Treinta minutos más tarde, unos pasos rompen el silencio que reina en la morgue y la puerta se abre de nuevo. Sin embargo, para la sorpresa del forense, esta vez es Philippe Lambert el que aparece en el umbral.

“Buenos días Gilbert. Le veo muy concentrado.” Saluda fríamente, a la vez que se acerca a la zona de trabajo del forense.

“¿Le puedo ayudar en algo?”. Jean Gilbert combate la urgencia de alejarse inmediatamente de la zona en la que se hallan los microscopios, así que decide coger la taza vacía de la mesa para moverse lentamente hacia la máquina de café.

Sin embargo, Lambert ha notado la tensión en su mandíbula y le clava ahora una fría mirada que el forense se esfuerza por mantener.

“Quería corroborar que ya han recogido todas las pruebas y el informe para el juicio de esta tarde.” Lambert acaba la frase desviando la mirada más allá del rostro de Jean Gilbert, hacia la mesa de trabajo.

“Lo han recogido a primera hora esta mañana.” El forense rellena la taza de café con la mano ligeramente trémula.

Después de un largo silencio y algo que a Jean Gilbert le parece un suspiro, Lambert pregunta: “¿Por qué está la ficha de Marié Beaumont encima de esa mesa?”. El inspector mueve la cabeza de nuevo hacia la mesa de trabajo nº 3 y se dispone a cruzar el pasillo en esa dirección, pero el forense, sin saber cómo reaccionar, le corta el paso bruscamente.

“Será mejor que se vaya. Esto no es asunto suyo”.

“Ambos sabemos muy bien que sí lo es.”

Lambert da un brusco empujón al forense y en tres ligeras zancadas llega al final del pasillo, formado por cuatro camillas vacías, y los muebles de material, hasta llegar a la mesa de trabajo. La ira se dibuja en el rostro antes serio y enjuto de Lambert cuando debajo de la ficha de Marié encuentra las fotografías en las que él es uno de los protagonistas.

El forense está ya casi en la puerta cuando las palabras heladas de Lambert cortan el tenso silencio de la morgue.

“Si abre esa puerta es hombre muerto.”

Al girarse, Jean Gilbert se da cuenta de que Lambert le está apuntando al pecho con su arma.

“No sea estúpido. ¿Cómo pretende explicar a los de arriba que me ha disparado?”.

“Eso es lo que menos le importará cuando esté muerto. Sepárese de la puerta. Ahora.”

Aún resistiéndose a abandonar la cercanía a la única salida posible, el forense anuncia con suficiencia forzada: “No soy el único que sabe de la existencia de esas fotografías, como podrá imaginar”.

Jean Gilbert empieza su regreso a la zona de trabajo cuando los pasos de una tercera persona anuncian su presencia al otro lado de la puerta.

“No diga ni una palabra.” Ordena Lambert, sin dejar de apuntarle con el arma.

Sherade irrumpe en la sala. El inspector tarda tan sólo dos segundos en procesar la situación en la que se encuentra, suficientes para sacar el arma rápidamente sin que Lambert llegue a apretar el gatillo de la suya. Ambos se hallan ahora de pie, con el cuerpo rígido y los brazos tensos, apuntándose mutuamente. Jean Gilbert, a medio camino entre los dos, decide apartarse ligeramente de la trayectoria imaginaria que cualquiera de las balas cargadas en ambas pistolas podría realizar en cualquier momento, y se sienta en la silla de su despacho.

“Vete Jean”, le dice Sherade al forense.

“Ni hablar. De aquí no se va nadie.” Amenaza Lambert.

“Si se te ocurre dispararle, Lambert, eres hombre muerto.”

“Y él también.” -Lambert mueve la cabeza y sonríe con sorna a Gilbert sin apartar el cañón que apunta a Sherade.- “Creo que esa opción no te convence del todo, ¿me equivoco?”

Después de la breve mirada que le lanza Sherade, Jean Gilbert decide quedarse dónde está.

“¿Qué pretendes?” Pregunta Sherade a Lambert.

“Me llevo las fotos y a Gilbert como rehén. Al más leve indicio de que has dado la alarma lo mataré sin vacilar. No será la primera vez, y probablemente tampoco la última. Tú cógete el día libre. Cuando esté a salvo haré una llamada a tu casa.”

“Sólo se me ocurre una manera de que los tres salgamos vivos de aquí Lambert, y no se parece en nada a la tuya.”

“Te obsesionas demasiado Sherade. Tu afición por los principios no te permite ser pragmático.”

“Eso es porque estoy más interesado en la justicia que en el pragmatismo”.

“Pues como yo lo veo, ella ya está muerta, y eso no puedes solucionarlo así que...” El súbito ring del teléfono capta la atención de los tres hombres. El forense hace el ademán de acercarse a la mesa.

“Ni se te ocurra cogerlo.” Amenaza rápidamente Lambert.

“Es Rousseau. Espera un informe.” Contesta el forense.

“NO. TE. MUEVAS.” Esta vez el dedo de Lambert quita el seguro de su pistola. Después de tres tonos más, un aséptico silencio envuelve de nuevo la sala.

“Volverá a llamar. Sabe que no me he movido de aquí en toda la mañana y necesita el informe antes de la comida”.

“¡Cierra tu maldita boca de una vez, Gilbert!”.

Por primera vez, el miedo se refleja en los afilados rasgos de Lambert, que se debate entre salir corriendo o seguir con su plan inicial.

El teléfono suena de nuevo.

Lambert, con ojos furibundos y la mandíbula tensa, avanza por el pasillo hasta llegar a la mesa del despacho y tira bruscamente del cable que une el teléfono con la línea telefónica. Después, dirigiéndose al forense ordena: “¡Levántate!”

“Quédate donde estás Jean”. –Ordena Sherade que ha seguido apuntando en todo momento su arma hacia la figura de Lambert. “En cualquier momento esa puerta se abrirá. Ya sabes lo que pasará después.”

Ignorando a Sherade, Lambert pregunta al forense: “¿Dónde están las fotos que faltan?”.

“No falta ninguna. Esas son todas las que tengo.”

“¿Estás seguro? Apuesto a que un tiro en la pierna te refrescará la memoria.”

“El resto lo tengo yo.” –Interrumpe Sherade, que por fin parece haber captado de nuevo el interés y la atención de Lambert.- “Por seguridad. Y no aquí, obviamente. Por otro lado, permíteme apelar a tu pragmatismo al sugerirte que pegarle un tiro en la pierna no parece muy práctico si tu plan sigue siendo llevártelo de la comisaría sin levantar sospechas.”

Crecientemente enojado, Lambert se inclina hacia Gilbert y con la mano izquierda agarra el cuello de la bata del forense, mientras utiliza la otra para acercar la pistola a su sien.

“Levántate.”

Jean Gilbert se levanta reticentemente de la silla.

”Ponte la chaqueta -Añade a la vez que lo empuja bruscamente- Ahora, Gilbert y yo nos vamos a ir juntos por la puerta, con mi pistola apuntándole en todo momento. Cualquier movimiento extraño, cualquier grito o como se te ocurra seguirnos o dar el aviso, le vuelo los sesos sin pensármelo dos veces”.- Dice dirigiéndose a Sherade mientras coloca su mano derecha, en la que sujeta la pistola, entre la bata y la vieja americana del forense.

“Las otras fotos demostraran la verdad, Lambert.”

“Un hecho de poca importancia si tenemos en cuenta que estaré ilocalizable.”

Lambert clava el cañón del arma en la espalda del forense, indicándole así que empiece a avanzar hacia la puerta de salida. Mirando fijamente a Sherade le advierte: “Recuerda, al menor indicio...” y le ordena al forense que abra la puerta. Éste levanta el brazo levemente y apoya su mano derecha en la superficie de madera para empujarla.

“Espera.” La voz de Sherade es grave pero tranquila.

Lambert gira levemente la cabeza y le lanza una mirada incrédula.

“Hay otra manera de solucionar esto. El resto de las fotos a cambio de Jean Gilbert”.

Los ojos del forense se dilatan y la sorpresa invade su rostro. Aunque Jean mira con todas sus fuerzas al inspector para comunicarle que ésta le parece una opción estúpida, Sherade se niega a apartar sus ojos de los de Lambert.

“¿Crees que cambiaría la ventaja que me da un rehén por mantener mi nombre limpio en un lugar al que no voy a volver jamás?”

“Es lo que determina tu futuro Lambert. Puedes vivir siempre girando la cabeza para ver quién te sigue... O no. Hay mucha diferencia entre una cosa y la otra.”

“Las otras fotos, ¿dónde están?”

“Todo a su tiempo.”

“¿Cómo sé que no darás la alarma en cuanto cruce la puerta?”

“No lo sabes.”

“Ah, el viejo truco de...”

“No hay truco. -Interrumpe Sherade- Las tendrás en menos de cinco minutos. Luego te largas para siempre de aquí, de este país.”

“¿Y eso te parecería justo? Lo siento Sherade, te conozco demasiado bien para creer lo que dices.”

“Por supuesto que no me parece justo. Es el menor de dos males. Los dos sabemos que si cruzas la puerta con Gilbert será la última vez que lo vea con vida. Todo tiene un precio y yo éste no estoy dispuesto a pagarlo.”

“Eres un romántico. No puedo negar que tu sentido de lealtad me resulta fascinante, sin embargo no soy tan estúpido como para liberar a Gilbert y confiar en que no intentarás nada en ese momento.”

“Está bien. -El inspector reflexiona unos segundos en silencio- En cuanto él esté a salvo, dejaré la pistola en el suelo.”

“Este es un juego peligroso, Sherade. Es muy fácil que alguien acabe herido o muerto si algo se tuerce.”

“Nada se va a torcer. ¿Hay trato?”

Lambert levanta los ojos levemente hacia el techo y, después de un silencio que al forense se le hace eterno, por fin se decide.

“Hay trato”. Y sin pensárselo le propina un fuerte puñetazo a Jean Gilbert, que cae tendido e inconsciente en el frío suelo de la morgue.- “¿No pretenderás que lo dejara aquí, sin más, no? Y ahora, suelta la pistola.”

Los sucios motivos de Philippe Lambert

Sherade abre la puerta de su despacho con el aliento de Lambert en la nuca y el cañón de la pistola presionando sus lumbares. Una vez dentro, el inspector le pide a Lambert que se sienta en la silla del despacho para que los demás no sospechen al mirar a través del cristal. Éste, aunque reacio, obedece y se sienta apoyando el brazo entre las dos piernas abiertas para apuntarle con la pistola por debajo de la mesa. Sherade se sienta en su vieja silla habitual.

“¿Y bien?” Pregunta Lambert impaciente.

El inspector coge una pequeña llave de su bolsillo izquierdo y se la enseña a Lambert. A continuación dobléga el cuerpo hacia abajo, a su derecha, y utiliza una mano para abrir el penúltimo cajón de su mesa. Después de revolver varios documentos, saca una carpeta de cartón, la coloca encima de la mesa y la empuja al otro lado de la superficies utilizando los dedos índice y anular. Lambert sonríe y le devuelve la carpeta con la mano izquierda: “Ábrela tú.”

Sherade la coge de nuevo y la abre sin prisa. Después, extrae de ella un pequeño grueso de fotografías. Observando la primera con supuesta atención, el inspector pregunta: ¿Qué pasó? ¿Te descubrió y por eso te la cargaste?

“Las fotografías, Sherade”.

Lambert hace el ademán de abalanzarse sobre la mesa, pero una silueta aproximándose por el pasillo le obliga a contenerse.

“La seguiste al salir de la Rue des revés y la mataste.”

“La cosa no fue así. Fue un accidente.”

“Esperaba una respuesta más ingeniosa de alguien como tu, Lambert”.

Éste mira de reojo por el cristal para confirmar que la figura aún sigue ahí, hablando con otra sombra que mueve los brazos agitadamente. Con el mayor aire de normalidad prosigue:

“Es cierto. Entré en su piso para coger las fotografías pensando que ella no estaba. Se despertó, me vio, y nos enzarzamos en una pelea. Estaba histérica y al sacudirla para que se calmara se tropezó y se dio un golpe en la cabeza. Quizás te suene a cuento, pero es lo que ocurrió.”

“Y sin embargo ella acabó con marcas de estrangulamiento en el canal...”

“El daño ya estaba hecho. Me pareció una solución creativa y...”

“Pragmática, claro.”

Por fin, la figura pasa cercana a la puerta y desaparece por las escaleras.

“Siempre supe que tenías tendencia a ensuciarte las manos, Lambert, pero nunca imaginé que serías capaz de algo así. ¿Fue Marié, la que hizo las fotos, o las encargaste tú para llevarte un recuerdo?” Las palabras transpiran el enojo de Sherade, que se levanta y tira con rabia las fotografías encima de la mesa.

Lambert, instintivamente, baja la testa para mirarlas. Es entonces cuando Sherade agarra su cabeza con las dos manos y la empuja contra el macizo tablero mediante un golpe fuerte y seco. La acción provoca que Lambert dispare el arma al mismo tiempo, hiriéndole en el muslo derecho y haciéndole caer al suelo. En el mismo movimiento, Lambert se yergue de nuevo y recoge rápidamente todas las fotografías que hay encima de la mesa, cuando Sherade, desde el suelo, le propina una patada en la rodilla. El golpe, la sorpresa y el dolor causado hacen que Lambert caiga al suelo, perdiendo la pistola que le cae de la mano, la cual se lleva instintivamente a la rodilla. Sherade se abalanza sobre la pistola, tirándose sobre su propio estómago, seguido de Lambert que imita el mismo movimiento. Ambas manos se acercan simultáneamente a la pistola, pero es Lambert

el que logra apoderarse de ella. Éste da un giro sobre sí mismo y se coloca encima de Sherade, apretando el cañón de la pistola contra su rostro. Sin embargo, Sherade agarra el cañón de la pistola con ambas manos y con una fuerza extraordinaria consigue girar el ángulo de la pistola hacia Lambert, justo en el momento en que éste aprieta el gatillo. Los ojos de Lambert, fijos en los de Sherade, se empiezan a apagar un segundo más tarde, cuando su cuerpo se desploma al lado del inspector y la pistola resbala por fin de sus dedos inertes.

Los principios de Sherade

Cuando unos minutos más tarde Rousseau entra en el despacho de Sherade, lo hace consternado y de muy mal humor.

Junto a la mesa, uno de los paramédicos toma las constantes del inspector mientras éste asegura que se encuentra perfectamente.

Jean Gilbert está de pie, apoyado en la ventana abierta, y sujeta en la mano izquierda una bolsa de hielo que acerca a su ojo amoratado. Al otro lado del despacho el cuerpo inerte de Philippe Lambert yace en el suelo. La sangre que impregna su camisa azul se ha deslizado hasta crear un pequeño charco que oscurece aún más la moqueta gris.

El comisario Rousseau cruza el umbral de la puerta pasando con cuidado pero fastidiosamente por encima de las piernas abiertas de Philippe Lambert, y se dirige a Sherade.

“Quiero una buena explicación y la quiero ahora.”

Jean Gilbert hace el ademán de acercarse a él, pero Rousseau levanta la mano ordenándole que no lo haga.

“¿Está bien? ¿Puede hablar?”, pregunta fríamente al hombre que ausculta al inspector.

“Claro que puedo hablar”, responde el mismo Sherade.

“Entonces les espero en mi despacho. Dejen esta habitación inmediatamente, los de la científica están esperando fuera para procesarla.”

“Comisario...” Jean Gilbert intenta empezar otra frase, pero ésta se ve fulminantemente interrumpida por su interlocutor, que se dirige nuevamente a Sherade: “En cuanto acaben de examinarle. Los dos. Arriba. Con una buena explicación.”

#

Cinco minutos después, Louis Sherade y Jean Gilbert avanzan por el pasillo hasta llegar al despacho de Rousseau. Éste los observa desde su butaca. A escasos metros de él, un policía joven de pelo rubio espera órdenes. Jean Gilbert lo reconoce inmediatamente.

“Siéntense.”

Los dos obedecen y toman asiento en las dos viejas sillas al otro lado de la maciza mesa.

“¿Y bien?”

Antes de que Jean Gilbert pueda abrir la boca, Sherade le dirige un movimiento de cabeza indicándole que será él el que tome las riendas de la situación, y a continuación se dirige a su superior:

“Como bien sabe, ésta mañana se ha determinado que Leonard es inocente de las muertes de los jardines des Archevêques.”

“Las del pasado, sí. Pero Leonard sigue acusado y pendiente del juicio por la muerte de Marie Beaumont. Por cierto que Renée le debe estar muy agradecida por aportar un testigo tan oportuno.”

“Se podría decir que fue una cuestión de azar. Resultó que el caso Durroway y los asesinatos des Archevêques estaban relacionados entre sí.”

“Lo que yo quiero saber, Sherade, es por qué uno de mis inspectores yace muerto en el despacho de otro de mis inspectores, habiendo sido éste último el responsable de su muerte en compañía del forense de turno.”

Jean Gilbert levanta la mano a modo de protesta, pero Sherade se le adelanta de nuevo para responder a Rousseau.

“Jean no estaba en el despacho, comisario. Lambert me ha apuntado con su arma y yo me he defendido. En la lucha por conseguir la pistola ésta se ha disparado.”

Rousseau, sin molestarse en esconder la incredulidad que se desprende de sus palabras, pregunta: “¿Y por qué, si me permite la pregunta, iba Philippe Lambert a querer matarle a usted?”

“Porque Jean y yo habíamos descubierto que fue el quién mató a Marie Beaumont.”

La perplejidad que se dibuja en el rostro del comisario da a entender a Sherade que será necesaria una prueba que corrobore tal afirmación.

“Enséñale las fotos, Jean.”

El forense mete la mano en uno de los bolsillos de su bata blanca y saca tres fotografías, un poco arrugadas, para mostrárselas al comisario.

Éste se las quita de las manos y las examina detalladamente.

El disgusto y la sorpresa se entremezclan en su rostro, a medida que descubre el contenido de cada una de las fotografías. Con los ojos abiertos como platos y el mentón tembloroso, Rousseau reconoce el lugar con tan solo una mirada: se trata de la Rue des Rêves. Lambert se halla completamente desnudo, en una de las habitaciones, acompañado en cada fotografía por una chica diferente. Sólo que no son chicas. No aún.

“No deben tener más de trece años.” La voz de Sherade saca a Rousseau del trance en el que se halla inmerso. Ese era uno de sus hombres, piensa.

Después de un largo silencio, en el que parece recomponerse un poco, pregunta: “¿De dónde ha sacado esto?”

“Me han sido entregadas de forma anónima.”

Rousseau lanza una mirada llena de cinismo al inspector, que no se da por aludido y sigue con su explicación: “Encontré una carta en el piso de Marie, dirigida a su hermana Cécile. En ella decía que iba a enfrentarse a Lambert y hacerlo público. Aunque no citaba su nombre en ella, sí hablaba de unas pruebas con las que pretendía chantajearle para que dejara de dedicarse a... ese tipo de actividades. También mencionaba que no podía ir a la policía, lo que me pareció relevante en su momento. Creo que es obvio lo que ocurrió: Lambert se vio atrapado y decidió matarla, y después intentó disfrazarlo como un asesinato propio de los jardines des Archevêques.”

“¿Y justamente hoy alguien le ha hecho llegar estas fotografías? Pregunta de nuevo Rousseau sin disimular su incredulidad.

Sherade se encoje de hombros y esboza una ligera sonrisa. “Supongo que Lambert no pudo recuperarlas tal y como había imaginado. Fuera quien fuera que las tuviera en su poder, las ha dejado en mi buzón esta mañana mientras interrogábamos a Maurice Ladd. Por otro lado, Jean puede demostrar que las pruebas que Lambert aportó como base en la acusación contra Leonard estaban demasiado limpias.”

Rousseau se toma un segundo para digerir toda la información. Aunque molesto, parece que por fin acepta la nueva realidad que se le presenta.

“¿Será suficiente?” Pregunta.

“Hay una chica de la Rue des Rêves que está dispuesta a declarar si le aseguramos protección. Lambert la chantajeó para que fuera testigo contra Leonard.”

“¿Chloé Blanch?”

“Exacto. Por otro lado, Cécile Beaumont declarará que secuestraron a su hija Stella para asegurarse de que mantuviera la boca cerrada. Un gesto inútil, porque Cécile no llegó a recibir la

carta de Marié, ni conocía tampoco la identidad del hombre al que su hermana iba a delatar. Claro que Lambert no tenía esa información.”

“Increíble. ¿Y esa niña a la que secuestraron, está...?”

“Está bien. Se la devolvieron el día antes del juicio. Jean Gilbert la acompañó.”

“Sobre eso puede preguntarle a él –el forense señala al joven policía rubio-, estaba con Lambert cuando apareció en la Place de L’Hotel de Ville, justo después del intercambio. Evitó que pilláramos a uno de los secuestradores.”

El joven policía contesta aterrado: “¡Yo no sabía nada! ¡Yo no sabía que era un... que era un asesino! Me dijo que los vecinos habían alertado de una pelea en el canal y me pidió que le acompañara, ¡eso es todo!”

“Si eso es cierto no tiene nada de lo que preocuparse, pero tendremos que investigar su situación para corroborar lo que dice.” Dice Rousseau.

Frustrado, el joven policía opta por enmudecer y bajar la cabeza.

Después de otro largo silencio en el que parece que acaba de digerir toda esta nueva información acerca del que consideraba uno de sus mejores policías, Rousseau advierte: “Debería haber acudido a mí, inspector, y nos hubiéramos ahorrado todo este drama. Podríamos haber evitado la muerte de Lambert, y hubiera pagado por lo que hizo.”

“Primero tenía que asegurarme de que las fotografías eran reales, y de poder demostrar que habían pertenecido a Marié. Sin esas pruebas usted no me habría escuchado con la atención que lo ha hecho ahora. Quizás, sin las fotografías, ni tan siquiera me habría creído, ¿no es cierto?”

Rousseau abre la boca, pero en el último momento se muerde la lengua. Después dice: “Tenemos mucho papeleo por hacer. Tendrán que rellenar los informes contando todo lo que me han dicho. Hagámoslo rápido y sin levantar demasiada atención de los medios. No quiero declaraciones de ninguno de los aquí presentes, ¿entendido?”

“Pero hará público lo ocurrido, ¿no?”, -pregunta Jean Gilbert- “Esto demuestra que Leonard es inocente...”

“¿Qué imagen cree que daríamos a los ciudadanos si anunciáramos que uno de nuestros policías era un pedófilo y un asesino, Gilbert?”

“La de que limpiamos la mierda que nos rodea comisario, sobre todo la nuestra. –Interviene Sherade-. La de que somos gente en la que se puede confiar porque contamos la verdad, aunque no nos guste, y hacemos justicia. Esa es exactamente la imagen que daríamos. La que tenemos que dar. De todos modos, Renée tiene copias de las fotografías que acaba de ver, y los testigos de Chloé y Cécile apalabrados. Por mucho que se ocultara la verdad desde aquí sería un secreto a voces.”

Sin esperar la respuesta indignada de su superior, Sherade se levanta del asiento, y, acompañado por Jean Gilbert, empieza a andar por el pasillo en dirección a la puerta de salida.

“Rellenaré los informes esta misma tarde –dice antes de desaparecer por la puerta-, ahora tengo un último asunto que resolver.”

La fragilidad del suelo que pisamos

Después de hacer las llamadas oportunas para convocar a todos los interesados, Sherade ha dejado a Jean Gilbert en casa y se ha ido de la ciudad.

Ya en la carretera secundaria, el sol anuncia sus últimas horas emanando una tímida calidez que ilumina los campos y el asfalto de la carretera ante la mirada extasiada del inspector.

A Lucille le habría encantado estar ahí, nunca le gustó la ciudad. Y eso que Narbona no se podía considerar una gran ciudad, como París, o Londres, donde Sherade estuvo viviendo después de su muerte. Quizás, piensa el inspector, escogiera ese tipo de vida para alejarse de ella, para no estar en un lugar en el que ella hubiera podido ser feliz. Las ciudades están llenas de gente a la que uno no conoce, miles de viviendas en las que las emociones, buenas y malas, se suceden paralelamente sin que el vecino sea necesariamente consciente de ellas. La multitud se cruza cada día, completamente ajena a la vida, deseos y miedos de los demás. La ciudad, reflexiona Sherade, es asfalto, semáforos, carreteras, pisos y catedrales antiguas en medio de una civilización a la que ya no pertenecen. Y la ciudad es, sin embargo, el lugar donde conoció a Lucille. Su Narbona natal. El lugar que dejó para volver años más tarde y encontrarlo vacío de sentido.

Pero en cambio, rodeado de los campos, rodeado de ese intenso verde y los aromas primaverales, rodeado de ese eterno jardín... Sherade nota, con cierto pesar, el creciente deseo de crear una nueva vida. Otro tipo de vida, una vida que podría desarrollarse perfectamente en este lugar por el que avanza ahora, hacia la entrada principal de la mansión Durroway.

Esta vez la comitiva le espera en los jardines, sentados apaciblemente en el porche trasero de la gran casa. Agnès, que ya está completamente recuperada, ha preparado galletas de canela y té blanco. El doctor Gifford, Olivier Legrand y Vincent se hallan sentados en una de las mesas redondas y blancas de hierro forjado. A su lado, en otra mesa idéntica, Daisy, Jacques y Agnès completan el cuadro de bienvenida.

Todos observan desde la lejanía al inspector mientras avanza por el camino de grava, hasta que al llegar a una distancia lo suficientemente corta en la que la cojera se hace evidente, sus rostros cambian de expresión y preceden unos murmullos que el inspector puede oír desde su posición.

“¿Qué le ha pasado inspector? ¿Se encuentra usted bien?” Pregunta Agnès, siendo la primera en levantarse para acompañarlo hasta el porche.

“Estoy bien, estoy bien. Gajes del oficio. Buenas tardes a todos.”

Sherade se sienta en una de las sillas vacías. Todos lo observan con atención.

“Supongo que Jacques ya les habrá contado lo ocurrido.”

“No –dice Daisy un poco molesta-. Volvió ayer con esa herida en la cabeza y dijo que no era su papel contar nada, que debíamos esperar a que lo hiciera usted.”

“Le debe haber costado mantener el silencio, Jacques.” Dice el inspector.

El mayordomo no responde a esa afirmación, pero dibuja una casi imperceptible sonrisa en sus labios.

“Bueno, entonces lo primero que deben saber es que quedan ustedes excluidos como sospechosos de asesinato. Son libres de hacer lo que quieran, cuando quieran. Están fuera de la investigación.”

“¿Entonces ya saben quién fue el culpable?” Pregunta Vincent.

“Fue el señor Ladd, ¿verdad? Jacques tenía razón, ¿no es cierto?” Interumpe Daisy.

“El señor Ladd admitió haber incendiado la biblioteca y haber provocado consecuentemente la muerte de la señora Durroway.”

“¿Por qué? -Pregunta el doctor Gifford- ¿Qué motivos tenía para hacer eso?”

“Supongo que estarán al tanto de lo que ha ocurrido hoy en la ciudad, acerca del juicio sobre los asesinatos de los Jardines des Archevêques...”

“No hemos oído nada, inspector”, aclara Agnès. “La radio está estropeada y ninguno de nosotros ha ido hoy a buscar el periódico.”

La belleza del retiro, piensa Sherade. A menos de treinta kilómetros y ninguno de ellos ha incorporado en el día de hoy la resolución de uno de los más grandes dramas y misterios de la ciudad durante quince años. Sherade no ha decidido aún si eso es algo positivo o negativo, pero se da cuenta de que ese tipo de ignorancia le resulta ciertamente atractiva.

“Leonard, un indigente que estaba acusado de los asesinatos de las chicas y también del de la recientemente fallecida Marie Beaumont, ha sido declarado inocente.”

“¿De todos los cargos?” Pregunta Daisy.

“De los del pasado. Maurice Ladd ha declarado en el juicio que el asesino de las chicas fue su hermano, Charles Ladd. Y en el próximo juicio se solucionaran los cargos pendientes.”

La noticia causa una gran sorpresa en el grupo, que se deshace en exclamaciones.

“¡Pero Lord Edwards decía en sus diarios que fue él el que lo hizo! ¿No le estará pasando el muerto a su hermano porque no puede defenderse?” Pregunta Daisy.

“Lord Edwards decía que iba a enfrentarse a Ladd, nunca dijo explícitamente que sospechara que él fuera el responsable de las muertes. Sin embargo sí lo consideraba cómplice, al no haber intervenido sabiendo lo que estaba ocurriendo. Su intención era enfrentarse a él para obligarle a delatar a su hermano. Ladd admite que perdió el control, asesinó a Lord Edwards y simuló un accidente de caza. Pero después el remordimiento se apoderó de él. Intentó entregar a su hermano pero no le fue posible y acabó tomando la decisión de matarle. Él creía que había quedado todo en el olvido hasta que la noticia de la muerte de Marie Beaumont llegó a esta casa. La señora Durroway la vio en el periódico, y eso despertó todos los fantasmas del pasado. Durante mucho tiempo la señora había creído en la posibilidad de que su marido fuera el culpable de las muertes de las chicas, pues como se apuntó en los medios, después de su muerte los asesinatos cesaron. Lord Edwards había estado en la ciudad todas esas noches, y había llevado con secretismo sus hazañas para descubrir al culpable. Eso sin duda la hizo sospechar. El ostracismo al que fue condenada después de la muerte de su marido sólo debió ser una prueba más para ella, que corroboraba lo equivocada que había estado al juzgar a su marido.

Pero el anuncio de la muerte de Marie cambió su perspectiva. Si el asesino des Archevêques había vuelto, su marido quedaba descartado como culpable. Sólo puedo imaginarme que la señora Durroway sintió una terrible mezcla de alivio y culpabilidad en el momento en que eso sucedió. Y creo que pensó que la única manera de redimirse era encontrar al verdadero culpable y exponerlo a la luz pública. Durante todos estos años, los diarios de Lord Edwards habían permanecido encerrados en la biblioteca, y ella nunca quiso saber qué había en ellos por miedo a que lo que leyera confirmara finalmente sus terribles sospechas. Pero entonces eso cambió.

La noche en la que fueron sorprendidos en la biblioteca -el inspector mira ahora a Daisy y a Vincent-, la señora Durroway había ido a buscar los diarios. Leyó lo mismo que usted leería más tarde, Daisy, y sacó sus mismas conclusiones: que Ladd era el culpable de los asesinatos y de la muerte de Lord Edwards. Y sin embargo no tenía ninguna prueba concluyente que corroborara las conclusiones de su marido. Esa realización, más la escasa confianza que tenía en las autoridades, (y al fin y al cabo quién la puede culpar, pues el asesino de Lord Edwards no ha sido detenido hasta quince años después de su muerte), fue lo que la convenció de que su única salida para hacer

justicia era la venganza.

Por eso fue a la ciudad y se encontró “casualmente” con el señor Ladd. Por eso compró ese té a sus espaldas y preparó una combinación letal con los compuestos que adquirió en la farmacia. He comprobado la compra y la dependienta señaló que la mezcla de los medicamentos podía resultar mortal. El plan de la señora era invitar a Ladd, y en el momento en el que supuestamente de manera accidental derramaba el té, aprovechar la ocasión para cambiar la taza con el té envenenado. Pero se equivocó en la proporción, y puso de menos, lo que le provocó sin duda molestias graves a Ladd, pero no las suficientes para acabar con su vida.

Fue entonces cuando el señor Ladd empezó a sospechar de ella. De modo que hizo esa llamada en la que la señora supo que su plan no había funcionado, y en la que se le escapó que tenía los diarios que probaban su culpabilidad. En el momento en que colgó, la señora Durroway se dio cuenta de su error y supo que Ladd era un peligro para ella.

El señor Ladd insiste en que el incendio pretendía ser sólo un aviso para que mantuviera la boca cerrada, y para destruir los diarios. Éste accedió a la mansión por la puerta trasera con una antigua llave que Lord Edwards guardaba en una de las macetas del jardín, y buscó los diarios inútilmente por toda la mansión, hasta que dedujo que se encontraban escondidos en la biblioteca y se le ocurrió el brillante plan de destruirlos y darle un buen susto a la señora Durroway para asegurarse su silencio.

Pero ninguna de las dos cosas, si es cierto lo que dice, le salió bien, pues esa misma noche Daisy cogió los diarios, salvándolos, sin saberlo, del fuego. Por otro lado, la señora Durroway había ingerido una cantidad muy elevada de tranquilizantes que nada se parecían a los remedios homeopáticos a los que estaba acostumbrada. El doctor Gifford negó en el momento en que se lo pregunté haberle recetado tales medicamentos, pues pensó que quizás hubieran sido la causa de la muerte a causa de una excesiva ingesta y que de alguna manera podía ser responsabilizado por ella, pero lo aceptó más tarde. Puede usted estar tranquilo, doctor: los tranquilizantes no fueron los causantes de la muerte de la señora Durroway. Ladd le administró cloroformo y la arrastró hasta la biblioteca esperando que se despertara por el humo y se diera un buen susto, pero ella estaba ya inconsciente por los tranquilizantes, lo que provocó su muerte por asfixia. El resto de la historia ya lo conocen.”

El grupo de oyentes digiere en silencio los hechos que el inspector les acaba relatar, fascinados y afligidos a la vez.

“Pobre señora Durroway”, dice Agnès. “Todos esos años pensando que había estado casada con un monstruo... ¡y sin embargo resultó ser un héroe!”

“Las cosas no son, a menudo, lo que parecen.” Por primera vez en toda la velada, Olivier se decide a hablar, y termina la frase con esa sonrisa amplia y pícara, que dirige al inspector.

“Es cierto. – prosigue Sherade- Y aún así no hay nada que podamos hacer para evitarlo. La manera en la que percibimos lo que nos rodea es la única fuente de información que tenemos a nuestro alcance.”

“Exacto. Nuestra percepción. Es todo y lo único en lo que podemos confiar, y sin embargo, siempre debemos dudar de ella. Supongo que podríamos decir que esa es la fragilidad del suelo que pisamos” Añade Olivier.

Sherade dibuja una sonrisa divertida en sus labios. “Debería usted dedicarse a la poesía, señor Legrand, y dejar la pintura definitivamente...”

“No crea que no me lo he planteado alguna vez inspector, me parece una opción muy interesante. Aunque quizás no me reporte demasiados ingresos...” Legrand le corresponde con una sonrisa

abierta y cómplice.

Y en ese instante Sherade se da cuenta, de que por primera vez en mucho tiempo, la alegría de su sonrisa no desaparece inmediatamente cuando sus labios vuelven a una posición neutral.

El inspector olfatea el fresco aire primaveral que los rodea, y escucha de fondo la conversación animada que se ha desencadenado en ambas mesas, mientras una nueva posibilidad se abre en su mente.

La posibilidad de una nueva vida, más alegre, más verde, más viva.

La posibilidad de una vida mejor.

FIN

Contents

1. [Prólogo](#)
2. [Los días y las noches de la señora Durroway](#)
3. [Los etéreos días de Olivier](#)
4. [La ocupación de Sherade](#)
5. [Las regulares visitas del doctor Gifford](#)
6. [Las escapadas secretas de Daisy](#)
7. [El despertar de Emily](#)
8. [La correspondencia de Olivier](#)
9. [La llamada de Cécile](#)
10. [Las galletas de canela de Agnès](#)
11. [Los negocios de Madame Lefèvre](#)
12. [La visita de Maurice Ladd](#)
13. [La cena fría de Sherade](#)
14. [La luna y la señora Durroway](#)
15. [El cambio de ocupación de Sherade](#)
16. [La nueva ocupación de Sherade](#)
17. [La aparentemente apacible vida de Olivier](#)
18. [Los inalcanzables jardines de la señora Durroway](#)
19. [Las habilidades de Jean Gilbert](#)
20. [Las preocupaciones de Daisy](#)
21. [El tiempo y el gato de Olivier](#)
22. [Los restos de la vida de Marie Beaumont](#)
23. [Las percepciones de Agnès](#)
24. [Las amistades del Dr. Gifford](#)
25. [Las investigaciones de Philippe Lambert](#)
26. [Las lecturas de Daisy](#)
27. [El desayuno de Sherade](#)
28. [Las preguntas de Sherade](#)
29. [Las respuestas de Daisy](#)
30. [El aviso de Philippe Lambert](#)
31. [Las artes de Maurice Ladd](#)
32. [Las sospechas de Jacques](#)
33. [Las elucubraciones de Olivier](#)
34. [El triunfo de Philippe Lambert](#)
35. [Las confidencias de Jacques](#)
36. [La espera de Cécile](#)
37. [La habitación de Lord Edwards](#)
38. [La justicia de Lambert](#)
39. [La inquietud del Dr. Gifford](#)
40. [El peligroso jardín de Olivier](#)
41. [El descubrimiento de Daisy](#)
42. [El secreto de Cécile](#)
43. [Los descubrimientos de Jean Gilbert](#)
44. [La inesperada llamada de Olivier Legrand](#)

45. [El secreto pasado de Olivier Legrand I](#)
46. [El secreto pasado de Olivier Legrand II](#)
47. [La inevitable confesión de Daisy](#)
48. [La verdadera amistad del Dr. Gifford.](#)
49. [La revelación de Vincent André](#)
50. [Un regalo sorpresa para Cécile](#)
51. [Las prisas de Sherade](#)
52. [El dudoso pasado de Maurice Ladd](#)
53. [Los disfraces de Cécile](#)
54. [El cementerio de l'Ouest](#)
55. [La aventura nocturna de Jean Gilbert](#)
56. [La confesión de Maurice Ladd](#)
57. [El verdadero rostro de Philippe Lambert](#)
58. [Los sucios motivos de Philippe Lambert](#)
59. [Los principios de Sherade](#)
60. [La fragilidad del suelo que pisamos](#)